

EL CARIBE

ISSN 1682-7562



ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





Pieza volumétrica de una figurina con proyección simple, gran cabeza y senos, elementos decorativos sencillos en el lado derecho, realizada en cerámica (tomada de Valcárcel Rojas, Roberto: "Seres de Barro. Un espacio simbólico femenino" en *El Caribe Arqueológico*. No. 4, 2000).
Museo Indocubano Baní.

EDUARDA COUTINHO NACIÓ EN QUELIMANE, Mozambique, en 1953. Es licenciada en pintura por la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Lisboa, en 1988. En los últimos años ha trabajado en Maputo, Mozambique, en el archipiélago de los Bijogós en Guinea Bissau, en París y La Habana. Se ha dedicado a la enseñanza de artes gráficas, artes visuales, y materiales y técnicas de la expresión plástica. Ha sido becaria de la fundación Calouste Gulbenkian 1999/2000 y 2000/2001.

Las obras que se reproducen en este número de *El Caribe Arqueológico* las realizó en febrero del 2002 a partir de piezas aborígenes conservadas en los siguientes fondos: Universidad de Oriente de Santiago de Cuba, La Periquera, de la ciudad de Holguín, y el Chorro de Maíta y el Museo Indocubano Baní, en Banes, provincia de Holguín.



De un pendiente antropomorfo, en concha.
Museo La Periquera, Holguín

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

6 / 2002

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
Dra. María Nelsa Trincado
MSc. Roberto Valcárcel Rojas
CONSEJO ASESOR
Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Irida Vargas (Venezuela)
Dr. Carlos Angulo (Colombia)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)
Dr. F. Luna Calderón (Rep. Dom.)

Correspondencia a:

☐ Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. a 8
Reperto Vista Alegre
Santiago de Cuba, 90400
CUBA. Tlf. (53) (226) 642285
Fax (53) (226) 642387
E-mail: caribe@cultstgo.cult.cu

☐ Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

☐ Betty Meggers
Taraxacum S. A.
MNH-112
Anthropology 20560
Washington D. C. USA

MARCIO VELOZ MAGGIOLO ✓	2	La Isabela: núcleo de la sociedad criolla
CESAR VELANDIA JAGUA ✓	9	Estética y arqueología: dificultades y problemas
RENEL RODRIGUEZ RAMOS ✓	16	Dinámicas de intercambio en el Puerto Rico prehispánico
DIVALDO A. GUTIERREZ CALVACHE	23	Sobre el simbolismo y la funcionalidad del número en el arte rupestre de la Cueva de los Petroglifos
IRINA JOURAVLEVA	35	Origen de la allarería de las comunidades protoagroalfareras de la región central de Cuba
JORGE F. GARCELL DOMINGUEZ	44	Arqueología en un refugio de cimarrones: Cueva del Negro
JUAN MANUEL REYES CARDERO ALEIDA MARQUEZ GONZALEZ GONZALO INFANTE REYES	49	Reconocimiento histórico de la fortaleza La Estrella desde una perspectiva estratigráfica, arqueológica y arquitectónica
SILVIA T. ANGELBELLO IZQUIERDO LEONEL DELGADO CEBALLOS ORLANDO ÁLVAREZ DE LA PAZ TERESA EGUIGUREN ACOSTA	56	Estudio arqueológico del sitio Birama, Trinidad. Sancti Spiritus.
GERARDO IZQUIERDO DIAZ RICARDO SAMPEDRO HERNANDEZ	71	Útiles de concha y unidades habitacionales de las comunidades aborígenes de Cuba
GABINO LA ROSA CORZO	77	La selección del espacio fúnebre aborigen y el culto solar
SEBASTIAN ROBOIU LAMARCHE ✓	86	Osa Mayor: la idealización del huracán de Mesoamérica a las Antillas
JESUS RAFAEL ROBAINA J. LIZ B. MARICHAL GARCIA ADRIANA SUAREZ CAIRO	94	La etnoarqueología como una alternativa antropológica
BORIS LUIS MARTIN LOZANO	98	La cerámica del periodo colonial en el centro histórico de La Habana Vieja
JORGE ULLOA HUNG JULIO CORDEA CALZADO	104	Informe preliminar sobre los primeros trabajos arqueológicos en El Cobre, Santiago de Cuba
ROBERTO VALCARCEL ROJAS	112	Jose Manuel Guarch Delmonte. El arqueólogo
	119	Noticias de la arqueología cubana, 2001

Director:

Joel James Figarola

Editores:

Jorge Luis Hernández
Asela Suárez

Del Caribe es una publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, zona postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620/168, acogida a la tarifa de impresos periódicos.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S. A.



TARAXACUM S.A.



LA ISABELA: NÚCLEO DE LA SOCIEDAD CRIOLLA

MARCIO VELOZ MAGGIOLO



De un majadero ornitomorfo en piedra. Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente.

Veloz Maggiolo es escritor y arqueólogo dominicano.

La villa de La Isabela, cuyo nombre se debió al Almirante y descubridor de América Cristóbal Colón, tuvo importancia capital en los inicios de la conquista y posterior incorporación de América a la España del siglo XVI. Fundada en los últimos días de diciembre de 1493 o en los primeros de enero de 1494, Colón quiso honrar con su nombre a quien fuera su protectora y amiga: Isabel la Católica, reina de España y consorte de Fernando I de Aragón.

En los días finales del mes de diciembre de 1493 las naves de Colón, con 1 500 personas embarcadas para poblar e iniciar un proceso de asentamiento definitivo en la isla de Santo Domingo, tocaron la zona. El Almirante inició casi de inmediato la construcción de la villa. A finales de diciembre de 1492, durante su primer viaje, había dejado en las cercanías de la bahía de Fort Liberté, hoy territorio norte de la costa de Haití, una fortaleza con 39 hombres al mando de Diego de Arana, la cual llamó La Navidad. Los aborígenes destruyeron la misma —la que había sido hecha con los restos de la nao Santa María, encallada en los arrecifes del lugar—, por lo que en su segundo viaje Colón hubo de sufrir el primer descalabro y renunciar posiblemente a sus intenciones de fundar en aquel lugar. Escogió la costa de Puerto Plata, en la actual República Dominicana, para la primera fundación hispánica y europea en las Antillas.

HABLAN LOS CRONISTAS

La Isabela, según los textos de la época, tuvo características muy especiales. El cronista Nicolás Scillacio la describe como una villa a la que llama “ciudad”, con murallas hechas de piedras superpuestas, y con una calle “bien trazada” que “divide en dos la ciudad, la que es luego cortada por otras muchas a los lados”. La mayoría de los testigos parecen estar de acuerdo en que hubo almacén, casa del Almirante y la iglesia; Diego Álvarez Chanca, médico de la armada en aquel segundo viaje, elogia el espacio boscoso y el entorno. Las casas fueron ordenadas al borde de las

calles y eran en su mayoría techadas de paja, posiblemente de palma cana u otras hojas de buen tamaño. Sobre la villa tenemos también los testimonios de Guillermo Coma, catalán que acompañó a Colón y de Michele de Cúneo, italiano; mientras que otros cronistas cercanos a la época también hablan de la fundación, aunque en los casos de Pedro Mártir de Anglería y fray Bartolomé de las Casas, ninguno estuvo presente en el momento de la fundación. Las excelencias del puerto y el gran espacio de la ría fueron destacados por Coma: las casas, según el italiano Cuneo, se levantaron en número aproximado de doscientas, y según este la villa no era tanto una ciudad como una aldea, un "casale".

LA ARQUEOLOGÍA

La arqueología ha revelado que el lugar escogido estaba flanqueado por tribus taínas y macorijes que desde hacía siglos vivieron en el farallón contiguo al río Bajabonico y cuyos antecesores habitaron aquellos lugares por lo menos desde el siglo IX de nuestra era. Trabajos de investigación revelan al menos dos poblados en lo alto del citado farallón. El sitio de fundación, sin embargo, inmediato a la desembocadura del río Bajabonico, tenía playa para desembarcadero y estaba cercano a minas de piedra caliza y roca mármorea que permitían una explotación para las materias primas con las que se construirían los edificios principales de la nueva villa: la iglesia y el almacén o "casa de Colón", lugar en donde el Almirante residió por un tiempo con sus hermanos Bartolomé y Diego, y el que fuera además punto de resguardo de los objetos rescatados entre los indígenas. Restos de edificaciones, alfarería taína y macorix, así como de las primeras cerámicas hispánicas y objetos de uso doméstico han sido rescatados en diversas épocas de excavación.

Al momento de la fundación, en los días finales de diciembre de 1493 o en enero de 1494, la villa debió tener unos 8 a 9 000 metros cuadrados de área, haciendo la transcripción numérica a cifras modernas, y estaba rodeada de manglares, plantas semi-acuáticas muy importantes para la dieta aborigen, porque en sus raíces se reproducen y viven peces, cangrejos y especies marinas que se defienden escondiéndose en sus miasmas sustentadas por el agua salobre de las desembocaduras de los ríos, mientras que en sus copas numerosas especies de aves y reptiles se asientan y reproducen en diversas épocas del año. Los dos grupos indígenas habitantes de la zona, como todos los grupos agricultores de las Antillas, producían casabe, pan de yuca rallada que al fin resultó de gran

importancia en el proceso de implantación. El propio Scillacio habla de manatíes en la zona, mamífero marino cuya preciada carne fue muy aceptable para los españoles. El mismo cronista habla de perros comestibles, "liebres", que eran posiblemente las llamadas hutías, lagartos, que de seguro eran las preciadas iguanas, todo ello referido a la fauna comestible antillana. El cronista hace mención de cultivos como el aje, batatas que según él crecían del tamaño de melones, y lleno de entusiasmo habla de frutos paradisiacos: "la verdolaga sube sola de los surcos" y existía algodón silvestre.

LOS HABITANTES

Entre los 1 500 habitantes iniciales traídos para la fundación de la nueva villa había soldados, sacerdotes, nobles y lanza-jinetas que habían participado en la guerra final contra los moros, así como personal médico y para-médico encabezado por el Dr. Diego Álvarez Chanca, médico de la armada, quien describe con pulcritud la llegada al lugar y las características del mismo y de sus gentes. Si durante el primer viaje de Colón en 1492 muchos de los viajeros fueron reclutados a regañadientes y hasta hubo exdelincuentes en las filas, en esta ocasión se inscribieron en la jornada personas de la alta sociedad española, y el Almirante trajo consigo ya los nombramientos de personeros reales importantes. Vale mencionar algunos como Álvaro de Acosta, alguacil mayor de la armada; Álvaro de Pisa, contador; Francisco Peñalosa, criado de la reina y Alonso de Ojeda, criado del duque de Medinaceli, lo mismo que el caballero catalán Mosén Pedro Marguente y el sacerdote fray Bernardo Boil, vicario que encabezaba una legión de religiosos llegados en el viaje. Albañiles, agricultores, artesanos de diversos oficios y gente del pueblo casi en número de mil llegaron con las carabelas. Se trataba sin dudas de un proyecto poblador, de una implantación proyectada para la permanencia.

LOS ALIMENTOS Y LA FAUNA EUROPEAS

En La Isabela se sembraron las primeras cañas de azúcar venidas de Islas Canarias, y allí descargó el Almirante ovejas, cerdos, vacas, cabras, gallinas y semillas de varios tipos obtenidas en su escala en las Islas Canarias y especialmente en La Gomera.

LAS NUEVAS INSTITUCIONES

La villa de La Isabela tuvo los primeros retoños de las instituciones castellanas: Alcalde Mayor, Cabildo, Vicariato, y fue, por

así decirlo, el primer asiento con vocación virreinal, por cuanto en las capitulaciones de Colón con la corona hispánica el cargo era una de los acuerdos primordiales.

Como punto de partida de la conquista La Isabela fue el primer núcleo militar de España en América, pero también el primer punto desde donde comenzó a prodigarse la religión católica, y ya en los mismos días de la fundación, el día 6 de enero de 1494, el padre fray Bernardo Boil, dijo la primera misa americana, a la cual asistieron, aún sin entender de qué se trataba, indios del lugar. Durante los primeros días de la implantación la colaboración de los indios fue fundamental. Entraban y salían del lugar con deseos de colaboración. Desde La Isabela saldría a aprender las lenguas 7 indígenas. Fray Román Pané, quien destacado más tarde en el sitio de La Magdalena, aprendería la lengua macorix y luego, en el valle del Cibao, la lengua taína hablada por los súbditos del cacique Guarionex.

Las construcciones en La Isabela debieron ser rápidas, de calidad muy pobre, porque a diferencia de otros lugares como Jacagua, primera villa de Santiago fundada por Ovando en 1504, en Caballeros, o la propia Vega Real, en el valle del mismo nombre, los restos de cimientos son pocos, lo que habla de una aldea o villa fundamentalmente hecha de materiales deleznable. La aldea fue en sus inicios un puesto de avanzada que tendría algunas de las características necesarias para las operaciones de "rescate", o sea de intercambio de objetos europeos por el oro y otras prendas de los indígenas. Colón había visto en el último cuarto del siglo XV, como marino en las costas de África, el sistema que los historiadores llaman de "factoría", caracterizado por un intercambio de productos manufacturados en Europa y materias primas de importancia para los propios europeos por productos locales de valor creciente en Europa, todo ello girando en torno a la esclavitud del negro que era traído a Portugal y otros puntos como mercancía también de primer rango.

LA MILITARIZACIÓN

Desde La Isabela se inició ya en 1494 el proceso de militarización de la isla, de modo tal que el propio Colón inició la explo-



Fig.1. "Insula Hyspana". De *insulis inventis epistola Cristofori Colom...* (Carta de Colón). Basilea, 1493.

ración enviando a Alonso de Ojeda y a Ginés de Corvalán a detectar las minas de oro con las que soñaba y a conocer el interior de la isla misma, las poblaciones y los sitios claves para nuevas implantaciones. Desde aquel lugar inició él mismo la lucha contra los grupos indígenas que se opusieron a la presencia extranjera, y utilizó por vez primera y como armas de guerra perros amaestrados en la batalla de La Vega Real. La Isabela, era por tanto, el enclave básico para la acción de conquista, y desde ella fueron planeadas, luego de las exploraciones, las fortalezas que atravesarían de norte a sur la misma, puntos fundamentales para la defensa del proceso conquistador.

Sobre las exploraciones y su llegada a la isla de Santo Domingo y sobre la fundación de La Isabela escribió Colón desde el mismo lugar un "memorial" a los Reyes Católicos en el que hay importantes pormenores sobre los inicios del proceso de conquista, y en donde se sugiere ya la posibilidad de implantar la esclavitud, idea que

Colón oficializa desde el mismo momento en que crea poder sentir gobierno en la tierra conquistada. La comunicación entregada a Antonio Torres, quien había tomado ya buena cuenta de las costas y dibujado parte del trayecto costero del norte de la isla, está fechada el 30 de enero de 1494, cuando posiblemente la villa estaba siendo construida. En La Isabela Colón inició la preparación de los primeros "lenguas" o indios con capacidades de traducir del taíno al castellano o del macorix al castellano, y envía con Torres indios a España para estos menesteres. En el memorial la propuesta para el tráfico de esclavos es clara, cuando se refiere a los "canibales", sobre los cuales apunta que eliminada la costumbre de comer seres humanos "creemos que serán mejores que otros ningunos esclavos".

LOS PROBLEMAS DE LA IMPLANTACIÓN

La Isabela fue una experiencia traumática en el proceso inicial de conquista. Los Colón no eran buenos administradores y por ser extranjeros eran en parte rechazados por los españoles de la villa. Para los hijosdalgo y nobles los Colón eran advenedizos sin

aturna. En el viaje en el cual quedó fundada La Isabela participaron hidalgos que nunca habían trabajado, señores de la guerra, con mentalidad medieval que rechazaban el trabajo como algo oneroso. La falta de mujeres en la villa había también generado descontento, y desde temprano comenzó en La Isabela el proceso de mestizaje hispano-indígena.

MORTANDAD Y DESPOBLACIÓN

Uno de los momentos más tristes de la fundación fue la mortandad producida por una peste que diezmó notablemente la población mientras que casi simultáneamente un incendio destruyó casi las dos terceras partes de la aldea, y muchos de los habitantes que sobrevivieron el fenómeno, así como un buen número de desencantados comenzaron a exigir el retorno, por lo que gran parte de la población a final del año de implantación se había reducido significativamente. Las malas relaciones entre vecinos de clases sociales muy diferentes generaron pleitos y rencillas personales de las cuales la de Miguel Díaz con otro soldado trajo como consecuencia su escapada de la villa y su amancebamiento en la costa sur, cerca de la actual ciudad de Santo Domingo, con una india llamada Ozama, y nombrada Catalina, con quien procreó familia. El personaje fue uno de los que dieron a Bartolomé Colón las noticias sobre oro en la costa sur. Entre los rebeldes se nombra también a Gaspar Ferriz, ahorcado por orden de los Colón, y cuyos restos fueron hallados en las excavaciones arqueológicas con las manos atadas a la espalda y colocado boca abajo. La actual planta de la iglesia inicial al ser excavada por Fernando Luna Calderón mostró una gran cantidad de esqueletos que evidenciaron la mortandad en su impresionante magnitud. Según Calderón hubo simultaneidad en las muertes y los cadáveres fueron colocados en huecos tallados bajo el piso de la iglesia, constituido por la roca caliza del farallón, siendo cubiertos con cal viva para evitar el mal olor. Los arqueólogos que trabajaron el piso de la iglesia consideran que las epidemias fueron tan violentas como consecutivas. Para muchos el manglar produjo, con sus miasmas, importantes efectos en la salud de los habitantes. Las infecciones debieron mermar grandemente la resistencia a las enfermedades, pero también son muchos los que opinan que entre los tantos animales traídos en el viaje, especialmente cerdos, algunas enfermedades (como la llamada fiebre swina), debieron ser fatales para una población sin medicinas, sin médi-

cos, sin hospitales, y superviviendo en un punto distante de Europa, sin esperanzas de ver crecer el proyecto ideado por Cristóbal Colón. Otros investigadores no dejan de suponer la posible presencia de paludismo en la zona, aunque sobre el particular no existen realmente pruebas que pudieran considerarse evidencias. Estudios antropomédicos parecen estar de acuerdo en que la mala alimentación fue también un factor importante que produjo bajas defensas biológicas en una población siempre en estado de estrés. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, que al parecer encontró el eco del desastre aun varios años después, señalaba que "el hedor era grande y pestífero" en el momento de la mortandad, la cual parecía más que nada epidémica. Parte de la crónica asegura que al final los indios se negaron a seguir entregando alimentos a los españoles y no sembraban ni cosechaban porque consideraban que sus tierras habían sido ocupadas. La historiadora Consuelo Varola apunta con justeza que "no es difícil imaginar el aspecto que la ciudad presentaba: hambre, enfermedad, muerte, casas destruidas, pillaje, y una consiguiente desmoralización de la gente que soñaba con una rápida vuelta a Castilla".

LOS EFECTOS DEL NUEVO ECOSISTEMA

La villa de La Isabela, era por tanto, un reto ante una ecología nueva en la cual los cultivos hispánicos fracasaban. El medioambiente cálido, pantanoso, miásmico, y la humedad creciente afectaban la vida humana. A pesar del trigo, de la vid, de los olivos y de otras plantas que se intentaron reproducir, los españoles debieron ir adaptándose al uso de los alimentos aborígenes. Era cuestión de vida o muerte. Durante el segundo viaje colombino se perdió gran parte del vino, y el pan bizcocho alcanzaba gran deterioro, posiblemente llenándose de hongos. La intención de cosechas locales de frutos europeos y la planificación ingenua de una producción a corto plazo se fue a pique, y muy pronto la vida tomó otro rumbo y la dependencia de las manufacturas hispánicas perdió su sentido.

Sobre este particular hay algunos pormenores importantes y sobre los cuales se dice o se ha dicho muy poco. El primero de ellos es el respaldo que el cacique Guacanagarix dió a los españoles que vivieron los años de La Isabela. Guacanagarix era el cacique que gobernaba la costa norte por donde encalló Colón en su primer viaje en la navidad de 1492. Fue el cacique que hizo acuerdos de ayuda mutua con el Almirante, y el que no se atrevió ya en el segundo

viaje a dar la noticia de que sus propios habitantes tuvieron que participar posiblemente en la quema, destrucción y arrasamiento del fuerte de La Navidad y sus habitantes. Era posible que los acuerdos tribales entre Guacanagarix y Caonabo, el mayor jefe indígena de la isla, le obligaran a tomar parte en el ataque. Sin embargo Guacanagarix asistió y ayudó a la población de La Isabela posteriormente, y es muy seguro que su gente suministrara por mucho tiempo pan casabe y alimentos, por lo que se puede inferir de algunas crónicas. Cuando desaparece La Isabela, la imagen del cacique se diluye, y ni siquiera aparece referida a los posteriores repartimientos de indios ni a las encomiendas.

ARQUEOLOGÍA COMO HISTORIA

Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en diversas épocas por Emile de Boyne Moya, Elpidio Ortega, J. M. Goggins, José G. Guerrero, Fernando Luna Calderón, Marcio Velázquez Maggolo, Kathrin Deegan y J. M. Cruxent, entre otros, revelan que los grupos indígenas de la zona colaboraron inicialmente con los españoles en la construcción de la villa. Los restos arqueológicos de alfarerías indígenas en el lugar de la fundación se concentran en dos tipos de cerámicas de uso cotidiano: una llamada taina o de estilo Boca Chica y la otra llamada macorix o de estilo meillac. Macorijes y tainos habían llegado a acuerdos en algunos puntos de la isla de Santo Domingo, y en lugares del occidente de Haití, como el sitio de Bois Neuf, por ejemplo, trabajado por los arqueólogos J. Ortiz Aguila y F. Rainey. Ellos informan acerca de cómo las alfarerías aparecen juntas, unidas, lo que habla de una convivencia de etnias diferentes en un tiempo simultáneo. En la villa de La Isabela pasa lo mismo. Los españoles no sólo usaron las vajillas, platos, ollas e instrumentos traídos desde los puertos del sur de España, sino que en las crisis más profundas de la villa —desde 1494 al 1496— tuvieron que usar ya de la dieta indígena, utilizaron los utensilios del indio, y aceptaron poco a poco modelos productivos agrícolas locales como los llamados conucos, sitios de sembradío que se



Fig. 2. *Stana della inventione delle nuove insule di Chariana indiana tracte duna pistola di Xpolano Colombo...* (Carta de Colón). Roma, 1493.

hicieron importantes en todo el valle del río Bajabonico, cuya desembocadura, entonces diferente de la actual, se desplazaba a pocos metros de la nueva villa. Es evidente que hubo hornos para quemar cerámica y que el trabajo en madera fue un elemento fundamental en la villa, por cuanto como se sabe en un momento se construyeron barcas y carabelas para uso local. La crónica cita que cuando la ciudad quedaba despoblada y se trasladaron hacia la nueva fundación de Santo Domingo los sobrevivientes, dicho traslado se hizo en una carabela fabricada en La Isabela en 1495.

REBELIONES Y DECADENCIA

Las rebeliones contra los Colón fueron varias, la más importante fue la encabezada por Francisco Roldán, alcalde mayor de La Isabela, pero también otros nobles y personajes políticos estuvieron en desacuerdo y conspiraron contra el Almirante y sus hermanos. El propio Alonso de Ojeda, quien capturara en los días iniciales de la conquista al cacique Caonabo, llevándolo prisionero a La

Isabela, mostró su desprecio por los Colón, y muy especialmente por Bartolomé. Mientras tanto la fiebre del oro se desplazaba hacia el sur de la isla, y la aparición de minas en la costa sur, en Haina, planteaba ya una solución nueva a la situación política de la isla. Cristóbal Colón abandona La Isabela en 1496 para sólo retomar ya a la recién fundada ciudad de Santo Domingo en su tercer viaje (1498). Sus hermanos tenían el mando de la empresa. Mientras el Almirante estuvo fuera las crisis políticas y de todo tipo se incrementaron. Bartolomé no era un político sino un ejecutor, y en tal sentido sus soluciones drásticas dieron al traste con algunos acuerdos con los indios, diezmos desde 1494 por el propio Colón, por el apresamiento de algunos de sus líderes como Caonabo, y por la presión que puso Roldán, el alcalde mayor rebelado, quien se había hecho fuerte en la parte occidental de la isla en donde sus hombres se mezclaron con las sociedades indígenas y adquirieron poder a través del mestizaje. Bartolomé Colón inició los repartimientos de indios, modelo casi esclavista, y forzó los pro-

cesos impositivos en oro y algodón; pero también obligó a las poblaciones indígenas a una mayor producción de alimentos para los pocos españoles que sobrevivían en la isla. Cada Indio repartido debería producir una cantidad establecida de casabe, lo que implicaba un trabajo agrícola agotador y una ruptura de la propia dieta aborigen, puesto que lo producido, incluida la cacería de hutías, iba casi todo a las arcas del conquistador y sus seguidores.

La Isabela fue abandonada a partir de 1496. Cuando en 1498 se reparten los españoles en los diversos fuertes erigidos durante el período, el número de europeos en la isla era de unos trescientos, la mitad de ellos enfermos. La villa fundada por Colón fracasaba como punto de implantación. La ciudad de Santo Domingo, fundada entre 1497 y 1498, se constituía en la sustituta de La Isabela; según fray Bartolomé de las Casas el Almirante hubiera querido llamarla Isabela Nueva, pero en todos los documentos a partir de las cartas que Colón escribe desde allí cuando retorna a la isla en 1498, usa el nombre de Santo Domingo, el que según algunos le dio Bartolomé en honor de su padre.

LA VILLA DE LOS FANTASMAS

Desde la misma época de su despoblamiento las leyendas sobre muertos de camino, fantasmas y celajes cubrieron el recuerdo de La Isabela. Ya sabemos que la zona fue usada por piratas desde la misma mitad del siglo XVI; algunos como John Hawkins vendieron africanos cerca de sus costas; bandoleros de muchas épocas se ocultaron en aquellos parajes. Cuando en 1605-1606 el gobernador Antonio Osorio, durante el reinado de Felipe II, quema y arrasa las ciudades de la costa norte de la isla para evitar el contrabando y el comercio con los protestantes, piratas, filibusteros y bucaneros de la isla Tortuga, el sector en donde había sido erigida La Isabela se transforma en un punto perdido durante siglos, por lo tanto en zona de contrabandos y vida bucanera y filibustera. Los nuevos pobladores, que debido al abandono de la costa norte se hicieron fuertes en la isla de La Tortuga, recorrieron esos litorales cazando animales silvestres, abandonados al momento de las devastaciones hechas por Osorio, y usando sus playas para negocios de todo tipo en los cuales participaban las propias autoridades de la colonia española. El recuerdo de La Isabela resultaba sombrío para los habitantes de la isla. La leyenda recogida por el padre Las Casas pocos años después del abandono de la villa y mucho antes de "las devastaciones" de Osorio, habla de caballeros sin cabeza recorrien-

do, vestidos a la usanza de los nobles, los senderos de la pequeña villa abandonada. Traían tocados sobre el rostro, y cuando saludaban quitándose el sombrero, los transeúntes veían los cuerpos sin cabeza haciendo gala de su educación cortesana.

Desde entonces fantasmas sin cabeza recorren las apartadas zonas rurales del país. Son los penitentes fantasmas coloniales, espíritus de hidalgos de mucha alcurnia que encontraron la muerte en las pestilencias irrespirables y en las rebeliones; ellos resucitan todavía cada 6 de enero en aquellos lugares en donde se inició la conquista de América, buscando la primera misa cantada por el padre Boil. Con su muerte sellaron los primeros procesos de adaptación europea, las primeras fundaciones híbridas, las primeras dietas mezcla de lo europeo y lo antillano. De algún modo, iniciaron una sociedad americana que terminó siendo diferente de la indígena, la española y la africana presente ya desde principios del siglo XVI en la isla de Santo Domingo con los primeros esclavos domésticos y posteriormente con los traídos directamente desde África.

La Isabela, un hito experimental de la conquista, al consolidarse, consolidó las posibilidades de posesión. Si al fracaso del fuerte de La Navidad en 1492 hubiese seguido el de la extinción humana total en La Isabela, quizás la conquista de América hubiese tenido otros lineamientos. Pero nuevas villas, nuevos espacios, adaptaciones nuevas a un mundo nuevo, generaron valores de supervivencia nuevos, y desde entonces, los que visitaron la América isleña, ya no fueron rígidamente hispanos, pero tampoco completamente indígenas o básicamente africanos. El proceso de hibridación y las nuevas relaciones sociales inauguradas, dieron paso a los primeros asomos de una sociedad criolla que resultó fundamental, luego, para el surgimiento de una cultura, o de culturas americanas, con personalidad propia y con modelos vitales diferentes de los originarios.

UNA CIUDAD IMAGINADA

Es indudable que La Isabela fue una aldea y que jamás tuvo características de urbe, pese a las entusiastas descripciones de algunos cronistas como el propio Scillacio o Guillermo Corna, ya que desde finales de 1493 a 1498, el tiempo no resultaba propicio ni suficiente para el levantamiento y término de una gran urbe, y mucho menos cuando su población moría, estaba enferma, y el incendio y la lucha contra una naturaleza extraña que no respondía.

eran los enemigos de la población misma. El entorno biológico e histórico hicieron pasto de la creación de Cristóbal Colón.

EL CICLO DE LOS OLVIDOS

La Isabela entró en el ciclo del olvido en el mismo momento en que fue abandonada. Muchos de sus restos arqueológicos fueron saqueados. Cuando los gobiernos de Trujillo hicieron una "limpieza" con palas mecánicas fueron arrasados y se perdieron elementos importantes de la arqueología del lugar. Coleccionistas regionales cargaron con algunos festigos arqueológicos que adornan aún colecciones privadas. Los más recientes trabajos de investigación hablan de una villa pobre, con alfares muy rústicos y decadente desde sus primeras evidencias vitales. De todos modos por La Isabela entraron las primeras oleadas de la cultura europea en América, se intentaron las primeras adaptaciones agrícolas, entre las que se cuenta el cultivo del plátano, la caña de azúcar y otros, pero también La Isabela fue el laboratorio para una nueva modalidad cultural en la que los españoles y otros europeos se vieron obligados a un proceso de adaptación que los colocó en el camino de ser criollos, porque no fueron ya españoles ni europeos desde el momento en que tuvieron que abandonar sus valores de supervivencia y en muchos casos quedarse para siempre de este lado del mar. Entonces aprendieron un sistema de vida que nada tenía que ver con el de origen. El mestizaje iniciaba, en lo biológico y en lo cultural, nuevos caminos para poblaciones que en poco tiempo se diferenciaron de los modelos originarios. La tragedia de La Isabela floreció en leyendas, en nuevas concepciones del mundo americano, y aunque marcó para siempre el corazón de muchos ilusos, cambió la visión paradisiaca que de América tuvieron los primeros europeos, y forjaron nuevas modalidades de expansión.

BIBLIOGRAFÍA

- Arranz, Luis (1979): *Emigración española a Indias. Poblamiento y desdoblamiento de las Antillas*. Valladolid, Fundación García Arévalo, Ediciones Amigo del Hogar.
- Boyrie Moya, Emilio de (1960): *Cinco años de arqueología dominicana*. Universidad de Santo Domingo.
- Las Casas, Fray Bartolomé de: *Historia de Indias*.
- Crosby, Alfred W. (1988): "Agriculture influence of America in Europe". Texas University, Mimeo.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo (1959): *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, Rivadeneyra, Biblioteca de autores españoles.

- García, José Gabriel (1968): *Compendio de historia de Santo Domingo*. Reedición, Santo Domingo, Publicaciones Ahora.
- Guerrero, José G. y Elpidio Ortega (1983): "La Isabela. Primera ciudad del Nuevo Mundo" en *Suplemento cultural Isla Abierta del Período*. Hoy, noviembre.
- Guerrero, José G. y Marcio Valoz Maggiolo (1988): *Los Inicios de la colonización en América*. San Pedro de Macoris, Universidad Central de Este, Serie V Centenario, Universidad Católica Madre y Maestra, Editora Amigo del Hogar, Santo Domingo.
- Luna Calderón, Fernando (1986): "El cementerio de La Isabela, primera villa europea del Nuevo Mundo". Texto presentado en 1ra. Jornada de Antropología, Museo del Hombre Dominicano.
- Moya Pons, Frank (1975): "Datos para el estudio de la demografía aborigen en Santo Domingo" (mimeo). Museo del Hombre Dominicano.
- Ramos, Demetrio (s/f): *El conflicto de las lanzas pinetas*. Valladolid, España, Ediciones de la Fundación García Arévalo.
- Scillacio, Nicolás (1875): *Sobre las Indias del Mar Meridional e Indiscovery descubierta. (Niccolò Scillacio e le sue relazioni sulla scoperta del Nuovo Continente)*. Modena.
- Varela, Consuelo (1984): *Cristóbal Colón. Textos y documentos completos*. Alianza Editorial.
- _____ (1988): "La Isabela. Vida y ocaso de una ciudad efímera" (inédito). Ponencia presentada en el seminario Encuentro de Dos Mundos, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, R. D.
- Walter Palm, E. (1955): *Los monumentos arquitectónicos de La Española*. Ediciones de la Universidad de Santo Domingo.



De un pajaro con grabado antropomorfo proveniente de la colección Juan Cruz Capote, Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente.

Te reportamos

ESTÉTICA Y ARQUEOLOGÍA: DIFICULTADES Y PROBLEMAS

CÉSAR VELANDIA JAGUA



De un ídolo antropomorfo en madera. Museo de Arqueología de la Universidad de Oregón.

El autor es director del Museo Antropológico de la Universidad de Tolima, Ibagué, Colombia.

INCITACIÓN AL TEMA

Uno de los obstáculos más incisivo que enfrenta el análisis arqueológico para manejar una información de la cual se presume que tiene un valor significativo, como sería el caso de los restos de una cultura que, aparte de su "otredad" se encuentra históricamente en el pasado, estriba en la posibilidad de entenderla en su dimensión estética. Esto ocurre porque el común de los arqueólogos, formados en la tradición positivista de la antropología, han eludido estos tremedales teóricos so pretexto de su impertinencia como tema para una perspectiva científica. "El motivo del desinterés en cuestiones estéticas es ese miedo institucionalizado que tiene la ciencia ante lo inseguro y discutible, pero no el miedo del provincianismo ni del abandono de los planteamientos muy por detrás de los temas a que llenden [...]" (Adorno 1980: 432).

Considero, por el contrario, que es imprescindible el abordaje de los objetos culturales y de su contexto en el registro arqueológico desde una perspectiva de lo estético o, más claramente, desde una reflexión donde la condición estética de las producciones culturales sea por lo menos tratable con algún nivel de objetivación. Para ello se requiere precisar una noción crítica de nuestros esquemas mentales, pues de dicha comprensión dependen los conceptos necesarios para la aproximación de una interpretación de las iconografías prehispánicas.

LA CONDICIÓN ESTÉTICA DEL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

Al intentar hacer una lectura de la situación aparecen dos referentes: Uno, la condición estética de los objetos puestos en discusión y que hacen parte del registro arqueológico y dos, la postura crítica de quien intenta dicha lectura. En el primer caso la discusión sería si el objeto en cuestión es o no producido mediante un proceso que le confirió tal carácter y en el segundo, desde qué

criterios se definen las categorías de lo estético o, cómo es que se define a alguna cosa como estética. Esta situación conduce a la discusión sobre la categoría de lo estético y de cómo se producen los hechos de cultura que se designan como estéticos.

Para los efectos de esta exposición sería impertinente abordar un debate entre las distintas aproximaciones filosóficas del arte o de la teoría estética que, aparte de exponer la diversidad de criterios en pugna, al final me llevaría de todas maneras a preguntar de qué manera voy a asumir una perspectiva al respecto. De tal suerte, prefiero empezar por aquí y la tarea será, entonces, definir de qué modo entiendo y asumo un concepto de lo estético.

La noción más elemental de la que podría partir, me remite al origen mismo del término que, según Adolfo Sánchez Vásquez, se debe al filósofo alemán Alexander Baumgarten, quien hacia mediados del siglo dieciocho “construye la primera teoría estética sistemática a la que da, también por primera vez el nombre de Estética (del griego *aisthesis*, que significa literalmente ‘sensación’, ‘percepción sensible’” (Sánchez Vásquez 1992: 26). Esta noción se encuentra en la base de la más primaria relación del hombre con su entorno natural y social y en su sentido más simple supone el medio de contacto entre el hombre y el resto de la naturaleza.

Dicha condición de ser, en tanto parte de la naturaleza, “seres naturales, sensoriales-sensitivos” (Márkus 1974: 8), es común al hombre y las demás formas animales pues supone la posibilidad misma de la supervivencia. Es la percepción sensible del entorno lo que permite a los seres vivos dar una respuesta apropiada a las contradicciones que se plantean entre cada uno y su condición natural, es decir, lo que le permite definir a cada especie, a cada espécimen, el modo de su actividad vital. Pero es “evidente” —para el sentido común—, que el hombre es diferente del resto de los animales. Sin embargo, esa diferencia no es realmente tan evidente, en el sentido de que esté perfectamente comprendido el cómo de la misma. Veamos por qué:

György Márkus, en su célebre trabajo sobre la concepción filosófica del ser humano en la obra de Karl Marx, inicia su análisis del concepto de “el hombre como ser natural universal” de la siguiente manera:

El punto de partida de las investigaciones marxianas es la convicción materialista-naturalista de que “el hombre es una parte de la naturaleza” [Marx 1968: 111], esto es, un ser na-

tural material, sensorial-sensitivo, originado como tal a consecuencia de determinados procesos naturales inconscientes. Se trata, naturalmente, de un ser natural vivo, que puede subsistir por su constante intercambio o metabolismo con la naturaleza; el hombre asegura ese intercambio mediante su propia actividad vital: es un *ser natural activo*. (Márkus 1974: 8).

Esta característica de ser un ente natural activo puede predicarse de cualquier forma animal pues en rigor es el modo de la actividad lo que define el ser específico de cada especie. Así hay un *modo de actividad-ornitorrinco* que al tiempo que especifica al ornitorrinco como tal, lo diferencia del platelminto el cual a su vez, está especificado como tal, por su *modo de actividad-platelminto*. Es por esto que Márkus prosigue argumentando: “La naturaleza y la causa de la diferencia entre el hombre y el animal radican en la diversidad de sus respectivas actividades vitales [...] Lo que ante todo distingue al hombre del animal es una específica actividad vital, la cual constituye su más propia esencia. La actividad vital del hombre es el trabajo” (Márkus 1974: 9,10).

A partir del concepto elaborado por Marx sobre el trabajo, se ha generalizado una explicación, debida sobre todo a la difusión escolar, en la cual se incurre en una simplificación o, mejor, simplismo pedagógico, cuando se recita a los estudiantes que “el hombre, por medio del trabajo, transforma la naturaleza y la pone a su servicio” (Nikitin 1975:12). La obvia reducción del concepto marxista adquiere un tinte metafísico cuando reduce el trabajo a una mediación mecánica entre el hombre “...y...” la naturaleza de manera que, inevitablemente, el hombre queda afuera de la naturaleza; pues, por lo contrario, y como ya advertí, la noción de Marx se origina en la noción de que “el hombre es una parte de la naturaleza”. La dificultad estriba en cómo explicar que al mismo tiempo que el hombre es “parte de la naturaleza”, es diferente de ella es decir, que la explicación incluya la contradicción.

Al respecto, Marx explicita que “el trabajo es [...] un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en el cual el hombre media, regula y controla por su propia acción su metabolismo con la naturaleza” (Marx 1959: T.1, 130). Un concepto por demás lejano de la lección escolar antes aludida, pues en ninguna parte Marx ha dicho otra cosa. Por el contrario, todas las referencias a dicha relación (entre el hombre y la naturaleza) insisten en que es el

resultado de un proceso:

El trabajo, la producción, acarrea no sólo la apropiación de la cosa por el hombre, sino también la objetivación de la actividad, del sujeto activo: en el producto, el trabajo está "objetivado y el objeto está trabajado. Lo que por el lado del trabajador aparecía en la forma de la agitación, aparece ahora, por el lado del producto, como propiedad en reposo, en la forma del ser" (Marx 1959: T.I, 133).

Dicho de otro modo y, atendiendo más a las conectivas generadas por el proceso (metabolismo, lo llama Marx) entre el hombre y el resto de la naturaleza, que entre la naturaleza como objeto y el hombre como sujeto del proceso, lo que en definitiva transforma el hombre mediante el proceso del trabajo es el modo de la relación (entre él y el resto de la naturaleza) en que se halla (objetivamente) en un determinado momento de su historia. Esto significa que en cada momento los hombres se encuentran condicionados y determinados por unas específicas relaciones (objetivas y subjetivas) producidas entre ellos y entre ellos y el resto de la naturaleza; de tal suerte que en cada momento existe un modo específico de dichas relaciones. Este modo específico es el que es transformado mediante los procesos del trabajo social para generar unas condiciones que posibilitan la transformación de la sociedad de un modo determinado. "Los hombres tienen historia porque tienen que producir su vida, y la tienen que producir de un modo determinado" (Marx 1970: 31).

Más enfáticamente, lo que en rigor se transforma por medio del trabajo no es la naturaleza sino el modo como los hombres (en un determinado momento de la historia) se encuentran articulados o, mejor, relacionados con el resto de la naturaleza. Lo que se cambia o se altera es el modo de la relación y no (mecánicamente) los referentes de la relación (hombre "... y ..." naturaleza). De esta manera el "... y ..." de la explicación escolar desaparece puesto que los hombres no pueden ser entendidos, ahora, sino como parte de la naturaleza, según el predicamento de Marx. Como consecuencia de esta transformación la naturaleza, afuera del hombre (pues de todas maneras puede haber una naturaleza sin el hombre), se encontrará "también" transformada pero no de manera natural, sino como naturaleza humanizada, no ya como consecuencia del proceso de la historia natural sino como efecto del proceso de la historia humana.

Que el hombre degrade la naturaleza o incluso la destruya (y con ello sus propias condiciones de supervivencia) no es una con-

secuencia directa de esta relación ni de la esencia misma del hombre, el trabajo, sino del desarrollo de prácticas económicas y políticas irracionales que tienen que ver, más con la forma como se comprende el modo de la relación del hombre con el resto de la naturaleza, que con el modo mismo de los procesos de transformación. El modo de las relaciones entre los hombres y entre estos y el resto de la naturaleza, en cada momento determinado, es lo que constituye, en rigor, la naturaleza humana. Esto quiere decir que en cada momento de la historia, cada pueblo, cada comunidad humana, tiene una forma particular de articularse con el resto de la naturaleza pues tiene una forma también específica de producir su propia existencia social.

El trabajo, como actividad vital del hombre y que en esencia lo define como ser natural humano, es un proceso de apropiación práctica de sus condiciones materiales de existencia que se construye a partir de la forma como los hombres se relacionan sensiblemente con su entorno. Esta relación la entiendo como una manera de apropiación sobre la que se construyen todos los procesos de abstracción de la realidad, por lo tanto es una forma del conocimiento. De tal suerte, la "relación estética" del hombre con la realidad más elemental que pueda producirse es, de hecho, una relación de conocimiento en cuanto la conciencia del entorno físico, natural, no es posible sino mediante la acción (consciente o inconsciente) de las extensiones sensoriales (cinco o más sentidos) que permiten su percepción y luego su transformación, sensible *conditio sine qua non*, su aprehensión gnoseológica. Dicha apropiación estética es histórica en tanto que las relaciones sociales se desarrollan para producir unas nuevas relaciones y una nueva objetivación del mundo y por lo tanto se generan modificaciones de la manera como es apropiada estéticamente la realidad en un momento dado.

En la medida en que esta forma peculiar de instalarse en una realidad y al mismo tiempo de construir una conciencia de ella, es el principio mismo del ser del hombre, la aproximación estética de dicha realidad no sólo es imprescindible para la confirmación de las fuerzas de su ser social, sino una condición de toda vida en sociedad, al punto que esta se caracteriza en la vida cotidiana como vivencias estéticas.

La actitud estética produce en el hombre vivencias estéticas [...] La actitud estética hacia la realidad no se manifiesta sólo

en las vivencias sino también en la actividad creadora del hombre, en la fabricación de objetos de uso diario, en el arreglo del medio que lo rodea, del vestir, de la alimentación. En todos estos campos tratamos de aplicar nuestra idea de la belleza ("medida estética"), que puede manifestarse como orden o regularidad—simetría, armonía de formas, sonidos, colores, ritmo— pero también como alteración de la regularidad (Bell 1983: 31-32).

De esta manera, puedo distinguir dos instancias de la estética. Una, que tiene que ver con los contenidos y perspectivas con que los individuos sociales asumen (sensitiva e intelectivamente) el modo de sus relaciones y otra, la que reflexiona sobre el modo y la cualidad de sus construcciones mentales. Así como LA HISTORIA, habla de LA HISTORIA, puedo decir que LA ESTÉTICA habla de LA ESTÉTICA. Es decir, que la estética no es sólo una construcción intelectual que reflexiona sobre su objeto, lo estético, sino que este, la "cosa" estética, es objetivable como un hecho. Para lo cual propongo la distinción (igual que de la historia) entre una *aesthetica res gestae* y una *aesthetica rerum gestarum*.

Esta distinción se basa en la concepción filosófica, implícita o explícita, que acepta dos órdenes distintos de cosas: por una parte, la realidad que existe fuera e independientemente de cualquier espíritu cognoscente; por otra, el pensamiento relativo a dicha realidad. Solamente en el contexto de esta concepción y de esta distinción se plantean los múltiples problemas de la teoría del conocimiento que [...] también son válidos para la teoría de la historia (Schaff 1974: 156).

Y por las mismas razones, también válidos para una teoría de la estética. La distinción y la relación que he planteado entre los procesos de percepción y conocimiento de la realidad permiten adoptar un criterio para abordar los hechos de cultura que componen el registro arqueológico pues se requiere antes que ningún otro paso, poner la suficiente distancia entre nuestra perspectiva estética y los objetos (estéticos) de la cultura material ajena, puestos en nuestra mesa de disecciones. Y también avanzar un tanto en la conjetura sobre los contenidos o significaciones del discurso de que hacían parte.

Al llegar aquí pienso que al menos tengo algunas precisiones para afilar las herramientas con las cuales puedo intentar la disec-

ción de la información en el registro arqueológico; sin embargo, aún resta por aclarar algunas nociones que tienen que ver ya no con el concepto desde el que se habrán de enfocar los restos y pedazos del registro que se investiga, sino más bien con los puntos de vista dominantes, en este comienzo de otro siglo, acerca de lo estético y el arte en nuestra sociedad y (ya veremos por qué), de la manera como esta visión particular afecta la perspectiva del enfoque que pretendemos sobre las cosas de las sociedades aborígenes.

Para la mayor parte de los teóricos del arte contemporáneo, el arte ha terminado por definirse de acuerdo con una forma particular suya, la pintura, y dentro de esta, la pintura de caballete. Después de la "crisis de las vanguardias", que desde los tiempos del impresionismo trataron una tras otra de abrir un espectro plural del arte, finalmente se impuso la dictadura del mercado y por lo tanto se generalizó el gusto y la perspectiva burgueses que asumieron el riesgo de parecer modernos, a tal punto que la noción general del público, bajo el control de los *mass media*, entiende el arte como cosa para mirar y la obra de arte como cosa para colgar sobre una pared. Una y otra nociones han generalizado la idea de que la función y finalidad del arte estriban en la posibilidad de que la obra pueda ser "contemplada".

Si la visión estética es una manifestación de la contemplación, y si la contemplación es un modo básico de la conciencia, podemos concluir que la percepción estética es, al menos potencialmente, universal. Cualquier sociedad puede desarrollar un enfoque estético sobre los objetos naturales y artificiales (Maquet 1999: 87).

Esto del arte como contemplación, se me antoja una reducción flagrante de un concepto más libertario, universal y diverso del arte, a este concepto habíamos llegado luego de muchos debates en los años setenta y en particular de la mano del maestro mexicano Adolfo Sánchez Vásquez, de quien recogimos la noción de que el arte no podía definirse ni por una forma suya particular (pintura o escultura u otra...) ni por una tendencia histórica en especial (impresionismo, realismo, etc.) so pena de cerrar lo que de suyo debía ser abierto o reducir lo que debía ser diverso.

El concepto del arte ha de ser abierto porque la realidad artística—como creación— está siempre abierta. Es decir, la apertura—entendida como proceso constante de crea-

ción, de aparición de nuevos movimientos, corrientes, estilos, y de nuevos productos artísticos, únicos e irrepetibles— está en la esencia misma del arte (Sánchez Vásquez 1984: 40).

De tal manera que en una definición del arte no podría asumirse ni el carácter esencial que podría tener el arte de una época dada, ni una manifestación particular suya. Sin embargo, veinte años después (como en una novela de Dumas), encuentro que el maestro ha variado su punto de vista tantas veces argumentado.

Así, en una de sus obras últimas (Sánchez Vásquez 1992), esgrime como noción conductora de su nueva postura teórica, el concepto de que el arte, o mejor, la obra de arte, tiene como función y finalidad la contemplación y que la noción de la estética es un hecho de la modernidad; vale decir, que reasume las nociones básicas que fundamentaron el desarrollo del arte burgués bajo la égida del capitalismo, contra las que tantas y duras batallas había ganado. No de otra manera entiendo esta reducción del arte a una forma singular suya, las artes visuales, y que la noción de la estética, que habíamos entendido como diferenciada de la noción del arte, aparezca ahora como una identidad.

En este sitio no me interesa romper lanzas en un debate sobre la modernidad, ni dirimir si la estética es un producto suyo o no. Lo que me llama la atención es que el maestro haya acudido, para distinguir los términos de su argumentación, a poner como referentes la imagen de un toro embistiendo contra una pared de las cavernas de Altamira, una pila bautismal del siglo XVI y la efigie de “nuestra señora, la de la falda de serpientes”, la Coatlicue, de los cuales se pregunta: “¿Cómo han podido producirse sin finalidad estética objetos que, sin embargo, funcionan para nosotros estéticamente?” (Sánchez Vásquez 1992: 95 ss); a partir de la consideración de dos hechos: “primero, que ciertos productos del trabajo humano (pintura rupestre de Altamira, pila bautismal belga, escultura azteca) no fueron producidos para que funcionaran estéticamente; y segundo, que estos objetos, así producidos, funcionan hoy estéticamente” (Sánchez Vásquez 1992: 96).

Esta argumentación se encuentra desdoblada en dos argumentos: Uno, la condición de la intencionalidad para ser arte y dos, el supuesto de que las características estéticas esenciales de las obras de arte determinan su valoración independientemente del tiempo, el espacio y el contexto de las sociedades que las generan y de la que los “contempla” o, mejor, usufructúa. Pero lo que

me sorprende es la pregunta sobre: “¿Cómo han podido producirse sin finalidad estética? [...]” (el toro, la pila y la Coatlicue). Porque yo pregunto ahora: ¿Es acaso posible no ser estético? Tal vez sea posible no ser artista pues el arte, todo arte, independientemente de su finalidad o de los propósitos del artista, supone una función estética pero todo lo estético no es necesariamente arte. Para vivir la más elemental cotidianidad no puedo no ser estético, pero sí, no ser artista. ¿Y acaso, también, la finalidad sagrada o mágica o mitopoética niega la función estética?

En el primer caso del argumento, se ha invertido el criterio dominante hasta hace algunos años de que el carácter de obra de arte estaba determinado por la intencionalidad del artista. De esta manera quedaba por fuera de dicha connotación todo el arte no occidental y buena parte del arte europeo ya que hasta el advenimiento del Renacimiento la casi totalidad de las obras eran producidas con una intencionalidad religiosa, como iconos sagrados, destinados a las latrías o veneraciones de los santos y profetas de la tradición cristiana, como en el caso citado de la pila bautismal. Al desposeerlas de la categoría de obras de arte se las desposeía también de su valoración estética, dando paso a la superposición de las valoraciones estéticas de las sociedades burguesas europeas, primero y del primer mundo, después, en su expansión colonialista. “No se les destina [plegarias bordadas para ser enviadas al cielo con una flecha] a ser obras de arte sino simples representaciones que tienen un fin temporal; de aquí el desprecio por la forma y por la exactitud en la fabricación” (Boas 1947: 73).

Ahora, ya no se habla de si las obras tuvieron una intención artística sino estética y ante la dificultad para definir el modo y el sentido de una estética de los restos arqueológicos, la pregunta se desplaza también hacia una suerte de inmanencia que, justificaría la relectura que podamos hacer a sus expensas y se produce entonces el segundo caso, o sentido desdoblado.

Si asumimos la perspectiva del Sánchez Vásquez de los años setenta, se impondría entonces la noción de que independientemente de la intencionalidad estética los restos de las sociedades prehispánicas fueron hechos desde una perspectiva estética, *conditio sine qua non*, su producción social y esencialmente como productos del trabajo. Ahora, que algunas de esas obras, como nuestra bienamada Coatlicue, sean obras de arte, es otra cosa. En primer lugar, porque la pregunta no se referirá al carácter artístico de la escultura sino más bien a qué llamamos obra de arte. Es decir,

que la definición que se haga de la Coatlicue o de los toros en las paredes de Altamira, o de las ideografías rupestres regadas por nuestra geografía será necesariamente una lectura desde el punto de vista intelectual de nuestra propia perspectiva estética. Así, a pesar de las intenciones pedagógicas y del cuidado de los curadores de las colecciones arqueológicas, la puesta en escena museográfica en nuestros museos occidentales es una puesta en valor desde los criterios y valoraciones culturales contemporáneos. Esta valoración adscrita al registro arqueológico es expresamente la atribución de un cambio de función de la cultura material.

Al respecto, considero que la refuncionalización estética que se ha hecho de los restos culturales del pasado de otras sociedades y que finalmente se las haya reconocido como obras de arte no depende tanto de las características intrínsecas de tales objetos como, más bien, de una transformación en las nociones de la cultura acaecida desde finales de siglo XIX, pero especialmente en el siglo XX. Esta transformación constituye en realidad una nueva mirada o una nueva manera de interpretar el pasado y en particular una manera distinta de interpretar los contenidos de las formas culturales exóticas. Así, los cacharros de cocina, las urnas funerarias o los objetos culturales una vez extraídos del contexto cultural depositado (en condiciones naturales, habrá que advertirlo), y colocados sobre un pedestal o dentro de una vitrina en un museo, han perdido las relaciones que los ataban aún, funcional y significativamente, con su pasado para inscribirse en un contexto completamente distinto y arbitrario pues, que sepamos, ninguno de tales objetos (aun si hubieran tenido una intención o función comunicativa como sospechamos de los petroglifos, por ejemplo), se hizo para establecer alguna relación con otro contexto cultural, es decir, ninguno estuvo destinado a ser leído o interpretado. Y aún suponiendo que la lectura que se hiciera de ellos, tuviera cierto valor como reconstrucción objetiva, de todas maneras habría sido hecha desde un cierto punto de vista cultural, sería de todos modos una lectura "interesada".

De tal manera, mientras no se investigue y se construya una estética prehispánica, la lectura estética que se haga de los restos y pedazos de otras culturas, y en especial si se trata de culturas con las cuales nuestra cultura tiene cierta relación contradictoria por cuanto heredamos también las culpas de la conquista, será una interpretación subjetivista desde el punto de vista es-

tético de la cultura a que pertenecemos. No conocemos el canon estético, ni siquiera hemos descubierto sus sistemas de medida y por lo tanto también desconocemos los principios en que se fundamenta la composición (relaciones llamadas de equilibrio, armonía, ritmo, etc. correspondientes en nuestro canon) de sus construcciones o artefactos.

Pero ordinariamente los intereses desde los que se miran los restos arqueológicos no son tan académicos ni tan intelectuales como a primera vista parece una pregunta por la calidad estética de los mismos. Existen intereses menos altruistas, como los que han ilustrado innumerables empresas de descubrimiento y rescate de lo que ahora se ha dado en reconocer como "patrimonio de la humanidad"; empresas escondidas cuando no amparadas por investigadores e instituciones antropológicas:

El control que el mundo occidental asumió sobre las artes de otros pueblos existe en varias dimensiones. Primero, [...] el ojo discernidor del observador occidental se ve muchas veces como si fuese el único medio por el cual un objeto etnográfico se pudiese elevar a la categoría de obra de arte; esto, en sí mismo, es por definición prerrogativa de un tremendo poder. Segundo, los coleccionistas y los museos actúan en gran medida de acuerdo con sus propias prioridades cuando utilizan tecnología occidental para rescatar el Arte Primitivo de la extinción física; deciden sobre la vida o la muerte de objetos hechos con materiales perecederos por pueblos cuyas propias prioridades representan, para los occidentales, poco más que un ingenuo desinterés por la necesidad de conservar su herencia para las generaciones futuras. Tercero, los conocedores occidentales se arrojan la tarea de interpretar el sentido y la significación de los objetos artísticos producidos por personas que, según sostienen, no están tan bien equipadas para desempeñar esta labor. Cuarto, estos mismos expertos utilizan, a discreción, los considerables recursos financieros y de comunicación con los que cuentan para adjudicar un reconocimiento artístico internacional a sus favoritos personales del "anónimo" mundo de las artesanías del Tercer Mundo. Y, por último, los miembros del mundo occidental son los que, también gracias a su acceso a la riqueza material y a las comunicaciones, se están haciendo cargo de determinar la naturaleza de la pro-

ducción artística prácticamente en todos los rincones del mundo, en las últimas décadas del siglo xx. En síntesis, los Occidentales han asumido la responsabilidad de la definición, conservación, interpretación, mercantilización y existencia de las artes del mundo (Price 1993: 98-99).

Se impone, entonces, considerar que si tenemos en cuenta el madrinazgo que la antropología ejerce en muchas partes sobre la arqueología por aquello de que "al no ser antropología no sería nada", ¿con qué mentalidad procede un arqueólogo ordinario al acceder a una información que no coincide con los modelos de sus tipologías estéticas acostumbradas? O, ¿qué puede esperarse de un arqueólogo que interpreta una producción cultural de la cual ni siquiera hay testigos que lloran el saqueo de que fueron víctimas?

PARA SALIR SIN CONCLUIR

Es temprano aún para una conclusión. Porque, no obstante que en los últimos años han aumentado las publicaciones que tratan de orillar el problema, los puntos de fondo no han sido tocados. Las escuelas de arqueología, particularmente en Sudamérica, siguen dependiendo de la tutoría teórica de la antropología y bajo el estigma de su impropiedad para una lectura positiva y por lo tanto científica, los artefactos ideográficos e iconográficos de las sociedades prehispánicas siguen abandonados al arbitrio de los entusiastas espontáneos que desde otros intereses (que incluso pueden estar bien intencionados) abundan en explicaciones de cajón y en estereotipos intelectuales que aparecen a menudo como "la explicación científica" sobre el tema. A este juego se ha prestado, desde otras justificaciones "teóricas" buena parte del post-procesualismo que en los últimos años ha encontrado su mejor respaldo ante las comunidades científicas en el post-modernismo, una especie de "lecho de Procusto" en el cual "todo cabe" porque "todo vale". Pero sus alardes teóricos no asumen en ningún momento ni una posición teórica coherente frente a las dificultades concretas ni frente a otras posiciones teóricas; sólo han abonado la dispersión de los problemas y el campo para la proliferación de soluciones "alternativas".

Sin embargo, a medida que se han ido decantando las ilusiones neoliberales y las ingenuidades post-modernistas, reaparece en las escuelas de arqueología el rigor necesario en la discusión

para la construcción de una teoría propia; y se retoman las conversaciones dejadas atrás entre los contendientes de dos posiciones (por lo menos) claramente definidas: el marxismo y el estructuralismo. Lo cual demuestra la inutilidad de las profecías milenaristas, pues ni se acabó la historia ni se murió el marxismo, ni están enterradas todavía otras tendencias del pensamiento contemporáneo que conforman el paradigma dominante.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W. (1980): *Teoría estética*. Madrid, Editorial Taurus.
- Bečić, Oldrich (1983): "El arte como modo de apropiación de la realidad" en *Introducción a la Teoría literaria*. La Habana, Editorial de Arte y Literatura.
- Boas, Franz (1947): *El arte primitivo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Márkus, György (1974): *Marxismo y "Antropología"*. Barcelona, Editorial Grijalbo.
- Marx, Karl (1959): *El Capital*. T. I, Trad. W. Roces, México, Fondo de Cultura Económica.
- _____ (1968): *Manuscritos: economía y filosofía*. Madrid, Alianza Editorial.
- _____ (1970): *La ideología alemana*. Trad. W. Roces, Barcelona, Editorial Grijalbo.
- Maquet, Jacques (1999): *La experiencia estética. La mirada de un antropólogo sobre el arte*. Madrid, Celeste Ediciones.
- Nikitin, Vladimir (1975): *Economía política*. Medellín, Editorial La Flor.
- Price, Sally (1993): *Arte primitivo en tierra civilizada*. México, Siglo XXI Editores.
- Sánchez Vásquez, Adolfo (1984): *Ensayos sobre arte y marxismo*. México, Editorial Grijalbo.
- _____ (1992): *Invitación a la estética*. México, Editorial Grijalbo.
- Schaff, Adam (1974): *Historia y verdad. Ensayo sobre la objetividad del conocimiento histórico*. México, Editorial Grijalbo.

DINÁMICAS DE INTERCAMBIO EN EL PUERTO RICO PREHISPÁNICO

RENIEL RODRÍGUEZ RAMOS



De un ídolo antropomorfo en cerámica.
Museo Indocubano Baní.

*El autor es arqueólogo en la Oficina Estatal
de Conservación Histórica de San Juan, Puerto Rico.*

INTRODUCCIÓN

El periodo prehispánico en Puerto Rico así como en el resto de las Antillas fue uno marcado por una multiplicidad de procesos que tuvieron como resultado el "mosaico cultural" (Trincado 1984; Wilson 2001) que está siendo documentado a través de numerosas investigaciones arqueológicas. Uno de los mecanismos sociales que puede proveernos una ventana a través de la cual podemos visualizar la complejidad socio-cultural que caracterizó el Caribe antes de la llegada de Colón lo son los patrones de intercambio. En el presente trabajo consideramos operacionalmente el intercambio como la transacción social a través de la cual se da un flujo de mercancías entre dos o más actores, que tiene como resultado la articulación de una dicotomía formal entre un ente productor y otro consumidor. En el presente caso, se considera como objeto de estudio la porción del proceso de intercambio que Karl Polanyi (1957) define como intercambio locacional, el cual se concentra en el movimiento físico de bienes entre dos o más segmentos geográficos. La delimitación de estos espacios transaccionales es lo que ha sido conceptualizado arqueológicamente bajo la herramienta heurística de "esferas de interacción" (Haviser 1991; Knippenberg 1999a; Rodríguez 2001).

La configuración geográfica del Caribe ofrece enormes ventajas para delinear este flujo de bienes debido al ordenamiento territorial lineal del arco antillano. De hecho, las ventajas que ofrece nuestro particular sistema de archipiélago como laboratorio para trabajar el asunto del intercambio concuerda con la valoración asignada por Irving Rouse (1986) al Caribe para teorizar sobre los procesos migratorios que se dieron a través de las islas.

En el contexto caribeño la lítica se perfila como uno de los indicadores de mayor resolución para la delimitación de esferas de intercambio debido, entre otras razones, a su alto grado de durabilidad en las condiciones tafonómicas adversas del ambiente tropical, que usualmente limitan la preservación de otros tipos de materiales. Además, debido al carácter estrictamente reductivo de

las actividades de manufactura asociadas a la lítica, se han identificado ciertos atributos que nos permiten hacer inferencias sobre la mecánica del tránsito de bienes pétreos y la valoración asignada a cada uno de los recursos tramitados. Por ejemplo, podemos inferir patrones de maximización diferencial entre diferentes tipos de materiales comparando variables como el porcentaje de corteza y el número de negativos de lascado presentes en la superficie dorsal de las lascas y en la superficie general de los núcleos. En otros casos, podemos determinar el estadio de reducción en que se exportaban ciertos productos, ya sea en su forma natural, preformas o como útiles terminados, brindándonos indicios sobre la constitución y el énfasis de los diferentes sistemas de intercambio.

Dentro de este marco interpretativo, en el caso de la manufactura y distribución de útiles formales, destacamos la distinción entre sitios productores primarios *versus* sitios consumidores. Los sitios productores primarios se identifican por la presencia de masa residual en forma de lascas y preformas descartadas en marcada desproporción con el número de piezas terminadas, en combinación con una baja incidencia de piezas con evidencia de uso y reúso. Por otro lado, en los sitios consumidores predominan las piezas terminadas con evidencia de uso y reúso mediante el reavivamiento de su eje de trabajo, así como una marcada ausencia del desecho producido durante la manufactura de estos implementos.

Otra ventaja ofrecida por la lítica para tratar los procesos de intercambio, es que en muchos casos el análisis de sus propiedades físicas nos permite atribuir los diferentes tipos de artefactos a su fuente originaria, lo que facilita el delineamiento de la distribución geográfica de diferentes productos con respecto a su contexto de obtención primaria. En general estas fuentes originarias se pueden clasificar en dos tipos principales: las fuentes difusas y fuentes focales. En las fuentes difusas no se puede establecer una correlación directa entre la materia prima en su área de adquisición y su génesis geológica debido a que estas son transportadas usualmente a través de largas distancias en sistemas con regímenes de alta energía, los cuales en la mayoría de los casos intuyen varias formaciones geológicas y, por tanto, contienen una gran diversidad de materiales en contextos de obtención singulares. Entre estas la más obvia resulta ser la materia prima que proviene de los canales y las graveras de los ríos, las cuales presentan superficies redondeadas como con-

secuencia de la acción de rodaje a las que son sometidas estas masas pétreas en este tipo de sistema. En contraste con las fuentes difusas, las fuentes focales permiten una correlación directa con su formación geológica originaria debido al carácter residual de su deposición. Son precisamente estas fuentes focales las que nos ayudan a establecer con un mayor grado de definición estos patrones de intercambio.

INICIOS DEL FLUJO INTER-ISLA DE BIENES PÉTREOS

La circulación inter-isla de materias primas ha sido documentada desde las primeras migraciones de grupos preceramistas al Caribe, con fechas en Puerto Rico de hasta 6000 a.p. (Ayes 1989; Rodríguez 1997). Estas sociedades, unidas bajo el concepto sombrilla de Arcaicas, han sido descritas tradicionalmente como unidades nucleares nómadas, cazadoras-recolectoras, cuya base estructural era de corto alcance y de retribuciones inmediatas. De ser este su sistema de organización social, sería de esperarse que su subsistema lítico estuviese enfocado hacia la explotación de fuentes locales para la producción de implementos de uso limitado (*i.e.*, lascas desechables) o al menos a presentar un espectro restringido de materias primas importadas en la producción de estos tipos de útiles (Morrow and Jefferies 1989; Thacker 1996). También sus protocolos de reducción deberían enfatizar conductas de optimización referentes a esas materias primas intrusivas mediante el empleo de técnicas dirigidas a incrementar la proporción de eje cortante por masa reducida en las secuencias operacionales de talla (Parry and Kelly 1987).

No obstante, cuando analizamos el espectro de materiales identificados en algunos de estos sitios preceramistas, notamos que los patrones de manejo de los mismos no parecen encajar con la visión tradicional de estas sociedades. Esto se refleja por ejemplo en el sitio de Maruca en donde se ha podido constatar la explotación de una multiplicidad de fuentes como se refleja a través de la amplitud de su base de materias primas (Figura 1). Este sitio no sólo presenta materiales provenientes de formaciones geológicas del suroeste de la isla asociadas al complejo Bermeja, sino que contiene evidencia de la búsqueda de materias primas de otras islas como lo es el pedernal proveniente del sitio Flinty Bay ubicado en la isla Antigua (Febles 1998, citando a Jeffrey B. Walker). De hecho, esta es una de las fuentes focales que contienen la evidencia más temprana de explotación en las Antillas Menores (Crock *et al.* 1995;



Fig. 1. Lascas lineales recuperadas de Maruca.

Davis 2000). Esta fuente está localizada en una zona de playa que presenta una impresionante cantidad de nódulos y lascas resultantes de diferentes formatos de reducción, productos del intenso proceso de explotación a la que fue sometida durante un amplio periodo de tiempo (Figura 2) (Gihn 1993; Knippenberg 1995).

En algunos casos, los patrones de intercambio de lítica en estas sociedades preceramistas parecen haberse concentrado en las lascas como foco de comercio. Esto se infiere por la presencia de lascas que no tienen correspondencia tecnológica con los núcleos presentes en las colecciones, y por la ausencia también de núcleos de los tipos de materia prima sobre las que se extrajeron las mismas (ej., Veloz Maggiolo *et al.* 1975). Esto definitivamente es una aseveración preliminar que requiere estudios adicionales.

Si tomamos como base la multiplicidad de fuentes explotadas aunada al poco grado de maximización que se observa tanto a nivel nuclear como residual en la lítica de Maruca en combinación con la presencia de huellas de poste identificadas en este yacimiento, podemos argumentar que al menos algunos de estos grupos preceramistas presentan un tipo de organización social y patrón de asentamiento que contrasta con la visión tradicional que se ha empleado para definir su base estructural. Los patrones de circulación de la lítica en combinación con otras líneas de evidencia como, por ejemplo, el posible importe de recursos botánicos desde Belice hacia las Antillas Mayores (Newsom 1993), también evidencian que los grupos arcaicos no eran, en palabras de Eric Wolf (1987) sociedades autocontenidas, sino que existían sistemas de interacción entre estos que merecen mayor atención en estudios futuros.

LA INTENSIFICACIÓN DE LOS PROCESOS DE INTERCAMBIO

A partir de 2500 a. p., el Caribe comienza a ser invadido por una serie de olas migratorias provenientes de Sur América. En las Antillas Menores norteñas y Puerto Rico, estas sociedades ceramistas se nutren de las rutas de intercambio dirigidas a la producción de útiles tallados sobre rocas de grano fino que habían sido articuladas por los grupos arcaicos, principalmente la del pedernal proveniente de Antigua así como de la sección suroeste de Puerto Rico. En el análisis de materiales de los sitios de La Hueca y Punta Candellero (Rodríguez 2001), he reconocido también la presencia de materiales que provienen posiblemente de La Española que incluyen núcleos y lascas del pedernal blancuzco característico de la cordillera principal de esa isla, así como dos fragmentos de macro-navajas de aristas paralelas productos de las técnicas de talla comúnmente asociadas a la serie casimiroide (Pantel 1988). Si tomamos en consideración que el importe de material de la República Dominicana así como del oeste de Puerto Rico se dio a partir aproximadamente del 2200 a.p., fecha para la cual no existe evidencia de la intrusión de grupos ceramistas en esa sección de Puerto Rico ni en La Española, podemos argumentar a favor de la posibilidad de nexos comerciales directos entre sociedades arcaicas y estos grupos ceramistas tempranos. Obviamente reconozco los límites del estado presente de la información disponible para hacer tal aseveración y por tanto considero de vital importancia que se dirijan mayores esfuerzos para determinar la naturaleza y el alcance de ese espectro de interacción.

A este flujo de materiales dirigidos a la producción de implementos utilitarios, se adicionan al menos dos fuentes focales que incluyen la correspondiente a la sub-unidad de toba silicificada sobre lava en almohadilla que forma parte de la Formación Fajardo (Figura 3) (Rodríguez 2001) y la de radiolarita ubicada en la isla de San Martín (Figura 4) (Crock 2000; Haviser 1999; Knippenberg 1999). La primera de estas fuentes fue identificada inicialmente por Jeffrey B. Walker debido a la alta incidencia de implementos producidos sobre toba silicificada en el yacimiento de la Gallera en Ceiba. Esta fuente contiene piedras que presentan mecánicas de fractura muy parecidas a las que posee el pedernal. Debido a esto, las variedades más finas de esta toba se emplearon en diversos yacimientos en labores de producción de lascas tanto por percusión directa como por la técnica bipolar. Cabe destacar que esta

fuentes también contiene tobas de granos más gruesos que fueron utilizadas en la manufactura de implementos mediante el picoteo y abrasión, entre las que se encuentran las hachas y las hachuelas. Hasta el momento, he podido identificar el movimiento de esta materia prima a sitios como La Hueca, La Mina y Martineau, ubicados en la isla de Vieques, en Monserrate localizado en Luquillo y en Punta Candelero en Humacao. Este tipo de material no ha sido identificado por Sebastian Knippenberg (comunicación personal 2001) en sus estudios de materias primas en ninguna de las Antillas Menores ni tampoco yo lo he identificado en materiales analizados en múltiples yacimientos al oeste de Luquillo. Por tanto, preliminarmente considero que el movimiento de este material puede representar una esfera de interacción de corto alcance concentrada principalmente en la zona de Vieques.

La otra fuente focal de lítica que se comienza a explotar lo es la de Little Bay-East que forma parte de la Formación Pointe-Blanche de la isla de San Martín (Crock 2000; Knippenberg 1995). El material de esta fuente se encuentra en forma laminar y es obtenido principalmente de secciones de desprendimiento. Algunos autores han indicado que esta fuente está asociada a lo que ellos han denominado "centros de manufactura de hachas" (Haviser 1999) debido a la presencia de preformas y desechos de talla asociados a la producción de estos tipos de implementos en varios sitios de esta isla entre los que se destaca Hope Estate, entre otros. Aunque definitivamente existe evidencia del transporte de esta materia prima a yacimientos tanto al este como al oeste de San Martín, yo he contra-argumentado que la denominación de estos sitios como "centros de manufactura" es un tanto apresurada, especialmente cuando en Puerto Rico y Vieques se han recuperado artefactos de radiolarita que no han sido identificados entre las preformas presentes en esos supuestos centros de producción, como por ejemplo la hachuela plano-convexa y lo que yo denominé como la hachuela tipo La Hueca (Rodríguez 2001). Por lo tanto, al momento no estamos claros sobre el estadio de reducción en el que fue exportada la radiolarita desde esta isla a Puerto Rico y al resto de los contextos donde se ha identificado la misma.

Si hay algo que resulta evidente, especialmente en el subsistema de lítica tallada de estos grupos ceramistas tempranos, es que los patrones de obtención de estas materias primas no eran condicionados necesariamente por criterios tecnológicos ya que los costos en que se incurrieran en la búsqueda de estas mate-



Fig. 2. Vista específica de depósito nodular de pedernal en Flinty Bay, Long Island, Antigua (foto provista por Sebastian Knippenberg, Departamento de Arqueología, Universidad de Leiden).

rias no iba acorde con las demandas impuestas por sus sistemas operacionales. Este fue el caso por ejemplo en el sitio de La Hueca, en donde se notó un marcado énfasis en la importación de materias primas que fueron empleadas en la talla bipolar, técnica de reducción que muy bien pudo haber sido aplicada con resultados similares a los materiales disponibles localmente entre los que se encontraba el cuarzo lechoso.

Además del movimiento del material empleado en la producción de implementos utilitarios, se ha identificado el transporte de una impresionante variedad de materias semi-preciosas para la producción de bienes de carácter supraestructural que incluye la nefrita, aventurina, malaquita, cornalina, esteatita y el cristal de cuarzo, entre muchos otros (Chanlatte y Narganes 1983; Cody 1991; Rodríguez 1993; Sued Badillo 1979; Vescelius y Robinson 1979). La vasta presencia de estos tipos de materiales en algunos sitios arqueológicos ha tentado a algunos arqueólogos a sugerir la presencia de "centros de joyas" o "puertos de intercambio" de estos tipos de materiales (Roe 1999; Rouse 1992). En Puerto Rico los sitios más conocidos por este tipo de ajuar artefactual lo son La Hueca y Punta Candelero, mientras que en las Antillas Menores se han identificado los de Trants en la isla de Monserrate, Pearls en Granada, Vivé en Martinica y Prosperity en Santa Cruz, entre otros. Algunos arqueólogos han sugerido que la amplia gama de materiales presente en estos yacimientos es reflejo de un proceso bidireccional a través del cual se dio un flujo de materias primas



Fig. 3. Fuente focal de toba silicificada, Ceiba, Puerto Rico.

desde Sur América hacia el arco antillano seguido por un contraflujo de piezas terminadas hacia el sur (Boomert 1999; Watters 1997). Según estos investigadores, estos patrones sugieren el enfoque de estas sociedades en mantener una conexión con su legión ancestral, la cual obviamente trazan de vuelta hacia la sección noreste de Sur América. Estos investigadores le asignan un carácter ritual al intercambio de estas materias semi-preciosas, relacionándolas con mitos como el de las mujeres amazónicas que comparten numerosas sociedades que habitan los bosques tropicales suramericanos (Boomert 1987).

No obstante, cuando analizamos la gama de materiales presentes en estas colecciones notamos ciertos aspectos que no parecen ir acorde con este modelo de flujo bidireccional. Por ejemplo, una porción de las materias primas y de los tipos de artefactos identificados en esos yacimientos no parecen tener correspondencia geológica ni iconográfica con la sección noreste de Sur América ni con el Orinoco, siendo su procedencia estimada hacia el área intermedia que comprende principalmente Colombia, Panamá y Costa Rica (Chanlatte y Narganes 1983; McGinnis 1997; Sued Badillo 1979). Esto resulta particularmente interesante cuando consideramos el hecho de que algunos materiales resaltan áreas geográficas que no tienen conexión directa con el marco de influencia saladoide, lo que nos indica que las esferas de interacción desarrolladas por estos grupos ceramistas tempranos trascendían las rígidas fronteras culturales establecidas a través de los esquemas

crono-culturales desarrollados a partir de los análisis modales y seriativos de la cerámica. Más aún, tenemos que considerar la posibilidad de relaciones comerciales directas con esta región circun-caribeña que no siguieron necesariamente la ruta obligada de las Antillas Menores. La posibilidad de la existencia de rutas de intercambio a través de mar abierto es sugerida por los modelos de navegación por simulación computarizada avanzados por Callahan (1995), los cuales estiman que ni las técnicas de navegación ni factores ambientales como las corrientes o los vientos, impedían el tránsito directo a través de rutas proyectadas desde diferentes partes de Sur y Centro América. Por tanto, esto deja la puerta abierta para la consideración del intercambio de productos con otras sociedades circun-caribeñas, lo que amplía el contexto regional de las esferas de interacción de estos grupos ceramistas tempranos.

Según la evidencia disponible, a la par con las marcadas transformaciones socio-culturales que se registran en Puerto Rico a partir del año 1400 a.p., también se comienzan a observar cambios en los procesos de intercambio de la litica. Primeramente, se nota un mayor énfasis en la explotación de fuentes de materia prima locales para la producción de implementos utilitarios obtenidas de fuentes secundarias en los casos en los que rocas nodulares de grano fino no estuvieran disponibles localmente. Esto parece darse a raíz de la incorporación de técnicas de reducción arcaicas en el repertorio tecnológico de estas sociedades, las cuales les permitieron explotar materiales básicos eficientemente. Esto trae como consecuencia un marcado descenso en la importación de materiales de las Antillas Menores entre los que se incluyen principalmente la radiolarita de San Martín y el pedernal de Antigua. Esto obviamente no implica que estos materiales cesan de ser importados por completo, ya que he podido documentar su presencia en contextos post-saladoides como el de Turabo Clusters en Caguas y en Paso del Indio, aunque los mismos constituyen una ínfima parte de estas colecciones.

En contraste con el periodo ceramista inicial, también se comienza a observar una transición del movimiento de materias primas hacia la circulación de piezas terminadas, especialmente esas de aspecto ritual elaboradas sobre piedras básicas y metamórficas (*i.e.*, rocas duras, Sued Badillo 1979). Este proceso parece estar concentrado mayormente a nivel intra-isla, aunque también he podido documentar el importe de piezas de las Antillas Menores. Por

ejemplo, en Paso del Indio identificamos un cemí de calcie-rudite, la muy conocida piedra-cemí (porphyry, Crock 2000) proveniente de la isla de San Martín. En este sitio también he identificado la producción de cemíes de hematita y mármol, entre otras materias primas, lo que brinda indicios de la amplitud de los patrones de obtención de estos tipos de artefactos. Este énfasis en el intercambio de piezas de corte ideotécnico de proyección pública como lo son los cemíes y los aros líticos, entre otros, evidenciado durante las fases finales del periodo prehispánico en Puerto Rico, con toda probabilidad fue una pieza clave en la consolidación regional de sociedades de jefatura. En parte, esto fue posible por la formalización de los formatos de producción de estos tipos de artefactos, lo que permitió la legitimización de un discurso homogeneizador fundamentado en la articulación de una gramática ritual singular, expresada en la compleja industria lapidaria evidenciada durante los periodos más tardíos de nuestra historia precolombina.

Más aún, el establecimiento de fronteras regionales entre las Antillas Menores y Mayores parece haber sido acentuado por la segmentación de estos flujos de bienes pétreos, los cuales parecen mostrar una bipolarización geográfica en los periodos más tardíos de la prehistoria antillana. Por ejemplo, la radiolarita y el pedernal de Antigua continúan siendo exportados marcadamente hacia las Antillas Menores (Crock 2000), mientras que desde Vieques y probablemente las Islas Vírgenes hacia el oeste el flujo de rocas parece tener un énfasis occidental concentrado en Puerto Rico y La Española. Esto puede ser uno de los agentes enzimáticos o uno de los resultados de la creación de las fronteras geográfico-culturales que supuestamente existían a la llegada de Colón (Rouse 1992).

COMENTARIOS FINALES

Sobre la base de lo discutido anteriormente, entendemos que en el presente la definición de estos procesos de intercambio se encuentra en una etapa inicial debido a la poca atención que se le ha dado al estudio de la lítica desde un punto de vista procesal. Todavía resta por determinar si los protocolos sociales que dirijan los procesos de intercambio de piedras eran los mismos que condicionaban el importe de otros tipos de materiales como por ejemplo las conchas de agua dulce del Orinoco, el transporte de colmillos de pécarí, o la obtención de los guanines probablemente del territorio de Colombia. También tenemos que resaltar la imperante necesidad



Fig. 4. Artefactos de radiolarita provenientes de la Formación Pointe Blanche, San Martín. (Foto provista por Sebastian Knippenberg, Departamento de Arqueología, Universidad de Leiden).

de concertar mayores esfuerzos en establecer mecanismos de mayor resolución para identificar los diferentes tipos de materia prima, así como para estimar su ocurrencia geológica, ya que si no la delimitación de estos procesos continuará sumergida en el campo especulativo.

Finalmente, si hay algo que resalta el análisis de los patrones de intercambio, es que el Caribe era un escenario sumamente dinámico cuyo desarrollo cultural se dio dentro de un contexto caótico en vez de normativo, en el cual interactuaron grupos que presentaban diferentes antecedentes culturales así como sistemas estructurales en diversos estados de desarrollo, lo que explica el gran mosaico cultural al que hice referencia al inicio del presente trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- Ayes, Carlos M. (1989): "Excavaciones arqueológicas en Angostura, Barrio Florida Afuera, Barceloneta, Puerto Rico" en *Ecos de la Plazuela* 1(3).
- Boomert, Aarie (1987): "Gifts of the Amazon: 'Green Stone' Pendants and Beads as Items of Ceremonial Exchange in Amazonia and the Caribbean" en *Antropológica* 67.
- _____ (1999): "Saladoid Social Organization". Ponencia presentada en el 18^o International Congress for Caribbean Archaeology, Granada.
- Callaghan, Richard T. (1995): "Antillean Cultural Contacts with Mainland Region as a Navigation Problem" en *Proceedings of the 15th International Congress for Caribbean Archaeology*, San Juan.

- Chanlatte, Luis e Ivonne Narganes (1983): *Vieques, Puerto Rico: Asiento de una nueva cultura aborigen antillana*. Santo Domingo, Impresora Corporán.
- Cody, A. (1991): "Distribution of Exotic Stone Artifacts through the Lesser Antilles: Their Implications for Prehistoric Interaction and Exchange" en *Proceedings of the 14th International Congress for Caribbean Archaeology*.
- Crock, J. G. (2000): *Interisland Interaction and the Development of Chiefdoms in the Eastern Caribbean*. Pittsburg, Unpublished Ph.D. dissertation, University of Pittsburg, Department of Anthropology.
- Crock, J. G., J. B. Petersen y N. Douglas (1995): "Pre-ceramic Anguilla: A View from the Whitehead's Bluff Site" en *Proceedings of the 15th International Congress for Caribbean Archaeology*.
- Davis, D. D. (2000): *Jolly Beach and the Pre-ceramic Occupation of Antigua, West Indies*. New Haven, Yale University Publications in Anthropology, Yale University Press.
- Febles, Jorge (2001): "La lítica de Maruca" en *El Caribe Arqueológico*, No. 5, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- Gijn, A. L. (1993): "Flint Exploitation on Long Island, Antigua, West Indies" en *Analecta Praehistorica Leidensia*, No. 26.
- Haviser, Jay B. (1991): "Development of Prehistoric Interaction Sphere in the Northern Lesser Antilles" en *Nieuwe West-Indische Gids*, 65 (3-4).
- _____ (1999): "Lithics" en *Archaeological Investigations on St. Martin (Lesser Antilles)*. The Netherlands, Editado por C. L. Hofman y M. L. P. Hoogland, Facultad de Arqueología, Universidad de Leiden.
- Knippenberg, Sebastian (1995): "Provenance of Flint and Chert in the Leeward Region, West Indies" en *Proceedings of the 16th International Congress for Caribbean Archaeology*.
- _____ (1999a): "Lithic Procurement During the Saladoid Period within the Northern Lesser Antilles". Ponencia presentada en el 18th International Congress for Caribbean Archaeology, Granada.
- _____ (1999b): "Lithics" en *Archaeological Investigations on St. Martin (Lesser Antilles)*. The Netherlands, editado por C. L. Hoffman y M. L. P. Hoogland, Facultad de Arqueología, Universidad de Leiden.
- Mc Ginnis, S. A. (1997): "Ideographic Expression in the Precolumbian Caribbean" (inédito). Austin, Ph. D. dissertation, Department of Anthropology, University of Texas.
- Morrow, Carol A. y Richard W. Jefferies (1989): "Economies in Raw Material Use by Prehistoric Hunter-Gatherers" en *Time, Energy and Stone Tools*. Londres, editado por Robin Torrence, Cambridge University Press.
- Newsom, Lee A. (1993): "Native West Indian Plant Use". Ph. D. dissertation, University of Florida, Gainesville, University Microfilms, Ann Arbor.
- Pantel, A. Gus (1988): "Precolumbian Flaked Stone Assemblages in the West Indies". Ph. D. dissertation, University of Tennessee, Knoxville, University Microfilms, Ann Arbor.
- Parry, W. J. and R. L. Kelly (1987): "Expedient Core Technology and Sedentism" en *The Organization of Core Technology*, editado por J. K. Johnson y C. A. Morrow. Boulder, Westview Press.
- Polyani, Karl (1957): "The Economy as Instituted Process" en *Trade and Market in the Early Empires*. New York, editado por K. Polyani, C. Arensburg y H. W. Pearson, The Free Press.
- Rodríguez, Miguel (1993): "Early Trade Networks in the Caribbean" en *Proceedings of the 14th International Congress for Caribbean Archaeology*.
- _____ (1997): "Maruca, Ponce". Ponencia presentada en el Segundo Encuentro de Investigadores del Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan.
- Rodríguez, Reniel (2001): "Lithic Reduction Trajectories at La Hueca and Punta Candelero Sites, Puerto Rico" (inédito). Tesis de Maestría, sometida a Texas A&M University, College Station.
- Roe, Peter (1999): "Un centro de joyas precolombinas en Vieques" en *El Vocero*, 12 de diciembre.
- Rouse, Irving (1986): *Migrations in Prehistory*. New Haven, Yale University Press.
- _____ (1992): *The Tainos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Sued-Badillo, J. (1979): "La industria lapidaria pretaína en las Antillas" en *Revista Interamericana*, 8(3).
- Thacker, Paul T. (1996): "Hunter-Gatherer Lithic Economy and Settlement Systems" en *Stone Tools: Theoretical Insights into Human Prehistory*. New York, editado por George Odell, Plenum Press.
- Trincado, M. N. (1984): *Introducción a la protohistoria de Cuba*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- Veloz Maggiolo, Marcio, Juan González, Edgar J. Maiz y Eduardo Questell (1975): *Cayo Cofresí: un sitio precerámico en Puerto Rico*. Santo Domingo, Ediciones de Taller.
- Vesellius, G. y L. Robinson (1979): "Exotic Items in Archaeological Collections from St. Croix: Prehistoric Imports and their Implications". Ponencia presentada en el 8th International Congress for the Study of Pre-Columbian Cultures of the Lesser Antilles, St. Kitts and Nevis.
- Watters, D. R. (1997): "Maritime Trade in Prehistoric Eastern Caribbean" en *Indigenous People of the Caribbean*. Gainesville, editado por S. Wilson, University Press of Florida.
- Wilson, S. (2001): "Cultural pluralism and the emergence of complex society in the Greater Antilles". Ponencia presentada en el 18th International Congress for Caribbean Archaeology, Granada.
- Wolf, Eric (1987): *Europa y la gente sin historia*. México D. F., Fondo de Cultura Económica.

SOBRE EL SIMBOLISMO Y LA FUNCIONALIDAD DEL NÚMERO EN EL ARTE RUPESTRE DE LA CUEVA DE LOS PETROGLIFOS

DIVALDO A. GUTIÉRREZ CALVACHE



De una caratona o guayza realizada en concha. Museo Indocubano Baní, Banés.

El autor trabaja en el proyecto Cuba: Dibujos rupestres, de la fundación La naturaleza y el hombre de la Sociedad Espeleológica de Cuba.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo, en qué lugar y en qué época se originaron los primeros símbolos numéricos de América? ¿Cuál fue su simbolismo y significación en la vida y cultura de los pueblos prehispánicos? ¿Qué función tuvieron en la cosmogonía de estos grupos?

En los últimos años estas preguntas han inquietado a historiadores, lingüistas y arqueólogos, sin embargo, la arqueología moderna no ha podido dar respuestas definitivas a estas problemáticas, aunque hay que decir que se han logrado numerosos e importantes avances que en Norte y Mesoamérica, se pueden concretar en los estudios de Kirkland y Newcomb (1967), Aveni (1978, 1980), Murray (1980, 1986, 1990) así como Stone (1995). Otras partes del mundo no han estado ajenas a esta problemática: en Asia septentrional por ejemplo también se han obtenido algunos resultados sobre todo para los grandes grupos lingüísticos (samoyedo, mongol, ugro y turquicos), lo que también ha sido posible para el Lejano Oriente en los grupos tunguso-manchú, grupo paleoasiático y otros; en estas regiones se destacan los trabajos de Bromeli (1973), Frolov (1974, 1981, 1993) y Dikov (1979).

En general se puede decir, que desde el trabajo pionero de Struik (1948) *Stone Age Mathematics* hasta los importantes trabajos de Marshack (1972) *The roots of civilization* y Andrea Stone (1995) *Images from the underworld*, no pocos investigadores han aportado gran tiempo de su trabajo al esclarecimiento de muchas de las interrogantes que rodean el origen y desarrollo de la numeración prehistórica.

Sin embargo, en el área de las Antillas desde Trinidad hasta Cuba, incluyendo las islas Bahamas, estos estudios han sido muy escasos, y se caracterizan por citas aisladas dentro de trabajos dedicados a temáticas más amplias: de Núñez Jiménez (1975), Winter (1977, 1987) y Robiou Lamarche (1987). Se puede decir que los intentos más serios de aislar funciones numéricas en el arte rupestre antillano, corresponden a los trabajos relacionados

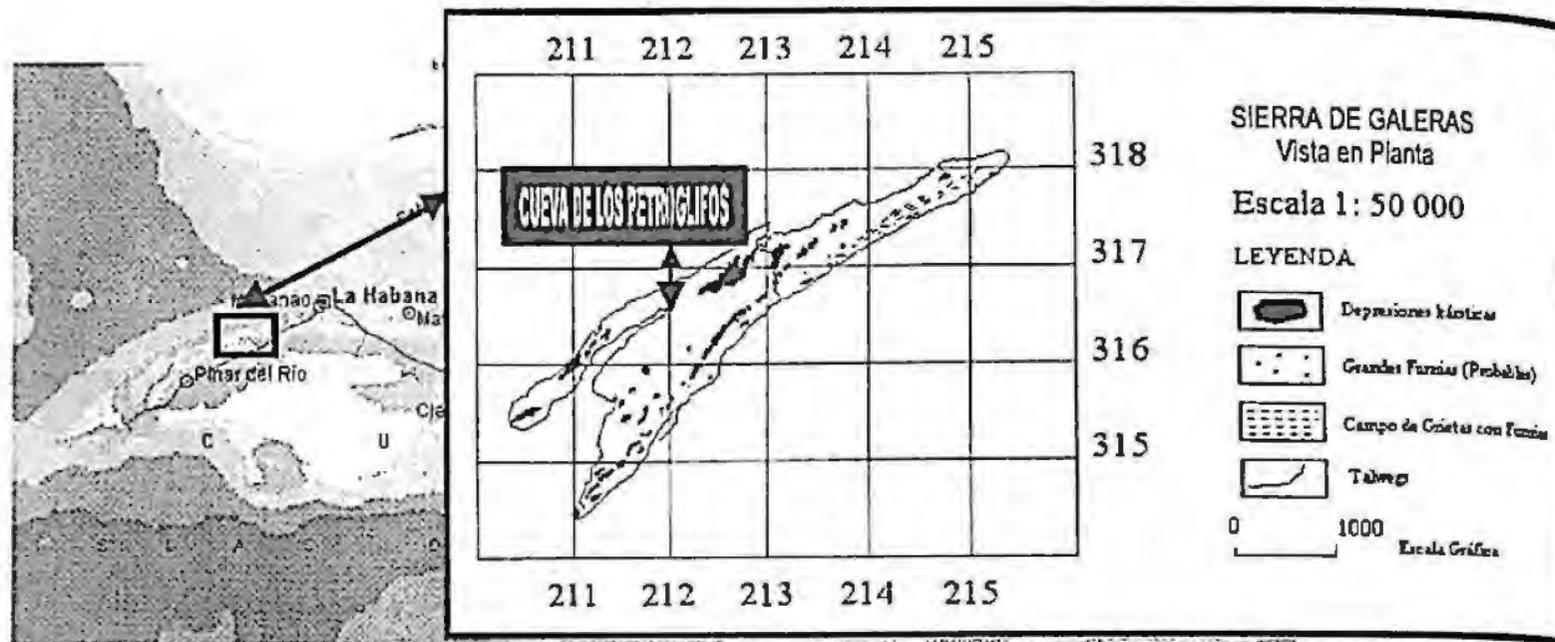


Fig. 1. Ubicación geográfica de la Cueva de los Petroglifos, sistema cavernario de la Sierra de Galeras, Viñales, Pinar del Río, Cuba.

con los elementos arqueoastronómicos presentes en la Cueva No. 1 de Punta del Este, Isla de la Juventud, Cuba, como son los de Herrera Fritot (1938), Socarrás Matos (1985, 1987), Alonso Lorea (1992) y Gutiérrez (1997). De ahí la necesidad de estudios precisos en cualquier estación rupestrológica antillana que sugiera el uso de sistemas numéricos por parte de nuestras primitivas culturas.

RESUMEN HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICO DE LA LOCALIDAD PROPÓSITO DE ESTUDIO

La localidad propósito de estudio conocida como Cueva de los Petroglifos (Núñez *et al.* 1990; Jaimez y Gutiérrez 1992) forma parte del sistema cavernario de Constantino; esta cueva, de aproximadamente 700 m de largo, constituye un paleocauce del río Constantino, su boca principal se abre en la porción centro-occidental de la vertiente septentrional de la Sierra de Galeras, Viñales, Pinar del Río, Cuba, en las coordenadas 211 500-316 650 de la Hoja 3483-VI del mapa de Cuba a escala 1:50 000 del ICGC, edición I de 1978 (E-724) reimpresso en 1985.

El primer reporte de elementos aborígenes en esta área se lo debemos al Dr. Antonio Núñez Jiménez quien en 1944 exploró esta región, incluido el cauce subterráneo del río Constantino, donde encontró varios artefactos aborígenes en una cueva en el extremo sudeste de la Sierra de Galeras, a la que nombró Cueva del Sajanal y que se encuentra a unos 3 km al este del sumidero del río Constantino. Los elementos encontrados entonces fueron un mortero doble de roca silícea, un caracol marino y una mandíbula humana; todos estos restos fueron afiliados a grupos preceramistas (Núñez Jiménez 1945).

El primer reporte arqueológico para el sistema cavernario del Constantino fue realizado por Enrique Alonso e Hilario Carmentate en 1974, en la cueva que ellos llamaron Cueva Primer Congreso y que años más tarde nosotros comunicáramos con las galerías superiores del sistema cavernario; sobre las evidencias arqueológicas encontradas en dicha cueva Alonso y Carmentate (1986) dicen textualmente: "[...] a la entrada de la cueva, en una pequeña cala de prueba observamos escasa basura arqueológica. En la

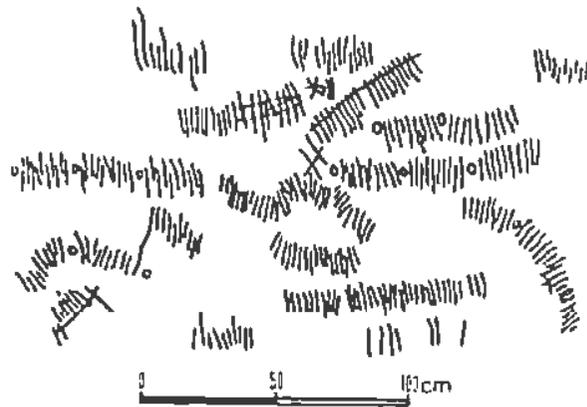


Fig. 2. Reproducción del mural pictográfico No. 1 de la Cueva de los Petroglifos de la Sierra del Rosario.

pared, a unos tres metros de altura hay trazadas, con carbón vegetal, varias rayas paralelas cortas y verticales, separadas en grupos por un pequeño círculo. Aunque enigmáticas, no nos parecen antiguas".

Estos autores llegan finalmente a la conclusión de que dicha cueva puede afiliarse provisionalmente como un paradero preagroalfarero.

Las actividades e investigaciones arqueológicas en los pasadizos subterráneos que conforman este sistema no se reanudaron hasta el día 16 de enero de 1988, en el que Sixto M. Ferró, del Grupo Espeleológico Pedro A. Borrás de la Sociedad Espeleológica de Cuba, mientras avanzaba como punta de lanza en los trabajos de cartografía, se percató de una extraña figura en la pared de la cueva. Se identificaron en ese momento cinco petroglifos muy semejantes en técnica y diseño a los de la Cueva de Mesa en la Gran Caverna de Santo Tomás, también en el municipio Viñales, Pinar del Río, Cuba. Este hallazgo se realizó en la misma cueva donde algo más de 10 años antes Alonso y Carmenate habían descubierto las rayas verticales y los círculos como dijimos antes, y, que son precisamente el tema principal de este trabajo; dicha cueva a partir del hallazgo del Grupo Borrás, comenzó a llamarse Cueva de los Petroglifos.

Durante estos trabajos se ha podido determinar que el arte rupestre de la Cueva de los Petroglifos del Sistema Cavernario de Constantino, está constituido por 36 diseños divididos en 26

pictografías, 5 petroglifos rayados sobre arcilla y 5 petroglifos rayados sobre ahumado (Jaimez *et al.* 1999). En el estudio realizado por nosotros del arte rupestre de esta localidad, se consideraron de factura prehispánica todos los pictogramas, incluyendo el mural pictográfico No. 1, compuesto por las series de trazos cortos paralelos y verticales separados en grupos por pequeños círculos, inicialmente descrito por Alonso y Carmenate (1986). Sobre ello escribimos junto al Dr. Antonio Núñez Jiménez (1990) lo siguiente:

Las mencionadas series de rayas generalmente paralelas con algún círculo entre ellas, pudieran significar incipientes sistemas numerales, tema que en México ha sido tratado por William Breem Murray. La repetición simbólica de las rayas, puntos y círculos, pudiera dar la clave para iniciar nuevos estudios en este apasionante tema.

Un dato importante para esta localidad del arte rupestre cubano es el hecho de que en la misma coexisten cuatro técnicas de ejecución del arte rupestre (pintura, ahumado, rayado sobre arcilla y rayado sobre ahumado), característica hasta ahora única de esta estación en el contexto del arte rupestre cubano y probablemente caribeño, lo cual adiciona un valor agregado a esta dentro del espectro rupestrológico del área (Gutiérrez 1994).

En sentido general el arte rupestre de la Cueva de los Petroglifos ha sido asociado a grupos mesolíticos de una economía de apropiación (Núñez *et al.* 1990), lo que corresponde también con el único y escaso material arqueológico hallado para dicha localidad por nosotros, consistente en varios fragmentos de piedra tallada, entre los que se destacan varios raspadores típicos y dos perforadores, todos microlíticos obtenidos por recolección superficial en áreas de relativa abundancia de basura arqueológica con presencia de restos dietéticos. Todo lo anterior, aunque carente de elementos que podrían sumarse de excavaciones controladas, nos hace inferir la presencia en este lugar de grupos con una economía de apropiación.

En una de las últimas expediciones realizadas por el autor y su grupo de trabajo a la zona, fueron hallados numerosos restos óseos humanos muy fragmentados. Dicho hallazgo se realizó en una cornisa colgada en el paredón de la ladera suroccidental de la Sierra de Galeras a unos cuatro metros de altura sobre el valle de contacto y a unos 1 000 m, al oeste del

sumidero del río Constantino; el estudio de este material demostró que el mismo pertenece a 3 individuos, uno masculino y otro femenino, ambos de una edad de entre 18 y 24 años, y un niño de 3 años aproximadamente, todos aborígenes; por su parte el individuo masculino presenta cierta gracilidad, la estatura pudo sólo ser calculada en el individuo femenino y resultó de 150,5 cm, la que puede considerarse dentro del rango estimado para la población femenina preagroalfarera de Cuba (Rivero de la Calle 1992).

A la solapa donde han aparecido estos restos humanos y que continúa en estudio, pues la exploración de sus alrededores queda aún por realizarse, se le ha llamado Solapa Funeraria V Centenario en saludo a los 500 años del descubrimiento del Nuevo Mundo.

En definitiva, se puede concluir que tanto las evidencias materiales encontradas en sitios arqueológicos del área objeto de estudio (Cueva del Sajanal, Cueva de los Petroglifos, Cueva del Arriero, Solapa V. Centenario y otros) así como la morfología y motivos del arte rupestre y la información socioeconómica derivada de este conjunto de evidencias indican la presencia en todo momento en esta área de comunidades en un estadio medio de la etapa de economía de apropiación del período arcaico organizada en núcleos económicos de carácter gentilicio.

PRESENCIA NUMÉRICA EN EL ARTE RUPESTRE DE LA CUEVA DE LOS PETROGLIFOS. LAS RAYAS Y CÍRCULOS DEL MURAL PICTOGRÁFICO

El mural pictográfico No. 1 de la Cueva de los Petroglifos ocupa un área de 3,42 m² en la pared estructural que cae en bóveda hacia la boca principal de dicha cueva. El mural se encuentra a 6,0 m de la salida por la boca antes citada, y al mismo se llega subiendo un gran cono de derrumbes (clastos) que acerca al explorador a la bóveda de la cueva donde se encuentra este mural a una altura sobre la cima del cono de derrumbes de 1,77 m y a una altura total desde la base del cono en el piso de la cueva de 9,10 m.

Este mural ha sido realizado mediante la técnica del carboncillo, o sea, por la aplicación directa del carbón a la pared y el mismo representa una figura compleja formada por 340 rayas y 11 círculos, donde a menudo se nota la intención de aislar grupos de 10, 20 y 30 rayas, a veces separados por círculos, otras por marcas de corrección, pero en general se puede observar muy bien marcada esta peculiaridad, lo que nos hizo sospechar que está-

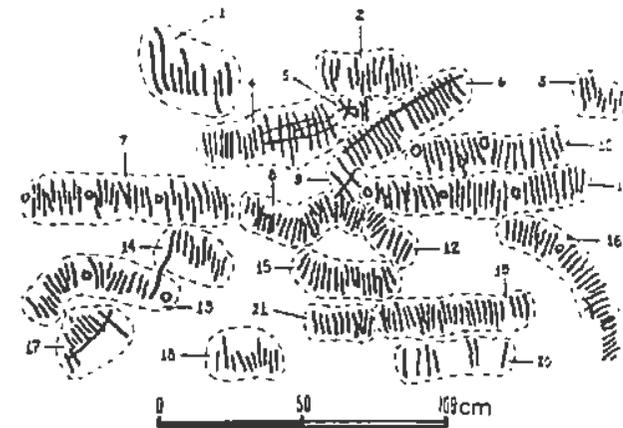


Fig. 3. Distribución de los agrupamientos en el mural pictográfico No. 1, Cueva de los Petroglifos.

bamos en presencia de relaciones numéricas.

Lo primero en llamarnos la atención fue el hecho de que las rayas y la suma de rayas y círculos (351) fueran cifras muy cercanas a un año sinódico equivalente a 12 meses lunares, lo que nos sugirió la idea de que dicho mural fuera un conteo del tiempo con base astronómica, sin embargo, el análisis del mismo y los números generados en él no permiten relacionarlo con precisión a ningún ciclo astronómico, pues la relación sinódica del conteo no puede ser seguida ya que las simetrías numéricas siempre quedaban reducidas a una regla casi constante que era la presencia del número diez, lo cual se hacía evidente en 15 de las 21 agrupaciones de rayas y círculos aisladas por nosotros.

Por ejemplo, la agrupación número 7 presenta la siguiente frecuencia: un círculo-diez rayas, un círculo-diez rayas, un círculo-diez rayas, lo que totaliza 3 círculos y 30 rayas, que hacen pensar en un mes sideral; igual frecuencia presenta la agrupación número 11.

Por su parte, la agrupación número 13 presenta una serie de diez rayas seguida de un círculo, al cual le siguen diez rayas y, finalmente un círculo, en este caso, si las rayas representan días, la serie totaliza 20 días. Lo singular es que la décima raya de la segunda serie se eleva por varios centímetros para convertirse en la primera raya de la serie número 14, la cual está constituida por una serie de 10 rayas. Si esta característica es una corrección, entonces estamos en presencia de 30 rayas (30 días), las cuales



Fig. 4. Reproducción de la pictografía No. 8, Cueva de los Petroglifos.

al igual que en las series anteriores pueden representar un mes sideral.

Otra posible marca de corrección es, sin lugar a dudas, la presente en el agrupamiento número 16, el cual presenta la siguiente frecuencia: diez rayas-un círculo-veinte rayas; lo singular es que la raya número 10 de la segunda serie presenta una raya horizontal que la corta perpendicularmente en su base, lo que permite determinar donde termina la segunda serie de 10 rayas y comienza la tercera.

Sin lugar a dudas, alguna razón tenían nuestros primitivos para marcar intencionalmente el número diez en este mural pictográfico, lo que además de lo anterior se puede evidenciar en los agrupamientos 1, 3, 12, 17, 18 y 21 que son series de 10 rayas paralelas, o en los agrupamientos 4, 10 y 6 entre los que se alternan series de 10 y 20 rayas en algunos casos separados por un círculo como el caso específico del agrupamiento número 10, o el caso del agrupamiento número 6 que presenta una serie de diez rayas a la cual le continúa otra serie de 10 rayas, todas cortadas perpendicularmente por una raya transversal al área del mural.

Otros agrupamientos presentan series de 3, 5, 6, 14, 25 y 26 rayas que al parecer tienen relación con el conteo en cuestión pero hasta el momento no sabemos el sentido de esta relación. Sin embargo la solución a este aparente problema del patrón de conteo del mural de la Cueva de los Petroglifos podría estar en sus relaciones con otros dibujos cercanos a dicho mural. Situa-

TABLA 1. COMPORTAMIENTO NUMÉRICO DE LOS AGRUPAMIENTOS AISLADOS EN EL MURAL PICTOGRÁFICO			
NO. DEL AGRUPAMIENTO	CANTIDAD DE RAYAS	CANTIDAD DE CÍRCULOS	TOTAL
1	10		10
2	14		14
3	10		10
4	20		20
5	5		5
6	20		20
7	30		30
8	25		25
9	3		3
10	20	2	22
11	30	3	33
12	10		10
13	20	2	22
14	10		10
15	17		17
16	30	2	32
17	10		10
18	10		10
19	26		26
20	7		7
21	10		10

ción similar ha propuesto Breen Murray (1987) para los petroglifos de Boca de Potrerillos, Nuevo León, México.

Lo anterior podría quedar más claro si se lograra interpretar, por ejemplo, la evidencia que nos propone el dibujo No. 8 de esta misma localidad, el cual está constituido por 30 rayas, distribuidas en 14 rayas horizontales y paralelas (en forma de escalera) de las que las diez primeras de abajo hacia arriba están marcadas por dos líneas verticales que las cortan perpendicularmente; esta serie presenta hacia su izquierda 4 rayas ubicadas en una serie de

TABLA 2. FRECUENCIA DE AGRUPAMIENTOS SIMILARES (considerando los círculos)		
TIPO DE AGRUPAMIENTO	CANTIDAD	% DEL TOTAL
Con 10 rayas	7	33,3
Con 14 rayas	1	4,7
Con 20 rayas	2	9,5
Con 5 rayas	1	4,7
Con 3 rayas	1	4,7
Con 17 rayas	1	4,7
Con 26 rayas	1	4,7
Con 7 rayas	1	4,7
Con 30 rayas 3 círculos	2	9,5
Con 30 rayas 2 círculos	1	4,7
Con 25 rayas	1	4,7
Con 20 rayas y 2 círculos	2	9,5
TOTAL	21	100

TABLA 3. FRECUENCIA DE AGRUPAMIENTOS SIMILARES (Sin considerar los círculos)		
TIPO DE AGRUPAMIENTO	CANTIDAD	% DEL TOTAL
Con 10 rayas	7	33,3
Con 14 rayas	1	4,7
Con 20 rayas	4	19,0
Con 5 rayas	1	4,7
Con 3 rayas	1	4,7
Con 17 rayas	1	4,7
Con 26 rayas	1	4,7
Con 7 rayas	1	4,7
Con 30 rayas	3	14,2
Con 25 rayas	1	4,7
TOTAL	21	100

TABLA 4. COMPORTAMIENTO DE LA RELACIÓN ARITMÉTICA DE LOS AGRUPAMIENTOS		
TIPO DE AGRUPAMIENTO	CANTIDAD	% DEL TOTAL
Múltiplos de 10	14	66,6
Múltiplos de 7	2	9,5
Múltiplos de 5	17	80,9
Múltiplos de 4	4	19,0

tres rayas y una más abajo y aislada. Hacia la derecha de la serie principal se encuentra otra serie de rayas, esta vez en posición vertical y constituida como parece ser común en la Cueva de los Petroglifos por 10 rayas.

Otros casos que pudieran arrojar datos futuros a esta problemática y que comparten sus características con el mural de dicha localidad son las pictografías No. 6 y 7; la primera de las cuales está constituida por dos series de rayas verticales y paralelas de 2,0 cm promedio de alto, la serie superior está constituida por 10 de estas rayas y la serie inferior tiene un total de 20 rayas, lo que nos vuelve a remitir a la suma de 30 rayas y su aparente correspondencia con un mes sideral.

La pictografía No. 7 está formada por 10 rayas paralelas y verticales de 7,0 cm promedio de alto y se nota una raya vertical que comienza en la parte superior de la raya No. 9 (de izquierda a derecha) y que corta perpendicularmente la raya vertical No. 10.

Otro caso es la pictografía No. 23, constituida por 3 grupos de 7 rayas, los cuales están rodeados por grupos (2) de tres rayas, que sugieren su uso ocasional para completar la serie de 10, pero que además suman un total de 27 rayas, un número muy cercano a un mes sinódico, lo que se reafirma si consideramos la presencia de una raya vertical que corta uno de los grupos y que constituiría la número 28.

A partir de todo lo anterior se realizó un experimento con los datos de la tabla No. 1 que permitiera obtener relaciones de similitud matemática entre los agrupamientos aislados por nosotros en el mural pictográfico. Para esto se utilizó un programa de *cluster analysis* y los datos se corrieron bajo el criterio de distancia

euclidiana con agrupación por centroide, lo que arrojó los siguientes datos: Los agrupamientos 1, 3, 12, 14, 17, 18 y 21 se unen entre sí al nivel 0,000, lo que demuestra su identidad total, estos, a su vez, se unen a los agrupamientos 5, 9 y 20 al nivel 3,625, y entre ellos presentan distancia de similitud de 0,500.

Por su parte los agrupamientos 2, 15, 4, 6, 10 y 13 presentan entre sí distancias de similitud que varían entre 0,000 y 3,483 puntos y se unen al grupo anterior (1, 3, 12, 14, 17, 18, 21, 5, 9, 20) al nivel 7,203.

Queda un tercer grupo conformado por los agrupamientos 7, 11, 16, 8 y 19 los cuales entre sí presentan distancias que varían entre 0,000 y 4,672, pero como grupo están en una distancia de 10,470.

Todo lo anterior demuestra que los agrupamientos compuestos por 10 rayas constituyen el grupo más sólido, pues es el único que se une totalmente al nivel 0,000, al cual le continúan los agrupamientos constituidos por 20 rayas y 30 rayas, los que entre sí presentan distancias de similitud muy corta a pesar de haberse incluido en el análisis los círculos como índice diferenciador. Todo lo anterior demuestra una marcada intención en aislar y/o significar los números 10, 20 y 30 por parte de los autores de este mural, como también se puede apreciar en la tabla No. 3 donde los agrupamientos con 10, 20 y 30 rayas representan el 66,5 % del total general.

A todo lo anterior habría que sumar el hecho de que otros números presentes en los agrupamientos aislados en este mural son múltiplos de 5, 4 y 7. Esto significa que los dividendos 5 y 4

Fig. 5. Reproducción de la pictografía No. 5, Cueva de los Petroglifos.

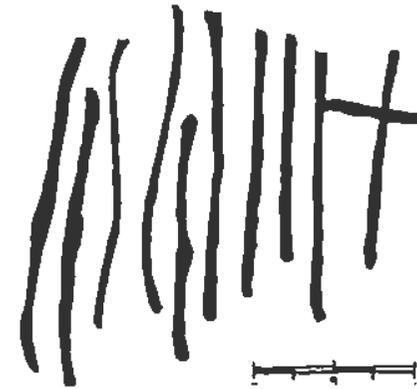
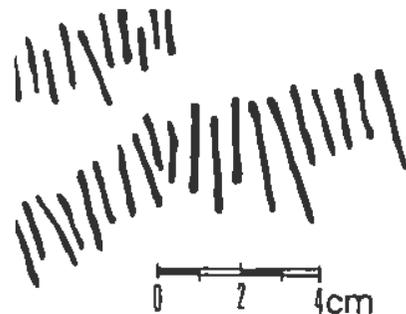


Fig. 6. Reproducción de la pictografía No. 7, Cueva de los Petroglifos.

podrían representar relaciones biólogo-sociales con el No. 10 y sus múltiplos, pues 5 son los dedos de las manos y los pies y estos están presentes cuatro veces en el cuerpo humano.

Si las correlaciones de series de rayas y círculos obtenidas hasta aquí son acertadas, entonces se puede inferir un elemento importante y es el hecho de que el número 10 desempeñó un importante papel en el grupo humano que realizó estos dibujos. Esto constituyó un patrón para la solución de algunos problemas de su conducta social y, además, permitió llevar la cuenta de algunos fenómenos biólogo-sociales de la comunidad; sería una solución paleomatemática a los problemas para la cuenta sistemática de unidades temporales.

ACERCA DEL SIMBOLISMO Y LA FUNCIONABILIDAD DEL NÚMERO EN EL ARTE RUPESTRE DE LA CUEVA DE LOS PETROGLIFOS

De todo lo anteriormente expuesto se puede entender que los datos citados son suficientes para pasar al análisis de cuestiones más generales, relacionadas con la significación y funcionalidad numérica en la conducta social de la población aborígen que habitó la Cueva de los Petroglifos del sistema cavernario de Constantino.

En la historia del estudio del simbolismo del número en las comunidades prehispánicas de América existen dos puntos de vistas opuestos. Uno niega que este simbolismo tenga relación

con el cómputo práctico de nuestros primitivos pobladores; los otros deducen de estos números el límite inicial del cálculo utilitario del hombre americano.

Nuestros comentarios no tomarán posición en una u otra dirección, sino que trataremos de proveer al lector de elementos para que asuma él su propia posición y en general, realizar un enfoque más complicado y sutil, desde posiciones más fructíferas y científicas que la discusión improductiva entre estos dos puntos de vista.

Sin embargo como ya hemos dicho antes nuestra área geográfica presenta pocos estudios sobre el tema que tratamos en esta monografía, lo cual no puede ser entendido como resultado de la ausencia de elementos que permitan alguna claridad al respecto, pues las Antillas con sus primitivos en estadios bien tempranos de la evolución cultural americana no deben estar ajenas a esta problemática. Al menos para Cuba es asombrosamente estable el índice general de representaciones que inducen a pensar en relaciones con varios sistemas numéricos como en las cuevas No. 1, 2, 3 y 4 de Punta del Este, Isla de la Juventud; la Cueva de los Chivos, en Caguanes, Sancti Spíritus; las cuevas de Ambrosio y Pluma en Matanzas y la Cueva de García Robiou en la Habana, por poner sólo algunos ejemplos.

En el caso que nos ocupa, la Cueva de los Petroglifos del sistema cavernario de Constantino en Pinar del Río, se puede inferir que, el número 10 y sus múltiplos pasan al primer plano en la vida de los primitivos que habitaron este territorio occidental de Cuba; pues según nuestra opinión probablemente el hecho socio-cultural de realizar representaciones asociadas al número 10 apareció con la práctica de calcular eventos biólogo-sociales como el plazo de los partos, por el registro lunar del embarazo humano. El plazo común del embarazo, 10 meses lunares, o sea, la sucesión de las fases de 7 días de la luna durante 40 veces, permite así la representación frecuente de números múltiplos de 10 (20, 30, 40), pues en este plazo la luna repite su ciclo 10 veces; desde luna nueva, crecía 14 días, hacia el plenilunio y después menguaba 14 días hasta la luna nueva; es decir, 10 veces moría y nuevamente nacía desde la gestación hasta el nacimiento, es singular el hecho de que a la mitad de este plazo (5) el niño hacía el primer movimiento en el vientre de la madre. La coincidencia indudable de estos números con fases de la luna dan a estos una importancia incalculable dentro de la cultura y sociedad de nuestras comunidades prehispánicas. Lo verdaderamente asombroso es que en el mural

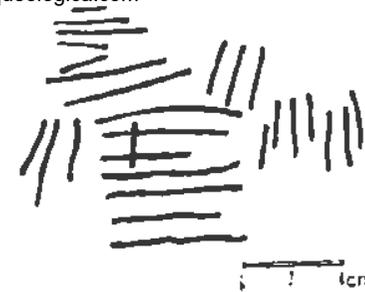


Fig. 7. Reproducción de la pictografía No. 23, Cueva de los Petroglifos.

pictográfico de la Cueva de los Petroglifos es palpable la intencionalidad de pintar series de rayas paralelas en agrupamientos de 10, 20 y 30 rayas. En este sentido es bueno citar a fray Ramón Pané (1990) quien en su ya famosa "Relación acerca de las antigüedades de los Indios" dice refiriéndose a los taínos de La Española: "Todo esto les han hecho creer sus antepasados; porque ellos no saben leer ni contar sino hasta diez".

El conteo en función de los números 5 y 10 fue sin lugar a dudas absorbido del papel que jugaron en el desarrollo del simbolismo numérico el contar con los dedos, pues los 5 dedos de la mano estaban presentes ante los ojos de nuestros aborígenes con más frecuencia que cualquier otro conjunto permanente y divisible de números. Por lo que la coincidencia de los números 5 y 10 de las manos con los del calendario lunar del embarazo, sin lugar a dudas estimularon la adoración y uso de estos números por nuestros primitivos pobladores. Al respecto Arrom, en Pané (1990) nos dice: "Los taínos al igual que otros pueblos amerindios, contaban por un sistema vigesimal. Por cinco decían 'mano', por diez 'dos manos', por veinte 'hombre' por ochenta 'cuatro hombres'".

Todo lo anterior demuestra que es perfectamente sostenible el hecho de que los pobladores de la Cueva de los Petroglifos se apoyaran sobre todo en números múltiplos de 10, pues este estaba sostenido por la práctica de contar con los dedos de las manos y de los pies; ya que, como ha planteado Frolov (1993): "La mano fue el primer instrumento de trabajo, el eslabón de enlace más sólido entre el objeto de trabajo y el pensamiento, el primer instrumento para la división cuantitativa de los objetos del mundo material..."

Ahora bien ¿qué necesidad tuvieron nuestros primitivos para realizar conteos de este tipo?, numerosos elementos se podrían

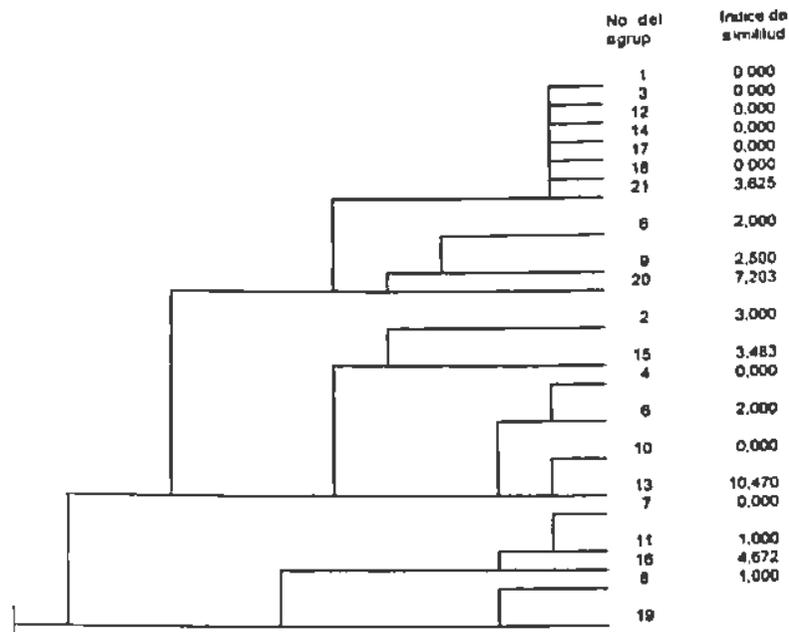


Fig. 8. Comportamiento de los agrupamientos numéricos del mural pictográfico según el modelo de *cluster analysis* de distancia euclidiana por agrupación centroide.

citar en este sentido, pero nos parece mucho más elocuente citar a Frolov (1993), quien nos dice:

La aparición de instrumentos nuevos, el aumento de las operaciones tecnológicas y de la relación recíproca entre ellas estimulaban sin duda alguna el desarrollo de la atención, la memoria y el habla de los individuos, por cuanto era necesario registrar y transmitir a los parientes y descendientes (en el espacio y en el tiempo) las estructuras cada vez más complejas, en el sentido cuantitativo y cualitativo de los procesos técnicos. Por eso debía ampliarse el vocabulario, de modo que permitiera designar con mayor exactitud las propias correlaciones cuantitativas [...] precisamente con esto, a mi juicio, está vinculada la aparición de las primeras tentativas de la gráfica de la cuenta: Serie de rayas puntos, hoyitos y crucecitas en trozos de piedra y hueso.

El cosmos sugería también estas combinaciones pues la presencia de las estrellas de las Pléyades, las estrellas de la Osa

Mayor y otras, hacían de la bóveda celeste una fuente importante para el desarrollo y evolución del simbolismo numérico, debe en este sentido recordarse la importancia de la Osa Mayor en la cosmovisión taíno de las Antillas. Por otra parte la observación astronómica y el ordenamiento del tiempo por parte de nuestros aborígenes les permitió llevar el registro y representar numéricamente importantes ciclos naturales como la reproducción animal y vegetal, los periodos de seca y de lluvia, la temporada ciclónica o los periodos de fertilidad para la siembra, además de otros periodos biólogo-sociales como el embarazo o los periodos menstruales de las mujeres.

Pues como han planteado otros autores todos estos periodos o ciclos pudieron haber sido inicialmente aprendidos de la observación y conteo del firmamento y su relación con los mismos; en este sentido basten las palabras de Fernández *et al.* (1999) al decir: "[...] es indiscutible la relación existente entre estos fenómenos y la posición que ocupa el sol en el firmamento en las distintas estaciones del año, así como la vinculación de los mismos con el ciclo lunar y cada una de sus fases en particular [...]"

Por otra parte es bueno recordar que el número 4 desempeñó un papel mágico importante en la mitología aborigen de las Antillas, por ejemplo, recordemos que en la mitología taíno no pocos mitos nos refieren la magia del número 4 como es el caso del siguiente pasaje tomado de Pané (1990) en su capítulo IX "Como dicen que fue hecho el mar", donde dice textualmente: "El cual Yayael queriendo matar a su padre éste lo desterró y así estuvo desterrado *cuatro* meses [...] Dicen pues que un día, habiendo ido Yaya a sus conucos, que quiere decir posesiones, que eran de su herencia, llegaron *cuatro* hijos de una mujer que se llamaba Itiba Cahubaba [...]"

Más adelante en el capítulo número VII de la *Relación*, Pané nos relata otro pasaje donde se incluye el número 4 en su concepción mitológica al decir de la captura de las raras personas o seres que luego convirtieron en mujeres: "Dijeron al cacique que eran *cuatro* y así llevaron *cuatro* hombres que eran caracaracoles".

La presencia del número 4 en estos pasajes mitológicos nos reafirma la tradición mágica americana de los cuatro vientos, los cuatro puntos cardinales, las cuatro direcciones principales; la salida y puesta del sol y los vientos templados y calientes.

Todo lo anterior nos hace pensar que esta tradición nacida muy tempranamente y perdida en la memoria aborigen de América pudo



Fig. 9. Reproducción de la pictografía No. 11, Cueva de los Petroglifos.

ser la fuente que permitiera a los pueblos prehispánicos tempranos de las Antillas asociar el número mágico, cuatro, con las cuatro veces que se repiten los cinco dedos en el cuerpo humano, lo que sin lugar a dudas permitió el inicio de una operación paleomatemática basada en números múltiplos de cuatro y cinco como el 10, 20, 30.

Retomando el tema sobre el Sol y la Luna, estos también desempeñaron un papel importante en la mitología y creencias indoamericanas, un ejemplo de esto nos lo relata Pané (1990) al referir el origen de los taínos cuando nos dice:

Esta gente, estando en aquellas cuevas, hacía guardia de noche, y se había encomendado este cuidado a uno que se llamaba Mácoael; porque un día se tardó en volver a la puerta dicen que se lo llevó el Sol [...] Después, dicen que otros habiendo ido a pescar fueron presos por el Sol y se convirtieron en árboles [...]

Más adelante el propio Pané, donde nos cuenta sobre como se separaron los hombres de las mujeres, nos dice: "Este salió antes del amanecer, y lo cogió el Sol por el camino y se convirtió en pájaro que canta por la mañana, como el ruiseñor y se llamaba Yahubabayael".

En cuanto al papel mitológico de la Luna no son pocos los pueblos prehispánicos que incluyen este astro en su diseño mitológico del mundo que los rodeaba, ejemplo de esto es sin dudas el pasaje que nos cuenta Breton (1892) al referirse a los caribes de Guadalupe: "Los Caribes imaginan que la luna vio a una joven

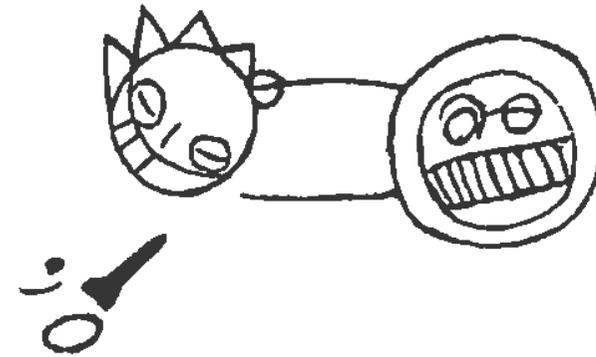


Fig. 10. Reproducción de la pictografía No. 4, Cueva de las Mercedes, Sierra de Cubitas, Camagüey, Cuba.

dormida y la embarazó, lo que obligó a la madre de ésta a poner una persona que la vigilara y a él sorprendiera y ennegreciera con jagua para reconocerlo, y según dicen ellos estas son las manchas que todavía hoy aparecen en ese astro".

Lo curioso de este mito es que el mismo se repite con pequeñas diferencias en otras culturas prehispánicas de América, entre las que se pueden citar los taínos de La Española (Pané 1990), los arauacos y guaraos de las Guayanas (Roth en Arrom 1975) y los caribes de Dominica (Taylor 1952).

Sobre este último caso de Dominica según Arrom (1975) una anciana caribe le contó a Taylor lo siguiente:

La luna es un hombre con la cara sucia. En otros tiempos había una joven que dicen quedó embarazada de un amante que a escondidas la visitaba de noche, de modo que ella no sabía quien era. Dicen que la madre de la joven se puso en guardia, y habiéndose untado las manos de hollín, al entrar el amante se las restregó en la cara.

Al margen de las relaciones inferidas sobre estos pasajes por otros autores como, por ejemplo, Arrom (1975), el cual relaciona los mismos con el rechazo al incesto por estas culturas y con los cuales estamos absolutamente de acuerdo, pensamos que los mismos transmiten una importante información sobre la psicología de estos pueblos y las relaciones del firmamento con su conducta social y espiritual.

En este sentido los pasajes mitológicos donde aparece el Sol nos demuestran el papel de este astro en la creación, de lo que

podemos inferir su papel en la fertilidad, abundancia y obtención de recursos vitales como animales, plantas y materia prima para la elaboración de herramientas de trabajo.

Por su parte, la luna presenta en estos mitos una importante relación con la maternidad, pues la luna embaraza a las jóvenes; esta relación luna-embarazo no puede estar ajena al conteo de las fases lunares durante los periodos de gestación.

Para ejemplificar toda esta relación del Sol y la Luna con la mitología y creencias de algunos pueblos prehispánicos baste la reproducción de una de las más impresionantes representaciones de estos astros dentro de la plástica aborigen de las Antillas presente en la Cueva de las Mercedes, Sierra de Cubitas, Camagüey, Cuba, donde junto a estos astros aparece la representación de un falo, para indicarnos la gran relación de estos astros con la fertilidad y la fecundidad (figura 10).

Desgraciadamente sobre la cosmogonía de las culturas arcaicas de las Antillas no hemos recibido información alguna, a no ser por la interpretación de algunas evidencias arqueológicas estudiadas en los sitios de asentamiento de estos grupos; sin embargo, la extensión de estos mitos por no pocos grupos culturales de América, la presencia de artefactos rituales y de trabajo comunes a los grupos arcaicos y neolíticos del área, la capacidad de asimilación de algunos grupos arcaicos de tecnologías neolíticas cuando estos convivieron temporalmente así como la identidad común demostrada en muchas de sus manifestaciones rupestrológicas, nos hacen pensar que los pasajes antes comentados demuestran que en las Antillas, desde épocas muy tempranas, los números mágicos y las relaciones astronómicas presentes en la mitología fueron la fuente de inspiración para el desarrollo de un medio paleomatemático que permitiera establecer y desarrollar un conocimiento más científico del mundo que los rodeaba.

Todo lo anterior nos permite inferir que el simbolismo de los números 10, 20 y 30 (y sus múltiplos) en el estado primitivo de los aborígenes que habitaron la Cueva de los Petroglifos es, ante todo, el simbolismo del hombre (sus manos, pies y nacimiento) y del cosmos, y el cosmos para ellos es más dinámico que estático, más temporal que espacial, lo que no puede ser considerado un fenómeno aislado dentro de la arqueología americana, pues como ha sugerido Struik (1948): "De los 307 sistemas de contar de los aborígenes de América, 146 son decimales; 106 se basan en el 20 o 10 x 20; 35 sistemas tienen su base en el 20".

O sea, al sistema decimal le sigue en América la cuenta de a 20 basada en el proceso de 5 x 4 por el número de los dedos de las manos y los pies del hombre.

CONCLUSIONES

1. En el arte rupestre de la Cueva de los Petroglifos del sistema cavernario de Constantino, sobre todo en el mural No. 1, se puede apreciar una intención marcada, por parte de los ejecutores del mismo, de representar por algún motivo la presencia del número 10 y sus múltiplos.
2. Queda demostrada la necesidad de realizar estudios sistemáticos de la arqueología aborigen de las Antillas, que nos permitan acercarnos científicamente a la funcionalidad, significación y origen de los primeros símbolos numéricos de nuestra área geográfica y cultural.
3. El arte rupestre de esta localidad reafirma el criterio sostenido por un grupo importante de investigadores que consideran los números mágicos como el límite inicial del cálculo utilitario del hombre.
4. El apoyo en el número 10 de los aborígenes que habitaron esta localidad estaba sostenido en la antigua práctica de contar con los dedos de las manos y los pies.
5. Este sistema numérico basa su origen en el hecho de que estas comunidades se vieron en la necesidad de registrar y transmitir las estructuras cada vez más complejas del desarrollo de sus procesos técnicos, sociales y psicológicos, tanto en el orden cualitativo como cuantitativo.
6. El simbolismo de los números aislados en el arte rupestre de esta localidad, fue el simbolismo del hombre y el cosmos; el hombre en su nacimiento, pies y manos y el cosmos representado en sus fases lunares en su relación con el cómputo del tiempo, como un problema biólogo-social y de subsistencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ① Alonso Lorea, J. R. (1992): "Sobre el arte mural indio de Punta del Este: Estética y símbolo: Estructura y análisis" en *Antropología '92*, Libro de Resúmenes, La Habana.
- ② Alonso, E. y H. Carmenate (1986): *Censo arqueológico de Pinar del Río*. Pinar del Río, Delegación Territorial de la ACC (impresión ligera).
- ③ Arrom, J. (1975): *Mitología y arte prehispánico de las Antillas*. México D. F. Siglo XXI.

- Aveni, A. (1980): *Skywatchers of Ancient Mexico*. Austin, University of Texas Press, Texas.
- _____ et al. (1978): "The Pecked Cross Symbol in Ancient Mesoamerica" en *Science*, Vol. 202, No. 4365, Washington.
- Breen Murray, W (1980): "La riqueza arqueológica de Nuevo León" en *Monterrey*, Vol. 1, No. 3, Monterrey.
- _____ (1986): *Numerical Representations in North American Rock Art. Native American Mathematics*. Austin, University of Texas Press.
- _____ (1990): "Arte rupestre en Nuevo León" en *El Arte Rupestre en México*. México D. F., Inst. Nac. de Antropología e Historia.
- Breton, R. (1892): *Dictionnaire Caraïbe Français*. Leipzig, Auxerre.
- Bromeli, Yu. V. (1973): "El etnos y la etnografía" en *Moscú*, No. 66, Moscú.
- Dikov, N. N. (1979): "Las culturas antiguas de Asia nordeste" en *Novosibirsk. Moscú* (en ruso).
- ⊗ Fernández, R. et al. (1999): "El sol y la luna en el arte rupestre como expresión de la mitología aborigen" (inédito), en los archivos del autor.
- Frolov, B (1974): "Los números en la gráfica del paleolítico" en *Novosibirsk*, No. 67, Moscú (en ruso).
- _____ (1981): *Mitos y dibujos astrales. Ensayos sobre el desarrollo de los conocimientos científicos-naturales en la antigüedad*. Moscú (en ruso).
- _____ (1993): "Simbolismo prehistórico del número" en *Priroda*, No. 21, Moscú (en español de Alca., Madrid).
- ⊗ Gutiérrez, D. (1994): "Los petroglifos sobre ahumado del sistema cavernario de Constantino, Viñales, Pinar del Río: Contraposición de Cuatro técnicas" en *Lib. Res. Taller Internacional Antropología '94*, La Habana.
- ⊗ _____ (1997): "Nuevos elementos arqueoastronómicos en la Cueva No. 1 de Punta del Este, Cuba" (inédito) en archivos del autor.
- ⊗ Herrera Fritot, R. (1938): "Informe sobre una expedición arqueológica a Punta del Este, Isla de Pinos, realizada por el Museo Arqueológico Montané" en *Universidad de La Habana*, No. 20-21, La Habana.
- ⊗ Jaimez, E. y D. Gutiérrez (1992): "Panorama del estado actual del conocimiento del sistema cavernario de Constantino, Sierra de Galeras, Viñales, Pinar del Río" en *Casimba*, Año 3, Serie 1, No. 4, La Habana.
- ⊗ Jaimez, E. et al. (1999): "El sistema cavernario de Constantino: Actualidad y perspectivas" (inédito) en los archivos del autor.
- Kirkland, F. y A. W. Newcomb (1967): *The rock art of Texas Indians*. Austin, University of Texas Press.
- Marshack, A. (1972): *The roots of civilization*. New York, McGraw Hill Book Company.
- ⊗ Núñez Jiménez, A. (1945): *Excursiones geográficas por el occidente de Cuba*. La Habana, separata de la *Revista de la Sociedad Geográfica de Cuba*.
- _____ (1975): *Cuba; dibujos rupestres*. Lima, Ed. conjunta Ciencias Sociales & Industrial Gráfica S.A.
- ⊗ _____ et al. (1990): "El arte rupestre en la Cueva de los Petroglifos del sistema cavernario de Constantino, Viñales, Pinar del Río. Consideraciones Preliminares" en *Lib. Res. Cong. Internac. 50 Aniv. SEC*. La Habana.
- Pané, R. (1990): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, con notas mapas y apéndices de José Juan Arrom. La Habana, Ed. Ciencias Sociales.
- ⊗ Rivero de la Calle, M. (1992): "Estudio del material osteológico humano de la Solapa V Centenario" (inédito) en archivos del autor.
- Robiou Lamarche, S. (1987): "Panorama de la astronomía indígena en las Antillas" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, XIV-20, Santo Domingo.
- ⊗ Socarrás Matos, M. (1985): "La cultura de los círculos concéntricos. Computación aborigen" en *Santiago*, No. 59, Santiago de Cuba.
- ⊗ _____ (1987): "Un enigma con posibilidades de solución. La cultura de los círculos concéntricos" en *Santiago*, No. 67, Santiago de Cuba.
- Stone, A. (1995): *Images From the Underworld. Naj Tunich and Tradition of Maya Cave Painting*. Austin, University of Texas Press.
- Struik, K. (1948): "Stone Age Mathematics" en *Scientific American*. Washington.
- Taylor, D. (1952): "Tales and Legends of the Dominica Caribs" en *Journal of American Folklore*, Vol. 65, New York.
- Winter, J. (1977): *A note on Bahamian griddles*. Caracas, Centre de Recherches Caraïbes, Universidad Central de Caracas.
- Winter, J. et al. (1985): *Archaeological investigations within The Bahamas archipelago*. Montreal, Centre de Recherches Caraïbes, Universidad de Montreal.



De un asa zoomorfa en cerámica. Museo Indocubano Baní, Banes.

ORIGEN DE LA ALFARERÍA DE LAS COMUNIDADES PROTOAGROALFARERAS DE LA REGIÓN CENTRAL DE CUBA

IRINA JOURAVLEVA



De un asa antropomorfa en cerámica.
Museo Chorro de Maíta.

Jouraleva es investigadora del Departamento de Arqueología
del Centro de Antropología. CITMA, La Habana.

Después de prolongados debates y variados esquemas surgidos de los estudios de evidencias tipo y de los desplazamientos de los primeros pobladores agroalfareros a lo largo de las Antillas (lo que aún hoy día representa el atractivo mayor para los arqueólogos interesados en la región), comienzan a retomar un lugar importante los estudios referidos a los pobladores "arcaicos" antillanos.

Quizás, esto responda al hecho de que los estudios ampliados de estos últimos representan el punto de partida para una mejor comprensión de las sociedades tempranas antillanas y, especialmente, para el fenómeno "subtaíno".

Los grupos más tempranos llamados "arcaicos", tienen entre sus características principales la de haber sido buenos navegantes. Sus sitios de habitación revelan una relación estrecha con el mar y su dieta una dependencia subsistencial de ese medio. Posteriormente, por diferentes motivos, entre los que bien pueden estar las variaciones climáticas, avanzan hacia el interior tratando de vencer las dificultades provocadas por cambios de habitat, y se ven precisados a desarrollar nuevas tecnologías.

Los materiales encontrados en Santo Domingo (Veloz *et al.* 1974) indican que el patrón de asentamiento descrito en este nuevo proceso parece tener una relación de tipo terrestre más definida y espectro faunístico más amplio. Este "modelo" se denominó "ceramista temprano", considerado como una transición entre las bandas de pobladores arcaicos, desconocedores de la agricultura, y el inicio del proceso racionalizado de explotación de la naturaleza.

Algunos estudios señalan que el poblamiento arcaico antillano procede de América del Sur, usando la ruta de las Antillas Menores, mientras que otros sostienen que su llegada es de Centro o de Norte América, por vía Yucatán o Florida.

Los lugares más tempranos de este tipo de pobladores arcaicos antillanos se ubican en la isla de Trinidad, frente a la costa venezolana, en donde se tiene nueve fechados radiocarbónicos que van desde 5500 hasta 3500 a.n.e. (Veloz *et al.* 1974). En Cuba,

los fechados más tempranos correspondientes a los sitios ceramistas con ajuar arcaico, se encuentran en el norte de Matanzas, el territorio más cercano a la Florida y constan de 2160 a.n.e. (Jorajuría) y 1500 a.n.e. (Playita).

La información documental indica que los arcaicos subsistieron en algunas áreas antillanas hasta la época de descubrimiento de América, especialmente en la península suroccidental de Haití (Guacayarima) y la parte occidental de Cuba (Guanahatabey), Chanlatte (1986).

En Cuba, los territorios y sitios ocupados por los pobladores ceramistas tempranos ya fueron reportados en varias ocasiones. Tabío y Rey (1979) denominaron un nuevo grupo Mayarí, por considerarse entonces como una nueva cultura aborigen. Las excavaciones practicadas en varios sitios con similitudes a esta cultura, mostraron también un contenido en su ajuar general del tipo Ciboney Cayo Redondo, con muestras, en todas las capas, de un estilo cerámico totalmente desconocido en aquel momento. La cronología absoluta para el sitio Arroyo del Palo (Mayarí) determinada por medio del análisis radiocarbónico arrojó el fechado de 980 d.n.e.

Más tarde Tabío (1991) propuso la existencia de una nueva etapa para las comunidades aborígenes de Cuba denominada por él como "protoagrícola", la cual fue considerada como una transición entre las etapas preagroalfarera y agroalfarera, en la que quedaban enmarcadas algunas comunidades aborígenes de la isla que presentaban un ajuar arcaico con evidencias del uso de vasijas de cerámica, pero sin la presencia del burén y la duración de la misma en Cuba sería sólo de un milenio, desde 2000 hasta 1000 a.p., según consideraciones del autor.

Sin embargo los fechados de los sitios de Matanzas (Jorajuría y Playitas), ya mencionados, así como otros descubrimientos más recientes, sugieren otras posibilidades:

1. Ampliar desde el punto de vista cronológico la etapa propuesta.
2. Aceptar el arribo de grupos arcaicos ceramistas en épocas más remotas.

Ulloa (1999) reportó el sitio Catunda en Santiago de Cuba como recolector con alfarería con fechados de 250 y 320 d.n.e. El mismo autor, haciendo reflexiones acerca de esta etapa protoagrícola, considera que las discusiones abordan dos cuestiones esenciales:

- El protoagrícola como un evento cultural diferenciado o distinto.

- El protoagrícola como comunidad arcaica que conoció la cerámica y quizás incorporó algunos cultivos incipientes.

El objeto de la presente investigación es la cerámica encontrada en los sitios de filiación protoagrícolas de la parte central de Cuba, según la denominación de Tabío, y que en lo sucesivo denominaremos como protoagroalfareros, por cuanto los hallazgos arqueológicos evidencian el dominio alcanzado por estas comunidades tanto en la agricultura como en la industria de la cerámica. Además, desde el punto de vista conceptual, es una categoría más funcional con los términos acuñados de las etapas ya reconocidas, y es el término que se utilizó además para la realización del Censo Arqueológico Nacional de Cuba.

Estamos seguros de que haciendo énfasis en los análisis tecnotipológicos, podemos ampliar la visión acerca del origen y desarrollo de la alfarería de estas comunidades.

La cerámica hallada en los sitios de esta filiación en la región objeto de estudio es, por regla bastante general, muy fragmentada y carece de decoraciones. Esta es la razón por la cual la aplicación de los estudios de tecnología y no los análisis decorativo-formales, resulta lo más aconsejable. Al respecto sería bueno recordar el criterio de Porras (1980) para quien la clasificación de la cerámica sólo por estilos decorativos resulta muy peligroso, y peor aún, para del período formativo, cuando los resultados de estos estudios pueden resultar literalmente a la inversa.

Se estudiaron los tiestos de cerámica de 14 sitios, pertenecientes a las provincias actuales de Villa Clara, Cienfuegos y Sancti Spiritus, en su mayoría los fragmentos fueron recolectados en la superficie. Se prepararon láminas delgadas del corte transversal de cada fragmento (de 5 a 10 fragmentos por sitio) y posteriormente se estudiaron con ayuda de lupa binocular y microscopio mineralógico de luz polarizada los siguientes parámetros: régimen de la cocción, homogeneidad de la pasta, tamaño y mineralogía de granos de desgrasante, labores de la superficie y el acabado, según una propuesta anterior (Jouravleva y La Rosa 1998).

Debido a la complejidad y diversidad de la situación arqueológica de la región central de la isla, no es posible analizar de conjunto toda el área sin antes enfocar individualmente las partes que la componen.

La provincia de Villa Clara se ubica justamente en la mitad norte del área central de la isla, donde en los últimos tres años fue reali-

zado el Censo Arqueológico que reportó un total de 610 sitios y sólo 25 eran residuarios en los que se colectaron fragmentos de cerámica pero ninguno de ellos de burenes (Sampedro *et al.* 1998). Los autores revelan la presencia muy notable de las comunidades paleolíticas de esta provincia, lo que permitió diferenciar tres grupos, quizá relacionados con tres momentos de ocupación. También realizaron un amplio análisis del proceso evolutivo de la industria lítica.

Esta información brinda un panorama que sugiere dos posibilidades:

- Desarrollo unilineal de los pobladores de tradiciones paleolíticas.
- Ocupación interrumpida por diferentes bandas arcaicas.

En dependencia de lo planteado la presencia de la cerámica puede tener diferentes fuentes de origen.

- Surgimiento de alfarería como el índice del proceso del desarrollo de las comunidades arcaicas (inventiva local).
- Arribo de un grupo arcaico ceramista a esta área.
- Préstamo de tecnología alfarera (inventiva dependiente).

La ocupación del territorio por grupos ceramistas tempranos posiblemente se prolongó en un intervalo extenso cuando ellos pudieron alcanzar un cierto dominio del territorio, razón por la cual la costa norte de la parte central está reconocida por la interrupción en el avance migratorio desde oriente a occidente de los grupos taínos y subtaínos, ya que sus huellas vuelven a aparecer en las provincias occidentales.

Es de destacar la ubicación de los residuarios con cerámica, los cuales se localizan en un área alejada de la costa tanto en cuevas como en cielo abierto, siempre en la cercanía de los ríos (Sampedro *et al.* 1998).

En el sureste de Santo Domingo, Veloz y otros (1976) estudiaron el sitio Atajadizo, perteneciente a pobladores ceramistas tempranos, con patrón de asentamiento que incluían áreas abiertas y cuevas. Los autores sugieren que la habitación en cuevas corresponde al período más temprano y su hábitat en áreas abiertas a una etapa tardía, cuando la alfarería alcanza niveles superiores.

En el caso de Villa Clara no se observaron notables diferencias entre la alfarería encontrada en cuevas y áreas abiertas.

A nuestro juicio una cuestión de suma importancia dentro de este tipo de estudio, se refiere a la relación de los residuarios con alfarería y los yacimientos de arcilla (origen clástico sedimentario)

de esta provincia para lo cual nos auxiliamos del mapa del MINBAS (1988), pues el hecho de tener la materia prima a su alcance fue una cuestión que debió incidir favorablemente en el desarrollo de la alfarería, lo que unido a la necesidad de introducir nuevos alimentos en su dieta para suplir en parte los productos del mar, fueron dos de las cuestiones principales que impulsaron el avance de estas comunidades.

De esta manera las características del entorno ecológico donde se asientan estos pobladores, les brinda las condiciones adecuadas para su desarrollo, tratándose sobre todo, de comunidades tempranas no poseedoras de grandes industrias, lo que las hace todavía muy dependientes de la naturaleza.

Las explicaciones medioambientales o evolutivas de la cultura, que alguna vez fueron atacadas vehementemente, han llegado a ser respetadas, aunque todavía existen opiniones que siguen "el paradigma humano excepcionalista" que toma como comprobada la liberación de nuestra especie del impacto de cualquier fuerza natural (Meggers 1999).

Después de un análisis minucioso de los fragmentos de la cerámica encontrada se obtuvieron los resultados que se presentan en la Tabla 1.

En general esta cerámica es lisa y muy fragmentada, lo que corrobora los niveles bajos de tecnología alfarera (comprende los sitios Caonao, Encrucijada, Mata I, Cueva del Muerto, Sitio Grande y Naguamaya). En la superficie de los fragmentos se observa la capa densa de carbón, lo que indica su intensa utilización. Fue encontrado un fragmento de cerámica en el sitio Cueva del Muerto, donde la acumulación del carbón aparece en la parte interior de las vasijas, lo que pudiera ser explicado por dos factores: como su uso para tostar algunas semillas o alguna actividad religiosa. El régimen de cocción es bastante malo, por lo que deja un núcleo negro, la pasta no presenta los indicios del proceso de maduración ni buen amasamiento, y como consecuencia, se provoca la fragmentación de las piezas cerámicas. Sin embargo, llama la atención la selección del mineral del desgrasante, ya que el cuarzo es el mineral predominante.

Rouse (1965) al caracterizar la tecnología de la cerámica caribeña apuntó que los pobladores simplemente hacían uso del barro, sin ninguna adición de cualquier otro mineral. Sin embargo, con las nuevas investigaciones surge otra imagen acerca de esto. Como se ha comprobado la cerámica de los sitios de "inventiva local" se

TABLA 1. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA CERÁMICA			
Sitio	Pasta	Desgrasante	Superficie
Caonao, 5YR-5/2	Parda rojiza, grosor 6-5 mm, homogénea, bien mezclada, cocción completa, en algunos fragmentos presencia del núcleo carbonizado	Granos de cuarzo, tamaño mediano de origen aluvial, fragmentos de plagioclasa y epidote	Alisado burdo sin recubrimiento
Encrucijada, 5YR-4/2	Parda clara, grosor 5-6 mm, homogénea, cocción completa	Granos finos de plagioclasa, epidote y anfíboles, triturados	Alisado burdo sin recubrimiento
Cueva del Muerto, 5YR-4/1, 5YR6/1, Profundidades en cm			
50-60; C-2, B-8	Homogénea, bien mezclada, cocción incompleta, núcleo carbonizado	Poco desgrasante, menos de 30 % representado por cuarzo y plagioclasa	Bien alisada, color gris
50-60; C-1, C-6	Homogénea, cocción completa, bien mezclada	Poco desgrasante, tamaño mediano, representado por cuarzo y plagioclasa	Alisado burdo, color pardo claro
50-60; C-1, B-12	Heterogénea, mal mezclada, cocción incompleta, núcleo carbonizado	Poco desgrasante, tamaño mediano, representado por cuarzo y plagioclasa	Buen alisado, color gris
80-90; C-1, B-12	Heterogénea, muy mal mezclada, cocción mala, carbonizada	Como desgrasante rocas trituradas, el cuarzo de bajo contenido en la masa	Color gris, alisado burdo
80-90; C-2, A-10	Heterogénea, muy mal mezclada, cocción mala, carbonizada	Como desgrasante rocas trituradas, el cuarzo de bajo contenido en la masa	Alisada, parda oscura
Mata I	Parda rojiza, bastante homogénea, cocción incompleta	Granos de tamaño de fino a mediano, representado por cuarzo de origen aluvial, concreciones de hierro	Alisado bueno sin recubrimiento, algunos fragmentos muestran el enjuego con agua
Sitio Grande, 5YR 4/2	Parda, de 5 a 7 mm, heterogénea, cocción incompleta	Granos de tamaño mediano, triturados, predominio de cuarzo	Alisado burdo sin recubrimiento
Naguamaya, 5YR 4/2	Parda, de 5 a 7 mm, heterogénea, cocción incompleta	Granos gruesos triturados de plagioclasa	Alisado burdo sin recubrimiento

caracteriza por el contenido bajo del desgrasante o su ausencia. En algunos casos el desgrasante es orgánico o está representado por rocas trituradas. Sin embargo, cuando para este fin se selecciona un mineral determinado, significa un conocimiento ya adquirido de esta tecnología.

La cerámica en cuestión no posee labores de recubrimiento, las labores del acabado se limitan al alisamiento que puede ser bueno o burdo. La excepción en este aspecto está representada por la cerámica del sitio Mata I, lo que se discutirá más adelante.

Ahora bien, evaluando las características de la cerámica de Villa Clara, se puede sugerir que la misma fue elaborada según una tecnología común para todos los sitios, con pequeñas diferencias que no permiten la separación en grupos individuales. Solamente varía el régimen de cocción y de esta manera los fragmentos encontrados tienen o no el núcleo carbonizado, por lo mismo varía el color de la superficie que deja las piezas más claras cuando el

régimen de cocción es mejor. Para comprobar la influencia de la temperatura y el tiempo de cocción, se sometió un fragmento de cada sitio a la recocción en condiciones controladas (900 °C, con un tiempo de duración de 3 horas en una mufla eléctrica). Con el resultado obtenido se comprobó que todos los fragmentos adquirieron la misma coloración uniforme y que se trataba de la misma materia prima 2,5YR-6/8.

La tecnología utilizada corresponde al nivel bajo o medio del desarrollo de la alfarería. Sobre la base de los parámetros estudiados no se puede sugerir la "inventiva local" en esta área, más bien pudiera ser la "prestación" de la tecnología alfarera por otros grupos ceramistas.

Si se considera que la alfarería fue resultado de un "préstamo", es evidente que su origen se debe buscar en las áreas aledañas. En la misma provincia, en su extremo occidental, se localizó un sitio cercano a la costa norte (Charcón VI) con hallazgos de múlti-

bles fragmentos de cerámica sin presencia de burenes. Los fragmentos de esta cerámica son más grandes, superan en 2 o 3 veces en tamaño los de los sitios anteriores, cuestión que por sí sola indica una confección superior de las vasijas anteriores. Las características restantes son las siguientes: pasta homogénea bien mezclada, de color gris con abundancia de concreciones de hierro. Los granos de desgrasante son finos y tienen un contenido elevado de plagioclasa y anfíboles; la superficie está bien alisada y en algunos casos hay presencia de una capa fina de pintura roja. La cocción es buena. Es evidente que la materia prima utilizada es diferente, sin embargo no se conoce otro yacimiento de arcilla en esta área (MINBAS, 1998).

El resto del ajuar arqueológico de este sitio es característico de las comunidades arcaicas (Sampedro *et al.* 1998).

En la misma costa norte, aunque ya pertenece a otra provincia de la actual división político-administrativa, pero físicamente cercana al sitio Charcón VI, se localiza otro sitio de pobladores arcaicos ceramistas, el ya mencionado Jorajuría. El ajuar de este sitio es típicamente arcaico con tiestos de cerámica sin burenes.

Las muestras de cerámica halladas en el sitio fueron elaboradas según dos tecnologías diferentes. Este cambio se observa en la profundidad de 40 cm aproximadamente. Si se trata de una "inventiva local", la cerámica de las capas más profundas debería ser más burda, sin embargo, esto no se comporta así. Desde los 80 cm hasta los 40 cm hacia la superficie, los fragmentos muestran la superficie alisada, prácticamente vidriada (el vidriado es de tipo natural y no intencional), y no se observa un núcleo carbonizado, lo que indica buen régimen de cocción, lo que no es característico de la cerámica del periodo inicial. Algunos fragmentos poseen una capa fina de pintura roja, esto generalmente se atribuye a la cerámica temprana. La pasta de los fragmentos está bien mezclada, con la distribución homogénea de los granos de desgrasante, representados estos en su mayoría por el cuarzo.

La distribución de los fragmentos de la cerámica de 80 a 40 cm es escasa y homogénea, lo que tampoco ocurre en el caso de "inventiva local", cuando con la introducción de los primeros pasos de la alfarería se llega rápidamente al periodo de experimentación y comprobación con el objetivo de mejorar la tecnología y perfeccionar las piezas. Este periodo se caracteriza por un brusco aumento del número de fragmentos cerámicos de diferente calidad y posteriormente, cuando se establece un patrón en la elaboración de un

artefacto cerámico y se completa el "paquete" tecnológico en la preparación de la pasta y mejora el régimen de cocción, vuelve a disminuir la frecuencia de los fragmentos, pero los mismos se caracterizan ya por homogeneidad en su elaboración.

A partir de 40 cm hacia la superficie nos encontramos con otro tipo de cerámica de calidad inferior a la de las capas más profundas. El régimen de su cocción no es bueno, pues resulta incompleta, y deja el núcleo carbonizado en la mayoría de los fragmentos. La pasta es mal mezclada y la distribución de los granos de desgrasante es heterogénea, predomina la plagioclasa y se deja el cuarzo en segundo lugar. El tamaño de granos es más pequeño. Algunas de las muestras se elaboraron con un porcentaje de temperante muy bajo en la pasta. Las labores de la superficie son diferentes. Aparece la labor de enjuague, que deja la capa fina de arcilla orientada en la superficie; en muchas ocasiones la misma posee alto contenido de hierro y desaparece por completo la pintura roja que fue característica de los fragmentos de las capas inferiores. Es de destacar que la arcilla utilizada para alfarería en las capas superiores es diferente al contener niveles elevado de mica. La arcilla micacea también se utilizó por los habitantes que ocuparon los sitios de filiación protoagroalfarera Playita y Río Chico, situados en la misma provincia.

Si nos referiremos a la cerámica de las capas superiores, podría admitirse que aquí se produjo el proceso de "prestación", que corresponde a la etapa más tardía de esta área.

En la Figura 1 se presentan los fragmentos de la cerámica de la parte norte de los siguientes sitios: 1. Jorajuría; 2. Charcón IV; 3. Caonao; 4. Encrucijada; 5. Sitio Grande; 6. Mata I.

Ambos sitios (Charcón VI y Jorajuría) son costeros y sugieren un arribo de los pobladores ceramistas a esta zona en las épocas tempranas. El fechado radiocarbónico de Jorajuría mostró 2 160 e.n.e. en la profundidad de 1 m y 1500 a.n.e. en la profundidad de 50 cm. La falta de los fechados de los sitios de Villa Clara no permite afirmar relación entre los pobladores de esta área y los de los sitios costeros.

La zona sur de la parte central corresponde a las provincias de Cienfuegos y Sancti Spíritus. El litoral sur ya fue el objeto de estudio en varias ocasiones, los autores plantean que en un momento histórico este territorio fue ocupado por los pobladores llamados subtaínos (Domínguez 1991; Martínez 1991). También se encuentra un número elevado de residuarios de filiación protoagroalfarera.

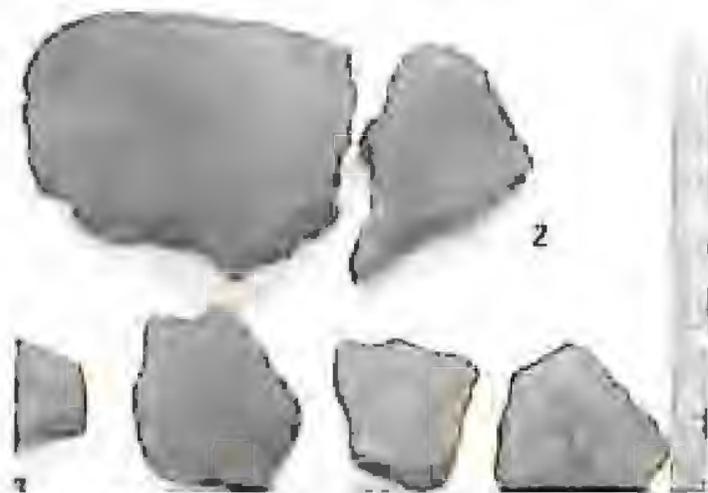


Fig. 1. Fragmentos de la cerámica de la parte norte de los sitios. 1. Jorajuria; 2. Charcón IV; 3. Caonabo; 4. Encrucijada; 5. Sitio Grande; 6. Mata I.

Dominguez (1991) reportó que un 64 % del potencial arqueológico de esta región es de pobladores llamados "ciboneyes" y aunque los mismos no fueron el objeto de estudio, la autora considera que es muy posible que ellos hallan tenido relación con los grupos agroalfareros.

La ubicación de los residuos "arcaicos" en el entorno geográfico es semejante a los de la parte norte: alejados de la costa y en cercanía a los ríos. Los pobladores con ajuar arcaico y cerámica simple se localizaban en las alturas de los ríos y alrededores de la bahía de Cienfuegos, donde también se encuentran los grandes yacimientos de arcilla, cuestión que no consideramos un hecho casual.

En la parte central nos topamos frente al fenómeno de la relación entre la ubicación de los sitios protoagroalfareros y la localización de las fuentes de arcilla. Esta relación condiciona una mayor probabilidad para la "inventiva local". De otra manera, los pobladores que llegaron a conocer la alfarería (sea por intercambio o a través de relación directa) buscaban los lugares de habitat que cumplieran con estas exigencias. Como no contaban con un alto grado de desarrollo, estaban obligados a asentarse en las cercanías de las fuentes de materia prima, posiblemente en grupos pequeños, lo que creaba la base para futuras relaciones.

Además, el hecho de apropiarse de la industria alfarera, aunque incipiente en su inicio y tener la materia prima en su poder los colo-

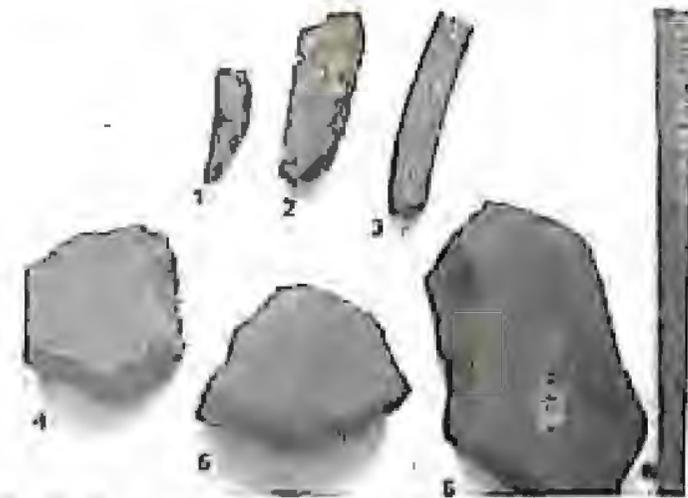


Fig. 2. Fragmentos de cerámica de los sitios: 1. Venta del Río (corte transversal); 2. Bijurey (corte transversal); 3. Birama (corte transversal); 4. Tres Palmas; 5. Las Damas; 6. Neiva Viejo.

ca en una posición ventajosa frente otros grupos.

Posteriormente, cuando el desarrollo les permite ganar en organización y realizar la división de los miembros de la sociedad según diferentes labores, ya su ubicación no dependerá de forma predominante de las fuentes de materia prima, lo que brinda la posibilidad de moverse con mayor libertad en áreas más amplias.

Las características tecnológicas de la cerámica encontrada en la cercanía de la bahía de Cienfuegos se presentan en la Tabla 2. Los resultados obtenidos demuestran el nivel bajo del desarrollo tecnológico. En todas las muestras el desgrasante está representado por las rocas trituradas, donde no hay selección de un mineral determinado como lo encontramos en la cerámica de la parte norte, y lo que llama la atención es que en los tiestos pertenecientes a los sitios Venta del Río, Bijurey y Birama observamos el desgrasante orgánico.

El hecho de la presencia de desgrasante orgánico en una cerámica, siempre se ha considerado como muestra de los primeros escalones de la alfarería.

La evidencia real de la cerámica temprana es la utilización del antiplástico de fibra, como en el complejo de La Florida y Georgia, Puerto Hormiga, en la costa caribeña de Colombia, y las fases Valdivia y Machalilla de la costa ecuatoriana. Esto representa migraciones de poblaciones adaptadas a la costa y relacionadas en-

TABLA 2. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA CERÁMICA			
Sitio	Pasta	Desgrasante	Superficie
Venta del Río. 7.5YR-5/2	Parda, heterogénea, mal mezclada	Rocas trituradas, fibras orgánicas	Alisado burdo
Bijurey. 7.5YR-4/2	Heterogénea, mal mezclada	Rocas trituradas, cuarzo y fibras orgánicas	Alisado burdo
Birama. 7.5YR-4/2	Mejor mezclada, el régimen de la cocción es bueno, llega a oxidar la materia orgánica y deja los canales tubulares vacíos	Rocas trituradas y fibras orgánicas totalmente oxidadas	Alisado bueno
Lagunillas. 7.5YR.5/2	Heterogénea, bien mezclada	Rocas trituradas, cuarzo de granos grandes y medianos	Buen alisado con el enjuague realizado con el líquido enriquecido por hierro
La Carmita 7.5YR-4/2	Bastante homogénea, muchas concreciones de hierro en la pasta	Rocas volcánicas trituradas de granos grandes	Alisado bueno con enjuague

tre sí, pero no significa que ellos no expandieron una influencia significativa en los grupos continentales vecinos (Meggers y Evans - 1977).

Acerca de esta temática Reichel-Dolmatoff (1997) sugirió una difusión por vía marítima, pasando por las Antillas, desde América de Sur hacia América de Norte.

La situación geográfica de los sitios de Cienfuegos dificulta suponer la recepción de una "prestación" de tecnología alfarera a través de la vía marítima, al encontrarse todos muy alejados de la costa en este caso. Si consideramos los hallazgos de complejos cerámicos con antiplástico de fibra como un índice universal para la cerámica temprana, se puede sugerir que esta área representa un núcleo evolutivo de pobladores que llegaron a alcanzar en su desarrollo la "inventiva local" de alfarería.

La alfarería de esta zona, con el uso de fibras orgánicas, difiere de la cerámica Orange de La Florida, donde el contenido de fibras es más alto y llega a ocupar hasta un 30 % de la pasta; el grosor de la cerámica también es mayor y las fibras que se utilizaron son de tallos más gruesos. La cerámica Orange también contiene aparte de antiplástico de fibra el desgrasante mineral, representado por cuarzo. La arcilla de La Florida es poco plástica y quizás, la utilización de fibras, representa una salida tecnológica para facilitar el moldeado de las piezas (Williams y Mowers 1977).

Sin embargo, en el área de la bahía de Cienfuegos la arcilla es plástica con contenido elevado de hierro y se considera como adecuada para esta labor.

Las fibras orgánicas observadas en la cerámica de los sitios estudiados son semejantes a las fibras de la cerámica de Colom-

bia, a la cual Reichel-Dolmatoff (1997) describe como tosca y de paredes gruesas, con desgrasante orgánico de tallos finos parecido a musgo, que deja canales tubulares carbonizados.

El contenido de fibras en las muestras estudiadas es bastante bajo, pero de una distribución homogénea.

El sitio Birama se localiza muy alejado de los otros dos y se encuentra bastante cerca de la zona costera. La cocción de la cerámica de este sitio es mucho mejor, su régimen permite quemar totalmente la materia orgánica y dejar los canales tubulares vacíos que pueden confundirse con los poros.

Las labores de la superficie de la cerámica de estos sitios son diferentes a los observados en la zona norte y se caracterizan por la presencia de una capita muy fina que deja el enjuague. En algunas ocasiones este enjuague se realiza con agua enriquecida por hierro en forma de hematita, que proporciona una coloración roja. La coloración roja es frecuente en la cerámica temprana y ya fue encontrada en otros sitios de filiación protoagroalfarera de Cuba (Jouravleva y La Rosa 1998).

Al realizar el análisis crítico de la calidad de la cerámica de estos sitios se destaca la notable mejoría de su producción en el sitio Birama y de esta manera pudiera especularse acerca del desplazamiento de estas comunidades en dirección oriental en búsqueda de nuevos territorios. A medida que se alejan del lugar donde se produjo la primera cerámica, la calidad de las piezas se perfecciona. Las áreas vecinas hacia occidente no les resultan llamativas, donde se ubican las tierras cenagosas de la Ciénaga de Zapata en la actual provincia de Matanzas.

En el camino hacia oriente, relativamente cerca, se sitúa el río

Sitio	Pasta	Desgrasante	Superficie
Tres Palmas	Parda totalmente carbonizada, bien mezclada	Rocas volcánicas, plagioclasa, anfíboles, granos medianos y finos	Alisada, enjuague
Las Damas	Parda rojiza, homogénea, carbonizada	Rocas volcánicas, plagioclasa, anfíboles, granos medianos y finos	Alisado bueno, enjuague con líquido con adición de hierro
Neiva Viejo	Roja, bastante fina, núcleo carbonizado	Igual que en las muestras anteriores pero más fino	Alisado bueno con enjuague

Zaza en los altos del cual se encuentran otros grandes yacimientos de arcilla (MINBAS 1988) y es aquí en este lugar, donde fueron hallados otros tres sitios de filiación protoagroalfarera. El entorno geográfico y la cercanía de materia prima, ya se convierten en un patrón de demanda de los pobladores de estas comunidades.

En los altos del río Zaza se ubican los sitios Tres Palmas, Las Damas y Neiva Viejo. El sitio Tres Palmas se localiza más cerca de la desembocadura del río y se puede suponer, según la calidad inferior de las piezas cerámicas, que este fue el primer paradero en el arribo de pobladores.

La elaboración de la cerámica hallada en estos sitios sigue el paquete tecnológico de los sitios anteriores, ubicados en cercanía de la bahía de Cienfuegos y las labores de la superficie representan el índice que los permite agrupar. Sin embargo el régimen de la cocción y la calidad de la terminación de la superficie en estos últimos son superiores (Tabla 3).

Es aquí donde los pobladores abandonan el hábito de utilizar las fibras como desgrasante y los feldespatos empiezan a ocupar el lugar principal, es de destacar, que en esta área se encuentra un yacimiento de feldespato (MINBAS 1988), por lo que el lugar brinda todas las condiciones para el desarrollo de la alfarería. Más arriba se localizan otros dos sitios, y en la cerámica hallada se puede observar una mejoría en la selección de los minerales para el antiplástico, ya que desaparecen los granos de roca volcánica y su lugar lo ocupa el feldespato.

Los fechados nos podrían ayudar a aclarar el periodo en que se realizó el desplazamiento desde la bahía de Cienfuegos hasta el río Zaza y que tiempo necesitaron estos pobladores para el desarrollo de la alfarería desde sus comienzos hasta alcanzar ya niveles superiores.

Tampoco, sin tener los fechados, se puede asegurar la coexistencia de los grupos ceramistas ubicados al norte y de la parte sur

de la zona central. Sampedro *et al.* (1998) destacaron que en el litoral norte no se reportó una sola pictografía o petroglifo en cuevas y abrigos rocoso, con restos humanos presumiblemente asociados a tradiciones mesolíticas, a diferencia de lo que sucede en el de la parte sur que tiene vestigios de tipo superestructural.

El único fechado radiocarbónico que existe está relacionado con los sitios costeros de filiación agroalfarera, correspondiente al siglo X, cuando se produjo el arribo de los pobladores a esta zona (Domínguez 1991).

Es de destacar la presencia de cuarzo como mineral principal de desgrasante de la cerámica de estos grupos costeros y es aquí donde se localizan tres grandes yacimientos de este mineral. En cambio los yacimientos de feldespato se ubican lejos de la franja costera y fueron utilizados por los grupos protoagroalfareros.

A lo largo del mismo río Zaza también se localizan los sitios de filiación agroalfarera con rico ajuar cerámico y burenes. Estos pobladores utilizaron la misma materia prima y por esta razón sin tener fechados es difícil de definir si tuvo lugar la coexistencia de estas comunidades o la reocupación de los mismos territorios en diferentes momentos, hecho que ya fue observado en las Antillas (Chanlatte 1986).

Ahora bien, volvamos al sitio Mata I de la parte norte, que en su momento se deja apartado de la discusión. Este sitio se localiza más alejado de conjunto de sitios de la parte norte y a la vez se acerca más a los sitios ubicados en el río Zaza. La cerámica hallada en el sitio Mata I es diferente y se destaca por tener algunos fragmentos con la capa de enjuague, que es característico de la cerámica de la parte sur. La pasta de esta cerámica fue elaborada con la materia prima del yacimiento del río Zaza, sin embargo el antiplástico es el cuarzo de origen aluvial, característico del que se utilizó por los pobladores de la parte norte.

El contacto entre los pobladores del sitio Mata I y los ubicados

en el río Zaza, pudiera ser a través de los ríos Sagua la Chica y Zaza, y por la ubicación del sitio se puede sugerir que el mismo corresponde a la etapa más tardía.

De esta manera al analizar la situación arqueológica de los grupos tempranos ceramistas de la parte central de Cuba, llegamos a la conclusión que el planteado cuadro de tiempo y espacio de la evolución unilineal para las Antillas, aquí no tiene lugar. El origen de la alfarería de estos pobladores es multifacético y en las fases más tardías se convierte en el receptor de diferentes tradiciones culturales, transformándolas en formas estilísticas locales, dado que la cerámica temprana es más indicada para reemplazar en cada región los procesos de desarrollo tecnológico.

CONCLUSIONES

- Consideramos que el análisis empleado en esta investigación fue útil y mostró la existencia de diferentes grupos de pobladores atendiendo a tradiciones alfareras, sin embargo, los parámetros tradicionalmente conocidos referidos a las formas y estilos decorativos en este caso no brindaron mucha información, pues se trataba de muestras de cerámica muy fragmentada y lisa.
- La alfarería correspondiente a la parte norte del territorio tiene indicios de ser un "préstamo" de la tecnología de otros grupos ceramistas, mientras la alfarería correspondiente a la parte sur es más compleja en lo que se sugiere la "inventiva local" y posteriormente, en la fase más tardía, se incorporan otras tradiciones culturales.
- El entorno de la ubicación de los sitios cumple con el mismo patrón geográfico a que se suma la cercanía de materia prima para elaboración de la pasta y selección de minerales para el antiplástico.

BIBLIOGRAFÍA

- Chanlatte, L. (1986): "Cultura ostionóide, un desarrollo agroalfarero antillano" en *Homines*. San Juan de Puerto Rico.
- Chanlatte, L. y Y. Narganes (1986): "Proceso y desarrollo de los primeros pobladores de Puerto Rico y Las Antillas" (inédito). San Juan.
- Domínguez, L. (1991): *Arqueología del centro-sur de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Jouravleva, I. y G. La Rosa (1998): "Variaciones de los parámetros tecnológicos de la alfarería aborigen" en *Resúmenes del IV Taller Internacional Antropología 98*, La Habana.
- Martínez, A. (1991): "Algunos aspectos significativos de la cerámica abo-

rigen del sitio Ojo de Agua, municipio de Abreus, provincia de Cienfuegos" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.

- Meggers, B. (1999): "La utilidad de secuencias cerámicas seriadas para inferir conducta social prehistórica" en *El Caribe Arqueológico*. No. 3, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- Meggers, B. y C. Evans (1977): "Las tierras bajas de Suramérica y Las Antillas" en *Revista de la Universidad Católica*. Ecuador.
- Meggers, B. y Reichel-Dolmatoff A. (1991): *Arqueología del bajo Magdalena*. Bogotá, Colcultura, ICAN, Biblioteca Familiar.
- MINBAS (1988): *Mapa de yacimientos y manifestaciones no metálicas y combustibles de la República de Cuba*. La Habana, Instituto de Geología y Paleontología.
- Porrás, P. (1980): *Nuestro ayer. Manual de arqueología del Ecuador*. Quito, Centro de investigaciones Arqueológicas.
- Reichel-Dolmatoff, G. (1997): *Arqueología de Colombia*. Bogotá, Biblioteca Familiar, presidencia de la República.
- Rouse, I. (1965): "Caribbean Ceramics: A study of method and theory" en *Ceramics and Man*. No. 41, Viking Fund., Publications in Anthropology.
- Sampedro R., G. Izquierdo, L. Grande y R. Villavicencio (1998): "Introducción a la arqueología de la provincia de Villa Clara" en *Resúmenes del IV Taller Internacional Antropología 98*. La Habana.
- Tabío E. (1991): "Proyecto para una nueva periodización de la prehistoria de Cuba" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Tabío E. y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Veloz M., E. Ortega y P. Pina (1974): *El Caimito, un antiguo complejo de las Antillas Mayores*. Santo Domingo, Fundación Gerclá-Arévalo.
- Veloz M., I. Vargas, M. Senoja y F. Calderón (1976): *Arqueología de Yuma*. Santo Domingo, Taller Arzobispo Meriño.
- Ulloa, J. (1999): "Aproximación a la cerámica temprana en el Caribe" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- Williams, W. y B. Mowers (1977): "Markham port Mound, Broward County" en *The Florida Anthropologist*. Florida, v. 30, No. 2.



ARQUEOLOGÍA EN UN REFUGIO DE CIMARRONES: CUEVA DEL NEGRO

JOSÉ B. MARCELL DOMÍNGUEZ

Fotografía: Sergio Hernández Cruz
 Levantamiento topográfico:
 Gabriel Rodríguez Rodríguez y Estrella de Mendiola de la SIZ
 Ciudad: Habana, Instituto Nacional
 y Jorge García Domínguez



La boca del refugio de los cimarrones.
 Cueva del Negro, Cuba.

El artículo publicado en la Sociedad Científica de Cuba

El año de 1983, ya con miembros de la Academia de Ciencias y Letras de Cuba, se realizó el primer estudio arqueológico en la Cueva del Negro, en el barrio de San Juan de los Ríos, en el municipio de San Juan de los Ríos, provincia de Sancti Spiritus. Los trabajos se realizaron en el marco de un convenio de colaboración entre el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de La Habana y el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de Sancti Spiritus.

Los trabajos se realizaron en una pequeña cueva ubicada en un terreno montañoso, rodeada por un bosque de matorral y con un acceso muy difícil. El estudio arqueológico se realizó en el marco de un convenio de colaboración entre el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de La Habana y el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de Sancti Spiritus. Los trabajos se realizaron en el marco de un convenio de colaboración entre el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de La Habana y el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de Sancti Spiritus.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

El lugar en el que se encuentra la cueva del Negro, en el barrio de San Juan de los Ríos, en el municipio de San Juan de los Ríos, provincia de Sancti Spiritus, ha sido habitado por los cimarrones desde el siglo XVI. Los cimarrones se refugiaron en la cueva del Negro para escapar de los ataques de los españoles. La cueva del Negro fue descubierta por los españoles en el año 1520. Desde entonces, la cueva del Negro ha sido un lugar de refugio para los cimarrones. Los trabajos arqueológicos se realizaron en el marco de un convenio de colaboración entre el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de La Habana y el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de Sancti Spiritus.

El estudio arqueológico se realizó en el marco de un convenio de colaboración entre el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de La Habana y el Instituto de Historia y Geografía de la Universidad de Sancti Spiritus.

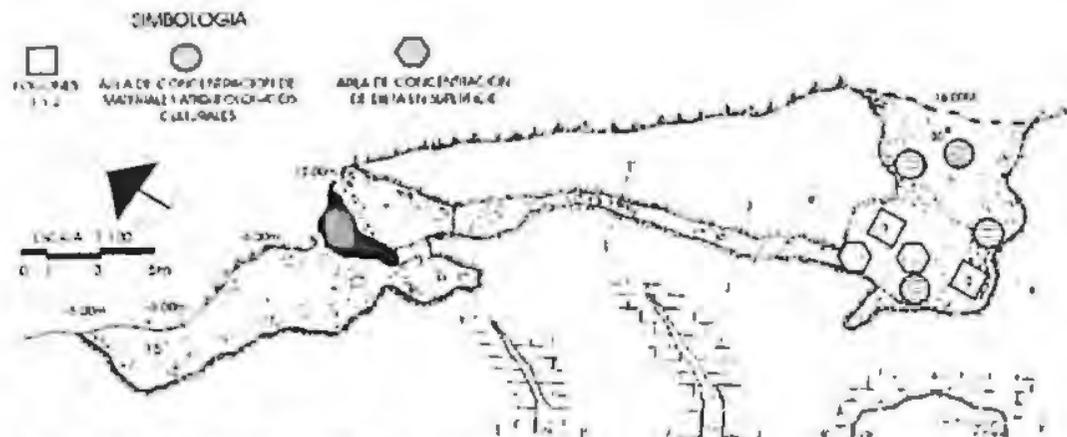


Fig. 1. Cueva del Negro. Planta general del sitio.

enero y octubre de 1797. En dicho documento aparece el reporte del partido de Tapaste y el de San José de las Lajas con la cifra de 5 en el primero y 16 en el segundo (ANC a). El 21 de abril de 1801, el capitán del partido de San José de las Lajas, don José López Gavilán remite con el comisionado don Manolo Gutiérrez cuatro negros de procedencia carabalí y mandinga "todos cimarrones simples, aprehendidos por él lejos del pueblo" (ANC b). Con el propio comisionado envía otros siete negros que componían una cuadrilla de cimarrones apalencada en la Loma de Camoa y gratifica a los participantes en la dispersión de dicho palenque con la suma de 60 pesos para repartirse entre todos. En el cafetal Asunción, se denuncia en 1830, uno de los levantamientos de esclavos más importantes del occidente del país (Ortiz 1975).

A raíz de la llamada Conspiración de la Escalera, en 1844, en la noche del jueves santo, es sofocado un intento de sublevación y son apresados varios negros libertos y esclavos de los cafetales Constante, Industria, Guayabal y Montalvito. Esa misma noche sorprenden a las dos de la mañana a un negro que trataba de incendiar el ingenio Santo Cristo, cuyo hecho es encubierto por su dueño "para que no se disgustara la negrada" (ANC c).

Estas evidencias demuestran por qué resulta común, en el territorio montañoso del actual municipio de San José de las Lajas, el hallazgo de sitios arqueológicos en los que se comprueba la presencia del esclavo rebelde o cimarrón.

TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS

Las alturas del Cheche están situadas a 250 m sobre el nivel medio del mar (NMM) caracterizadas por paredes perpendiculares y se localizan pequeñas solapas o grietas estrechas en una zona de gran homogeneidad litológica, cubierta de un complejo vegetativo formado por bosques semidesnudos y vegetación de mogotes, típica del carso cupular. La cueva se ubica a 16 m de altura de la base del mogote y presenta un perfil predominantemente horizontal, con una longitud de 28 m y un área aproximada a los 59 m², repartidos entre una galería estrecha y dos salones, los cuales tienen comunicación con el exterior mediante dos bocas ubicadas en el borde del farallón, por lo que fue necesaria la utilización de técnicas de escalamiento para su visita.

El área activa en el proceso de ocupación del lugar se concentra principalmente en los salones, pero es el segundo el que presenta mejores condiciones de habitación y protección, aunque la disposición de las evidencias culturales y dietarias estuvieron alteradas debido a procesos posdeposicionales naturales, tales como graviclásticos y la acción de arrastre por escurrimiento de las aguas de infiltración, entre otros. Entre los dos salones se presenta un cierre a cortina de clastos de mediano tamaño, colocadas a cada lado de las paredes cuya construcción artificial o intencional deja un espacio central de acceso. El primer salón pudiera estar

vinculado a la actividad de observación o vigilia del camino paralelo del farallón y la entrada; el segundo, resguardado por este parapeto artificial pétreo, con las actividades de supervivencia.

El trabajo arqueológico se organizó en:

- Exploraciones y levantamiento planimétrico y altimétrico del área de la cueva y la base del mogote donde se abre el sitio.
- Colecta controlada de evidencias arqueológicas de superficie.
- Realización de varias calas de prospección y de dos pozos de 1x1 m.
- Fotografías y dibujos.

Se cuadrículó el espacio del salón por un sistema de coordenadas, y se efectuó la recogida controlada de las evidencias en superficie. Se registraron sobre un plano y fotografiaron las áreas de interés y se detectaron dos zonas de concentración de materiales arqueológicos, estrechamente relacionadas a la presencia de capas de ceniza o fogones, uno a cada lado de los muros artificiales. La recogida de superficie arrojó un total de 93 evidencias que se clasificaron en los siguientes grupos: hormas de barro para fabricar azúcar, otros tiestos de cerámica, vidrio y dieta.

Se eligieron preferencialmente las áreas de alta concentración de basura arqueológica y cenizas o fogones para practicar en cada una la excavación controlada por niveles artificiales cada 0,10 m, combinada con el registro de las capas artificiales, esto nos permitió comprobar la presencia de estratos irregulares compuestos por una capa abundante y algo esparcida de cenizas contamina-

Fig. 2. Cueva del Negro. Corte transversal del área donde se localiza la cueva



Foto 1. Área central del segundo salón. Se observan materiales arqueológicos dietarios y una gran acumulación de cenizas en superficie.

da con clastos, dieta y fragmentos de cerámica seguida por otra de ceniza más oscura, abundante en dieta y carbón vegetal. La excavación se cerró en el nivel 0,20 m con el afloramiento del área estructural de la cavidad. Todo el material extraído fue debidamente clasificado lo que facilitó el estudio de gabinete.

INTERPRETACIÓN Y RECONSTRUCCIÓN HISTÓRICA

Datación del sitio a partir de las evidencias

La datación del sitio arqueológico la realizamos sobre la base de fuentes documentales y tipologías de fabricación de los artefactos. Cada evidencia arqueológica o grupo de ellas permite enmarcar en una fecha determinada el área habitacional.

En cuanto a la horma de barro para fabricar azúcar sabemos que su cronología ha sido registrada por varios autores, de ella Moreno ha dicho: "Fueron construidas de barro hasta la década de 1820 en que generalizaron las hormas de hojalata, chapa de hierro o zinc" (Moreno 1978: 140).

Mucho más explícito en su información Gabino de la Rosa apunta:

Las hormas de barro para fabricar azúcar son tiestos bastante comunes en los sitios que se refugiaron esclavos prófugos.

pero además, su presencia permite delimitar estos refugios de los sitios coloniales que sirvieron de escondite a grupos del ejército libertador, por cuanto desde los años 30 del siglo XIX las hormas de barro comenzaron a ser sustituidas por hormas de metal que resultaban más duraderas y económicas (La Rosa 1990).

Por otra parte la olla ordinaria, la olla con vidriado y la posible botija de fondo plano, aportan una amplia cronología de fabricación por lo que desechemos tales tientos como posibles indicadores de datación.

En cuanto a la presencia de los fondos de botellas de vino, de tipología inglesa, color verde olivo con marca de puntil pueden proporcionarnos una cronología más estrecha al enmarcarse su fabricación entre los años 1800 a 1850 (no fueron construidos ni antes ni después de esta fecha) aunque su uso puede extenderse a años posteriores.

Los demás elementos culturales: el fragmento de metal y la cachimba rústica de barro pueden corresponder a un período que abarcaría los siglos XVII al XIX, muy amplio para nuestros objetivos; por lo que centramos al análisis en la horma de barro para

Foto 2. Fogón No. 1 en el nivel superficial, protegido por un parapeto pétreo.



tilias



Foto 3. Excavación del fogón No. 2, nivel 0,10-0,20 m.

fabricar azúcar y las botellas de vino de tipología inglesa.

Horma: desde XVI hasta aproximadamente 1850.

Botellas: desde 1800 a 1850.

La superposición nos indica una cronología aproximada a la primera mitad del siglo XIX.

Influencia físico-geográfica del entorno

El sitio en cuestión está ubicado en una zona apartada, fuera de los caminos acostumbrados por los transeúntes. Se alcanza desde el refugio un amplio dominio del paisaje y el refugio es inaccesible (en este caso se localiza a 16 m en lo alto de un farallón). Todos estos parámetros se ajustan a las categorías descritas por el Dr. La Rosa para este tipo de sitio relacionado con los principios establecidos para el fenómeno de la resistencia esclava: "en primer lugar, un refugio aislado [...] distancia entre el lugar escogido y los núcleos de población y vías de comunicación [...] inaccesibilidad [...] el ocultamiento natural [...]" (La Rosa 1989: 18).

En la dieta abundan los restos de ganado vacuno y aparecen además restos de jutías, iguanas, cangrejos y semillas, lo que justifica las dos formas conocidas de obtención de alimentos de estos grupos: la caza o subsistencia natural y el robo en las haciendas o plantaciones cercanas.

La dieta

Dentro de la dieta es necesario considerar el consumo de azúcar, ya que los restos de horma así lo acreditan.

En los utensilios domésticos vemos que tanto la olla vidriada como la olla ordinaria presentaban capas de hollín, por lo que puede afirmarse que fueron utilizadas en la cocción de alimentos.

Las ollas también pudieron tener un uso de almacenamiento de alimentos y líquidos; en cambio las botellas y la vasija (posible botija de fondo plano), denuncian su utilización como contenedores de líquidos.

Otros aspectos

La presencia de una cachimba de elaboración rústica es un elemento importante para determinar la filiación cultural del grupo humano. Los útiles de este tipo se han encontrado en Cuba en numerosas localidades arqueológicas que sirvieron de refugio a cimarrones.

Si analizáramos estructuralmente el área arqueológica, nos formularíamos dos hipótesis: la existencia de un muro o cortina pétreo y la localización de dos fogones.

En nuestro criterio la construcción de este muro tiene carácter de camuflaje y defensivo. Al encenderse las hogueras se corría el riesgo de ser visualizados a cierta distancia, por lo que la construcción de este parapeto protegía el lugar de habitación.

La localización de dos fogones en un pequeño espacio pudiera justificarse por la necesidad de cocción de alimentos y el calentamiento nocturno.

Conclusiones

Dado el espacio disponible como habitación y hogar, el escondite debió albergar no más de dos a cuatro individuos, y su permanencia teniendo en cuenta la espesa capa de ceniza, puede haber sido relativamente prolongada, por lo que estos elementos permiten considerar que la Cueva del Negro de las Lomas del Cheche sirvió como refugio de una pequeña cuadrilla de esclavos prófugos entre los años 1800 y 1850.

BIBLIOGRAFÍA

- ① Archivo Nacional de Cuba (a): Fondo Real Consulado, Legajo 140, No. 6888.

- ② (b): Fondo Real Consulado, Legajo 141, No. 6905.
 ③ (c): Comisión Militar, Legajo 31, No. 11.
 ④ Grupo espeleoarqueológico Combate de Moralitos de la SEC (1988): "Informe de exploración del 20 de marzo" (inédito).
 ⑤ La Rosa Corzo, G. (1989): "Armas y tácticas defensivas de los cimarrones en Cuba" en *Reporte de Investigación de Ciencias Históricas*, No. 2.
 ⑥ _____ (1990): "Refugios de cimarrones en el Pan de Matanzas" en *Carta Informativa* No. 6, Epoca III, La Habana, Departamento de Arqueología. Centro de Antropología. Academia de Ciencias de Cuba.
 ⑦ _____ (1991): *Los palenques del oriente de Cuba. Resistencia y ocaso*. La Habana, Editorial Academia.
 ⑧ Moreno Fraguas, M. (1978): *El Ingenio*. Tomo III, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
 ⑨ Ortiz, F. (1975): *Los negros esclavos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.



De un pendiente antropomorfo en concha.
Museo La Periquera, Holguín.

RECONOCIMIENTO HISTÓRICO DE LA FORTALEZA LA ESTRELLA DESDE UNA PERSPECTIVA ESTRATIGRÁFICA, ARQUEOLÓGICA Y ARQUITECTÓNICA

**JUAN MANUEL REYES CARDERO
ALEIDA MÁRQUEZ GONZÁLEZ
GONZALO INFANTE REYES**



Fig. 1. Ruinas de La Estrella.

*Los autores trabajan en la Oficina del Conservador
de la Ciudad de Santiago de Cuba.*

Situada en la parte más angosta de la entrada de la bahía de Santiago de Cuba, en su margen este, aledaña al Castillo del Morro, se encuentra la fortaleza La Estrella, otrora insigne baluarte defensivo colonial, cuyos restos aún pueden admirarse y hace relativamente poco tiempo han sido valorados justamente por la UNESCO, junto a otros componentes del sitio San Pedro de la Roca como Patrimonio de la Humanidad. Al tener en cuenta la declaratoria e importancias referidas, la Oficina del Conservador de la Ciudad y el Centro Provincial de Patrimonio en Santiago de Cuba, confeccionaron un Plan de Manejo, iniciado en 1997, con vigencia actual, que ha tenido una estrategia escalonada, encaminada al proceso de conservación y restauración de ese castillejo.

Dentro del plan ha constituido principal premisa, previo a las labores de intervención técnico-constructivas, la comprensión histórica del inmueble desde el punto de vista documental y arqueológico; en este último sentido la búsqueda inferencial no sólo se circunscribe a la búsqueda de un comportamiento social a través de los hallazgos, sino que se precisa además partir de una estrategia encaminada a devolver la originalidad al recinto. En tales casos se procede a un estudio respetuoso de las estructuras por medio de una lectura de paramentos que intenta determinar fases (etapas) históricas con sus respectivas variaciones e hiatos cronológicos. A esas cuestiones, en conjunción con el referente documental histórico, daremos atención en este trabajo.

BREVE HISTORIA DEL SITIO

La Estrella comenzó a construirse en 1664 durante el segundo mandato de Pedro de Bayona, como parte de un plan de fortificaciones que pretendía convertir a la bahía de Santiago de Cuba en inexpugnable, luego del ataque inglés de 1662. La máxima razón de la construcción obedecía a la necesidad de erigir puntos defensivos en las plataformas más bajas, ya que la altura del Morro hacía inefectivo un fuego eficaz a las naves atacantes.



Fig. 2. Plano de planta actual de La Estrella.

En los primeros momentos la fortaleza estaba conformada por cuatro núcleos esenciales: un baluarte en forma de media estrella que coronaba el conjunto al estar ubicado en la cima de un promontorio y protegía a las plataformas más bajas de los ataques por tierra; otra plataforma intermedia denominada Santo Ecce Homo, donde se ubicaban almacenes, cocina, cuartel y aljibe; por último existían otras dos plataformas más cercanas al mar (Castillo Meléndez 1986: 391-393).

Luego del terremoto de 1678 se le hacen trabajos para ponerla apta para la defensa: se rehacen de fajina sus cuatro baluartes, montándose catorce piezas de bronce y levantándose un nuevo almacén para armas, pólvora y víveres, también es fabricada una capilla. La edificación sufre desde entonces transformaciones constantes, tanto por movimientos sísmicos como por acciones constructivas (1683, 1713, 1738-1740, 1776). En este último año, de acuerdo con el plano realizado por Luis Huet (Archivo General de Indias, Santo Domingo, legajo 1226, código IV t. 88), aparece la fortaleza con nuevas plataformas y desaparece la parte antigua: foso, media luna puerta principal, cortina este y se construyen tres nuevas plataformas (baterías), cocinas y cuerpo de guardia, así como almacenes de pólvora y alojamiento (Arredondo y Lastre 1998: 40).

Pocos cambios, como los realizados para su mejoría en 1860 (Pezuela 1863: 13), se hacen en la fortaleza hasta que en la década de 1950 se destruyen gran parte de sus elementos componentes por la construcción de una carretera turística. Con posterioridad a esta fecha, la actividad antrópica y la incidencia medio

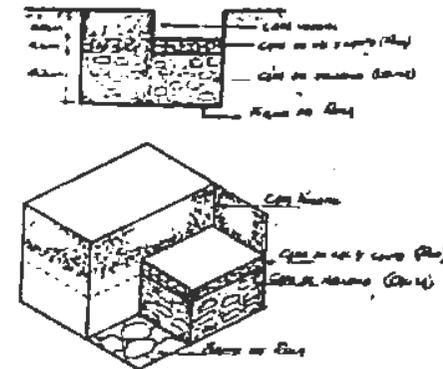


Fig. 3. Corte y dibujo axonométrico de una excavación en el área No. 1.

ambiental sobre una ruina abandonada le han ocasionado más daño a la misma.

LEVANTAMIENTO ESTRATIGRÁFICO ARQUEOLÓGICO

La zona escogida para llevar a cabo las prospecciones arqueológicas fue la parte más antigua, la media estrella. En el sitio se trazó una estrategia excavatoria que delimitó cuatro áreas de trabajo: tres de ellas definidas en ángulos interiores bien delimitados y otra correspondiente a la zona orientada de norte a sur, colindante con las paredes suroeste y oeste. Un levantamiento topográfico previo nos permitió la definición de un punto alfa datum que sirvió de pauta para el trazado de pozos controlados por "testigos". La unidad de excavación sistemática fue de 1m x 1m y el control de las evidencias se efectuó a través del seguimiento de una estratigrafía natural.

Área No. 1: En esta área se trazó un cuadrículado cuyos ejes de abscisas y ordenadas se extendieron numeralmente del 1 al 8 y alfabéticamente de A hasta F, en total fueron examinadas 42 subáreas de trabajo.

- En área periférica de las paredes sur-oeste y oeste pudo definirse, con posterioridad a los primeros 20 cm, un pasillo que circundaba la fortaleza y tenía conexión con las estructuras de acceso hacia los puntos de vigías más altos (escalera de sillares) así como con las escaleras que otrora viabilizaban el tránsito hacia las plataformas bajas.
- En la zona interior, sin estructuras consolidadas, las excavaciones

permitieron dar fe de un registro estratigráfico, conformado por: una capa de tierra vegetal, ligada a cal, de unos 20 cm de espesor; una capa de cal y piedra que oscilaba entre 5 y 10 cm y otra de relleno (piedra caliza) de alrededor de 40 cm de grosor, esta buza hacia terreno rocoso y fue utilizada, sin dudas, para dar solidez y sostén a la edificación.

Áreas No. 2 y 3: En estas áreas no se tuvieron resultados muy significativos debido a la sedimentación ocasionada durante largo tiempo por el constante derrumbe de los muros, no obstante, pudieron identificarse en la primera de ellas algunos restos que parecen pertenecer a lo que en tiempos coloniales fue una garita.

Área No. 4: Fueron descubiertas varias estructuras soterradas, correspondientes al muro que daba continuidad al pasillo descrito para la primera área, en el mismo fueron clarificados o redescubiertos dos escalones, uno en la parte anterior y otro en la posterior, cercano a una escalera de sillares.

RESTOS EXHUMADOS

La mayor cantidad de restos exhumados constituyeron partes de objetos cerámicos, diferenciados en su utilidad y variedad tecnológica, a todos ellos les fueron realizados análisis de pasta y durezas que contribuyeron a determinarle su filiación tipológica.

Se obtuvieron fragmentos de objetos cerámicos, que de acuerdo con la reconstrucción realizada corresponden a platos y escudillas, utilizados para almacenar sólidos y líquidos en función de la alimentación. A pesar de que la textura, compactación y dureza de estos tiestos están en relación con los parámetros generales de la mayólica europea, no nos ha parecido hasta ahora muy evidente la similitud de sus códigos tipológicos respecto con los que aparecen en catálogos llegados a nosotros sobre este tipo de cerámica; de todas formas no descartamos su posible filiación con los tipos Columbia plain que presenta brochazos de cobre y con la agrupada como azul sobre blanco (Domínguez 1984: 10-11).

Por otra parte, no creemos probable la relación de la mayólica colectada respecto a la de factura novohispana que según Deegan reemplazó casi completamente a las variedades del Viejo Mundo en sitios de la Florida y el Caribe (Deegan 1987: 71; Burgos 1995: 92). En Santiago de Cuba quizás, esto tuvo un efecto más tardío por el relativo abandono a que estuvo sometido el territorio respecto a otros de América e incluso de Cuba. En este sentido no debe perderse de vista que el Dr. Francisco Prat localizó y estudió un conjunto



Fig. 4. El sitio La Estrella durante las excavaciones.

cerámico, reconocido como del siglo XVI en el que percibió su vertebración, en cuanto a formas y funciones, con antecesores medievales y levantinos (Prat 1980: 16).

Gran cantidad de los restos recuperados están confeccionados en barro vidriado y poseen engobes de diversas tonalidades, como amarillo pálido, blanco amarillento, verde y rojo, similares a otros hallados en otras partes del nuevo mundo como Yucatán (Burgos: 352-358). Las reconstrucciones realizadas así como las distinciones por analogía logradas, dan fe de la existencia en el sitio de jarras, botijas o botijuelas, utilizadas según Goggin, para almacenar vinos o aceites, aun cuando este mismo autor presume que el último producto probablemente se almacenó en contenedores sin vidriar (Burgos 1995: 350).

Fig. 5. Bordes de vasijas (mayólica).



Los fragmentos por nosotros exhumados se corresponden con la clasificación de jarras de estilo medio, propuesto por este último autor, no sólo en su definición tipológica sino también en su cronología (1580-1780). En relación con ello no debe olvidarse que desde inicios de la conquista Santiago fue la principal proveedora de alimentos y bastimentos desde España hacia tierra firme, situación que aunque comienza a cambiar con la preeminencia dada a La Habana antes y después de la implantación del sistema de flotas, mantiene cierta importancia, pues el puerto santiaguero siempre se vio favorecido con la entrada de productos llegados de la metrópoli a través del sistema de rutas marítimas, mantenido durante los siglos XVI, XVII, y XVIII. La entrada de aceite, vino y otros productos a favor, principalmente, de los mercaderes de Sevilla y Cádiz ha sido muy bien documentado por Fournier (1985: 545).

Fueron recuperados restos de cerámica aborígen, asociadas a las facturadas por los colonizadores, en contextos situados tanto por encima del nivel original del piso de la fortaleza como por debajo del mismo; ello es demostrativo, sin dudas, de la etapa de coacción económica y extraeconómica implantada por los colonizadores para impulsar obras como las fortificaciones militares.

Es conocida la vinculación de indios y españoles en áreas de ubicación del Morro desde fechas tempranas de la conquista: para 1628 el gobernador Fonseca solicita en carta al rey la necesidad de conformar parejas mixtas de vigías hispanos y aborígenes en sustitución de las hasta entonces parejas de indios (Wright 1918: 149); a medida que se hizo necesario el plan de creación de baluartes defensivos, la incorporación de indios y esclavos se fue haciendo

Fig. 7. Borde de jarra de olivo.



Fig. 8. Fragmentos de cerámica aborígen.

obligada, así como también reacia la actitud de ellos hacia esa política. En 1691 otro gobernador, Juan Villalobos, se hacía eco, a través del maestro de obras del área del Morro, de la poca disponibilidad de medios y hombres, dado que los negros de las minas de El Cobre y los indios del pueblo de El Caney habían huido y seguían huyendo constantemente (Castillo Meléndez 1986: 378).

Aparecen algunos restos confeccionados a partir de una cerámica muy tosca, con desgrasantes gruesos, que nos hacen recordar las vasijas de transculturación encontradas en contextos coloniales. Este tipo de alfarería, presumiblemente la misma encontrada por el Dr. Prat en el Ayuntamiento de Santiago y por nosotros en excavaciones efectuadas en el colegio San Basilio el Magno, tienen las características que han sido resumidas para los sitios habaneros Mercaderes, palacio de los Capitanes Generales y Calvo de la Puerta: vasijas a) hechas de barro acordelado, alisado con alteraciones en su grosor; b) generalmente sin decoración, y cuando la tienen es incisa y/o modelada correspondiente a la tradición agroalfarera subtaina con formas evolucionadas y/o hacen aberrante su diseño por la influencia hispánica, generalmente sus asas; c) con muestras de prolongadas exposición al fuego que las quema y les impregna hollín, de ahí su carácter utilitario en la cocción de alimentos (Romero 1981: 89).

Se encontraron objetos metálicos asociados contextualmente a la etapa colonial: un fragmento de arma de fuego, imposible de identificar tipológicamente por su grado de oxidación y restos de una moneda que aunque su inscripción no resulta del todo clara,

permitted discernirla del contexto a las que pertenecen otras del siglo XVI, destacadas en anteriores estudios (Domínguez 1978: 40; Prat 1980: 86).

Respecto a la moneda, consideramos pertinente la suposición de la doctora Olga Portuondo, historiadora de Santiago de Cuba, de considerar la misma, de acuerdo con su factura de cobre y a una especie de 8 que tiene estampado, como perteneciente a la etapa comenzada en 1738 cuando el gobernador Cagigal de la Vega "viéndose escaso de recursos, apeló sin vacilar al hasta entonces desusado arbitrio de acuñar monedas de cobre, [lo que le permitió] ejecutar reparos y ampliaciones en el Morro y la Estrella" (Pezuela 1864: 176). Este dato histórico tiene contrapartida por vía arqueológica y documental, pues las evidencias de ese tipo indican que la medio estrella tuvo una etapa final de convivencia, situable entre la primera mitad del XVIII y 1776. El plano de ese año y la posición del objeto exhumado en un estrato superior así lo indican.

LEVANTAMIENTO ESTRATIGRÁFICO ARQUITECTÓNICO

Una explicación necesaria

El estudio de los paramentos de la fortaleza fue realizado utilizando el método de lectura estratigráfica de las construcciones históricas, cuya efectividad se centra en la aplicación de los análisis arquitectónicos de los principios arqueológicos propugnados por Edward Harris (1991). La experiencia desarrollada primariamente por la cátedra de arqueología medieval de Siena, Italia, y luego extendida a otras partes de Europa, proyecta la definición de las secuencias estratigráficas de los elementos arquitectónicos en sus diferentes estadios históricos, sólo tras la articulación de unidades creadas para tratar desde aspectos particulares en los paramentos, como las unidades estratigráficas murarias, hasta otros objetos de obra de mayor proyección: alzados de detalles, alzados generales, cuerpos de fábrica y complejos arquitectónicos.

Nuestro ensayo, por su parte, ha funcionado más bien a nivel de lo que Parenti relaciona como determinación de elementos constructivos, diferencia de materiales y contorno de las unidades estratigráficas murarias, individualizadas por la diferencia de aparejos, de las dimensiones de los materiales y por otras variaciones constructivas o conceptuales (Parenti 1995: 20). De esa forma, consideramos poder adaptarnos a los principales requerimientos de un sistema fortificado ubicable contextual y arquitectónicamente den-



Fig. 9. Moneda de cobre, probablemente del siglo

tro de un conjunto homogéneo mayor que tributa, a pesar de los cambios epocales, a una estrecha racionalidad y función.

Antes de adentrarnos en el estudio de caso conviene aclarar que lo más importante del método es que ayuda a diferenciar, ordenar y datar las diferentes fases por las que ha pasado un edificio hasta llegar a su último estadio. Ello se logra analizando todos los elementos que componen la estructura y que se les fueron añadiendo históricamente, así como estudiando las distintas actividades y procesos destructivos y constructivos que sufrió (Caballero 1995: 37). Para desentrañar esa esencia es básico reconocer la adecuación de los principios arqueológicos a los estudios arquitectónicos:

1. Superposición, sucesión y continuidad: los elementos de un edificio como los estratos se superponen y adosan unos a otros (un elemento superpuesto o adosado a otro es posterior a él).
2. Los elementos ocupan horizontalmente todo el hueco libre o la superficie del edificio.
3. Relaciones de cruce o de corte: los elementos se cortan unos a otros de modo que los que cortan son posteriores a los cortados.
4. Fenómenos de la discontinuidad temporal *interficies* que se definen como los límites o las superficies de los elementos a los que se relacionan entre sí (Caballero 1995: 38-40).

ESTUDIO DE CASO

Para desarrollar el análisis fue tomado un paramento "tipo", situado en la plataforma intermedia de la fortaleza, en su porción más al sur, por su ubicación dentro de una batería, caracterizada por dar continuidad a las primeras obras edificadas y por haber sido testigo además de renovadas atenciones, incluidas las últimas transformaciones efectuadas. De esta forma se hizo viable la correlación con estructuras de distintas plataformas, coetáneas o anteriores a la ya descrita, examinadas también.

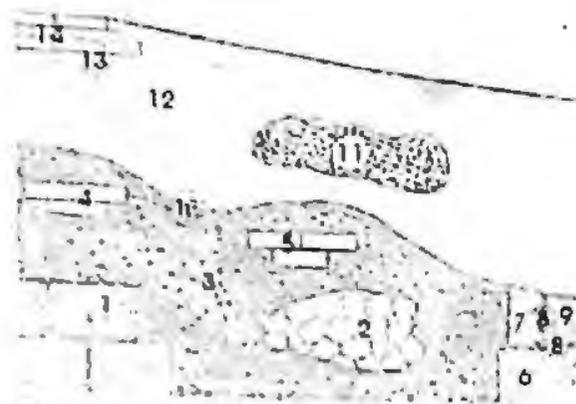
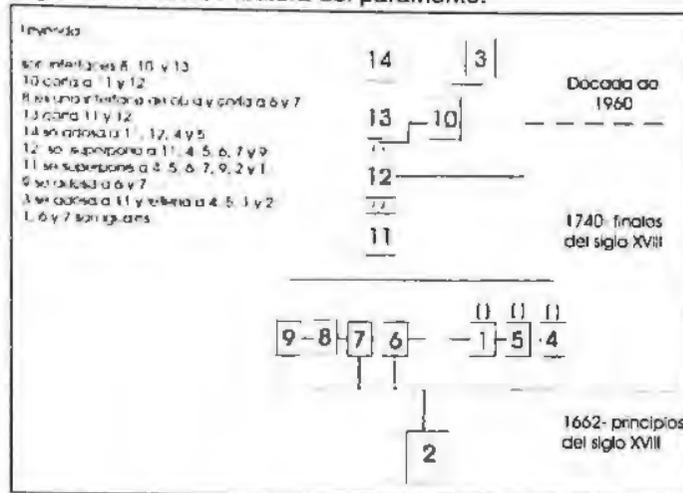


Fig. 10. Estratigrafía del paramento tipo.

Primera fase (1662-principios del siglo XVIII)

La primera etapa de la fortaleza queda representada en el diagrama por el elemento No. 2, muro de mampuesto, que además de constituir una técnica constructiva base para el desarrollo de otros sistemas constructivos más consolidados, como ocurre para el paramento tipo, representa una forma de construirse los muros defensivos en los momentos iniciales de erigida La Estrella. El área de la plataforma alta (media estrella) todavía hoy denota una fase de mampostería ordinaria cuya carencia de aglomerantes como la

Fig. 11. Gráfico de lectura del paramento.



arena y el exceso de arcilla respecto a la cal ya habían sido notados en 1667 por el ingeniero Juan de Ciscara (Castillo Meléndez 1986: 390-391).

Consideramos que esta fase pudiera extenderse hasta principios del siglo XVIII, porque seguramente es el área a la que se le realiza agrandamiento durante el gobierno de Sebastián Arencibia (1693-1698) y posteriormente en 1716. La referencia a varios reducidos levantados a ambas entradas de la bahía (De la Pezuela 1864) nos insta a pensar en nuevas construcciones, pero con un carácter constructivo discreto, pues según datos de la Comandancia General de la Isla de Cuba (1885: 2) la primitiva construcción de la batería La Estrella se modifica en 1741 por el entonces gobernador Francisco Cajigal de la Vega.

Segunda fase (1741-finales del siglo XVIII)

Las diferencias en cuanto a tratamiento de morteros, aparejos, revoques y enlucidos, existentes entre la plataforma intermedia y las reconocidas como plataformas bajas son indicativas de un resurgimiento constructivo para la parte centro sur de la fortaleza. Esa consolidación estructural es apreciable secuencialmente en el diagrama de arriba hacia abajo a través de las escalas situadas en la posición inmediatamente posterior al elemento 2; varios de estos elementos, ubicados dentro del estrato más profundo del paramento para la etapa, representan la aplicación de técnicas de sillería en los laterales y base (1, 6, 7) así como hileras de ladrillo que consolidan las partes extremas, altas e intermedias de los merlones (5 y 4). Dentro de ese estrato, el análisis comprobó una interfase de obra constructiva (8) destacada a partir de la inserción de un bloque cerámico (9).

Otros elementos constructivos, concebidos dentro de la obra (eslabones situados más arriba en el diagrama) son expresión de la superposición de resanes de cal (12) sobre revoques materializados a base de cal, arena y otros aditivos (11), que a su vez se superponen a la estratificación más arriba comentada. La presencia de finos enlucidos con coloración rojiza en Santo Ecce Homo, contrapuestos a los acabados de las plataformas altas y bajas, así como a determinados paramentos de la propia plataforma intermedia, incluido el paramento tipo, parecen corroborar mejoras efectuadas en la segunda mitad del siglo XVIII como continuación de cambios en la estrategia defensiva.

Desde principios de ese siglo, como hemos expresado, se

refuerza la plataforma intermedia, y se adicionan luego nuevas baterías, y se dejan de usar baluartes de las plataformas altas y bajas; todo ello para buscar mejor direccionalidad en el fuego que se efectuaba contra las continuas incursiones de corsarios y piratas. Con bastante abandono, pasa la fortaleza al siglo XIX en el que se utiliza más como cárcel que como bastión.

Tercera fase (década de 1960)

El relleno conformado preferentemente a base de cal, arena de río y material lítico triturado se estampa sobre varios estratos del muro principal escogido, determina la composición de un nuevo estrato (3) y provoca una situación de corte estratigráfico (10). Ese recubrimiento consideramos que pertenece a época reciente y presumiblemente a las restauraciones realizadas por el Dr. Francisco Prat en la década de 1960. Esa inferencia emanó también de los exámenes de mensiología: en la parte superior del paramento fueron encontrados ladrillos (14) con medidas no afiliadas a la media de 30x12x5 exhibida por la mayoría de los ladrillos que componen los aparejos edificados, la coloración entre unos y otros también difiere.

CONSIDERACIONES FINALES

La Estrella, importante enclave del sistema defensivo colonial santiaguero, es portadora de un legado histórico-social importante, recogido de forma fragmentaria a través de escritos de exiguos autores coloniales, republicanos y contemporáneos, que por lo general no particularizan en el orden interno social y estructural, representativo de la vida militar intramuros de Santiago. Si vinculamos a ello la existencia de una mutilación histórica ocasionada por los factores naturales y antrópicos reseñados en este trabajo, entonces tenemos que reconocer que el esfuerzo para lograr una historia cabal sobre la fortaleza resulta titánico. Para contribuir a ese empeño, realizamos en el lugar lecturas estratigráficas en contextos arqueológicos y arquitectónicos visibles desde una perspectiva novedosa para nosotros, cuyos resultados articulamos, según las fases determinadas, con el conocimiento documental existente sobre la fortificación.

BIBLIOGRAFÍA

(X) Arredondo, Patricia y Guillermo Lastre (1998): "La Estrella, rescate y conservación" (inédito). Santiago de Cuba, Trabajo de diploma, Facul-

tad de Construcciones, Universidad de Oriente.

- (X) Burgos, Francisco Rafael (1995): *El Olimpo. Un prelude colonial en el lado poniente de la plaza de Mérida, Yucatán, y análisis cerámicos comparativos*. México D. F., Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, Talleres de Artes Gráficas Padura, S. A.
- (X) Caballero, Luis (1995): "Método para el análisis estratigráfico de las construcciones históricas o lectura de paramentos en *Informes de la Construcción*. No. 435, vol. 46, enero-febrero, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones científicas.
- (X) Castillo Meléndez, Francisco (1986): *La defensa de la isla de Cuba en la segunda mitad del siglo XVII*. Sevilla, Talleres de Artes Gráficas Padura.
- (X) Comandancia General Subinspección de Ingenieros de la isla de Cuba (1885): *Relación de fincas del Ramo de Guerra. Comandancia de Cuba*.
- (X) Deegan, Kathleen (1987): *Artefacts of the Spanish colonies of the Florida and the Caribbean 1500-1800*. Washington, Smithsonian Institution, Press.
- (X) De la Pezuela, Jacobo (1864): *Diccionario histórico-geográfico y estadístico de la isla de Cuba*. España, Imprenta Mellado.
- (X) Domínguez, Lourdes (1984): *Arqueología colonial cubana, dos estudios*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- (X) _____ (1978): "La transculturación en Cuba (siglo XVI-XVII)" en *Cuba Arqueológica*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- (X) Fournier, Patricia (1990): *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México con base en los materiales del ex Convento de San Gerónimo*. México D. F., Serie Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- (X) Harris, Edward (1991): *Principios de la estratigrafía arqueológica*. Barcelona, Editorial Crítica.
- (X) Parenti, Roberto (1995): "Importancia y aplicaciones del método de lectura de paramentos" en *Informes de la Construcción*. No. 435, vol. 46, enero-febrero, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- (X) Prat, Francisco (1980): *Significado de un conjunto cerámico del siglo XVI en Santiago de Cuba*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- (X) Romero, Leandro (1981): "Sobre las evidencias de transculturación en el ámbito cubano" en revista *Santiago*. No. 44, diciembre, Santiago de Cuba, Universidad de Oriente.
- (X) Wright, Irene (1918): *Santiago de Cuba and its District (1607-1640)*. Madrid, Establecimiento tipográfico de Felipe Peña Cruz.

ESTUDIO ARQUEOLÓGICO DEL SITIO BIRAMA. TRINIDAD. SANCTI SPÍRITUS

SILVIA T. ANGELBELLO IZQUIERDO
LEONEL DELGADO CEBALLOS
ORLANDO ÁLVAREZ DE LA PAZ
TERESA EGUIGUREN ACOSTA



De un pendiente antropomorfo estilizado en concha,
Museo La Periquera, Holguín.

Los autores pertenecen al museo arqueológico Guamuhaya
de la ciudad de Trinidad.

INTRODUCCIÓN

Un campesino decide sembrar boniatos en una parcela virgen junto al río Agabama entre un camino de tierra y un cañaveral. El lugar había permanecido sin cultivar por la abundancia de "piedras sueltas" que lo hacían inadecuado para la agricultura cañera semimecanizada. El arado criollo comienza a chocar con numerosos obstáculos, pero los "pedruscos" llaman la atención y son cuidadosamente recogidos. Llega aviso al Museo de Arqueología Guamuhaya en Trinidad sobre el hallazgo de un "puñal de piedra" y otros objetos no identificados.

Ha aparecido en el centro del Valle de los Ingenios la primera daga lítica de la región arqueológica centro-sur de Cuba.¹

Prospecciones arqueológicas

8 de marzo de 1992. Bajo la dirección del arqueólogo Alfredo Rankin Santander se realizaron las primeras prospecciones, y se encontraron restos materiales y faunísticos que atestiguaron la presencia de aborígenes en el lugar de prueba. El material exhumado y la colecta de superficie presentó características técnicas y morfológicas diferentes a las del resto de los sitios precolumbinos localizados en el municipio de Trinidad, pertenecientes a grupos de agricultores ceramista de la serie meillac o a comunidades de cazadores-pescadores-recolectores identificadas en Cuba por algunos autores como Ciboney aspecto Cayo Redondo.² Los resultados de este trabajo inicial, así como las evidencias arqueológicas pasaron a la custodia del Museo de Arqueología Guamuhaya de Trinidad.

21 de marzo de 1997. Con la hipótesis de estar en presencia de una comunidad de protoagricultores dadas las características de la piedra en volumen y de la microlítica tallada, junto con la presencia de fragmentos de cerámica, se practican dos nuevas unidades de excavación por parte de especialistas del Museo Arqueológico de Trinidad y aficionados de la provincia de Sancti Spiritus. Prospecciones que posibilitaron un conocimiento más

amplio del montículo y corroboraron la presencia en la región de un grupo amerindio perteneciente a la fase del mesolítico tardío que posiblemente habría iniciado la práctica agrícola. La inferencia se hizo evidencia por el hallazgo de semillas carbonizadas de maní (*Arachis hypogaea* L.) en áreas de fogón.³

3 de marzo de 1999. El museo, en coordinación con el Departamento de Antropología del CITMA, efectúa una nueva excavación con el propósito de obtener más información sobre el posible proceso de neolitización ocurrido en el sitio. Esta hipótesis estaba sustentada por la abundante presencia de cerámica simple de pequeño tamaño, propia de una comunidad arcaica que hubiera incorporado el cultivo de una leguminosa con alto valor proteico como complemento de sus actividades apropiadoras tradicionales, que por demás poseía una industria lítica de microlitos con especificidades técnicas y tipológicas indicativas de dicho proceso de neolitización y con patrón habitacional de zona interior. Para

lograr este objetivo se requeriría de la colecta de nuevos ejemplares en un yacimiento que corre peligro por la agricultura cañera, para verificar el carácter de la presencia —casual o no— de las

Material colectado		Muestra estudiada	
Fragmentos	Total	Muestras	%
Pozo 1	1 036	738	71,3
Pozo 2	1 730	1 234	71,3
Cala 1	356	356	100
Cala 2	179	179	100
Bordes			
Pozo 1	140	140	100
Pozo 2	52	52	100
Cala 1	40	40	100
Cala 2	28	28	100
Total	3 561	2 767	77,7

TABLA 2. ANÁLISIS MINERALÓGICO

Matriz arcillosa
Feldespatos
Cuarzo
Óxido de hierro
Óxido de magnesio
Mica
Granates
No carbonatos
Nota: estos componentes aparecen en orden decreciente.

semillas de maní, que para esa fecha ya estaban identificadas y clasificadas por el Instituto de Ecología y Sistemática (Delgado y Angelbello 2000: 40).

MATERIALES Y MÉTODOS

Al estudio de este yacimiento, realizado en tres momentos diferentes, corresponden tres estadios de investigación progresivos: primeramente el objetivo fue verificar la procedencia de los hallazgos; después, el de evaluar el potencial arqueológico del yacimiento y luego su significación dentro del contexto arqueológico del municipio trinitario, etapa en que un hallazgo inesperado condujo a la reformulación fundamentada en las peculiaridades del nuevo registro arqueológico obtenido.

El material estudiado procede de una colecta de superficie controlada. Los hallazgos fueron localizados en cuadrículas de 1 m² cada una y la concentración de materiales orientó la selección de los puntos donde realizar dos calas de prueba de 0,50 x 0,50 m² con una profundidad de 0,60 m la No. 1 y de 0,70 la No. 2, y estratigrafía artificial de 20 cm, realizadas el año del descubrimiento (Rankin, 1992), y tres escaques de 1 m; dos, identificados como I y II con profundidad de 1,20 m y de 0,70 m respectivamente (Delgado *et al.* 1997) y el III con 0,90 m de profundidad (Delgado *et al.* 1999). En todos se llevó la estratigrafía artificial de 10 cm y se excavó hasta el nivel estéril.

Un total de 2 767 fragmentos de cerámica, procedentes de las excavaciones de los años 1992 y 1997, han sido estudiados comparando las colectas de ambos años (Tabla 1) Para el análisis de las características técnicas (tratamiento de la superficie y de la pasta) se empleó un ceramógrafo propuesto por Alfredo Rankin (1984) y las consideraciones expuestas por J. M. Guarch (1978). Para el estudio de las características conceptuales, en lo concerniente a la determinación de las formas y dimensiones de las vasijas, se aplicó la metodología expuesta por Megger y Evans (1964).

El análisis mineralógico correspondiente realizado en los laboratorios del MINBAS de Santa Clara, fue aplicado para determinar los componentes que integran la pasta (Tabla 2).

Abordada en volumen y tallada, la industria lítica se analizó aplicándole la "Propuesta de Metodología para el estudio de la industria de la piedra en volumen" (Álvarez 1993. Inédito), el "Manual para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba" (Febles 1998) y "Técnica de la talla y tipología de los instrumentos

líticos" (Koslowsky 1975). Además de una metodología propuesta por Álvarez (1990) para el estudio de los artefactos e instrumentos que intervienen en el proceso constructivo de las hachas petaloideas. Las herramientas se agruparon según los diferentes géneros de piezas, incluyendo en cada caso aquellas polifuncionales afines (HPA).

El conjunto de piedra en volumen analizado lo conforman 362 evidencias, 261 recogidas en superficie y 101 en las excavaciones controladas de los años 1992 y 1997. El conjunto artefactual de la piedra tallada analizado, está compuesto por 1 180 ejemplares

**TABLA 3. OBJETOS DE PIEDRA EN VOLUMEN
(1992, 1997)**

Herramientas	Superficie (261)	Excavación (101)	Total (362)
Percutores y HPA	73	17	90
Majaderos y HPA	22	5	27
Lajas molederas	6	1	7
Lajas afiladoras	101	36	137
Morteros	2		2
Esfera lítica	1		1
Pulidores y desbastadores	7	4	11
Daga lítica fragmento	1	1	2
Hacha petaloide	4		4
Cinzel dextraliforme	1		1
Posible alisadores para cerámica	2		2
Espátula para aplicación de colorantes	1		1
Lajas de marga con perforación	4	1	5
Piedras tintóreas	30	30	60
Objetos no identificados	5	6	11

**TABLA 4. ARTEFACTOS DE PIEDRA TALLADA
(1992, 1997)**

Artefactos	Pozo I	Pozo II	TOTAL
Preformas en lascas	366	414	780
Herramientas en lascas	99	135	234
Preformas en láminas	3	1	4
Herramientas en láminas		2	2
Restos de taller	66	37	103
Herramientas en restos de taller	1	1	2
Núcleos	34	21	55
Totales	569	611	1 180

colectados en las calas de prueba y los Pozos I y II (Rankin 1992 y Delgado *et al.* 1997) (Tablas 3 y 4).

Para el presente estudio de la industria de la concha, hemos utilizado el método propuesto por el arqueólogo Ramón Dacal (1978), el cual consta de cuatro principios empleados en la clasificación y divisiones resultantes: Clasificación según la parte de la concha utilizada en la elaboración del artefacto; clasificación según el uso estimado para el artefacto; clasificación según el género o la especie y según la técnica de construcción utilizada. Escogimos el segundo de estos principios (Tabla 5). La colecta fue de 64 ejemplares.

El estudio dietario siguió los parámetros de las metodologías de los zooarqueólogos Milton Pino (1970 y 1986) y César Rodrí-

**TABLA 5. ARTEFACTOS DE CONCHAS
(SUPERFICIE Y POZOS I, II, III, 1992, 1997, 1998)**
Tipos de artefactos encontrados

Gubias y fragmentos		Martillos en labio de Strombus	7
Con paredes alisadas	10	Cucharas	2
Sin paredes alisadas	5	Raspadores	1
De dedo (paredes alisada)	1	Objetos superestructurales	
Hacha petaloide	1	Cuentas	1
Pico de mano	5	Pintadera	1
Fragmento de pico de mano	5	Colgante de olivas	2
Puntas	10	Objetos en procesos	4
Fragmentos de platos	9		

TABLA 6. CONTEO DIETARIO (1999)		
Actividad económica general	No.	%
Dieta terrestre	3 713	68,35
Dieta marina	1 719	31,64
Caza y captura	3 664	67,4
Mamíferos	3 577	65,8
Ofidios y saunos	64	1,2
Crustáceos	7	0,1
Pesca	1 672	30,7
Peces	1 611	29,6
Quelonios	61	1,1
Recolección faunística	96	1,76
Moluscos terrestres y fluviales	49	0,9
Moluscos marinos	47	0,8
Total	5 432	100

guez (1996) en cuanto a clasificación taxonómica de los ejemplares y al procedimiento para determinar el número mínimo de individuos con su respectiva biomasa comestible. Para este trabajo hemos tomado los datos del informe "Aspectos zooarqueológicos del asentamiento protoagrícola Birama" (Córdova 2001) acerca del estudio de los remanentes faunísticos de la dieta hallados en el Pozo III (Delgado *et al.* 1999) (Tablas 6 y 7).

El registro arqueológico de Birama, estudiado hasta el presente, nos ha permitido arribar a una serie de consideraciones que exponemos a continuación. Son susceptibles de ser enriquecidas, una vez concluidos los estudios de seriación en proceso, así como por los resultados de nuevas prospecciones del sitio y en la subregión arqueológica donde se enmarca.

DESARROLLO

Ubicación y características generales del sitio

Birama (Hoja Condado 1: 50 000 I.C.G.C. X-621 000Y-224 900) se encuentra en el centro del Valle de los Ingenios, municipio de Trinidad, provincia de Sancti Spiritus, a 1 km al noroeste del poblado de La Paloma, en el tercer nivel de terraza aluvial, que se levanta

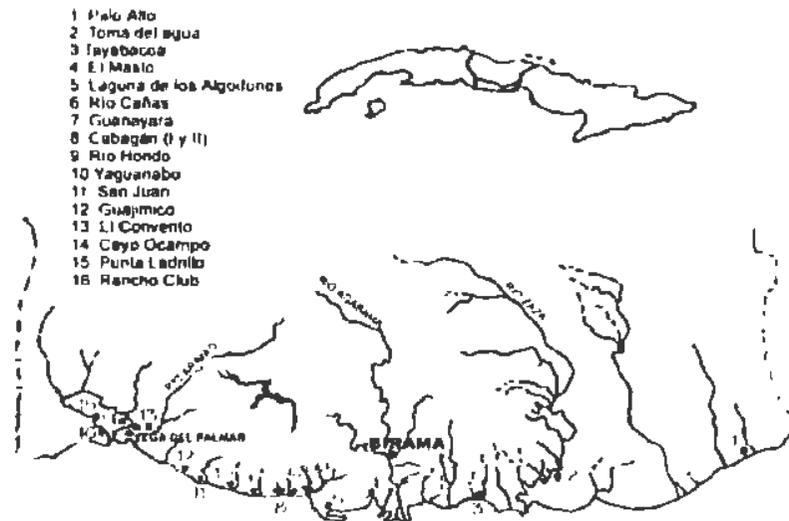


Fig. 1. Región arqueológica centro-sur. Sitios protoagrícolas y agroalfareros.

a a 13 m sobre el nivel medio del mar y a 100 m de distancia de la margen este del río Agabama.

El sitio ocupa un área de 50 x 50 m², y corresponde a un asentamiento de medianas dimensiones. La distancia hasta el mar oscila entre 15 y 18 km. Al este del residuario se levantan unas pequeñas alturas, hoy desprovistas de vegetación, que fueron utilizadas hace algunos años como canteras. El río Agabama es elemento de gran importancia en la región y su arteria fluvial principal —divide al macizo del Guamuhaya en Alluras de Trinidad y de Sancti Spiritus— e influye cíclicamente con sus avenidas en la fertilidad de las tierras. Navegable hasta finales del siglo XIX y rico en especies fluviales, tiene una extensa área de vegetación de manglar en su curso inferior donde se le conoce como río Manatí.

TABLA 7. BIOMASA POR ACTIVIDAD ECONÓMICA 1999	
Actividad	Biomasa
Caza	7 032 kg
Pesca	5 818 kg

Las precipitaciones se comportan en el período lluvioso con 1 300 mm, y en el período seco con 250 mm. La temperatura promedio es de 26,5 °C.

Los suelos del área son calizos rojos, vinculados a estratos geológicos del Oligoceno, con afloramiento de rocas calizas, margas, areniscas, arcillas, argilitos y lignitos. En la actualidad, la vegetación es de cultivos, pero en la antigüedad se correspondía con la sabana de gramíneas y árboles planifolios.

CARACTERIZACIÓN DE LAS INDUSTRIAS

La cerámica

Con un universo de estudio de 2 766 fragmentos de tiestos colectados en los pozos I y II y una muestra seleccionada de 1 972, presenta tendencia a los tonos claros, que oscilan entre los pardos claros y oscuros, con predominio en su cara externa de los claros en un 55,5 % por sobre el pardo oscuro y el rojizo. Por la cara interna, también predomina el pardo claro en un 61,1 % de la muestra.

La tendencia a los tonos claros y oscuros, así como el índice de dicromatismo observado debió ser originado por el proceso de cocción deficiente al que el cerámico fue expuesto por lo general y no como consecuencia del color de la arcilla y de sus componentes.

La superficie de los tiestos y fragmentos colectados muestra por su cara externa mayor regularidad que en la interna, con un grado de compactidad relativamente alto (79,5 %) en comparación con los fragmentos de superficies granuladas (17 %) y lisas (3,4 %). El 85,8 % del material cerámico presenta irregularidades y defectos tales como: mal espatulado, poca pulimentación y oquedades provocadas por la descomposición de la materia orgánica presente en la arcilla, la unión deficiente de los rolletes y las huellas dejadas por el instrumento utilizado como alisador. Alisado que pudo ser ejecutado con un objeto delgado de forma tabular, el que al ser deslizado por la superficie del cerámico, en algunos casos pudo haber ocasionado pequeños surcos con sus bordes. Como material asociado al contexto aparece un buen número de lajas delgadas, alargadas y de diversos tamaños, muchas de ellas con huellas de haber sido empleadas en otros menesteres pero que por su morfología pudieron haber sido empleadas ocasionalmente como espátulas.

El análisis mineralógico realizado a muestras representativas

de los diferentes niveles de ambos pozos, permite comprender que la presencia del cuarzo y del feldespato, entre otros, en la composición del temperante, incidió favorablemente en la calidad de la pasta, así como en algunas de las características tecnológicas de la cerámica, a pesar de no aparecer distribuido de manera homogénea o uniforme. Esta peculiaridad del temperante se observa tanto en lo concerniente a la concentración como a la granulometría, lo que permite inferir el empleo no intencional de desgrasante grueso o fino al elaborar determinado cerámico; la presencia de fina arena cuarcítica en la arcilla no se debe al dominio de la técnica de preparación de las pastas, sino a la acción de factores naturales no antropogénicos.

Por lo general, en la cocción de las vasijas no se logró obtener una atmósfera oxidante, lo que trajo como consecuencia que dicho proceso resultara incompleto. Se pudo comprobar que el 70 % de los fragmentos presentan cocción irregular, el 18 %, oxidada, y reducción el 11,1 %. La cocción se efectuó a baja temperatura, demostrado por la ausencia de apreciación de minerales calcinados en el análisis mineralógico. Las deficiencias que presenta en la cocción la cerámica de Birama, pueden estar dadas por la incidencia de varios factores, entre los que figuran: tipo de horno empleado, insuficiente material combustible para alcanzar la temperatura adecuada y con ella una atmósfera oxidante, la disposición espacial arbitraria de los tiestos en el horno. Es menester tener presente, además, que estamos en presencia de una comunidad arcaica en la cual la alfarería como experiencia tecnológica aún está en ciernes.

El comportamiento de la textura de la pasta en la muestra analizada arroja que el 54,7 % de los fragmentos se presentan compactos, y el 45,2 % resultan porosos, comportamiento que guarda similitud con los valores obtenidos para Arroyo del Palo (Holguín), aunque los índices de porosidad en Birama están muy por encima.

La dureza oscila entre 2 y 3,5, según la escala de Mohs, sin embargo, se han observado para sitio de apropiadores ceramistas del sur-oriente cubano durezas promedio entre 3 y 4 (Ulloa y Valcárcel 1997).

Puede considerarse esta alfarería de grosor medio, ya que el 80,3 % de los fragmentos poseen grosores promedios entre 6 y 8 mm. Por otra parte el 13,2 % ostenta grosor menor o igual a 5 mm y el 6,4 %, mayor o igual a 9 mm.

El estudio de los fragmentos evidencia que la fractura de esta

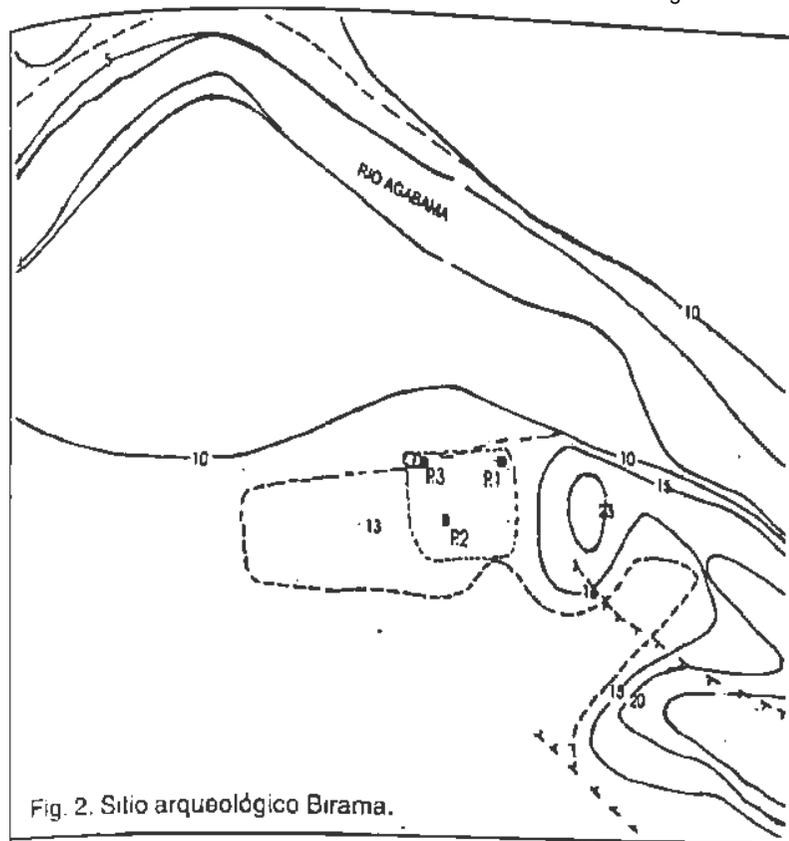


Fig. 2. Sitio arqueológico Birama.

cerámica responde al tipo de manufactura empleada: la del acordelado, enrollado o coiling, ya que el cerámico al fracturarse lo hace simétricamente —sucedió así en un 63,3 % de los fragmentos analizados. Esta técnica de modelado empleada en la elaboración de los tiestos que puede observarse muy bien en una vasija pequeña y de paredes delgadas; en muchos de los fragmentos donde la fractura se ha producido a lo largo de la unión entre rolletes, quedan en unos la forma convexa, y en otros, la huella cóncava de la unión a lo largo del fragmento, e incluso en varios rolletes exhumados que fueron obviamente modelados para configurar alguna pieza, pero no utilizados.

En cuanto al temperante, la existencia de partículas menores a 1 mm y mayores o iguales a 1 mm, permitió establecer dos tipos de temperantes: fino y grueso; el 57 % de los fragmentos de tiestos presentó un temperante fino y el resto, grueso.

Del total de fragmentos de cerámica que conforman la muestra, 192 constituyen bordes de vasijas, lo que representa un 15,5 % del total. La presencia de bordes invertidos o convergentes es mucho mayor (49,4 %) dentro del conjunto, donde el 39,5 % son bordes rectos y el 10,9 %, evertidos o divergentes. Los topes o labios aparecen en orden decreciente en la cuantificación: los acuminados con un 63 %; los redondeados con un 18,7 %; los planos, 10,4 %, para constituir los biselados solamente el 7,8 % del total de bordes.

La presencia de crestas y rebordes es insignificante. Entre las primeras se destacan las externas, representadas por un 3,6 %; las internas sólo alcanzan un 2 %. Con los rebordes sucede algo similar, pues a los extremos les corresponde un 4,1 %, mientras que los internos están presentes con un 2,6 % del total de bordes analizados.

No existe una elección preferencial por combinaciones en determinados tipos de bordes y topes, puesto que todas las posibles están presentes. Sin embargo, el mayor por ciento de vasijas con bordes rectos, invertidos o evertidos, tiene por tope el acuminado. Esta regularidad se cumple para todos los niveles o estratos de las excavaciones practicadas en el yacimiento. Resulta contradictoria con la opinión de algunos investigadores al referirse a la tendencia de utilizar el tope redondeado —por ser este el de mayor frecuencia de aparición—, porque plantean que pudieran requerir menos elaboración y tiempo para su ejecución, considerando que los topes planos, acuminados y biselados son atributos de comunidades con un mayor grado de desarrollo. Sin embargo, en los sitios del sur-oriental cubano sí existe una preferencia por los topes redondeados, mientras que los acuminados se hallan en tercer lugar (Ulloa y Valcárcel 1997). Resulta significativo que los tipos de bordes identificados en los referidos sitios son rectos y evertidos, y están ausentes los invertidos, así como que el sitio Caimanes III, ubicado al noreste del fondo de la bahía de Santiago de Cuba, manifiesta preferencia por el borde acuminado (Navarrete 1989).

Estudios realizados en sitios agrícolas del centro-sur de Cuba arrojan un comportamiento similar al de Birama en cuanto a la frecuencia de determinados tipos de bordes, con la particularidad de que los biselados resultan ser más “populares”, los que no están casi representados en Birama. Mientras que los realizados en los sitios protoagrícolas Neiva Viejo, Tres Palmas I y Las

Damas II, en el municipio de Cabaiguan, provincia de Sancti Spiritus, muestran una preferencia por los topes acuminados (Silva et al. 1998).

La forma de los ceramios de Birama muestra, hasta el presente, preferencia por la esferoidal. Conocidos estos tiestos bajo la denominación de Bcl, con casquetes o fondos cuyos perfiles permiten detectar desde los que poseen bases curvas hasta las parabólicas (Fig. 3). Resultan comunes las ollas y cuencos, y les siguen con menor frecuencia las escudillas. No hay evidencias de vasijas naviculares ni aquilladas. En sentido general, esta alfarería puede ser considerada de pequeñas dimensiones si se tiene en cuenta el alto número de vasijas cuyo diámetro no excede los 200 mm. Las medianas (200–300 mm), son menos numerosas. Este comportamiento es similar al que presentan otros sitios protoagricultores del resto del país.

Es insignificante el número de fragmentos con decoraciones: cuatro, lo que representa solamente el 0,3 % de la muestra (Fig. 4). Los diseños se localizan en todos los casos próximos al borde y consisten en líneas incisas rectas o curvas, delgadas y poco profundas, continuas y discontinuas, dispuestas de diversas formas

en relación con el borde y que al parecer no debieron cubrir todo el perímetro de la vasija. Sólo se observó un diseño de línea curva. Por la poca profundidad y grosor de las incisiones, pudieron haber sido realizadas con un instrumento cortante (sílex) en momentos que la pasta del tiesto modelado ya tenía avanzado el proceso de secado. Fueron colectadas dos asas de tipo tabular: Una tiene un orificio de 4 mm de diámetro, perpendicular a sus caras y por su morfología guarda alguna semejanza con la cola de un pez (Fig.5).

La presencia de orificio fue observada también en dos fragmentos de borde de una vasija pequeña decorada con líneas incisas discontinuas y paralelas al borde, colectada en superficie a algunas decenas de metros del área excavada (Rankin 1992). Dichos orificios presuntamente debieron cumplir una función utilitaria y no decorativa, pues estas vasijas podían ser suspendidas y permanecer colgantes a partir de los mismos.

Debemos anotar que las características tecnotipológicas y decorativas de esta cerámica muestran notables diferencias respecto

al resto de los sitios neolíticos de la región centro sur que va desde el este de la bahía de Cienfuegos hasta la del Masío, junto a la desembocadura del río Agabama, todos los cuales poseen una cerámica con caracteres comunes, que la tipifican de forma tal que ha sido utilizada para denominar una variante cultural con el nombre de Jagua (Guarch 1990).

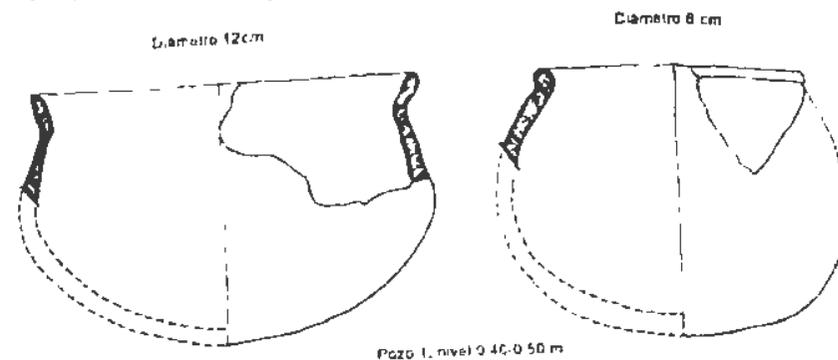


Fig. 3. Ceramios de Birama.

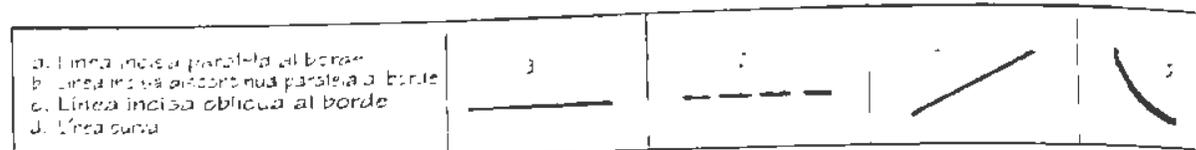


Fig. 4. Decoraciones en cerámica de Birama.

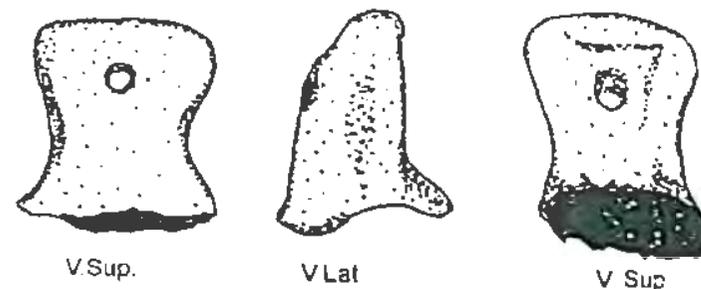


Fig. 5. Asas halladas en Birama.

Piedra en volumen

En el conjunto herramental investigado de la piedra en volumen, hay una variedad en tipos de herramientas cuyas características tecnopológicas corresponden a dos estadios culturales diferentes de la ocupación aborigen en Cuba.

De un lado, majadores, percutores, limas afiladoras, junto a objetos superestructurales como dagas y bolas líticas, propias de culturas con un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas correspondientes al estadio mesolítico, y del otro, majadores artefactuales campaniformes, morteros artefactuales, hachas petaloideas, además de desbastadores y pulidores artefactuales no destradiformes y destradiformes que muestran el dominio de la talla, la percusión, la abrasión y la pulimentación, técnicas mucho más depuradas y que corresponden a niveles superiores de las fuerzas productivas.

En otro orden de cosas, se notó la gran semejanza existente entre las lascas desbastadoras —y los métodos para la obtención de colorantes— de Birama y las estudiadas por Álvarez en 1996 en el sitio La Aurora, del municipio de Sancti Spiritus, en cuanto a los parámetros morfométricos, el peso, las superficies de trabajo y su disposición y frecuencia, exceptuando la longitud, donde la tendencia es a herramientas más largas que en Birama. Dichos arqueolitos, tanto en uno como en otro asentamiento, debieron cumplimentar actividades económicas de cierta relevancia y muy probablemente análogas.

Martínez (1989) señala, coincidiendo con otros autores, la posibilidad de que entre otra de las funciones de estos medios de trabajo estuviera la de sacar y renovar el filo a las gubias de concha, alisar las paredes de los ceramios, trabajar las pieles y alisar madera.

Para ambos sitios se apreció el dominio de tradición en el acarreo y empleo de estos instrumentos, propios del Mesolítico temprano y medio y que de igual manera se presentan en el tardío, donde surgen de forma gradual la fabricación de cerámica y la domesticación de plantas, rasgos de las tradiciones neolíticas, proceso denominado en Cuba protoagrícola (Tabío 1984).

Examinando los pulidores, desbastadores y herramientas polifuncionales afines (H.P.A.) artefactuales o no destradiformes, al compararse con iguales herramientas de los sitios neolíticos La Nata en Jatibonico, Toma de Agua en La Sierpe y Río Cañas

en Trinidad, se encontraron diferencias en cuanto al número de evidencias colectadas, muy reducido en Birama y abundante en los asentamientos comparados, y a los valores morfológicos y de peso.

La presencia de estos útiles permite afirmar que los procesos de trabajo vinculados a la confección de las hachas petaloideas se desarrollaron *in situ*. Sin embargo, dicha actividad no alcanzó la relevancia cuantitativa propia de las comunidades neolíticas antes mencionadas. Hasta el momento, la mayoría de las piezas se colectaron en superficie; dos en el nivel 0,20-0,30 m y uno en nivel 0,40-0,50 m. Tomando en consideración la alteración antrópica de los niveles 0,00 hasta próximos los 0,40 m, puede afirmarse que presumiblemente estas actividades hacen su aparición hacia los periodos ocupacionales más tardíos del sitio.

En este sentido Martínez (1989) reporta un total de seis hachas petaloideas, en los niveles más tardíos del sitio Bacunayagua II. En Arroyo del Palo (Tabío y Guarch 1966) señalan la colecta de hachas y buriles pulimentados en los niveles de ocupación más tardíos del sitio. La tecnología aplicada a los destrales petaloideas de Birama parece corresponder a la concepción particular de un reducido número de tallistas con su estilo casi único. Ello es apreciable cuando se observa la similitud de los destrales en forma de puntas y palas poco variables, así en sus porciones y sus diferencias marcadas, con los sitios neolíticos comparados, donde existen una variedad de puntas palas, así como en las dimensiones de los destrales (Álvarez 1969-1990).

Otro aspecto de mucha importancia es la existencia de elementos transculturales, dado por el empleo de materiales no tradicionales para la hechura de los destrales, como algunos tipos de rocas y la concha, materiales de frecuente empleo por grupos mesolíticos, además del uso de formas de aproximación muy alineadas en esos materiales, donde sólo se realizó el corte de la pala, aspecto ausente en los sitios neolíticos.

Las herramientas y tecnologías para la confección de las hachas petaloideas eran, sin dudas, dominadas en el enclave objeto de estudio.

Al analizar comparativamente la destinación funcional y la localización de las áreas de trabajo en pulidores, desbastadores y H.P.A se notó un comportamiento semejante al de los sitios agroalfareros en los que los desbastadores son más frecuentes que los pulidores.

Pero no existen en la colección ni formas de aproximación, ni de sus restos de taller, que son abundantes en enclaves neolíticos. Ello pudiera indicarnos que a pesar de poseer los aborígenes de Birama un dominio de esas tecnologías, este proceso de trabajo se hallaba en un estadio temprano de desarrollo, criterio que se refuerza por las diferencias morfométricas en pulidores, desbastadores y H.P.A. por lo general voluminosos y pesados en Birama, debido a su poco empleo o a un uso que se iniciaba, si se le compara con iguales herramientas de los neolíticos mencionados. En estos últimos, los procesos de hechuras de los destrales se desarrollaron con amplitud, siendo estas piezas morfométricamente más pequeñas y de menor peso, debido al uso más prolongado.

Elemento de alto interés es la existencia de una daga lítica con dimensiones apreciables y un fragmento de la empuñadura de otra, donde se percibe un exquisito trabajo de terminación; así como una esfera lítica inconclusa. Dichos hallazgos constituyen herramienta-diagnósticos para la identificación de colectividades humanas mesolíticas medias estrechamente vinculadas a actividades mágico-religiosas propias de la superestructura. Las dagas líticas encontradas constituyen los primeros reportes de estos útiles para el territorio de Trinidad.

A infinidad de lascas colectadas en el residuario, de materiales, morfometría y peso variables, se asigna un amplio rango de funciones: empleadas para la obtención de materiales colorantes a manera de durmientes (sobre los que se frotaba la roca tintórea), a manera de espátulas (para su utilización como alisador de ceramios), lascas desbastadoras o afiladoras. Un grupo importante de evidencias con forma característica, en los que la porción contraria a la punta se estrecha a manera de mango, dándole al objeto apariencia de cuchillo, no ha sido relacionado con función alguna.

El proceso de trabajo mediante el cual eran recolectados estos materiales, tuvo una importancia relevante como fuente de materiales y materias primas que contribuyeron a desarrollar otras actividades subsistenciales de importancia medular ya señaladas.

Existen en el residuario una serie de lascas de marga con perforación bicónica, de formas, dimensiones y pesos semejantes en los que el orificio está, o no, inconcluso, incluyendo una donde se dan ambos casos. Por lo anteriormente apuntado, dichos objetos suelen ser clasificados como pendientes, pero por la tosca factura de los mismos consideramos que su uso más probable fue a ma-

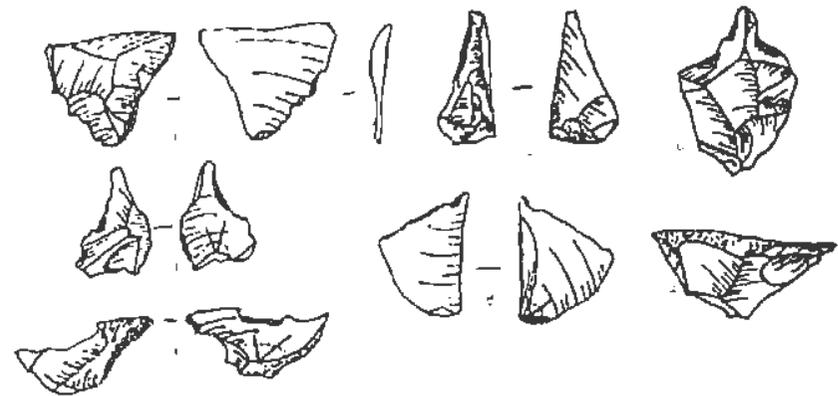


Fig. 6. Piedra tallada: a, núcleo; b, c, d, e, f, g, perforadores.

nera de sumergidor de redes.

En conclusión: en lo referente a percutores y majadores el sitio presentó exponentes voluminosos, con representantes que por su factura pudieran estar destinados a actividades propias de la superestructura; el alto acarreo y empleo de lascas usadas para desbastar nos permite suponer el dominio de una tradición en el empleo de tales útiles; la presencia de pulidores artefactuales usados en la confección de las hachas petaloideas nos permiten afirmar que los procesos de trabajo para la confección de estas se desarrollaron en el sitio, hacia los períodos ocupacionales más tardíos. La piedra en volumen de Birama se corresponde con el protoagricultor tipo reportado para el sitio Arroyo del Palo en Mayarí.

En el yacimiento se colectó también un pequeño guijarro con líneas grabadas en ambas caras que forman espirales.

Piedra tallada

El estudio realizado sobre la industria de la piedra tallada de Birama la define como "industria microlítica de lascas con escasos representantes de medianas dimensiones y una baja frecuencia laminar microlítica". En ella se aprecia la existencia de algunas herramientas con pátina, que son ejemplares excepcionales dentro del conjunto, presumiblemente incorporados o importados de ajuares de piedra tallada, propios de colectividades aborígenes con tradiciones más tempranas. Se encontró un predominio de los núcleos del tipo Playitas y subdiscoidales (Fig. 6 a). Los núcleos más abundantes en los niveles 0,20-0,30 m; 0,40-0,50 y 0,50-0,60 m, reducen su número en los niveles 0,60-0,70 m y 0,90-1,00 m.

Casi en su totalidad son de dimensiones microlíticas con planos de golpeo sencillos y corticales, fundamentalmente con cambio de orientación y dispuestos en cruz, con más de una superficie de astillamiento, localizadas en más de una cara, generalmente explotadas a más del 50 %.

Febles (1991) señala, refiriéndose a las características tecnológicas generales del sitio protoagrícola de Playitas en el río Canimar, Matanzas, que todos los núcleos encontrados, en su mayoría microlíticos, presentaron una explotación intensa, son abundantes y están representado en todas las capas estratigráficas excavadas, lo que demuestra una tradición en su utilización desde los primeros momentos de habitación del sitio y una intensificación de su empleo y explotación en su período medio de vida. Igual comportamiento se observa en Birama, donde se destaca la existencia de núcleos cónicos de base plana y cóncava, y subcónicos, que aunque en proporciones no muy altas, corresponden a tipos existentes en los ajuares de estas comunidades.

En cuanto a las tecnologías mediante las cuales se elaboraron los perforadores, existen algunas diferencias respecto al predominio de los tipos en los sitios de Playitas y Birama, destacándose en el caso que nos ocupa, aquellos tipos similares a los clasificados como perforadores atípicos (1.8.13) para Playitas y perforadores tipo Agua Verdes (1.8.4) (Febles 1998). En nuestro caso, el mayor número se elaboró en lascas y se definieron cinco formas para la obtención de dichas herramientas (Fig. 6. b, c, d, e, f, g).

Refiriéndonos a las técnicas de tallas de núcleos, lascas matrices y preformas para obtener las herramientas, puede observarse que en Birama se percibe claramente una asociación de tecnologías que, por separado, han sido reportadas en colectividades de diferentes filiaciones culturales de Cuba y de otros sitios arqueológicos en el sureste de Estados Unidos de América (en el valle del Mississippi —Poverty Point— y la península de la Florida —Máximo Point— descubierto por Kinght en 1976). Ellos son:

a) *La fabricación de una o más herramientas a partir de una lasca matriz.* Sitio preagroalfarero con tradiciones neolíticas incipientes de Playitas (Febles 1991).

b) *Tecnología de fracturas transversales en láminas.* Sitio preagroalfarero con tradiciones mesolíticas del Guaso (Febles y Baena 1990).

c) *Fracturas perimetrales en lascas.* Sitio agroalfarero con tradiciones neolíticas de La Toma de Agua (Febles 1988), (Febles y Baena 1990).

d) *Uso de restos perimetrales en lascas.* Resultado de fracturas perimetrales en lascas elaboradas con el propósito de crear herramientas, donde sus desechos son igualmente empleados. Sitios preagroalfareros con tradiciones mesolíticas de San Cristóbal, Pinar del Río y en el sitio Dolores en Caibarién, Villa Clara (Febles y Mac Donald 1992).

e) *De un núcleo.* Se obtienen una o varias lascas matrices las que al ser talladas concéntricamente a manera de núcleo, dan como resultado la obtención de varias microlascas generalmente con doble bulbo, o en su defecto, doble superficie ventral, las que son igualmente empleadas como herramientas de trabajo. Sitio La Aurora, Cabaiguán, Sancti Spiritus (Silva *et al.* 1985) (Álvarez 1998).

Las técnicas anteriormente apuntadas no tuvieron la misma representatividad en el conjunto. Las más comunes en Birama son las fracturas perimetrales en lascas, de un núcleo y de una lasca matriz.

Álvarez (1998), pudo comprobar la existencia de considerables similitudes entre las técnicas y la tipología de los perforadores del sitio La Aurora, con las de Birama, lo que junto a la presencia de tecnologías microlíticas similares predominantes en las colecciones de ambos sitios, constituye un elemento de particular significación en la región arqueológica centro-sur.

La presencia de técnicas similares en la talla de núcleos y perforadores, viene a aportar nuevos criterios que pudieran indicarnos que en un momento, y bajo determinadas condiciones específicas, pudo ocurrir un proceso de desarrollo cronológico de las fuerzas productivas en colectividades mesolíticas tardías, proceso que implicaría la fabricación y uso de vasijas de cerámica y de otros artefactos de piedra pulimentada, como hachas petaloides y majadores campaniformes, técnicas de los grupos neolíticos que probablemente fueran importadas por los mesolíticos tardíos y ajustadas, o asimiladas, a las condiciones concretas de estas comunidades.

Concha

En comparación con las demás industrias presentes en este residuario, la industria de la concha es minoritaria. La integran 64

artefactos y 20 restos de taller, recogidos en colectas de superficie y en excavaciones practicadas.

Dentro de los artefactos que fueron utilizados para las actividades productivas tenemos:

Las gubias: artefactos polifuncionales que representan el 25 % de la muestra, confeccionadas todas en la concha del molusco marino *Strombus* sp. Probablemente enmangadas, fueron utilizadas en la función de labrar, cortar, descortezar y excavar la tierra. Aparecen fundamentalmente en la superficie del sitio (13) y el resto (3) se colectaron en estratos. Las mismas tienen una longitud que oscila entre 7 y 9 cm con un ancho de la pala variable entre 5 y 6 cm, por sus dimensiones varias presentan el tubérculo desbastado y alisado, al parecer para lograr fijarlas a un astil de madera para su funcionamiento (Fig. 7. a y b).

En el sitio se encontró uno de estos artefactos el que, por sus dimensiones, ha sido denominado "gubia de dedo".

Puntas: Encontramos 10 ejemplares, las cuales están logradas en la base del molusco con el canal basal, solamente una rebasa los 7 cm y son generalmente de punta fina, lo que está relacionado con el posible uso que le diera el aborigen al enmangarlas por su parte más ancha a un astil de madera para utilizarlas en la actividad de pesca o prácticas agrícolas. También se colectó un artefacto de punta roma que al parecer fue utilizado para percutir.

Platos: Están representados por 9 ejemplares. En su totalidad fragmentados, puede que su estado obedezca a las labores agrícolas practicadas en el sitio. Aparecen elaborados mayoritariamente en la concha del molusco marino *Strombus* sp.

Martillos: Todos elaborados (7) en el labio del molusco marino *Strombus costatus*, presentan huellas de trabajo en toda la superficie destinada para realizar su función, no existe una uniformidad en sus dimensiones ya que aparecen de diferentes tamaños.

Picos de mano: Artefactos significativos por su tipología, 6 están elaborados en el molusco *Strombus* sp. y 1 en *Melongena melongena*. Los elaborados en la primera especie mencionada, presentan una longitud que oscila entre 15 y 4 cm. En ellos se aprecia una punta filosa, al parecer utilizada para penetrar y cortar carnes de los diferentes animales; el confeccionado en la segunda especie, presenta la punta roma, destinada presumiblemente para percutir.

Cucharas: Se hallaron en estratos 2 de estos ejemplares de

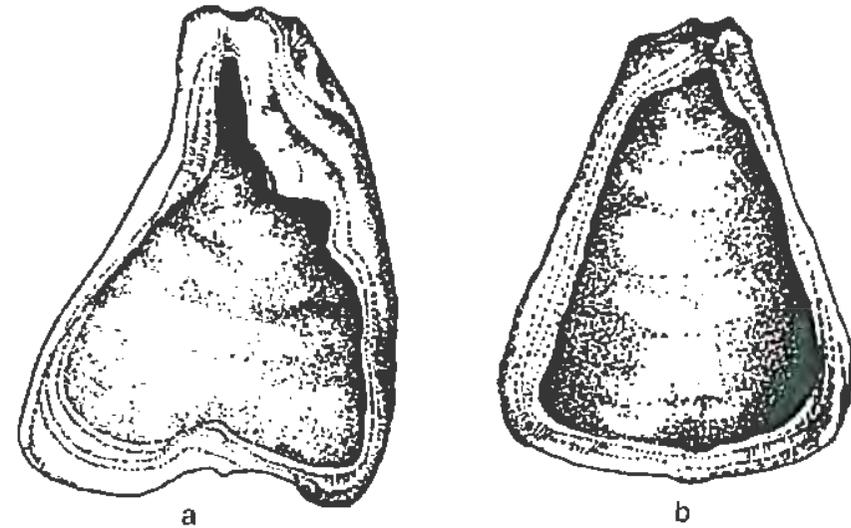


Fig. 7. Gubias con paredes alisadas

uso no determinado.

Raspadores: Sólo está representado en la muestra por un ejemplar, realizado en una valva de molusco marino perteneciente a la familia Tellinidae, que presenta desgaste en toda el área de trabajo. Se observa, además, una depresión a modo de muesca de 1 cm, con una profundidad de 0,5 cm, presumiblemente utilizada para raspar objetos delgados y puntiagudos.

Hacha: Colectada en superficie, de forma petaloide y regulares dimensiones.

Dentro de los artefactos de concha utilizados con fines ornamentales o de uso superestructural encontramos una cuenta, dos olivas sonoras (una fragmentada) y una *pintadera*.⁴ Aparecen además cuatro objetos en proceso de elaboración, los cuales no rebasan los 2 cm de longitud y hemos denominado artefactos de uso no determinado.

La reducida presencia de concha en el sitio, que, por demás, denota una orientación preferencial de sus habitantes por la carne de mamíferos y peces en la dieta, ha de haber influido considerablemente en la baja utilización de la concha como materia prima para la confección de los artefactos de esta industria. Resulta significativo el predominio del uso del molusco marino *Strombus* sp. para confeccionar sus artefactos. Pudo constatarse

que la rotura por percusión fue la técnica predominante utilizada en la ejecución de la industria de la concha.

ACTIVIDADES SUBSISTENCIALES

Los restos de la dieta animal encontrados corresponden a 24 especies zoológicas diferentes, donde los crustáceos tienen la menor representación y los mamíferos la mayor.

Representan los crustáceos el 0,1 %, habiendo sido hallados 7 ejemplares de cangrejos terrestres, *Gecarcinus ruricola*, en los niveles 0,10-0,60 m.

Siguen en orden de aparición las aves (0,3 %), cuyas especies faunísticas no pudieron ser determinadas a causa de no ser apropiado el material óseo colectado para la especificación de cada espécimen. Sin embargo, fueron apreciadas aves pequeñas en los niveles 0,10-0,20 m y en 0,60-0,70 m fueron colectados 12 ejemplares de zancudas desde el nivel 0,10 m hasta 0,50 m.

Con un total de 61 ejemplares, que representan el 1,1 % del total faunístico, los quelonios fueron evaluados sin poder definir las especies zoológicas por igual razón que en las aves. Consideramos probable fuesen las especies de quelonios marinos más frecuentes en nuestras costas, como el Carey, *Eretmochelys imbricata*; la tortuga verde, *Chelonia midas* y la caguama, *Caretta caretta*.

Ofidios y saurios representan el 1,2 %, con una colecta de 50 ejemplares del majá de Santa María, *Epicrates angulifer*, de presencia en todos los niveles excavados, y 14 iguanas *Cyclura nubila* exhumados desde el nivel 0,20 m hasta 0,80 m.

La presencia de 12 especies de moluscos que representan en número de individuos el 1,76 % en la dieta, denota una colecta numéricamente similar entre los de origen marino y terrestre, pero es insignificante la fluvial, con el siguiente comportamiento: Terrestres: 14 ejemplares de *Zachrycia auricoma* y 33 *Farcimun ungula*; marinos: 23 ejemplares de *Crassostrea rhizophorae*, 12 *Strombus* sp., 3 *Isognomon alatus*, 2 *Strombus gigas* y 1 ejemplar *Tellina* sp., *Litorina nebulosa*, *Nodilitorina tuberculata*, *Codakia orbiculata* y *Nerita peloronta*, respectivamente; fluvial: 2 ejemplares de *Pomacea paludosa* halladas en el nivel 0,00-0,10.

Los peces presentan un comportamiento indicativo de amplio consumo, por su presencia en todos los estratos de la excavación y el número de ejemplares colectados respecto al total: 1 611, para un 29,6 %, superado tan sólo, y con creces, por los mamífe-

ros. Fueron identificados 2 *Caranx hippos* (pez jiguagua) y un *Scarus vetula* (vieja lora) y colectadas 1 608 vértebras pertenecientes a diferentes especies piscícolas.

En la mayoritaria presencia de mamíferos terrestres (3 577 ejemplares para un 65,8 %), fueron identificados dos almiquies, *Solenodon cubanos* (en vías de extinción) localizados en el estrato 0,70-0,80 m. Especies extintas de jutías están representadas por: 700 ejemplares de *Geocapromys columbianus* en todos los estratos; 203 *Geocapromys pleistocenicus*, en todos los niveles; 82 *Geocapromys* sp., sólo en las capas más tardías (0,10-0,40 m); 165 *Heteropsomys offella*, en todos los niveles excavados; 15 *Heteropsomys torrei*, localizadas desde el nivel 0,20 al 0,70 m; 36 *Capromys minimus* aparecen en las capas más tardías; 1 450 *Capromys pilorides* en todos los niveles; 306 *Capromys prehensiles*, en todos los estratos, excepto el 0,00-0,10 m; 618 *Capromys* sp. están presentes en todos los estratos.

El estudio de la biomasa comestible aportada por los diferentes grupos zoológicos permite apreciar cierto equilibrio entre el consumo de carnes procedentes de la caza y de la pesca, lo cual no deja dudas acerca de la práctica de esas actividades económicas, a la cual se añade la agrícola.

El hallazgo de semillas quemadas de *Arachis hypogaea* L., junto a partículas de carbón vegetal, asociadas a un conjunto de restos alimenticios diversos —quelonios, moluscos, peces, jutías, almiquies, crustáceos—, en los niveles arbitrarios 0,50-0,60 y 0,80-0,90 de la unidad de excavación II (I 997) y los niveles 0,30-0,40; 0,40-0,50 y 0,50-0,60 m de la unidad III (1999), es hasta el presente el más productivo en el hallazgo de las semillas carbonizadas, que fueron identificadas como pertenecientes a la planta *Arachis hypogaea* L. (Delgado *et al.* 2000), viene a aportar un elemento de suma importancia para dilucidar la problemática en torno al carácter agricultor o no de las comunidades denominadas indistintamente por diferentes autores como apropiadores ceramistas, protoagricultores o pertenecientes a la fase tardía del Mesolítico en Cuba y a cuya filiación cultural pertenece la comunidad aborigen asentada junto a las márgenes del río Agabama en el yacimiento arqueológico que venimos denominando Birama.

Aunque algunos investigadores ponen en duda que esa planta existía en las Antillas a la llegada de los europeos, está documentada su presencia en la Española (Oviedo 1851: 274), y es considerado

uno de los cultígenos comestibles utilizados por los agroalfareros antillanos (Tabio 1989: 22). También ha sido estimado que, de existir en el país, debió ser cultivada pues es una planta que no se encuentra en estado silvestre y su cultivo requiere de cierta atención (Guarch, J. M. 1978: 143).

Leguminosa de fácil cultivo y resistente a plagas de la agricultura, requiere de suelos sueltos para su óptimo rendimiento, pero suficientemente consistentes para evitar el descalce de la planta, sueltos no sólo en la superficie, sino también en las capas inferiores para favorecer el drenaje. Suelo ideal es el arenoso, porque favorece la penetración de los ginecóforos (clavos) en la tierra. Requiere la planta de un ciclo vegetativo entre 130 y 150 días, y de una temperatura media de 22 °C características culturales que tiene Birama. Es necesario tener presente que

[...] antes de la siembra del maní la tierra debe ser objeto de un esmerado trabajo, pues está demostrado que del mismo dependen en gran parte el rendimiento y calidad de la cosecha.

Se debe arar, gradar, rastrear hasta que la tierra quede bien nivelada y suelta.

La arada se efectuará a nivel y de preferencia con arado reversible, tres como mínimo, entre labor y labor cuatro semanas más o menos. Conviene que la primera labor sea más profunda, de 19 a 20 cm más o menos; las otras, en cambio, más superficiales, de 10 a 15 cm de profundidad, todos completados con los rastreos y rodajes necesarios para que la tierra quede suelta y perfectamente desmenuzada.[...] (Peña 1947: 155)

En estos requerimientos para el óptimo desarrollo de esta planta nos apoyamos para afirmar que el hallazgo de semillas quemada de maní en prácticamente toda la estratigrafía del sitio (hasta 0,90), no fue casual, sino que los aborígenes de Birama tenían dominio del cultivo de esta planta desde su arribo a nuestra región, y que incluso su elección de ese sitio para asentarse estuvo condicionada por las características naturales y del suelo.

Resulta incuestionable que la presencia de semillas carbonizadas de esa leguminosa en las tres etapas de ocupación del yacimiento, que convencionalmente hemos establecido como de ocupación temprana, media y tardía, denotan la práctica agrícola

del maní o cacahuete que utilizado como alimento posee un alto porcentaje de proteínas y un elevado valor de sustancias nitrogenadas, propiedades que le hacen un elemento de importancia en el régimen dietético seguido por esa comunidad.

CRONOLOGÍA

La cronología absoluta para el sitio, basada en el análisis de las semillas quemadas de maní por el método del C14, arrojó 1130 d.n.e. (siglo XII) según muestras tomadas en el nivel más temprano, procedentes de una profundidad de 80-90 cm del Pozo A.º Esta data resulta tardía para un sitio protoagrícola con respecto a la cronología del centro y sur oriente cubanos, donde Corinthia III es el más temprano con 350 a.n.e. y Mejía el más tardío en el 930 d.n.e. (s. X). Sin embargo, respecto a la región centro-sur, el único fechado existente para un sitio protoagrícola, muy pobre en la presencia de cerámica, Vega del Palmar, lo sitúa en el 990 d.n.e.

Es muy importante tener presente que los fechados obtenidos en los sitios protoagrícolas del sudeste de Cuba, han echado por tierra que "todo aquello que muestra más o menos similitud debe responder a una misma antigüedad" (Ulloa y Valcárcel 1997: 39).

Si consideramos que el fechado más temprano en la región arqueológica centro sur de Cuba, para El Convento, sitio agroceramista de raíz aruaca, es 1285 d.n.e., momento en que el protoagrícola de Birama debe haber continuado ocupando el sitio, a juzgar por el espesor de su capa antropogénica, cabe la posibilidad de coexistencia en el tiempo entre sus ocupantes y los de Birama, no obstante estar ambos enclaves separados por una distancia de poco más de 100 km por vía terrestre y unos 70 por vía marítima, ya que la distancia no es un elemento obstaculizador para que se pudiesen producir contactos, dadas la maestría marinera de nuestros aborígenes y el estar toda la costa, desde la desembocadura del Agabama-Manatí hasta el río Arimao, jalonada de asentamientos agroceramistas cultivadores de yuca.

Ahora bien, hasta el momento, el estudio de las características tecnopológicas de la cerámica y del remanente faunístico de la dieta procedentes de dichos asentamientos, evidencian la ausencia de contactos entre ambos grupos. Mientras que, por su parte, el estudio de la piedra en volumen muestra rasgos de un proceso de neolitización, que no necesariamente implica contacto entre

los grupos protoagrícolas y las comunidades neolíticas, en este caso entre los pobladores de Birama con los otros sitios agroalfareros —neolíticos— que ocuparon la costa sur desde su arribo aproximadamente en el siglo X d.n.e. (Domínguez 1991: 91).

CONCLUSIONES

El hallazgo de semillas carbonizadas de maní, *Arachis hypogaea* L., abre nuevas perspectivas que llevan a reformular una serie de planteamientos e hipótesis sobre las comunidades de apropiadores recolectores con cerámica, denominados en Cuba, protoagrícolas, ya que esta leguminosa requiere de atención y cultivo para su desarrollo.

El estudio del material cerámico, su morfología predominantemente esferoidal, dimensiones, texturas, tratamiento de la pasta, escasa y rudimentaria ornamentación, así como su presencia desde los primeros momentos de ocupación del sitio; la poca variedad o innovación tanto en lo tecnológico como en lo formal, que por demás presenta características tecnopológicas diferentes a la cerámica de las comunidades agrícolas de raíz aruacas, subtaínas, con tradición meilacoide asentada contemporáneamente en sitios cercanos de la región centro sur de Cuba, junto a la presencia del maní en los estadios temprano, medio y tardío, nos permiten atestiguar que la comunidad asentada en Birama era portadora de las tradiciones ceramistas y agrícolas ya en el momento de su arribo a la llanura aluvial del Agabama, durante un momento de la historia indocubana datado por la cronología absoluta en el siglo XII d. n. e.

La evidencia del cultivo y consumo de una leguminosa de alto contenido proteico, puede explicar en parte el poco consumo de moluscos que, por demás, denota una muy pobre actividad recolectora.

La selección de un lugar que reunía las condiciones naturales óptimas —vegetación de zona boscosa premontañosa y sabanas aledañas que constituyen excelentes áreas de apropiación vital; tierras de aluvión apropiadas para el cultivo de la planta *Arachis hypogaea* L., junto a un río navegable hasta su no lejana desembocadura con un delta aún hoy rico en especies para la caza y la pesca— demuestra que eran hombres conocedores de las condiciones requeridas para desarrollar con éxitos un cultivo en específico.

El fechado para la etapa más temprana de ocupación del sitio

en el año 1130 d.n.e., nos permite conocer la coexistencia cronológica de este grupo humano con tradición ceramista y la práctica de una actividad subsistencial agrícola basada en el cultivo de una leguminosa, y no en el de un tubérculo, la yuca (*Manihot sculente*), con las comunidades agroceramistas estudiadas en la región centro-sur, e incluso en el resto de la isla. Coexistencia en el tiempo que no necesariamente implica contactos entre la comunidad de Birama y la de otros sitios agroalfareros de la región, pero que también plantea nuevas interrogantes, respecto a los momentos y vías de arribo a la región de comunidades agroceramistas portadoras de tradiciones diferentes.

NOTAS

¹La región arqueológica centro-sur de Cuba, definida como resultado de la acción transformadora del indocubano sobre un espacio geográfico que presenta condiciones físico-geográficas diferentes pero cuyos registros arqueológicos —en específico el de las parcelas neolíticas— muestran similitud, se extiende desde el SW de la provincia deiego de Ávila hasta el SW de la bahía de Jagua, por el S de las provincias de Sancti Spiritus y Cienfuegos, y tiene por el N el límite geográfico del macizo montañoso de Guamuhaya.

²Museo Arqueológico Guamuhaya. Fondo: Expedientes de sitios arqueológicos. Número 73.

³*Ibid.*

⁴Está elaborada en una espina de la concha del molusco *Strombus* sp. Presenta fraccionado todo el perímetro por la cara cóncava; la parte más prominente de la espina está rebajada para lograr una base de apoyo. En la planta tiene forma elipsoidal, con huellas de color rojo en el interior.

⁵Las semillas carbonizadas de maní (*Arachis hypogaea* L.) procedentes del Pozo A, nivel 80–90 cm, de Birama (Delgado *et al.* 1999) fueron datadas en 820 ± 40 ap en el Laboratorio Beta Analytic (EE. UU., febrero, 2001) por cortesía de la Dra Betty J. Meggers.

BIBLIOGRAFÍA

- ⊗ Álvarez de la Paz, Orlando (1989): "La Aurora" (Inédito).
- ⊗ _____ (1990): "Artefactos e instrumentos del proceso constructivo de las hachas petaloideas. Propuesta metodológica" (Inédito).
- ⊗ _____ (1993): "Metodología para el estudio tecnopológico de la industria de piedra en volumen" (Inédito).
- ⊗ _____ (1996): "Características y usos de las lajas afiladoras del sitio La Aurora" (Inédito).
- ⊗ _____ (1998): "Estudio tecnopológico de la industria de la piedra tallada del sitio La Aurora" (Inédito).
- ⊗ Córdova Medina, Alfonso (2000): "Aspectos zooarqueológicos del asentamiento protoagrícola Birama. Valle de los Ingenios. Municipio de Trinidad. Sancti Spiritus" (Inédito).

- ⊗ Delgado Ceballos, L., S. Angelbello y S. Silva (2000): "Primer reporte de semillas quemadas de maní en el residuario Birama" en *El Caribe Arqueológico*. Santiago de Cuba, Casa del Caribe, No. 4.
- ⊗ *Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A.* 1953 T. VII, p. 141, México Unión Tipográfica Editorial Hispanoamérica.
- ⊗ *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano de literatura, ciencias, artes...* ilustr. s.f. t. IV, p.75, Editorial W. M. Jackson, Inc.
- ⊗ Domínguez, Lourdes (1991): *Arqueología del centro sur de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*. T. X, p. 227, Barcelona, Hijos de Espasa, editores (S.A).
- ⊗ Febles, Jorge (1988): *Manual para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ _____ (1991): "Estudio de la piedra tallada de Aguas Verdes (Baracoa); y Playitas (Matanzas). Probable relación de estas industrias con otras del SE de los Estados Unidos" y "Nuevos sitios arqueológicos del complejo Canimar-Aguas Verdes, descubiertos en el extremo nororiental de Cuba" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. p. 312-345, con ilustraciones s/n de p., y p. 304-311, con 4 ilustr. s/n de p. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ Febles y Mc. Donald (1992): "Sitios preagroalfareros con tradiciones mesolíticas de San Cristóbal, Pinar del Río y el Sitio Dolores en Caibarién, Villa Clara" (Inédito).
- ⊗ Febles y Baena. (1995): "La Industria de la piedra tallada del sitio arqueológico Media Luna, El Guaso, provincia de Guantánamo" en *Contribuciones al conocimiento de la industria lítica en comunidades Aborígenes de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ Godo, P. Pedro (1997): "El problema del protoagricultor de Cuba: Discusión y perspectivas" en *El Caribe Arqueológico*. No. 2, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- ⊗ Guarch, J. M (1978): *El taíno de Cuba*. La Habana, Ciencias Sociales.
- ⊗ _____ (1990): *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín, Ediciones Holguín.
- ⊗ Gordon, Childe (1972): *Qué sucedió en la Historia*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- ⊗ Koslowsky, Janusz (1975): *Técnica de la talla y tipología de los instrumentos líticos*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.
- ⊗ Martínez Gabino, Aida (1991): "Características principales de la cerámica aborígen del sitio arqueológico Punta de Macao, Guanabo, provincia Ciudad de la Habana" en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ Navarrete Pujol, Ramón (1989): *Arqueología. Caimanes III*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- ⊗ *Novísimo Diccionario Universal de Agricultura* (1983): T. II. Barcelona, Editorial A. Elías y compañía.
- ⊗ Oviedo Fernández (1851): *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*. 4 t., J. A. de los Ríos, Madrid, Editorial Real Academia de la Historia.
- ⊗ Peña Bermúdez, M (1947): *El girasol y el maní*. Buenos Aires, Editorial Atlántida.
- ⊗ Roig T., Juan (1984): *Compendio de las obras*. T. III, La Habana, Editorial Científico-Técnica.
- ⊗ Silva, Santiago et al. (1985): "Sitio La Aurora, Cabaiguán, Sancti-Spíritus" (Inédito).
- ⊗ _____ (1998): "La cerámica del protoagricultor del territorio de Cabaiguán, Región central de Cuba" (Inédito).
- ⊗ Sampedro, Hernández Ricardo (1989): "Estudio preliminar de lo cerámico del sitio arqueológico El Paraíso" en *Estudios arqueológicos*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- ⊗ Souza-Nobelo, Narciso (1950): *Plantas alimenticias y plantas de condimentos que viven en Yucatán*.
- ⊗ Tabío, Ernesto (1988): "Introducción a la arqueología de las Antillas". La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- ⊗ _____ (1989): *Arqueología. Agricultura aborígen antillana*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales.
- ⊗ Tabío, Ernesto y José M. Guarch (1966): *Excavaciones en Arroyo del Palo. Mayarí, Cuba*. La Habana, Editorial Academia de Ciencias.
- ⊗ Ulloa Hung, Jorge y Roberto Valcárcel (1997): "Las comunidades apropiadoras ceramista del sudeste de Cuba. Un estudio de su cerámica" en *El Caribe Arqueológico*, No. 2, Santiago de Cuba.
- ⊗ Veloz Maggiolo, Marcio. (1976): *Medio ambiente y adaptación humana en la prehistoria de Santo Domingo*. t. I, Santo Domingo, Editorial Taller.



De un pendiente que representa a Llorá Lluvias/Boinayel.
en concha. Museo Indocubano Bani.

ÚTILES DE CONCHA Y UNIDADES HABITACIONALES DE LAS COMUNIDADES ABORÍGENES DE CUBA

GERARDO IZQUIERDO DÍAZ
RICARDO SAMPEDRO HERNÁNDEZ



De un pendiente zoomorfo realizado en concha. Museo La Periquera, Holguín.

Los autores son investigadores del Departamento de Arqueología del Centro de Antropología. CITMA, La Habana.

En estos momentos asumir el estudio de los sistemas habitacionales y de asentamiento de las comunidades aborígenes de Cuba exige profundizar, entre otros aspectos, en las características tecnopológicas de la industria de la concha de aquellos pueblos, como registro factible de propiciar un acercamiento para dichos problemas, objetivo esencial del presente trabajo.

INDUSTRIA DE LA CONCHA, PROCESOS DE TRABAJO Y SISTEMAS DE ASENTAMIENTO

En este trabajo, para definir la industria de la concha se parte del criterio más difundido y aceptado entre los arqueólogos del continente americano: "Una industria es también algo tecnológico, pero se refiere a una gama de artefactos elaborados en un mismo material [...] podrá tratarse de una 'industria de piedra tallada', una 'industria de piedra pulimentada', una 'industria del hueso', una 'industria de la valva' etcétera" (Krieger 1974: 47-48).

Por su parte el arqueólogo cubano J. Febles (1988:19), así se expresa, refiriéndose a la industria de la piedra, en Cuba: "Industria: denominación aplicada al conjunto de artefactos de un mismo material, o de una misma tecnología de fabricación o de una misma tipología [...] se reconocen industria de la piedra tallada, industria de la piedra martillada, industria de la piedra pulimentada [...]".

Esta acepción se diferencia de la utilización que hacen a veces algunos arqueólogos, de manera indistinta, de ese término y de otros como *tradición o cultura*, cuando dicen: "tradición de la concha", "cultura de la concha", por ejemplo. De acuerdo con ello, en esta aproximación, *tradición* se refiere "a la práctica tecnológica que pueda ser rastreada a través de diferentes agrupamientos culturales" (Krieger 1974: 47).

La industria de la concha de los aborígenes de Cuba, de acuerdo con la definición empleada puede resultar, al igual que otros registros arqueológicos, de gran importancia en el estudio de los sistemas de asentamiento antiguos a partir de todo el proceso que implica la actividad extractiva de la materia prima y su elaboración.

Según las investigaciones del pasado aborígen, en Mesoamérica existen precedentes de relevancia en el estudio de dichos sistemas. Un taller de concha siempre podrá identificarse dentro de un área habitacional y de actividad: "Ocupará un sitio preciso dentro del área que le sirva de almacén o de almacén-taller" (Suárez 1976: 121). En Cuba la gran mayoría de los sitios mesolíticos o neolíticos con un uso considerable de la concha en su ajuar son costeros, por tanto no resulta necesario almacenar grandes cantidades de caracolas de gasterópodos y pelecypodos porque la materia prima estaba disponible siempre y al alcance de las manos, tanto para alimentarse con sus partes blandas, como para utilizar sus conchas de la elaboración de disímiles artefactos.

Aunque en menor cantidad, igualmente existen los sitios mediterráneos, en los cuales tampoco es usual encontrar almacenes de esta materia prima; según se ha podido constatar a estos sólo se trasladaban las partes comestibles del gasterópodo o pelecypodo y algunas porciones de sus conchas para la elaboración de determinados artefactos imprescindibles para la comuna. En cambio, sí es frecuente encontrar en dichos sitios los talleres donde aparentemente se elaboran los útiles, y junto a ellos algunas conchas completas, artefactos, restos de taller y preformas, pero ligados con otras evidencias, que muy pocas veces delimitan áreas específicas, salvo casos como Cayo Galindo, sitio perteneciente a la etapa apropiadora, donde un grupo de especialistas aisló un taller de elaboración de medios de trabajo, o el caso de Macambo-II, sitio costero, de la etapa de economía productora, donde se encontró, muy cerca del residuario, un amontonamiento de conchas de diversas especies y definido como un área de preparación de alimentos. "Este sitio tendrá restos de materia prima completa, fragmentada y en polvo" (Suárez 1976: 121).

En Cuba la experiencia de las excavaciones ha demostrado que sólo aparece la materia prima completa y en pequeñas cantidades en sitios costeros, así como fragmentadas y escasas en sitios mediterráneos o tierra adentro. Por ejemplo, en el sitio de economía productora El Paraíso (Izquierdo 1989: 141-175), en la costa sur de Santiago de Cuba, costero por demás, con una destacada industria de la concha, sólo fueron recuperados nueve ejemplares de concha completos en los niveles más tempranos del asentamiento, lo cual indica que no se trataba de un almacén, sino de un área de preparación de alimentos, ya que cuando el hombre se asentó en estos parajes lo primero que explotó fue la

recolección marina con fines alimentarios, dejando como restos las conchas; lo mismo ocurre en Macambo II, anteriormente citado. En los residuarios cubanos aparece la concha fragmentada y elaborada, con pocos ejemplares completos y nunca se han encontrado sus residuos en polvo, debido tal vez a que la mayor producción estaba dedicada a los medios fundamentales de trabajo y no a los artefactos de la superestructura, donde la aplicación de la técnica del desbaste por abrasión produce un sobrante en polvo. Todo lo contrario, al parecer, sucedió en México (Suárez 1976: 121) donde sí es frecuente la presencia de la concha reducida a polvo.

En los residuarios de Cuba la existencia de algunos tipos de estos artefactos de elaboración de medios de trabajo es común aunque tampoco se han podido vincular directamente con el trabajo de la concha, por cuanto no aparecen cantidades notables, y las variedades son bien reducidas y no han sido estudiadas funcionalmente. Encontramos objetos en proceso, que nos darán la pauta definitiva, aunque no siempre contaremos con estos datos (Suárez 1976: 121).

Son contados los casos donde aparezcan las preformas o los denominados por Izquierdo y Rives (1991), "preformas de artefactos sin una definición tipológica" aunque sí se observa con relativa frecuencia la preforma de gubia, denominada por muchos como "cuchara", para denotarla como objeto acabado. Sin embargo para nosotros, conceptualmente, es un preforma de gubia y se ajusta más al criterio de taller dentro del área de habitación. Mas esto es válido para unos y cuestionable para otros, según la clasificación de cada cual.

Más adelante la arqueóloga mexicana agrega:

Tendremos cierto número de objetos terminados. Estas condiciones se dan cuando nos encontramos ante la presencia de una industria de concha desarrollada, pero si esta es incipiente carecerá de las características que hemos señalado, o sólo tendrá algunas y por tanto será difícil, y a veces imposible, detectar el área de actividad. Otras veces tendremos talleres de maquila en los que se almacenó y fragmentó el material pero no se manifestaron los objetos [...] Un caso ideal de la presencia de un taller de concha será aquel en el que concurren: áreas precisas de almacenaje, materia prima de especímenes completos, pedacería y polvo, instru-

mentos idóneos para la producción, objetos y piezas terminadas (Suárez 1976: 121).

La industria de la concha en Cuba tuvo su mayor desarrollo en los grupos pescadores-recolectores (2000 a.n.e-1500 n.e); es en estos donde aparecen mayor cantidad y diversidad de artefactos, preformas y restos de taller. También pueden ser aislados algunos objetos de la superestructura, pero en menor cuantía. En los grupos agricultores la industria experimenta algunos reajustes en cuanto a menor diversidad y cantidad; aquí encontramos útiles fundamentales como: gubias, picos, martillos, perforadores, cuchillos, etc. La muestra de la superestructura suele ser más numerosa y variada que los medios de trabajo en los grupos productores.

Más adelante Lourdes afirma:

La estructura de la concha es determinante en la técnica que se aplica, ya que la combinación en que aparecen las diferentes capas de que está hecha —aragonita, conquiolina y carbonato de calcio— (Butterlin 1962: 146) forma una amplia variedad de especímenes, necesaria, para la aplicación de técnicas diversas y la manufactura de piezas. Estas condiciones son indispensable para el desarrollo de la industria (Suárez 1981: 44).

Es nuestro criterio que la estructura de la concha no es la que determina la técnica de construcción que se aplica, sino, por el contrario, quien precisa la técnica que se debe emplear es el tipo de artefacto que se pretenda lograr. "En la estructura de los objetos de concha se utilizan tres técnicas: la percusión, la presión y el desgaste" (Suárez 1981: 11). La percusión es la primera etapa en la elaboración del objeto. "Es el método de golpear mediante el cual el hombre cambia la forma... rompiéndola deliberadamente en pedazos mediante algunos golpes" (Semenov 1964: 39).

La percusión es controlada por el artesano, pero debido a la estructura de la misma concha, esta se fractura en forma irregular, obteniéndose por un lado el elemento que va a trabajarse, y por el otro, fragmentos los que en general son desperdicios, salvo algunos casos en que, por su tamaño o por las dimensiones de la pieza que se desea elaborar, se utiliza para la manufactura de otros objetos (Suárez 1981: 11; 1976: 117-118).

Lo anterior indica que L. Suárez divide la elaboración del arte-

facto en diferentes fases, caracterizando la primera con la aplicación de la percusión como técnica general para obtener la preforma. Sin embargo hay artefactos de trabajo que se obtienen aplicando otro tipo de técnica, por ejemplo el corte de fractura por percusión. "Los instrumentos usados en esta técnica son: percutores, yunque, martillo y cincel, y pueden ser de piedra, madera, huesos, asta, cuerno, metal. En todos los casos producirán residuos que pueden estar fragmentados o pulverizados" (Suárez 1981: 118). "La presión es una técnica poco usada en la concha: consiste en astillar el objeto apoyando sobre él una herramienta generalmente de mayor dureza. Se hace con instrumentos como punzones y taladros y no deja residuos que puedan apreciarse" (Hodges 1964: 101).

Esto hace pensar que la técnica de presión es la que nosotros denominamos como *corte de fractura por percusión*, sobre todo si se tiene en cuenta que produce un corte limpio y no deja residuos apreciables. Y más que apoyar sobre el objeto una herramienta lo que sucede —por experiencia— es que se golpea sobre el objeto con una herramienta que, en nuestro caso, no es ni punzón, ni taladro, sino un percutor.

El desgaste es, sin dudas, la técnica más usada en el trabajo de la concha; consiste en frotar la pieza contra o con una superficie rugosa de mayor o menor dureza que la misma pieza que se está trabajando, aplicando un movimiento de vaivén alterno al objeto o al desgastador. En esta técnica se usa además un abrasivo, que puede ser arena, grano de cuarzo, polvo de hueso, polvo de concha o semillas, y agua como lubricante. Este abrasivo intermedio es el que realmente realiza el desgaste (Leroi-Gourhan 1949: 507).

Es nuestro criterio que las tres técnicas descritas forman parte de la obtención de la preforma y preparación de esta para ser trabajada con el grabado, cortes en incisión y labrado, así como para darle terminación con pulido y bruñido.

En la manufactura se utilizan tres técnicas: el corte, que se logra con un instrumento que posee un filo lineal, como cuchillos, navajas o pulidores y que produzcan un corte lineal; el aserrado, utilizando un instrumento dentado, como sierras o serruchos, y que producirá también un corte; el perforado, empleando un instrumento punzante, como taladros, punzones, agujas, alfileres, que dará como resultado un orificio [Suárez 1981: 45].

Todos estos instrumentos pueden ser de piedra, madera, metal, hueso, asta y concha. Una vez manufacturado el objeto, en algunos casos se somete a un acabado. En el acabado se utilizan tres técnicas: el pulido, el bruñido y el decorado (Suárez 1976: 118).

La tecnología de elaboración de los artefactos de concha en las comunidades aborígenes de Cuba ha sido estudiada con detenimiento por Izquierdo y Rives (1991), quienes plantean que en la industria de la piedra tallada la tecnología de obtención de los artefactos se basa en el lascado por percusión o presión. En la industria de la piedra en volumen se suponen técnicas de lascado por percusión o presión, picado, abrasión y pulimentación. En la industria de la concha el objetivo de la percusión, la presión y el picado está relacionado fundamentalmente con la separación de partes de la concha con objeto de elaborar artefactos, que recibirán terminación o acabado posteriormente, en muchos casos, mediante abrasión y pulimentación. La concha de los moluscos está constituida por capas sucesivas de crecimiento que, a pesar de envolverse generalmente sobre sí mismas, mantienen formas tabulares o parietales que hacen en última instancia que la separación de esas partes constituya *esencialmente* un corte.

Dacal (1978: 31-32) llama a una de sus modalidades corte (por fricción) y a las demás separación; pero estos términos que son, además, sinónimos: cortar y separar, son definidos aquí, respecto a la concha, esencialmente como *corte* a tenor de las características del material y para diferenciarlo de la separación por lascado que ocurre en las industrias líticas.

Más recientemente Izquierdo y Rives, a partir de intercambios de trabajos con la especialista mexicana Lourdes Suárez, en Cuba, han especificado sobre dichas técnicas de elaboración: *corte* (propriadamente dicho) o *corte por fricción*; *corte por picado* o *corte de rotura por percusión*, *corte por percusión* o *corte de fractura por percusión*, *esgrafiado* o *grabado*, y *perforación*, *abrasión*, *pulimentación* y *retoque secundario mediante el astillado por presión*.

El estudio de los sistemas de asentamiento, de acuerdo con los conocimientos que aportan al respecto las investigaciones sobre la industria de la concha entre los especialistas mesoamericanos, permite comprender mejor la utilidad de esta sistematización y, en particular, la definición de *corte* o *separación* como la esencia o rasgo distintivo del trabajo primario con el material malacológico.

En Cuba, prácticamente todo el ajuar de concha, constituido por artefactos utilitarios y no utilitarios, se caracteriza por estar elaborado sobre la base del *corte*, o sea, aplicado mediante la percusión, el picoteo u otros procedimientos. Ello resulta más esclarecedor si se tiene en cuenta que tales procedimientos, percusión, picoteo, presión, etcétera, se relacionan con determinados *artefactos de trabajo* y el propósito del artesano muestra que el *corte* o *separación* de las partes del material de concha es el producto de dicha actividad, por cuanto tiene que ver con el *objeto de trabajo*.

Cualquier labor sobre el material en cuestión como perforación, grabado o esgrafiado, abrasión y pulimentación, salvo excepciones, debe ser posterior al proceso de *corte* o *separación*.

En la aplicación de técnicas que se proponen obtener resultados diferentes al corte es posible apreciar, además, el desarrollo de una elaboración más acabada de la materia prima que puede ser un índice de cambio. Es de todos conocido que el uso de la abrasión y la pulimentación, por ejemplo, son técnicas relacionadas en general con los procesos de neolitización.

En las comunidades de economía de apropiación en Cuba, era escaso el uso de estas técnicas, salvo en la confección de la gubia y otros que requieren de la abrasión en la elaboración del bisel. Sin embargo, en las comunidades de la etapa de producción de alimentos, por el contrario, no es raro ver que estas predominan en sus ajuares de concha.

Pueden así definirse aspectos distintivos con vistas a una sistematización del estudio de la industria de la concha en Cuba por su propia importancia, relacionados con la aprehensión de los sistemas habitacionales y de asentamientos. Las características de la arqueología del archipiélago, como se ha mencionado en párrafos precedentes, son la cercanía relativa de las fuentes de obtención de la materia prima —el mar y las costas de un territorio insular—, así como la no determinación, hasta el momento, de áreas de almacenaje, de talleres y sitios de habitación delimitados categóricamente.

En el futuro inmediato los trabajos de campo sistemáticos de carácter espacial y temporal (estratigrafía) de la industria y las tradiciones deben tener en cuenta las siguientes fases del proceso de confección de los artefactos de concha: a) colecta, b) separación o corte del material y c) trabajos de elaboración posterior.

La colecta se hacía generalmente en el archipiélago, en lugares cercanos a los asentamientos (costeros). Cuando se trata de

lugares distantes del mar ello parece indicar la existencia de una circulación o intercambio de materia prima u objetos elaborados.

En el caso de comunidades de economía de apropiación en tierra adentro las evidencias de concha son escasas, lo cual dificulta aún más la apreciación de áreas habitacionales. En cambio, si se trata de comunidades de economía productora de alimentos, como ocurre, por ejemplo, en los sitios agricultores del centro sur de Cuba (Domínguez 1991) o en el citado caso del sitio habanero Jaruco I, vemos que en los costeros predominan los artefactos utilitarios, mientras que en los de tierra adentro abundan los objetos de concha, provenientes de las actividades supraestructurales que han sufrido una elaboración que puede implicar la perforación, la abrasión, el pulimento y el grabado.

Respecto a la actividad de corte como fase casi única de la confección de artefactos utilitarios vale destacar que los diferentes procedimientos mediante los cuales es posible lograr la separación de las partes del material: percusión o golpeado, picoteo o picado, corte por fricción, aserrado y presión, podrán permitir delimitar la índole de las zonas de trabajo. En el sitio arqueológico de Cayo Galindo, al norte de la provincia de Villa Clara, por ejemplo, los arqueólogos Godo y Baena (1988) detectaron en estudios de superficie —ya se ha anotado— un taller de concha. Es fácil comprender que en casos como este predomine el procedimiento de la técnica de *percusión*.

La gubia, como se ha dicho, constituye una acepción que abarca la técnica de la abrasión y hasta la de pulimentación del bisel y — en muchos casos— los bordes, puede ser un registro de importancia en los propósitos apuntados, pues aporta información, tanto de la fase de *corte* como de la de *elaboración posterior*. En un sitio arqueológico de la provincia de Holguín han sido halladas dos gubias con un grabado de carácter antropomorfo en la cara dorsal, lo que sin dudas debió ser ejecutado posteriormente a las actividades de corte y abrasión, ya que incluso los tipos de bisel indican un uso anterior en labores de raspado y corte, respectivamente. Mucho se ha comentado en arqueología sobre posibles diferencias entre gubias de comunidades de diferentes niveles de desarrollo, sin que hasta el momento se haya llegado a conclusiones definitivas. Sin embargo, se ha podido comprobar con cierta regularidad que en los grupos preagroalfareros (comunidades con tradiciones mesolíticas), las gubias que predominan y conforman ese ajuar son las denominadas como gubias típicas. Todos

los tipos de gubias fueron clasificados por Izquierdo y Rives (1996) y recogidos en la lista tipológica en uso; estas gubias generalmente son grandes y con un nivel muy alto de roturas y fracturas tanto en la zona del bisel como del ápice lo cual indica sin dudas un uso prolongado y violento contra objetos denominados “duros”. En la etapa más tardía de estos grupos apropiadores también aparecen las gubias sin ápice, reportadas por vez primera en los sitios arqueológicos de Cueva de Enrique y Cueva Funche, en la península de Gunahacabibes, Pinar del Río. Muchas de las gubias de esta etapa tienen además, evidentes huellas de haber sido enmangadas y el arco del bisel es muy pronunciado; la mayoría de los ángulos de los bisel miden 60 grados o menos lo cual indica un uso probable para realizar cortes, también es evidente que rejuvenecían el bisel con cierta regularidad, ya que en muchos ejemplares se observan varios planos con diferentes ángulos. Es en esta etapa donde más aparecen las gubias en proceso de elaboración (preformas).

En los protoagroalfareros (comunidades con tradiciones neolíticas incipientes), el comportamiento es bien diferente; ya aquí se observan gubias con un acabado más exquisito, son más pequeñas y estrechas y aparecen también las gubias sin ápice, con paredes alisadas, las modificadas y las gubias de dedo, incluso las hay con modificaciones sólo en el bisel o área de trabajo.

En relación con el uso estimado notamos que existe más variedad en las dedicadas al corte (ángulos menores de 60 grados), aunque son abundantes las usadas para raspar y/o raer (ángulos mayores de 60 grados).

También podemos decir que son, en general, largas y estrechas, algunas no rebasan en su ancho la pequeña extensión del bisel, parecieran como dedicadas a algún trabajo especializado en la talla de madera. Estos grupos también son portadores de las gubias más pequeñas conocidas en la industria.

En los grupos agroalfareros (comunidades con tradiciones neolíticas), las gubias retoman un tamaño considerable (grandes) y existe un mayor pragmatismo en el acabado; aquí desaparecen casi por completo las gubias con paredes alisadas, las modificadas y las gubias de dedo, pero son portadoras estas comunidades de las gubias ceremoniales. La gubias dedicadas al corte son mucho menos que las utilizadas para raspar y/o raer; esta situación, pensamos, pudiera estar relacionada con la actividad agrícola y economía costera.

Los aspectos señalados hacen pensar que independientemente de que la esencia de tal determinación se encuentre en otros rasgos de carácter tecnopológico o funcional, las características del proceso de su confección pueden ser importantes.

Esto se comprueba en las diferencias sustanciales existentes entre comunidades de economía de apropiación y de producción de alimentos, en cuanto a las fases de corte y *elaboración posterior*. La presencia de áreas de trabajo más delimitadas entre comunidades de un nivel de desarrollo muy superior a las antillanas, en Mesoamérica, puede indicar precisamente la especialización en el quehacer propio de sociedades mucho más estratificadas.

Dichos criterios o fases del procesamiento de la industria de la concha pueden desempeñar pues una función relevante en la definición de relaciones espaciales en los asentamientos de las comunidades aborígenes de Cuba. No obstante, creemos oportuno señalar algunos aspectos favorables para lograr una mejor definición de talleres de elaboración de utensilios de concha en los sitios arqueológicos en Cuba como, por ejemplo:

- Las excavaciones deben ser en áreas mayores de destapes y preferiblemente por capas naturales o combinación de ambos métodos de excavación, como es el caso de Esterito de Banes, Cueva Funche, El Morrillo, La Pintura, y en los últimos meses, Cueva del Muerto, Charcón 4, por solo citar algunos ejemplos.
- Debe existir un mejor control de las evidencias elaboradas, elaboradas-artefactos, restos de taller-ecofactos y materia prima, para determinar las posibles concentraciones. Sobre todo, es preciso tener en cuenta que aparentemente en Cuba los talleres o áreas de elaboración de medios de trabajo —en la industria de la concha— aparecen en la propia área de habitación y no cerca de esta, por lo que resulta común encontrar todos los elementos antes mencionados ligados con otras evidencias, en las propias capas culturales.

La apreciación de estos procesos tecnológicos mediante una concepción sistémica permite, además, comprobar la imprecisión de los criterios de determinismo o de adaptación humana al medio en este plano. Por el contrario de lo que parece a simple vista, no es el material de concha, ya se explicó, el que en última instancia determina las características de las tecnologías de fabricación, pues a pesar del hecho evidente de la limitación que representa el material a la acción del hombre, las anotaciones realizadas posibilitan comprender que realmente técnicas conocidas por la

humanidad, incluso de épocas muy antiguas y que se ponen en práctica en la elaboración de otros materiales, son aplicadas aquí a una materia prima con características particulares.

La sociedad, de acuerdo con el nivel de desarrollo de sus fuerzas productivas se enfrenta a nuevos objetivos en la acción transformadora del medio.

BIBLIOGRAFÍA

- Ⓢ Boekelman, H. J. (1983): "Archeo and etno conchology. The study of man's use of shell" en *The Florida Anthropologist*. Vol. 39, 3.
- Ⓢ Butterlin, J. (1962): *Apuntes para la clase paleontológica general*. México, Ed. Facultad de Ingeniería, Dpto. de Geología, UNAM.
- Ⓢ Domínguez, S. L. (1991): *Arqueología del centro-sur de Cuba*. La Habana, Ed. Academia.
- Ⓢ Febles, J. (1988): *Manual para el estudio de la piedra tallada de los aborígenes de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Ⓢ Godó, P y G. Baena (1988): "Estudio arqueológico de Cayo Galindo" (en prensa). La Habana, Ed. Academia.
- Ⓢ Hodges, H. (1964): *Artifacts*. Londres, John Baker.
- Ⓢ Izquierdo, G. (1989): "La industria de la concha del sitio arqueológico El Paraíso, Santiago de Cuba" en *Estudios Arqueológicos 1989*. La Habana, Ed. Academia.
- Ⓢ Izquierdo, G. y A. Rives (1991): "Comparación de diferentes ajuares arqueológicos de concha mediante métodos de cluster análisis" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. La Habana, Ed. Academia.
- Ⓢ _____ (1996): "Lista tipológica de la industria de la concha de los aborígenes de Cuba y las Antillas" en *Taino* (edición digital). México, Ed. Universidad Colima.
- Ⓢ Izquierdo, G. y R. Varcárcel (1996): "La gubia artefacto por antonomasia de los indocubanos" (en prensa). La Habana, Ed. Academia.
- Ⓢ Krieger, A. (1974): *El hombre primitivo en América*. Buenos Aires, Ed. Nueva Visión.
- Ⓢ Leroi-Gourhan, A. (1949): "Milieu et Techniques. Evolution et Techniques" en *Sciences D'Aujourd'hui*. No. 2, París.
- Ⓢ Reiger, J. F. (1986): "The Marking of Aboriginal shell tools clues from South Florida" en *The Florida Anthropologist*. Vol. 38, No. 3.
- Ⓢ Semenov, S. A. (1964): *Prehistoric Technology*. Translated and with a preface by M. W. Thompson, Cory, Adams-Mackay, Londres.
- Ⓢ Suárez, L. (1976): *Talleres de concha. Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. Universidad Nacional Autónoma de México, Ed. Linda Manzanilla.
- Ⓢ _____ (1981): *Técnicas prehispánicas en los objetos de concha*. Colección Científica, Arqueología, No. 14. México, INAH.

LA SELECCIÓN DEL ESPACIO FÚNEBRE ABORIGEN Y EL CULTO SOLAR

GABINO LA ROSA CORZO



De un pendiente antropomorfo en concha. Museo Chorro de Maíta.

El autor es investigador del Departamento de Arqueología del Centro de Antropología. CITMA, La Habana.

No es objetivo del presente trabajo realizar un estudio acerca de las causas o móviles que pudieron guiar la selección del espacio fúnebre por parte de los aborígenes de tradiciones mesolíticas, cuestión que obligaría a incursionar en las formas tempranas de religión, los cultos y ritos primitivos. Se trata, de manera particular, de evaluar en qué medida los espacios sepulcrales en cuevas estudiados en Cuba están en realidad iluminados directamente por la luz solar, tal como se ha venido afirmando desde 1961 con las excavaciones en el recinto funerario denominado Cueva de la Santa (Torres y Rivero de la Calle 1970) y sobre esa base definir si este presupuesto formó parte de los criterios selectivos del lugar.

El estudio y definición de esta cuestión deviene en requisito indispensable para poder adentrarnos, más adelante, en el complejo y esotérico mundo de la relación entre lo sacro y lo profano dentro del sistema de asentamiento de estos aborígenes, por cuanto la arqueología de Cuba, al igual que la del resto del mundo, tal como enjuiciara Binford (1991: 116), creció sobre una serie de convenciones que jamás han sido verificadas. Sin embargo, sobre los resultados aquí expuestos, me permitiré, al final del trabajo, conjeturar algunas ideas acerca del reconocimiento de algunos de los principios que pudieron estar presentes en la selección del espacio fúnebre a partir de la teoría de los símbolos y de las hierofanías tópicas según la propuesta de Eliade (1986), por la importancia que tienen estos criterios en el conocimiento de los orígenes de la religión.

Así, por el momento, se le prestará atención a los indicativos arqueológicos que demuestren la posible relación de los espacios sepulcrales seleccionados y la luz solar. Pero, ante todo, lo primero que se debe hacer es despejar la existencia de un error presente en todos los trabajos que en Cuba han pretendido definir la relación *espacio fúnebre-luz solar*, ya que los rayos solares no mantienen durante todo el año el mismo ángulo de entrada y salida a un lugar determinado, por lo que las observaciones hechas

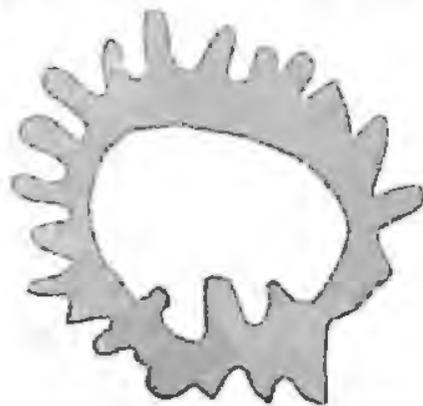
al azar, en un día cualquiera del año y generalizadas, tal como se ha trabajado en la arqueología tradicional, tienen poca validez.

Cuando en 1944 A. Núñez Jiménez afirmó que pasados los primeros días del 22 de junio, solsticio de verano, cuando el sol emergía del horizonte hacia el acimut aproximado de 66 grados (este-nordeste), la Cueva de Punta del Este, en la Isla de la Juventud, era iluminada lateralmente (Núñez 1975: 76), tenía en consideración un requisito indispensable para el estudio de la relación entre la luz solar y la disposición de un sitio arqueológico. Sin embargo, en los sucesivos reportes de esta asociación, en especial de las cuevas funerarias, los arqueólogos no han tenido en cuenta las variaciones que se producen en el derrotero de la luz solar entre el solsticio de verano, cuando el sol aparentemente sale el 21 de junio a los 65° y el solsticio de invierno, 21 de diciembre, cuando lo hace a los 115° y las diferencias de ambos solsticios con los equinoccios de primavera y de otoño, 21 de marzo y 21 de septiembre respectivamente, cuando el sol se ve a primera hora a los 90°.

Así, en aisladas visitas a los recintos funerarios se ha asegurado que el área de los entierros era bañada por la luz solar, pero el hecho que ninguna de las observaciones anotara con cuidado la fecha de la observación, demuestra la ignorancia de este requisito indispensable por las variaciones que puede producir en el área iluminada.

La no consideración de un elemento tan significativo puede explicarse, por ejemplo, en casos de estudiosos del arte, perio-

Fig. 1. Pictografía en color rojo de la Cueva de La Pluma en Matanzas, la que ha sido asociada al culto solar.



distas y observadores en general, para quienes este dato puede resultar muy ajeno al círculo de problemas dentro de los que se desenvuelve su actividad, pero es inexplicable en el caso de los arqueólogos, porque estas son herramientas de su trabajo.

Una rápida revisión de las anotaciones que al respecto se han hecho en los momentos en que los sitios son excavados, nos remiten a los siguientes criterios. En Cueva de la Santa, los arqueólogos afirmaron que: "desde el primer momento que descendimos a la dolina principal de la Cueva en el año de 1961, nos llamó la atención el primer salón [...] que recibía directamente los rayos del sol" (Torres y Rivero de la Calle 1970: 17), constituyendo este uno de los principales motivos para que se iniciaran las excavaciones en el lugar.

Acerca de la Cueva del Perico 1, el colega M. Pino afirma: "la boca de la cueva mira al este y los primeros rayos del sol en la mañana iluminan el salón hasta el fondo, mientras que en horas del ocaso, el sol penetra en la cueva desde el oeste a través de una hendidura en la roca" (1981: 3). Las excavaciones practicadas en el área iluminada arrojaron en aquellos momentos la cantidad de 51 entierros aborígenes.

Y en relación con la Cueva de Calero, uno de los arqueólogos participantes en la excavación afirma:

[...] no podemos obviar las observaciones practicadas por nosotros [...] en Cueva de Calero, en la que los 66 entierros rescatados eran igualmente iluminados directamente en horas de la tarde y donde en adición, una estrecha franja central del piso térreo del área utilizada para los entierros (en la cual, enigmáticamente, no apareció ninguno) coincidía con el cono de sombra que a iguales horas, proyectaba una gruesa columna estalactítica ubicada en la boca de la cueva (Alonso 1995: 115).

Si a estas observaciones registradas acerca de la asociación de la luz solar con los espacios sepulcrales se le suman otras referentes a la relación entre el sol, el color rojo y la ubicación de algunas pictografías en cuevas ceremoniales de grupos del mismo estadio histórico, la cuestión cobra mayor interés, ya que en correspondencia a los estudios de Núñez Jiménez, parece existir relación entre las primeras pictografías que encabezan conjuntos dentro de las cuevas, el color rojo y el carácter geométrico del motivo, cuestión presente según él en la Cueva Número Uno de

Punta del Este; en la Cueva de La Pluma, Cueva de García Robiou y Cueva de los Dibujos.

La figura 1 recoge la pictografía elaborada en color rojo que se encuentra en la galería superior de la Cueva de la Pluma en Matanzas, y que ha sido asociada al sol por su forma, color y relación espacial con las restantes pictografías que se localizan en los lugares más recónditos y difíciles de los salones meridionales (Núñez 1975: 122).

En el mismo sentido la existencia del culto solar en los grupos aborígenes de economía apropiadora ha sido reconocida por destacados estudiosos como Fernando Ortiz (1943) y parece haber sido identificado en el registro arqueológico de los espacios funerarios, durante las excavaciones practicadas en la Cueva del Perico 1, pues en las notas inéditas de campo se afirma que el entierro 44 correspondiente a un niño de entre 7 y 8 años se encontró sentado en el centro de la entrada del salón A, cuya boca mira al este. Este entierro presentó coloración roja intensa hacia las partes más profundas del esqueleto (Pino y Alonso 1972).

Por otro lado, en investigaciones realizadas en un cementerio aborígen de Sudán, de la etapa mesolítica en área descubierta, se considera haber encontrado relación entre las orientaciones de los entierros y la dirección de los rayos solares, por lo menos en una parte de la muestra estudiada (Saxe 1971), así, resulta verdaderamente estimulante adentrarse en el estudio de las posibles relaciones entre la luz solar y diferentes aspectos de las prácticas sepulcrales aborígenes.

Pero, ¿en qué medida esta relación resulta una cuestión estable o regular? y ¿a qué factores está sujeta?

Para producir un acercamiento a las posibles respuestas a estas interrogantes, es necesario, ante todo, probar en qué medida son ciertas las observaciones hechas hasta el presente en las principales cuevas funerarias de Cuba y cuáles son las variaciones que se pueden observar dentro del conjunto de sitios.

Por esto, se realizaron observaciones y mediciones a partir de los presupuestos establecidos para la definición del recorrido aparente del sol durante las diferentes etapas del año en la Cueva de la Santa, Marién 2 y Bacuranao 1, con el objeto de definir en qué medida las áreas sepulcrales coincidían con las iluminadas por los rayos solares, las épocas del año en que esta relación se producía y la relación entre las partes de los cementerios más utilizadas y las iluminadas por más tiempo, con el

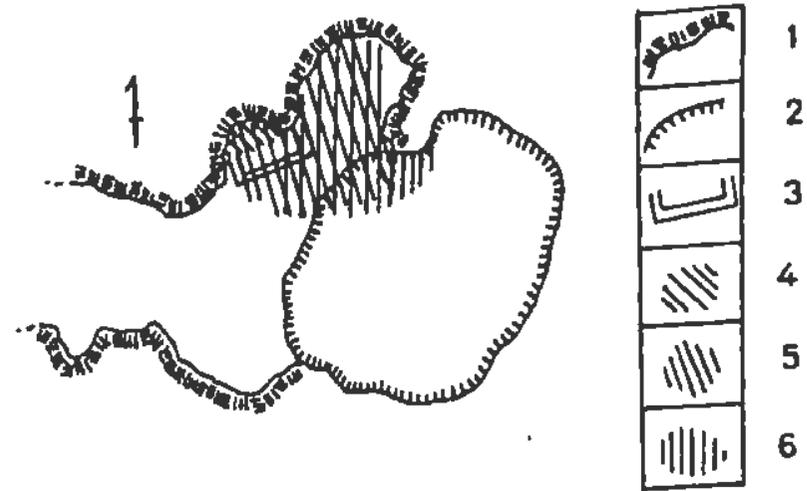


Fig. 2. Iluminación del área sepulcral de Cueva de la Santa durante el solsticio de invierno. Símbolos: 1. Pared de la cueva; 2. Dolina (entrada); 3. Espacio fúnebre; 4. Iluminación solar a las 9:30 a.m.; 5. Iluminación a las 10:15 a.m.; 6. Iluminación a las 12:00 m. (la dirección de las líneas indica la dirección de la luz).

objetivo de ofrecer un instrumento de análisis que pueda aplicarse en el futuro y permita rebasar la etapa de las simples observaciones descontextualizadas de los ciclos solares. No se hicieron observaciones en la Cueva del Perico 1, en Pinar del Río y Cueva Calero, en Matanzas, porque no se contó con los planos originales en los que se registraron los restos humanos en los espacios sepulcrales, pero se tomaron en consideración las observaciones de los autores de las excavaciones, aún, con la ausencia del dato de las fechas de las mismas y la aparente contradicción de que la luz solar en la Cueva Calero penetra en el área sepulcral sólo en horas de la tarde, cuando en todas las restantes siempre se reporta la relación en horarios de la mañana.

La Cueva de la Santa tiene una entrada mediante una dolina de desprendimiento y un primer salón en forma de media luna de unos 15 m de ancho y 50 m de extensión y según las observaciones, mediciones y cálculos efectuados, puede asegurarse que la luz solar ilumina el área sepulcral en las horas de la mañana en los meses del año en los que el sol asoma más al sur, o sea a los 115°, durante el solsticio de invierno (21 de diciembre). Los primeros rayos del sol penetran a las 8:30 a.m. y hacen un recorrido

que mantiene iluminado el espacio fúnebre hasta aproximadamente las once de la mañana. A partir de esa hora el sol no penetra en la zona de los entierros.

Esto permite afirmar que el área sepulcral de Cueva de la Santa se mantiene iluminada durante los meses de diciembre, enero, febrero, es algo más limitada en marzo y más aún en abril, y no es iluminada en mayo, junio, julio y agosto y a principios de septiembre comienza de nuevo a ser iluminada directamente. Siempre y sólo en horas de la mañana.

Por este motivo, si se acepta que los aborígenes seleccionaron el lugar dentro de la Cueva de la Santa a partir de que era iluminada directamente por los rayos solares, es necesario convenir en que las inhumaciones debieron hacerse sólo en los meses en que el área recibía los rayos solares, cuestión que representa una contradicción, por cuanto la cueva se encuentra muy cerca de la costa (apenas 1 ½ km) y estos grupos pescadores-recolectores, sin abandonar totalmente sus actividades costeras, penetraban hacia el interior del territorio durante el invierno, cuando la costa era azotada por los crudos "nortes", ocasión en la que se dividían en pequeños grupos de actividades concretas, según aseguran muchos arqueólogos. Esta ocupación temporal de los sitios costeros y tierra adentro de los grupos de economía de apropiación ha sido observada de forma empírica en la región de La Habana y comprobada mediante estudios comparados de la dieta en Pinar del Río (Alonso 1995: 33).

Por otro lado, no todo el espacio iluminado fue utilizado para enterrar, ni tampoco se comprobó mayor utilización de las áreas que permanecen más tiempo iluminadas, tal como debería esperarse si se tratara de un principio estable.

Las siguientes observaciones correspondieron al sitio funerario Marién 2 que se ubica en el extremo NW de la cueva denominada por los campesinos como Cueva del Indio y que fuera registrada por Tabío (1951) como Cueva de la Caña Quemada, la que consiste en una dolina de 30 m de largo por 15 de ancho y una altura del techo en los bordes de entrada de 3,40 m. Estas observaciones permitieron afinar los procedimientos y superar el posible margen de error introducido en el ejemplo anterior por tratarse de un análisis post-excavación.

La primera jornada de excavaciones controladas se efectuó en el mes de julio de 1992, ocasión en la que se pudo comprobar que el área de entierros no era bañada por los rayos del sol. De igual



Fig. 3. Esquema en el que se muestra la iluminación solar en el área sepulcral de Marién 2 durante el solsticio de invierno. Símbolos: 1. Pared de la cueva; 2. Dolina (entrada); 3. Espacio fúnebre; 4. Iluminación solar a las 9:30 a.m.; 5. Iluminación a las 10:45 a.m.; 6. Iluminación a las 12:00 m. (las líneas indican la dirección de la luz).

manera, al procederse a la segunda jornada de excavaciones durante el mes de marzo de 1998, se pudo observar que los rayos solares iluminaban sólo una parte reducida del espacio, la más cercana a la entrada, en cambio, en horas de la tarde, los rayos solares penetraban hacia el fondo del recinto, pero no en la parte correspondiente a los entierros, sino en la parte este de la dolina, la correspondiente al área doméstica, en la que hasta el presente no se ha localizado ningún entierro primario, y sí una ocupación muy temprana con algunos restos óseos humanos muy fracturados, cremados y mezclados con otros restos alimenticios.

En cambio, las observaciones efectuadas durante el solsticio de invierno, o sea el 21 de diciembre de 1998, se pudo comprobar que durante las primeras horas de la mañana el sol penetra en el área, pero el espacio correspondiente a los entierros secundarios 1, 2, 3, 8 y 16 y los entierros primarios 10, 12 y 52 nunca fueron bañados por la luz solar, aunque es el momento de mayor inclinación de los rayos del sol. Es decir, que en ningún otro momento esta parte puede ser iluminada directamente.

Por estos motivos, no puede afirmarse que el área sepulcral seleccionada y reutilizada por un período de varios siglos, se corresponde de forma absoluta con la zona iluminada directamente por los rayos del sol.

Por lo que si se aceptara la propuesta de que los aborígenes

preceramistas enterraban preferentemente en las áreas de las cuevas iluminadas por la luz solar, habría que convenir en dos cuestiones importantes. La primera, al igual que en el ejemplo anterior, los entierros debieron producirse siempre en horas de la mañana y en los meses más cercanos al solsticio de invierno (21 de diciembre), lo que a su vez está en contradicción con el carácter costero del sitio, ya que el mismo se encuentra apenas a 500 m de la costa, y en las temporadas de invierno, estos aborígenes ocupaban las cuevas que se localizan mucho más interior de territorio.

La segunda cuestión se refiere a que no existió, al igual que en Cueva de la Santa, relación directa entre el espacio más iluminado y el más reutilizado para las inhumaciones aborígenes. Si lo supuesto es que inhumaban sólo en los espacios iluminados, tal como sugiere Alonso (1995) al decir que en Cueva Calero no se encontraron entierros en el cono de sombra que proyectaba una columna natural, sería de esperar más entierros en las partes donde la luz permanece más tiempo, pero no es así, ya que algunas de las concentraciones de entierros se dan en las áreas en las que el sol, o no alcanza a iluminar, o su iluminación es muy breve.

Ahora bien, como la estrategia alternativa del presente trabajo era comprobar si las observaciones aisladas y descontextualizadas de los ciclos solares tenían validez, se consideró necesario someter a observaciones uno de los sitios funerarios más recientemente excavados: Bacurano 1, que se localiza en la Cueva del Infierno, municipio San José de las Lajas, provincia de La Habana.

Este cementerio³ se encuentra en el extremo W de una de las grandes dolinas de la cueva y su posición permitía medir con un alto grado de confiabilidad, no sólo la relación objeto de estudio, sino también la incidencia directa de esta sobre las partes más utilizadas. El lugar había sido visitado y trabajado en diferentes momentos, a través de los cuales se tenía la certeza que en los meses de septiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero, los rayos del sol no iluminaban el área sepulcral.

Fue así que, como parte de los trabajos que se desarrollaban y las hipótesis que me había planteado, el colega J. Garcell (1998) realizó numerosas observaciones y mediciones durante el solsticio de invierno y el solsticio de verano en dicho lugar.

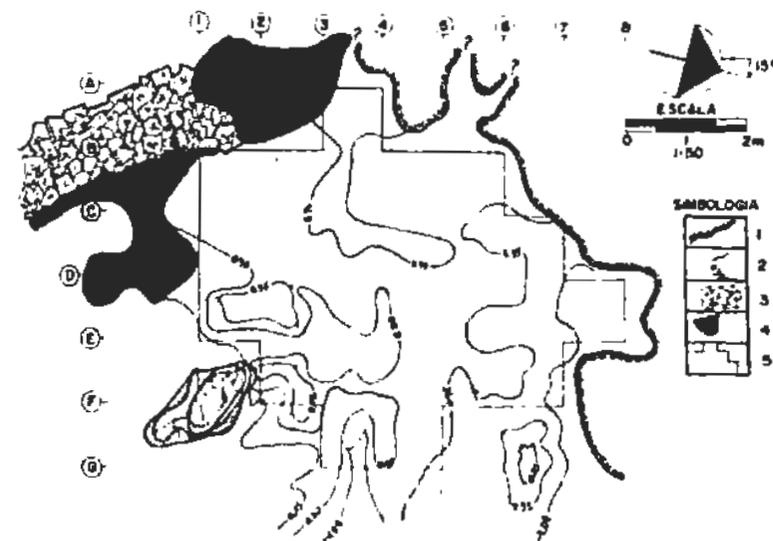
En relación con el primero, se confirmó el hecho que durante los meses de invierno, el sol no penetra en esa parte de la dolina, en cambio, durante el solsticio de verano y según las mediciones hechas, el espacio sepulcral de la Cueva del Infierno recibe direc-

tamente los rayos solares y en algún momento de las horas de la mañana y todas las sepulturas son iluminadas. La figura 4 recoge el área sepulcral en la dolina con sus correspondientes curvas de nivel, esquema que servirá de base para medir la incidencia de los rayos solares sobre la misma.

Así, las figuras 5, 6, 7, 8, registran el mismo plano de la figura 4, pero con la adición de la luz solar, que en la simbología ocupan las casillas 5, luz intensa y la 6, luz difusa. La figura 5 presenta la zona iluminada por el sol a las 8:30 a.m.; la 6 a las 9:30 a.m.; la 7 a las 10:30 a.m.; y la 8 a las 11:30 a.m., que representa el último rayo de luz directa en el sitio.

El detenido examen de cada una de las figuras en las que se refleja la incidencia de la luz en el espacio sepulcral, si bien demuestra que el área del cementerio es iluminada entre las 8:07 a.m. y las 11:30 a.m. durante el solsticio de verano, cuando el sol aparentemente sale a los 65°, no permite, en cambio, afirmar que la intensidad de la reutilización del espacio sepulcral está en relación directa con el mayor tiempo en que esta está más iluminada. Por lo que la relación no tiene carácter lineal y absoluta, ya que la iluminación de las 8:30 a.m. (Fig. 5) se concentra en las cuadrícu-

Fig. 4. Área sepulcral de Cueva del Infierno. Símbolos: 1. Pared de la Cueva; 2. Curvas de nivel; 3. muro de piedras; 4. Concreción; 5. Área excavada (plano elaborado por J. Garcell y A. Hernández).



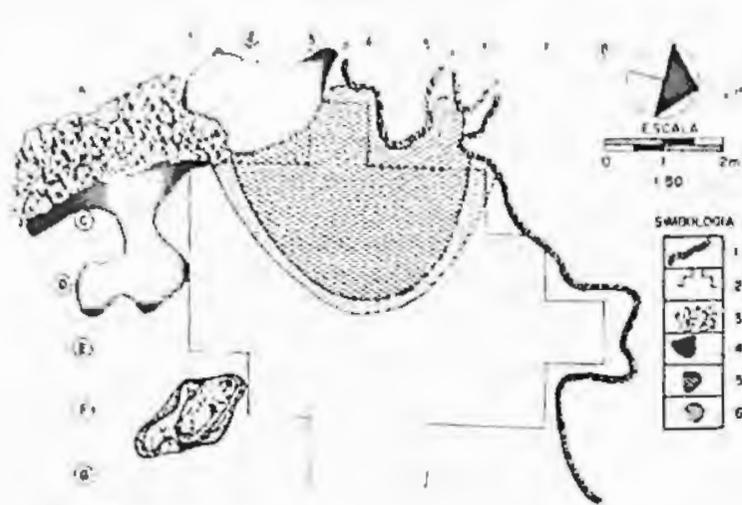


Fig. 5



Fig. 7.

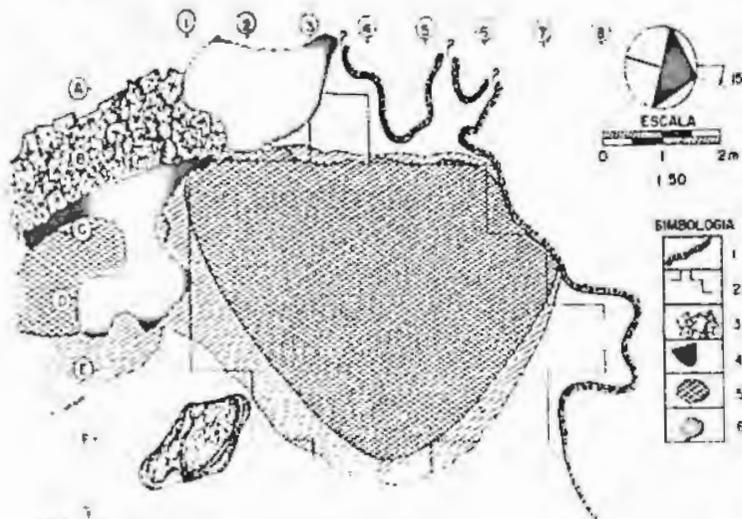


Fig. 6.

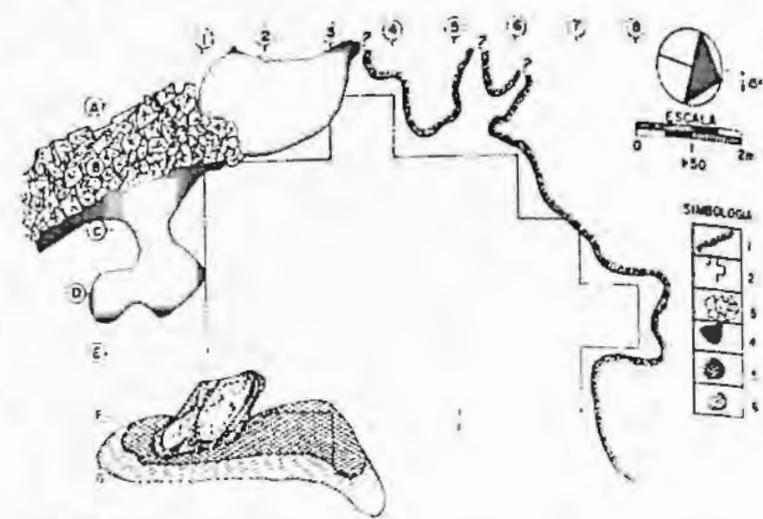


Fig. 8.

las B-2, C-3 y C-4, que coinciden con las de mayor cantidad de entierros, pero igual intensidad reciben las cuadrículas B-2 y B-4 en las que se concentraron cifras reducidas de entierros. Igual principio es develado en las figuras 6, 7 y 8, pues se repite el hecho que las cuadrículas más iluminadas por más tiempo son las B-2, C-3, C-4 y D-4 (con muchos entierros) pero también las C-5, C-6, D-2 y D-3 que tienen pocos entierros, e inclusive, la D-5 que no contenía nin-

gún entierro. De igual forma, las cuadrículas E-3, E-4, F-3 y F-4 reciben directamente los rayos solares entre las 10:00 a.m. hasta cerca de las 11:00 a.m. y no contenían entierro alguno.

Así, queda descartada la posibilidad que en este cementerio la mayor utilización de algunas partes del mismo esté determinada por la incidencia de la luz solar, pues de ser cierta la relación, era de esperar mayor cantidad de entierros en las partes en la que la

luz permanecía más tiempo.

Por otro lado, mientras en las cuevas sepulcrales costeras la relación se estableció durante el solsticio de invierno, en esta, que está hacia el interior del territorio (más de 15 km de la costa), la relación se estableció durante el breve período del solsticio de verano, lo que representa una aparente contradicción con las estaciones más propicias para la explotación del hábitat costero y el hábitat de tierra adentro, por lo que la solución del asunto sólo tiene dos posibles alternativas, o no son ciertas y estables las ocupaciones del territorio en correspondencia al sistema de asentamiento de estas comunas como se ha entendido hasta el presente por parte de algunos arqueólogos, dentro de los cuales me incluyo, o la relación *espacio fúnebre-luz solar* no existe o está sujeta a otros principios más complejos que la simple suma de los elementos. Sobre este punto se volverá al final del trabajo.

Si se hiciera depender la selección del área sepulcral an las cuevas de la incidencia de la luz solar, se establecería una sujeción cíclica de las prácticas inhumatorias en esos lugares, pues al no ser constante la iluminación, los entierros se harían sólo en los momentos en que el área es iluminada; de esta manera, el desplazamiento de estos grupos en el territorio estaría sujeto al papel obituario de la sociedad en ese estadio, y no a la inversa, tal como se ha entendido y se ha comprobado mediante sólidas investigaciones (Meggers 1976 y Binford 1991), en correspondencia a imperativos económico o subsistenciales.

Sin embargo, la revisión cuidadosa de algunos de los factores que pudieran estar vinculados a la selección del lugar, nos remite de forma inmediata a condiciones objetivamente medibles de los recintos, tales como: cercanía a los sitios de habitación o campamentos, espacio disponible, lugar claro y seco y relativamente protegido de la intemperie, entre algunas otras.

Pero no todos los factores a los que estuvo sujeta la selección pueden limitarse a este terreno, pues la propia insistencia en el uso del espacio seleccionado con ignorancia, en ocasiones absoluta, de la existencia de otras áreas aledañas para enterrar, es indicadora de la presencia de otros móviles de carácter subjetivo que debieron corresponderse con sus conceptos de la vida, la muerte, sus ritos, ceremonias y tabúes, regidos por conductas imitadas en el tratamiento mortuario, pues no se debe olvidar la sólida observación de Malinowski (1974: 27) referente a que en el hombre primitivo todo es religión y de qua vive perpetuamente en

un mundo de mística y ritualismo.

Por lo que antes de desestimar la relación *espacio fúnebre-luz solar*, como uno de los elementos presentes en la selección del lugar, resulta prudente reparar en algunos indicadores:

- 1ro. El culto solar está presente de una u otra forma en todas las sociedades primigenias que la antropología ha estudiado.
- 2do. En el arte rupestre de la isla se registran numerosos motivos y conjuntos pictográficos que parecen atestiguar la existencia del culto solar en los aborígenes de este estadio histórico.
- 3ro. En el registro arqueológico de sitios funerarios de Cuba, existen reportes confiables que atestiguan la existencia de alguna forma de culto solar, como por ejemplo el entierro No. 44 de la Cueva del Perico 1, citado anteriormente.
- 4to. En los cinco grandes cementerios⁴ en cuevas de los grupos de economía apropiadora en Cuba, que se han analizado, se hizo evidente la relación entre el espacio sepulcral y la luz solar en algún momento del año.

Por todo lo anterior, resulta aconsejable encaminar la discusión hacia las interrogantes que auxilien en la búsqueda de la relación causal entre los dos factores estudiados.

Si se partiera del presupuesto que la selección del espacio fúnebre no es fortuita, sino que responde a un acto simbólico que consiste, según las teorías más actuales en la "construcción" de un espacio sagrado, con fines superiores a la satisfacción de las necesidades más inmediatas, siempre se encuentra la remisión a un primer momento, a lo que Eliade llama *in illo tempore* (1986: 2), a partir de un modelo arquetipo, por lo que estas comunidades apropiadoras durante el proceso de ocupación de un nuevo territorio al realizar un primer entierro, en el lugar que reunía determinados requisitos, como bien pueden ser la presencia, abundancia o ausencia de determinadas plantas, animales o insectos, fuente de agua, luz solar, o inclusive, un acontecimiento fortuito como el canto de un ave, o sea, la señal o conjunto de señales que manifiestan lo sagrado, la inhumación, con sus correspondientes ritos y ceremonias, dotan al lugar del carácter sagrado (lugar de los muertos) por oposición al espacio profano (terreno de los vivos).

Así, la sacralidad del espacio transformará a este en *centro*, el que puede tener formas muy variadas, pero como en este estadio histórico la ocupación y explotación de los espacios habitacionales y áreas de obtención de alimentos y materias primas no son estables, sino que se establecan en función de los ciclos estacionales

que garantizan el sustento y renovación de los recursos, la reutilización del espacio sagrado para inhumar los difuntos de las siguientes generaciones dentro de la colectividad, no necesariamente requeriría de la presencia de la señal o mensaje que indicó el lugar apropiado la primera vez, pues ya el lugar tiene carácter de *centro*.

Si esto es así, del sol, que fue la señal o una de las señales, solo se podría encontrar vestigios en momentos ocasionales, por lo que el carácter coherente y sistemático que se reclama para la lógica de los símbolos, no se halla en la estabilidad y sistematicidad del registro. digamos que siempre el sol o el acontecimiento fortuito deben estar en el área, sino que siempre el sol o el otro elemento sería una de las señales de la selección inicial del lugar.

A favor de esta suposición, pudiera argumentarse que en las sociedades de economía apropiadora, el sol puede asumir una función importante en el dominio de las creencias funerarias (Eliade 1986: 135), en las que coinciden habitualmente tres elementos que son el culto a los antepasados, las sociedades secretas o de iniciación y el culto solar.

Los rituales funerarios practicados bajo el signo del sol pudieran constituir el punto de partida del culto a los muertos, de ahí, la posible relación de los espacios fúnebres y la luz solar como una señal de lo sagrado.

Si los espacios sepulcrales en las cuevas de Cuba fueron seleccionados atendiendo al culto solar, es necesario reconocer que este es un aspecto simbólico de la cultura aborigen del territorio. Así, el estudio de la selección del espacio fúnebre podría ser precedido del análisis del dualismo simbólico de la cueva (oscuridad-muerte) y el sol (luz-vida), sin que se olvide lo planteado por Douglas, quien al estudiar las culturas antiguas afirma que la relación entre el simbolismo cosmológico y la estructura social es una relación de reflejo (Morris 1995: 278). Por lo que en este tipo de selección del espacio sagrado debe reflejarse a su vez, el carácter "igualitario" de la sociedad en la que no existen la propiedad privada ni las clases sociales.

Por otro lado al tener la selección del lugar carácter simbólico, pues regula las relaciones humanas con el otro mundo (Renfrew y Bahn 1993: 363), es de esperar que la relación no sea directamente estable entre el signo y el objeto significado, sino como afirma Morris (1995: 269) "una serie compleja de asociaciones".

Se requerirá, por lo tanto, tal como apunta este último autor, partir de la función reconocida para la antropología, que es la decodificación de los mensajes contenidos en los símbolos

(Morris 1995: 272), por lo que resultaría necesario estudiar la semántica de las formas culturales para poner al descubierto los significados que se combinan e integran al símbolo. Pero como para entender el símbolo se requiere conocer en detalles el contexto histórico etnográfico específico por cuanto existen temas simbólicos universales pero no símbolos universales (Morris 1995: 274), la determinación del carácter simbólico de la posible relación *espacio fúnebre-luz solar* en las cuevas de Cuba no puede abordarse sólo desde el fondo de una cueva, ni de un conjunto de ellas, debe enfrentarse a partir del estudio integral del contexto etnográfico y del reconocimiento de las relaciones de producción de la sociedad objeto de estudio.

Es claro que si la interpretación de la relación de los elementos que se integran en el símbolo falla, se vendrá abajo el resto del sistema interpretativo, por muy bien parado que esté el arqueólogo en la reconstrucción etnohistórica.

Si la idea que se propone fuera uno de los elementos que se conjugan en la creación de la hierofanía tópica, no habría por qué exigirle carácter estable a la relación y se resolvería la aparente incongruencia y asistematicidad del símbolo que se expresa en el hecho que la relación *espacio fúnebre-luz solar* no es constante ni tampoco dependiente de forma absoluta de la explotación del territorio en las estaciones más propicias.

Lo mismo sucedería con el hecho que en las partes más iluminadas de los espacios fúnebres no se concentra siempre la mayoría de los entierros, así como que se localizan sepulturas en partes no bañadas por el sol, ni si la luz ilumina el lugar por la mañana o por la tarde.

De igual forma, la incoherencia que representa la existencia de espacios domésticos en cuevas con algunos entierros aislados, en contraposición a los grandes cementerios, pues algunos autores afirman que estos últimos expresan el grado de sedentarización y neolitización alcanzados por aquellas sociedades (Saxe 1971: 45 y Posnansky 1980: 554), cuestión que resulta contradictoria con los entierros aislados en sitios de habitación o en espacios domésticos para comunidades de similares desarrollos y cronologías congruentes. Esto podría explicarse a partir del mismo principio, pues al no presentarse en los primeros el conjunto de elementos que exige la sacralidad del lugar, este no se convertirá en espacio sagrado, mostrando así su carácter asistémico en contraposición a los cementerios.

Pero lo hecho hasta aquí, no es otra cosa que verificar una de las convenciones sobre las que creció la arqueología de Cuba. Definir, si las observaciones hechas al azar responden o no al rigor que exige la cuestión. De esto se trata en esencia, pues durante toda la segunda mitad del siglo XX la mayoría de los arqueólogos, al parecer, satisfechos con las observaciones aisladas y accidentales, le prestaron poca atención a la posible presencia de otros móviles en la selección y al esclarecimiento de las contradicciones implícitas en los registros.

Es claro que también pudiera tomarse como sugerencia la analogía hecha entre el paradigma formal del registro arqueológico (dato físico) y el paradigma conductual (dato etnográfico). Pero como ha alertado Brown (1971), para continuar en esta línea se requiere el establecimiento de un lenguaje o código descriptivo pertinente, el cual, hasta el presente, es ajeno a la arqueología de los espacios sepulcrales de Cuba, en la que prima, o bien la sacralidad de la evidencia material o el interés por los significados con menosprecio de los datos físicos, por tanto, se precisa ya entrado el siglo XXI, enaltecer la relación analógica entre el registro arqueológico y la discusión teórica.

NOTAS

Para la exposición de los resultados se tomaron como base los planos de la cueva elaborados durante las excavaciones por Muñoz y Jiménez (Torres y Rivero de la Calle 1970: 19-21).

• Los fechados radiocarbónicos probaron que en este sitio se hicieron inhumaciones, por lo menos entre el 70 a.n.e. y el 1179 d.n.e.

Se ha supuesto que la categoría cementerio no es apropiada para el nivel de desarrollo de estas comunidades, pues las áreas fúnebras seleccionadas carecen de marcadores externos, pero el carácter sagrado y la reutilización del lugar durante varios siglos, con un número considerable de entierros, permiten diferenciarlas de las áreas ocasionales de entierros que se localizan, en ocasiones, en las áreas domésticas. Por otro lado la historiografía internacional acredita su uso.

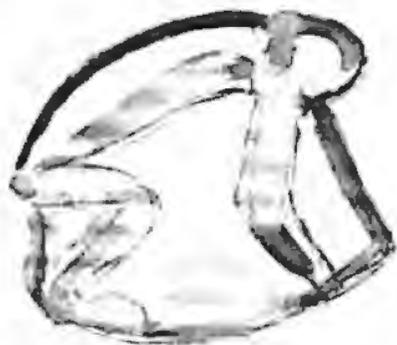
• Estos son, por orden cronológico de las excavaciones: Cueva de la Santa (1961), Cueva del Perico 1 (1971-72), Cueva Calero (1989), Marién 2 (1992-98) y Bacuranao 1 (1995-98). El caso de la famosa Cueva de los Niños en Cayo Salinas constituye un ejemplo que sale de los parámetros de estos grandes cementerios, pues su orientación, altura y ancho de la entrada, según mis cálculos, sólo permitiría la entrada directa del sol durante el solsticio de verano (sólo en el mes de junio), en una parte reducida de la entrada, donde se encuentra el entierro 1 y quizá el 2. Es posible que esta diferencia responda al carácter particular del sitio, pues no se trata de un cementerio en el que sepultaban a todo tipo de fallecido, ya que durante las excavaciones sólo se identificaron restos de infantes.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, E. (1995): *Los fundamentos del guanahatabey de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- Binford, L. (1991): *En busca del pasado*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Brown, J. A. (1971): "The Dimensions of Status in the Burials at Spiro. Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices" en J. A. Brown (ed): *Memoirs of the Society for American Archaeology*. No. 25, USA.
- Eliade, M. (1986): *Tratado de historia de las religiones*. México, Ediciones Era.
- Garcell, J. (1998): "Informe de las observaciones efectuadas en el área sepulcral de Bacuranao 1, durante el solsticio de invierno y el solsticio de verano en el año 1988" (inédito). La Habana, Museo Municipal de Cultura de San José de las Lajas.
- Malinowski, B. (1974): *Magia, ciencia, religión*. Barcelona, Editorial Ariel.
- Meggers, B. (1976): *Amazonia, hombre y cultura en un paraíso ilusorio*. México, Siglo XXI Editores.
- Morris, B. (1995): *Introducción al estudio antropológico de la religión*. México, Ediciones Paidós.
- Núñez, A. (1975): *Cuba: dibujos rupestres*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Ortiz, F. (1943): *Las cuatro culturas indias de Cuba*. La Habana, Arellano y Cía., editores.
- Pino, M. (1981): *Carta Informativa No. 22 (Época II)*. La Habana, Dpto. de Arqueología, Instituto de Ciencias Sociales, Academia de Ciencias de Cuba.
- Pino, M. y E. Alonso (1972): "Excavaciones en la Cueva del Perico 1 (1970-1972)" (inédito). La Habana, Dpto. de Arqueología, Centro de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba.
- Posnansky, M. (1980): "Introdução ao fim da pré-História na África subsaariana" en *História Geral da África II. A África antiga*. París, UNESCO.
- Renfrew, C. y P. Bahn (1993): *Arqueología. Teorías, métodos y práctica*. Madrid, Ediciones AKAL.
- Saxe, A. (1971): "Social Dimensions of Mortuary Practices in Mesolithic Population from Wadi Halfa, Sudan. Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices" en J. A. Brown (ed): *Memoirs of the Society for American Archaeology*. No. 25, USA.
- Tabío, E. (1951): "La cultura más primitiva de Cuba" en *Revista de Arqueología y Etnología*. Año VII, No. 13, La Habana.
- Torres, P. y M. Rivero de la Calle (1970): "La cueva de la Santa" en *Serie Espeleológica y Carsológica*. No.13, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.

OSA MAYOR: LA IDEALIZACIÓN DEL HURACÁN DE MESOAMÉRICA A LAS ANTILLAS

SEBASTIÁN ROBIU-LAMARCHE



De un majadero ceremonial. Representa una rana de piedra.
Museo Indocubano Bani.

El autor es un conocido escritor puertorriqueño.

A la memoria de mi padre
Sebastián Robiou Valverde (1902-2000),
meteorólogo por herencia, estudio y corazón

INTRODUCCIÓN

De junio a noviembre de cada año tiene lugar la llamada "temporada de huracanes" en el Océano Atlántico. Principalmente durante agosto y septiembre las condiciones climatológicas propician el paso de este destructor fenómeno natural por el Mar Caribe afectando las Antillas y la península de Yucatán (Sarasola 1928; Salivia 1972).

El impacto de los huracanes en la economía y la cosmovisión de las sociedades aborígenes caribeñas es un factor que apenas ha sido estudiado. En estas líneas intentaremos demostrar que el huracán, el antiguo nombre dado en dicha área a los ciclones tropicales, fue un elemento de gran importancia en la ecomitología de la zona y que su idealización está asociada tanto a la inmóvil estrella Polar como a la constelación de la Osa Mayor.

EL ORIGEN DEL VOCABLO

El origen de la palabra huracán ha sido motivo de una larga controversia entre historiadores, filólogos y antropólogos. El vocablo fue reportado desde los primeros años del descubrimiento por los cronistas españoles de las Antillas Mayores. Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias* se refiere a los huracanes como "de las más terribles tormentas que se cree haber en todos los mares del mundo". Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas del Nuevo Mundo* describe una tormenta ocurrida en junio de 1494, señalando que "[...] a estas tempestades del aire los indios de la Española las apellidan huracanes". Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo nos ofrece en sus obras algunos detalles de los huracanes del 3 de agosto de 1508 y del 29 de julio de 1509 y reafirma que "huracán, en lengua desta isla quiere decir propia-

mente tormenta o tempestad excesiva; porque, en efecto no es otra cosa sino grandísimo viento y grandísima y excesiva lluvia, todo junto o cualquier cosa destas dos por sí”.

El vocablo se propagó rápidamente por Europa, siendo utilizado por Cervantes y Shakespeare. Hoy la palabra huracán aparece como *hurricane* en inglés, *ouragan* en francés, *orkan* en alemán y *uragano* en italiano (Tejera 1977).

No obstante, el hecho que la voz huracán se reportara originalmente desde las Antillas no significa que su origen sea antillano. Para Pedro Henríquez Ureña (1938), el vocablo huracán era “préstamo del quiché de Yucatán al taíno de las Antillas”. Asimismo, Roben Lehmann-Nitsche (1924) había pensado que “la penetración de una voz quiché al caribe no es un fenómeno aislado”. Sin embargo, Rudolph Shuller (1929) consideró que “es en extremo dudoso que los antillanos hayan tomado la voz huracán del maya-quiché”, pues variaciones del vocablo también se encontraban entre los indios caribes y aruacos de Venezuela y las Guayanas. Fernando Ortiz en su excelente obra *El Huracán: su mitología y sus símbolos* (1947) trató de cerrar la extensa polémica escribiendo que “oriundo o no de las Antillas, probablemente originario de otras culturas, huracán fue vocablo que se extendió por el continente aun antes de la llegada de los europeos”.

OSA MAYOR: DE HURAKÁN A ANACACUYA

Según el *Popol-Vuh*, libro sagrado de los mayas-quiché, el *Hurakán* era el dios supremo, el “Corazón-del-Mundo” o “Corazón-del-Cielo”, fuente de toda energía y vida del universo, que simboliza “la fuerza superior que crea, estimula la existencia de todo lo animado e inanimado”, de acuerdo con Mary Preuss (1988). *Hurakán* era, pues, tanto una deidad mítica como el fenómeno atmosférico del mismo nombre. Empero, no puede asegurarse que el vocablo tuviera el mismo significado para los taínos y los caribes de las Antillas. Tal como escribiera José Juan Arrom (1975), parece que “huracán carecía de sentido esotérico para los antillanos”. Era más bien, como los cronistas refirieron, el nombre dado al destructor fenómeno atmosférico. Fue Cayetano Coll y Toste quien le dio carácter de deidad a Juracán a principios del siglo xx. El nombre huracán quizás perdió su sentido religioso en las Antillas como resultado del proceso migratorio originado desde la costa norte de Suramérica y al posterior desarrollo insular que forjó una cosmovisión antillana.

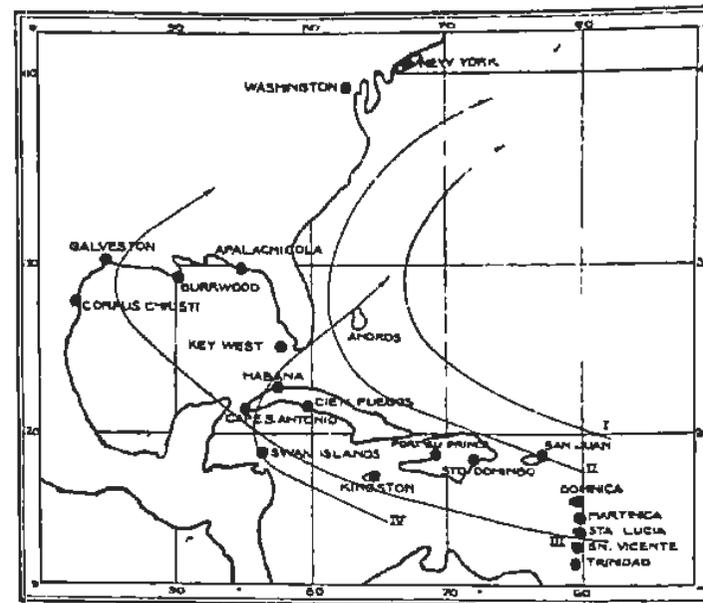


Fig. 1. I y II zonas más frecuentadas en agosto y principios de septiembre. III algunos ciclones de agosto y septiembre. IV ciclones de octubre.

Aun así, entre el Huracán maya y Anacacuya, el mítico primer cacique taíno, existe un curioso paralelismo que cabe destacar. Ante todo, siguiendo el análisis lingüístico de Arrom (1974), el vocablo *Anacacuya* está compuesto por *annaka* que en aruaco significa “centro, medio” y por *cuya* que bien pudiera ser *kuya* “espíritu”, o bien *kuyuba* o *koeia*, “estrella, constelación”. Es decir, *Anacacuya* puede traducirse como “Espíritu-Central” o “Lucero-del-Centro”, según dicho estudioso. Espíritu y estrella son, pues, sinónimos ya que el aborigen creía que en los astros moraban los espíritus de las cosas terrestres. En publicaciones anteriores, a dicha versión filológica le hemos añadido el componente astronómico: Anacacuya, el Espíritu-Lucero-Central, corresponde indudablemente a la Polar, estrella que, por apuntar hacia ella el eje del planeta, permanece fija en la bóveda celeste mientras todas las demás parecen girar a su alrededor. Es así como la Polar se considera el Centro del Universo.

Resalta, de inmediato, una semejanza entre ambos personajes míticos. Si Anacacuya es el “Espíritu-Central”, el “Lucero-del-Centro” para los taínos, Huracán, como hemos visto, es el “Corazón-

del-Cielo", el "Centro-del-Cielo" para los mayas. Ambos personajes están identificados con el centro inmóvil del cielo, principio asociado con el *axis mundi* o eje del mundo, con lo Primordial, el Centro de la Creación, del Universo.

En nuestro caso, cabe sugerir que este principio se asociara con la cueva Cacibajagua, el Centro de la Creación taína, localizada en la montaña Cautá, la Montaña Mágica, el eje del mundo de tantas mitologías. Fue por esa cueva de orígenes que surgieron del inframundo los seres avatares que el Sol transformó, durante cuatro etapas sucesivas, en los componentes de la naturaleza y en los primeros taínos. A su vez, esta idea del Centro bien podría estar plasmada en el símbolo del círculo con un punto central, símbolo que aparece en diversas manifestaciones del arte taíno.

Más la correspondencia entre Huracán y Anacacuya va más allá. Ambos personajes también tienen una vinculación con las extremidades inferiores, sea porque se carece de una de ellas o porque ocurre una acción sobre ellas. De hecho, el vocablo Huracán ha sido traducido como "El-de-una-pierna", personaje identificado con la constelación de la Osa Mayor según estudió originalmente Lehmann-Nitsche (1924). Por su parte, de acuerdo con el mito taíno recopilado por fray Ramón Pané, Anacacuya fue tomado por los pies y lanzado al mar desde una canoa por su cuñado Guahayona, antes que este emprendiera su mítico viaje a islas lejanas donde se convierte en el primer behíque. Pues bien, la sumersión de Anacacuya y su transformación en la Polar es, a nuestro juicio, una evidencia de que el taíno probablemente utilizaba esta estrella como una referencia para la navegación.

Fig. 2. El círculo con el punto central, motivo simbólico del arte taíno. Diosa de Caguana, Utuado, P. R.



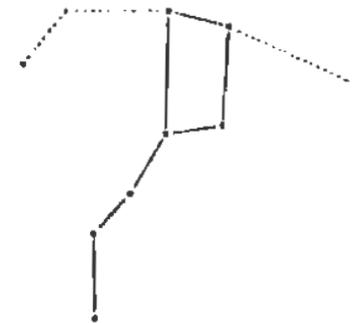
Es necesario subrayar que el ser de una pierna —o ser unípede como lo llamó Ortiz— es un motivo mítico extendido por toda América y el cual regularmente está ligado a vientos y aguas tormentosas. Por ello, dicho autor concluyó que este personaje —el Huracán maya, el Tezcatlipoca mexicano, entre otros— se identificaba con el símbolo de la espiral, el zigzag, los signos sigmoidales y la cruz svástica o cruz de los cuatro vientos, formas dinámicas que vendrían a representar su energía dual, tanto creadora como destructora.

Lo curioso es que mientras en Mesoamérica y —al parecer— en las Antillas Mayores esta entidad está idealizada en la Osa Mayor, en gran parte de Suramérica y en el arco de las Antillas Menores, según veremos, está visualizado en Orión. En el primer caso hay que establecer una estrecha conexión entre la céntrica Polar y la unípede Osa Mayor que gira a su alrededor, estrellas que de por sí constituirían una constelación.

En efecto, desde hace tiempo hemos sostenido que el ciclo matutino de la Osa Mayor en torno a la Polar pudo haber sido la base de un calendario marítimo-estacional antillano. En dicho ciclo, desde mediados de abril la Osa Mayor parece sumergirse, entrar de "cabeza" al mar con su única "pierna" hacia arriba. Luego de desaparecer por cuatro meses bajo el mar, resurge antes del amanecer sobre el horizonte durante agosto y septiembre, estadísticamente los meses de mayor ocurrencia de huracanes en las Antillas y la península de Yucatán.

Esta coincidencia astronómico-estacional quizás fue la causa por la cual para los mesoamericanos la deidad Huracán corres-

Fig. 3. La constelación de la Osa Mayor en la posición en la cual representa un hombre con una sola pierna, según Lehmann-Nitsche (1924).



• Ursa Major

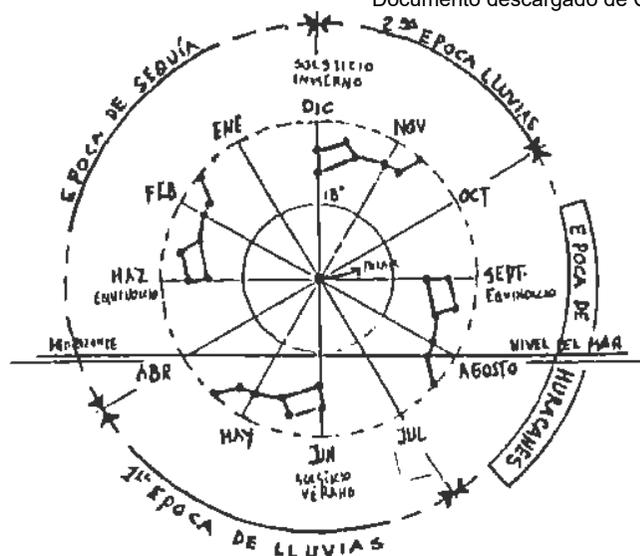


Fig. 4. Ciclo matutino de la Osa Mayor alrededor de la Polar (posible Anacacuya taíno) como un probable calendario primitivo antillano. La salida del mar de esta constelación señalaría la época de huracanes para la latitud de 18° N, latitud media de las Antillas y Yucatán

pondría tanto al nombre del cuerpo celeste como al del ciclón tropical. Sin embargo, esto no ocurre en el caso de Anacacuya, personaje que, tomado por los pies al ser lanzado al mar, parece estar proyectado en la Osa Mayor pero cuyo nombre no corresponde con el del fenómeno meteorológico. Para los taínos era el cemí femenino Guabancex, el que cuando se "encoleriza hace mover el viento y el agua y echa por tierra las casas y arranca los árboles", una clara descripción de un huracán. Según Pané anotó, este cemí principal estaba asistido por otros dos: Guataúba, "pregonero o heraldo" que ordenaba a los otros cemíes a "hacer mucho viento y lluvia" y Coatrísquie, "el cual dicen que recoge las aguas en los valles entre las montañas y después las deja correr para que destruyan el país".

En pocas palabras, Guabancex y sus auxiliares eran los que constituían una tríada de cemíes asociados al destructor huracán. Para complicar más las cosas, cabe preguntarse si esta tríada taína sería expresión de una deidad de mayor jerarquía, tal como ocurre en el caso de Hurakán. Esta suprema entidad estaba cons-

tituida por Cakulja'Hurakán, Chi'ipi Cakulja y Raxa Cakulja, tres manifestaciones que, curiosamente, podrían tener cierta similitud con los tres destructores cemíes taínos. De ser así, acaso la respuesta estaría en Anacacuya, el mítico personaje taíno que, por todo lo visto, posee un amplio paralelismo simbólico con el personaje mesoamericano (Robiou 1990).

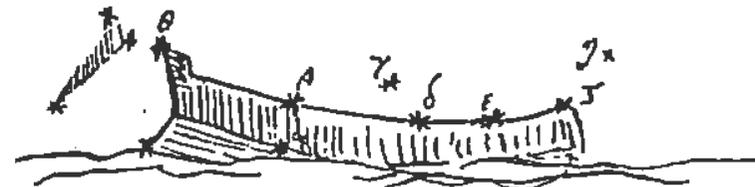
En cambio, considerando que para el pensamiento aborígen una deidad podía tener un comportamiento dual, más recientemente pensamos que la tríada de Guabancex, Guataúba y Coatrísquie constituía la manifestación encolerizada de Atabay, la Gran Madre de las Aguas, la máxima deidad taína. En todo caso, su manifestación benévola estaría formada por la tríada de Iguanaboína, la Gran Serpiente, que con sus cemíes gemelos Boínayel y Márohu (los cuales sabemos productores de la lluvia bienhechora y del tiempo despejado), regía el balance climatológico para esta sociedad agrícola (Robiou, 2000).

LA CANOA DE LA GARZA CELESTE

Si para los taínos el conjunto de la Polar-Osa Mayor estaba identificado con Anacacuya, el personaje lanzado al mar desde una canoa, para los caribes insulares la Osa Mayor era en sí la constelación que representaba la canoa celeste. La canoa se mantiene, pues, como el centro estructural alrededor del cual gira un conjunto de mitos antillanos.

En Dominica, según el padre Raymond Breton (1665) dicha constelación era llamada Lukuni-yábura, "la-Canoa-de-la-Garza", pues simula transportar a láboura, una garza cangrejera visualizada en una pequeña constelación situada a su lado. Yábura, la

Fig. 5. Lukuni-yábura o Sawáku, la "Canoa-de-la-Garza", constelación caribe insular que comprendía la Osa Mayor y cuya entrada y salida del mar estaba asociada con la temporada de grandes lluvias, rayos, truenos y huracanes. Según Taylor (1946).



LUKUNI YÁBURA

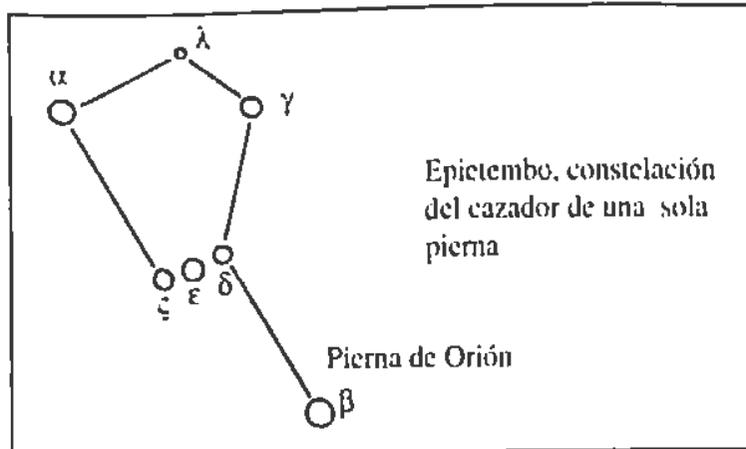


Fig. 6. Constelación de Orión, Epitetembo, demostrando el "cazador-de-una-pierna" entre los caribes continentales.

comestible garza nocturna cazadora de cangrejos que posee varias largas plumas sobre su cabeza según la describe el propio Breton, la hemos identificado con el cabrier o gaulin, el guanabá de Cuba, la yaboa de Santo Domingo (*Nyctanassa violacea bancrofti*).

Al mismo tiempo, esta ave parece que correspondía a la llamada por los hombres caribes Savacu, una constelación que representaba un caribe que "se convirtió en 'crabier', que es un gran pájaro"; y que era "el capitán de los huracanes, de las rayos y de los truenos; es quien produce las grandes lluvias", observó el cronista de la Borde (Cárdenas Ruiz 1981). Cuando esta constelación "entraba" al mar, los descendientes de los caribes insulares creían que dicha ave daba un salto para salir luego sobre el horizonte, según anotó Douglas Taylor (1946). Más recientemente, Edmundo Magaña (1988) registra la garza Savaku, anexa a la canoa de la Osa Mayor, entre los kaliñas de Surinam.

Dicho fenómeno, que los caribes insulares llamaban lachoubaronné sawaku, "el-salto-de-la-garza-celeste", y el cual coincidía con la época de tormentas de truenos y fuertes lluvias, parece corresponder con el antes mencionado ciclo matutino de la Osa Mayor alrededor de la Polar. Por todo ello, el motivo de una garza —con o sin cangrejo en el pico— que aparece recurrentemente en el arte rupestre antillano, tal vez fuera una representación del gran pájaro "capitán de los huracanes", una analogía de la Osa

Mayor y del huracán (Robiou 1987b). Asimismo, la salida del mar de la Osa Mayor probablemente señalaba, como canoa celeste, el inicio de las expediciones guerreras de los caribes insulares (Robiou 1995, 1997).

Ahora bien, es probable que el nombre Lukuni-yábura proviniera de las mujeres aruacas que ocupaban las Antillas Menores. Sabemos que estas se habían convertido en cautivas de los invasores caribes, los cuales en su proceso de adaptación a las islas fueron adoptando el lenguaje femenino (Taylor 1977; Rouse 1992). De allí, cabe la posibilidad que para los taínos —también aruacos insulares— en algún momento histórico la Osa Mayor no sólo representara al cacique mítico Anacacuya sino además una canoa o, incluso, una garza. En las Antillas, al igual que en Suramérica, las constelaciones tenían múltiples transformaciones y valencias simbólicas que hemos venido estudiando (Robiou 1987a, 1989, 1992, 1997, 1999).

En consecuencia, hay que señalar que para los aruacos suramericanos Anulakuya, la Osa Mayor, era el "espíritu-estrella de una garza en su canoa" como registra C. H. Goeje (1928), constelación que equivaldría al referido savaku recopilado por Magaña (1988). Es decir, el Lukuni-yábura o savacu insular encuentra idéntica conceptualización en la Anulakuya continental, mientras resalta la similitud fonética entre el nombre de esta garza celeste suramericana vinculada con la Osa Mayor y Anacacuya, el personaje mítico taíno también identificado con esta constelación.

Sin embargo, tal como Lévi-Strauss (1972) ha subrayado, en Suramérica tanto el personaje de una pierna como la garza (que muchas veces se para en una sola pata) estaban generalmente asociados a la constelación de Orión. De allí que su proyección antillana en la Osa Mayor sería, como bien escribió este erudito autor, "una ilustración [...] de la inversión del sistema de las constelaciones". Este fenómeno, que hemos llamado *transferencia mitoastronómica*, parece ocurrir cuando nos trasladamos del continente suramericano a las islas. Además, y tal como ocurre en el caso de los waraos del Orinoco, la garza por lo regular estaba vinculada con el Padre-del-Viento (Wilbert 1990), de donde nos comenzamos a explicar el nexo de la iábouira o savacu caribe insular con el huracán.

De todas maneras, aunque identificada con la Osa Mayor y relacionada con los huracanes, Lukuni-yábura no representaba para los caribes insulares un personaje unípede. Para encontrar

este motivo debemos recurrir a otra constelación de las Antillas Menores de clara vertiente suramericana. Se trata de la llamada mamboïcayen por las mujeres y ebétiouman por los hombres. Según el citado Breton, correspondía a "la constelación de Orión, que llaman el hombre de una pierna", al "Cinturón de Orión, los Tres Reyes Magos". El mito de origen, que responde a un sistema de parentesco estelar que hemos estudiado (Robiou 1999), fue recopilado entre los descendientes caribes por Taylor (1946). En síntesis, Orión era el pretendiente de una hija de Bihi (Can Mayor), la vieja ventosa que se opone a la relación y persigue a la pareja con un cuchillo, logrando mutilarle a Orión una pierna cuando tomaba el camino hacia el cielo (Vía Láctea).

Por lo visto, entre los caribes insulares la identificación de un héroe mítico mutilado corresponde a Orión, al igual que ocurre en Suramérica según ha constatado Edmundo Magaña (1988). Y es probable, tal como hemos propuesto en ocasiones anteriores, que para los taínos esta constelación representara a Yayael, el desmembrado héroe mítico de cuyos huesos se originó el mar y los peces (Robiou 1987a, 1997).

CONCLUSIONES

Las idealizaciones analizadas de la Osa Mayor pueden resumirse del siguiente modo:

Huracán maya-quiché: "Centro-del-Cielo" / "El-de-una-pierna" / Polar-Osa Mayor/ huracán.

Anacacuya taíno: "Lucero-del-Centro" / tomado por los pies / Polar-Osa Mayor/ época de huracanes.

Lukuni-yábura caribe insular: "Canoa-de-la-garza" / Osa Mayor/ "capitán de huracanes, rayos y truenos".

Al comparar la mitoastronomía taína y caribe insular con otras continentales, conviene establecer la decisiva importancia del ecosistema en la cosmovisión del aborigen. Por ejemplo, la latitud donde se encuentre una cultura permitirá que ciertas constelaciones se aprecien mejor que otras y, por lo tanto, tomen mayor relevancia cultural.

Ya que la altura de la Polar sobre el horizonte corresponde con la latitud del lugar, en Suramérica mientras nos acercamos al ecuador (latitud cero) dicha estrella tiende progresivamente a desaparecer y la Osa Mayor, apenas perceptible, carece de gran impor-



Fig. 7. Mapa de las Antillas y área circuncaribe señalando las áreas donde se conceptualiza el héroe de una pierna como la Osa Mayor (Huracán para los maya-quiché) o como Orión (Epietempo para los caribes continentales).

tancia mítica. Por el contrario, en las Antillas, con una latitud media de 18 grados norte, la Polar y la Osa Mayor tendrían una significativa posición mítica.

Estas constelaciones ocuparían un distintivo sitio en la cosmovisión de los grupos de arcaicos antillanos, los cuales poblaban las islas miles de años antes de que arribaran las primeras migraciones de agroalfareros suramericanos al principio de la era cristiana. Con el transcurso del tiempo, los mitos continentales comenzarían a experimentar sustituciones y transformaciones para adaptarse a la nueva fauna, a las nuevas configuraciones estelares, a todo el medio ambiente insular. Este proceso que hemos denominado ecomitológico, culminaría en las Antillas Mayores con los arqueológicamente llamados ostionoides (más bien taínos a nivel tribal) y se consolidaría en los cacicazgos taínos con su singular ideología insular.

Dentro de este proceso, surgirían diversas interacciones simbólicas estelares que hemos venido estudiando. En el caso que nos ocupa, la constelación de Orión, predominante en el cielo

suramericano y en el antillano, continuaria visualizándose como un ser mutilado (el Yayael taíno, el Ebétiouman caribe insular). Como garza en una canoa, en el oriente antillano ocupado por los tribales caribes se proyectaría en la Osa Mayor (Lukuni-yábura) debido a una mayor influencia suramericana, pero en el área centroantillana, acaso por el prolongado proceso histórico que culminó en los cacicazgos taínos, este motivo pudo transformarse en un cacique mítico (Anacacuya) también idealizado en la Osa Mayor. Por lo dicho, es factible sugerir que los taínos atribúan el motivo del ser mutilado o unipede a dos constelaciones: una de tradición suramericana (Orión-Yayael) y otra de conceptualización y origen antillano (Osa Mayor-Anacacuya).

En el caso específico de las Antillas Menores, la mencionada analogía continental de la garza celeste con el "Padre-del-Viento" se reafirma y se magnifica en la Osa Mayor (Lukuni-yábura) por la correlación de esta constelación con la temporada de huracanes. Es pues el huracán, un fenómeno inexistente en Suramérica, quien le confiere al destacado ciclo de la Osa Mayor alrededor de la Polar (Figura 4) un peculiar valor ecomitológico en las culturas aborígenes antillanas.

Por otro lado, la estudiada correspondencia entre el Huracán mesoamericano y el Anacacuya centroantillano no necesariamente responde a un difusionismo cultural entre ambas áreas geográficas. Contrario a lo pretendido por algunos, el contacto entre mayas y taínos es, desde la perspectiva histórica, náutica y arqueológica, difícil de probar. Dejando atrás la antigua teoría difusionista, es menester buscar otras alternativas antropológicas que expliquen este tipo de similitudes. A nuestro juicio, entre los mayas y los taínos en muchos casos se produjo un fenómeno de convergencia, fenómeno que ocurre cuando tienen lugar ciertas idealizaciones o invenciones similares entre culturas geográfica y culturalmente separadas debido a determinados paralelismos en sus ecosistemas (Sanders y Price 1968).

Aunque a diferentes niveles de desarrollo histórico, los mayas de Yucatán y los taínos de las Antillas estaban ubicados prácticamente en la misma latitud. De allí que observaran idénticas configuraciones estelares y experimentaran un ciclo estacional muy semejante. Este paralelismo trae consigo que las coyunturas astronómico-meteorológicas sean análogas. Así, tanto en las Antillas como en Yucatán, la salida matutina de la Osa Mayor en agosto-septiembre coincidía con la mayor época de huracanes.

Por consiguiente, no sería del todo extraño que mayas y taínos, independientemente vieran el Centro del Universo en la inmóvil estrella Polar. Y que junto a esta, teniendo presente el extendido mitema del ser unipede, idealizaran en la Osa Mayor un personaje que luego de sumergirse de cabeza en el mar, emergía produciendo los temibles huracanes. De este modo y ajeno a un contacto cultural directo, se explicaría el llamativo paralelismo entre Huracán y Anacacuya. Más al sur, según hemos visto, los caribes insulares asimismo establecían la conexión Osa Mayor-huracán pero todavía evocando mitos de tierra firme, ligaban dicha constelación a una gran garza cangrejera nocturna productora de las tormentas, los rayos y los truenos.

En conclusión, el análisis de la mitoastronomía taína y caribe insular nos ha permitido establecer la trascendental importancia que tuvo la Osa Mayor y el huracán en la cosmovisión de estas culturas antillanas.

BIBLIOGRAFÍA

- ☞ Anglería, Pedro Mártir de (1989): *Décadas del Nuevo Mundo* (1892). 2 t., Santo Domingo. Sociedad Dominicana de Bibliófilos.
- ☞ Arrom, José Juan (1974): *Fray Ramón Pané: "Relación Acerca de las Antigüedades de los Indios"*. México, Siglo XXI. Octava edición corregida y aumentada: 1988.
- ☞ Breton, Raymond (1975): *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*. Segunda edición 1989, México, Siglo XXI.
- ☞ *Dictionnaire Caraïbe-Français* (1665). Auxerre. Reimpresiones: Jules Platzam, Leipzig, 1892; Karthala, Paris 1999.
- ☞ Cardenas Ruiz, Manuel (1981): *Crónicas francesas de los indios caribes*. San Juan, Editorial Universidad de Puerto Rico, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.
- ☞ Coll y Toste, Cayetano (1907): *Prehistoria de Puerto Rico*. San Juan. Reimpresiones: 1969, 1975, 1979.
- ☞ Goeje, C. H. de (1928): *The Arawak Language of Guiana*. Verhandelingen der Koninklijke Akademie van Wetenschappen, Letterkunde
- ☞ Las Casas, Bartolomé de (1951): *Historia de las Indias* (Madrid, 1675) 3 Vol., México, Fondo de Cultura Económica.
- ☞ Lehmann-Nitsche, Roben (1924): "La constelación de la Osa Mayor y su concepto como huracán o dios de la tormenta en la esfera del Mar Caribe" en *Revista del Museo de La Plata*. No. 28, Buenos Aires
- ☞ Lévi-Strauss, Claude (1972): *De la miel a las cenizas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- ☞ Magaña, Edmundo (1988): *Orión y la mujer Pléyades: simbolismo de los indios kaliña de Surinam*. Amsterdam, Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos.

- Ortiz, Fernando (1947): *El huracán, su mitología y sus símbolos*. México, Fondo de Cultura Económica. Reimpresión: 1984.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernandez de (1959): *Historia general y natural de las Indias (Sevilla, 1526)*. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles.
- Preuss, Mary (1988): *Los dioses del Popol Vuh*. Madrid, Editorial Pliegos.
- Robiou Lamarche, Sebastián (1987a): "Panorama de la astronomía indígena en las Antillas" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 14, Santo Domingo.
- _____ (1987b): "Posibles símbolos astronómicos-meteorológicos en el arte rupestre antillano" en *Actas del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre Americano*. Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano.
- _____ (1989): "Mitología y astronomía caribe según los cronistas franceses y el Dictionaire Caraïbe-Français del padre Raymond Breton" en *Boletín Museo del Hombre Dominicano*. No. 16, Santo Domingo.
- _____ (1990): "El huracán y la Osa Mayor en Mesoamérica y las Antillas" en LAIL Speaks, M. Preuss (ed). California, Labyrinthos.
- _____ (1992): "Chemin la tortue: la Vía Láctea entre los caribes- insulares". X Symposium Internacional de la Asociación de Literaturas Indígenas Latinoamericana (San Juan, 7-11 enero).
- _____ (1995): "Vía Láctea, Osa Mayor y Pegaso: su relación simbólica con las expediciones guerreras y los rituales antropofágicos de los caribes insulares". XVI Congreso Internacional de Arqueología del Caribe (Guadalupe, 24-28 de julio).
- _____ (1997): "Cosmología taína y caribe-insular: sus orígenes suramericanos y sus transformaciones antillanas". Tesis de Maestría, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.
- _____ (1999): "Acáyuman: el sistema de parentesco astronómico caribe insular" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 27, Santo Domingo.
- _____ (2000): "La Gran Serpiente entre los taínos y caribes de las Antillas". XV Symposium Internacional de la Asociación de Literaturas Indígenas Latinoamericanas (Washington D.C., 15 de julio). En prensa.
- Rouse, Irving (1992): *The Taínos: Rise and Decline of the People who Greeted Columbus*. New Haven, Yale University Press.
- Salivia, Luis A. (1972): *Historia de los temporales de Puerto Rico las Antillas (1492-1970)*. San Juan, Editorial Edil.
- Sanders, William T. y D. Webster (1978): "Unilinealism, Multilinealism and Evolution of Complex Societes" en *Social Archaeology Beyond Subsistence and Dating*, ed. C.L. Redman. Nueva York, Academic Press.
- Sarasola, Simón (1928): *Los Huracanes en las Antillas*. Madrid, Bruno del Amo, editor.
- Shuller, Rudolph (1929): "El 'Huracán', Dios de las Tormentas y el Popol-Vuh" en *Archivos del Folklor Cubano*. IV-2, La Habana.
- Taylor, Douglas MacRae (1946): "Notes on the Star Lore of the Caribbees" en *American Anthropologist*. New Series, Vo1. 48, Reimpresión: Kraus Reprint Co., Nueva York.
- _____ (1962): *Languages of the West Indies*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Tejera, Emilio (1977): *Indigenismos*. Santo Domingo, Editora de Santo Domingo.
- Wilbert, Johannes (1990) Carta al autor, 10 de abril. Los Ángeles, University of California.



De un ídolo zoomorfo en oro.
Museo Chorro de Maita.

LA ETNOARQUEOLOGÍA COMO UNA ALTERNATIVA ANTROPOLÓGICA

JESÚS RAFAEL ROBAINA J.
LIZ B. MARICHAL GARCÍA
ADRIANA SUÁREZ CAIRO



De un ídolo zoomorfo en piedra. Museo de Arqueología de la Universidad de Oriente.

Los autores son investigadores del Departamento de Arqueología del Centro de Antropología. CITMA, La Habana.

Los finales de la década del sesenta marcan una perspectiva de cambio singular en la arqueología estadounidense. Algunas importantes contribuciones neoevolucionistas y cercanas a un materialismo de corte cultural como las de Julian Steward (1958) y Leslie White (1959), entre otras, modificarían desde la década anterior incluso, la idea que hasta entonces se tenía de la ciencia y de los mecanismos que la configuraban dentro de un paradigma tradicional que Harris (1978) ha dado en llamar "particularismo histórico".

Surgiría entonces, una necesidad de cambio, que en busca de un orden lógico y coherente, saldara deudas con la disonancia temporal y los inconvenientes del tradicionalismo, donde la arqueología era vista como una ciencia imposibilitada de explicar el registro material (su objeto de estudio) en un nivel diferente y más allá del constructo impuesto por la descripción sustentada en modelos taxonómicos eclécticos. En esa plaza, para la investigación arqueológica, la recolección de datos y su análisis posterior se estimaba como lo central y lo prioritario, la preparación de la misma era relegada a un segundo plano de importancia y la teorización apriori, vista como fútil (Rodríguez 1986: 167).

Este sería un momento crucial, marcado con la tesis además de que la arqueología había hecho contribuciones importantes en cuanto a la descripción del pasado (*explicate*) pero prácticamente no había contribuido nada en cuanto a su explicación (*explain*) (Binford 1962: 221) en tanto ciencia. Luego, se estaría dando paso a la justa valorización de esas inquietudes con la creación de un movimiento científico relevante: New Archaeology o Arqueología Procesal e incluso Arqueología explícitamente científica, como también se le ha denominado.

Es de suponer que como consecuencia de ese cambio paradigmático los cuestionamientos en el rango de teorización sustancial de la ciencia, propiciarán el surgimiento de la etnoarqueología, no como un tipo de ciencia nueva (al menos en sus inicios) sino como una técnica o desarrollo teórico para explicar e

interpretar el análisis del registro material arqueológico. Bajo el matiz de una analogía etnográfica constitutiva de carácter científico.

En franco desacuerdo con la percepción inductivista y estrecha de tomar los datos etnográficos y aplicarlos directamente para aducir ciertas relaciones análogas formales en las reconstrucciones históricas de sociedades pretéritas, disociadas, las más de las veces, de esos mismos "datos" por una cota temporal significativa. Este mal uso de la analogía facilitó que la misma se estableciera, en muchos casos, fuera de contexto y sin un seguimiento metodológico claro, y que provocara un descrédito en la arqueología.

De lo que se trata ahora con la etnoarqueología es de encontrar métodos que expliquen no sobre como debieran comportarse los seres humanos, sino que ayuden a encontrar como es que se comportan en realidad (Gould 1980: 39 citado en Gándara 1990: 47).

En tanto a la heurística ¿cómo se enfrenta a esta paradoja, la etnoarqueología?

Por una parte, intenta explicar el análisis del registro material teniendo en cuenta su uso y significado actuales, dentro del material etnográfico contemporáneo, o sea dentro de las llamadas comunidades aborígenes actuales y en esta línea es reconocida entonces la contribución prioritaria de la arqueología a la etnología, rescatando para estos procedimientos de trabajo de tipo puntual que habían quedado un tanto olvidados, como eran: el registro del repertorio tecnológico, el tamaño y área del grupo estudiado, los elementos y herramientas que participan en los procesos de abastecimiento, preparación, manufactura, desecho, etc., y así, se han aplicado ingeniosos procedimientos de observación y medición que enriquecen el repertorio de técnicas etnográficas (véase Kramer 1979; Binford 1978; Gándara 1990: 46).

Desde esta propuesta el arqueólogo manipulará entonces, con habilidad científica la ciencia etnológica y recabará sus propios datos de campo en franca interacción con ella, pero además comprobará la eficacia del instrumental metodológico, así como la autenticidad y certeza de los procedimientos empleados en la asignación taxonómica, interpretación y reconstrucción analógica del registro arqueológico.

Aquí son significativos los trabajos de Robert Gould (1968) durante el estudio del ciclo sistémico de las herramientas líticas de la tribu ngatjara del oeste australiano. Este desarrollo le permitió comprobar la extensa red de lazos sociales que inciden en

la propagación y distribución de los artefactos, asunto que no siempre el arqueólogo, según Gould (1968: 108), debe favorecer con una explicación de intercambio económico. Pudo explicar además otros aspectos relativos a la variabilidad en el uso de la materia prima cuya preferencia de utilización muchas veces obedece a razones de una intención estática o existencia de lazos totémicos con la región de extracción. Así mismo fue posible comprobar como en esas comunidades son reutilizados artefactos líticos pertenecientes a épocas anteriores y que al aparecer asociados al contexto arqueológico pueden brindar pistas falsas sobre la sucesión, evolución, superposición o herencia cultural (Gould 1968: 119).

En segundo orden cobran relevancia los trabajos de etnógrafos en interacción con arqueólogos, que parten de un experimento especulativo: ¿Cuántos objetos del registro arqueológico quedan en la cultura "viva" estudiada?, ¿qué conclusiones de ellos puede hacer el arqueólogo?, ¿cómo se vinculan las tipologías?

En ese sentido el etnógrafo K. G. Heider (1969) mediante trabajos de campo realizados entre aborígenes del Dugum Dani en Papua, Nueva Guinea, comprobó que las tipologías formales y funcionales de las herramientas de piedra tallada no son coincidentes, pues el artesano no diferencia sus características en cuanto a forma de la herramienta y sí sus variedades funcionales.

Otro asunto apunta hacia lo complejo que resulta para el arqueólogo la certificación de los tipos de asentamiento y con pruebas irrefutables recomienda a no simplificarse tanto en conclusiones de ese tipo (Heider 1969: 39).

De cualquier modo, la etnoarqueología se evalúa como técnica de análisis con este antecedente y es definitorio que, sin abandonar sus objetivos iniciales en época aún más reciente, desarrolle otras propuestas para investigar las conductas específicas en las sociedades aborígenes vivas, así como la cultura material actual. Su fin no ha cambiado, se trata de obtener informaciones viables (o dicho de otra manera de una alta viabilidad antecedente, *cfr.* Gándara 1990) que permitan generar hipótesis explicativas sobre la conducta de unidades sociales pretéritas y el carácter de la conducta material del pasado (Tringham 1978, Fournier 1991). Los medios sí han variado un poco, ahora su radio de acción se extiende hasta el estudio de la sociedad contemporánea pues para los niveles de teorización de la ciencia arqueológica: observacional y sustancial, es insoslayable que prime una metodología de investigación donde las hipótesis se evalúen con respecto con su

contexto de justificación y no en relación con su contexto de descubrimiento (Binford 1972).

Es imposible ocultar el antecedente directo que esta posición asume en la llamada arqueología aplicada a seres vivientes que cristalizó en los años setenta y obtuvo la propuesta de Kleindienst y Watson como arqueología de acción. Pero es sugerente como el planteamiento nuevo está verdaderamente dado en los marcos de la llamada arqueología conductual (Schiffer 1976, 1991; también véase a este respecto Suárez, Marichal y Robaina 1996).

Esta posición teórica busca formalizar patrones de los procesos de formaciones y transformación de contextos y en consecuencia sobre los procedimientos de su recuperación, registro y análisis y así plantear modelos aplicables a lo que estos contextos significan en términos de desarrollo históricos (Gándara 1990: 74) para ser aplicables al razonamiento analógico con procesos preteritos.

No por gusto entre tantas búsquedas y propuestas el presente de la etnoarqueología apunta en dos direcciones contrastantes respecto al objeto de estudio generador de estos modelos analógicos a partir de la etnología comparada de sociedades "vivas" y actuales. sólo es posible si se emplea información específica sobre pueblos que estén históricamente relacionados o conectados. A este tipo de estudio se le denomina histórico-directo.

Su encomienda fundamental es tener en cuenta las diferencias cruciales que afectan la validez de la correspondencia entre grupos arqueológicos, como es el estatus de los grupos actuales donde se afecta su estructura y organización. Así debe considerarse hasta qué punto las diferencias son más cualitativa y cuantitativamente que las propiedades compartidas.

La otra postura sigue al llamado estudio comparativo general que asume la necesidad de no restringir ni limitar las fuentes de analogía que brindan las conductas etnográficas estudiadas en un área geográfica determinada y que por el contrario ellas facilitan generar modelos aplicables a diversas escalas temporoespaciales y sociales (Fournier y Freeman 1991: 110).

Entretanto, otros grupos insisten en que se compartan características básicas ambientales (o en las propuestas más lúcidas de tecnología básica de subsistencia) y finalmente otros descalificarían cualquier analogía si no se hace esta entre grupos del mismo nivel de desarrollo dado que la homotaxialidad daría, supuestamente, mejores garantías (Gándara 1990: 56). Obviamente, estos últi-

mos aún no sospechan que tales casos "legítimos" históricamente no existen en la actualidad y que si hemos de aceptar sus supuestos, entonces no existen los análogos que exigen. Además, el verdadero problema se centraría no en eso y sí en desarrollar criterios explícitos para determinar si la distorsión es suficientemente fuerte como para que las diferencias históricas confieran una baja viabilidad antecedente a la analogía (Gándara 1990: 69).

He aquí la razón por la que para Binford, Gould, Schiffer y otros el problema es solucionable en el estudio comparativo general buscando los casos más aplicables, si no ya al rango total de características del grupo en sí, entonces sobre aspectos especiales de su repertorio cultural, que permiten discernir un número de propiedades compartidas entre el contexto fuente y el contexto objeto de analogías, para dar autoridad de proponer que se comparten otras, no conocidas, y a esas relevantes en nuestra investigación, deberá acentuársele una fuerte dosis de seriedad, primero, pero habilidad e ingenios científicos también. Ahí estarán las relaciones de causalidad entre el pasado y el registro arqueológico que con su inevitable atributo de contemporaneidad no escapa a las transmisiones que desde el presente les asignamos.

En apretada síntesis se han esbozado los problemas concernientes a la etnoarqueología como propuesta alternativa de la explicación teórica en arqueología, tanto en el orden observacional como el sustancial. En la etapa actual la etnoarqueología busca la integración de su propuesta metodológica; meritorio ha sido que como disciplina haya contado con la certidumbre académica porque intenta aunar esfuerzos afines en los diferentes campos de la antropología.

Para la ciencia que directamente nos ocupa, la etnoarqueología adquiere un significado particular y necesario, que en el "tirarlo contra la pared a ver si se agarra" ha demostrado y de hecho representa un camino óptimo que acá en Cuba, no podemos ni debemos continuar ignorando por más tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Binford, L. (1962): "Archaeology as Anthropology" en *American Antiquity* vol.28, No.2.
- _____ (1972): *An Archaeological perspective*. New York, Academic Press.
- _____ (1978): *Nunamiut Archaeology*. New York, Academic Press
- Fournier, P. y K. L. Freeman (1991): "El razonamiento analógico en

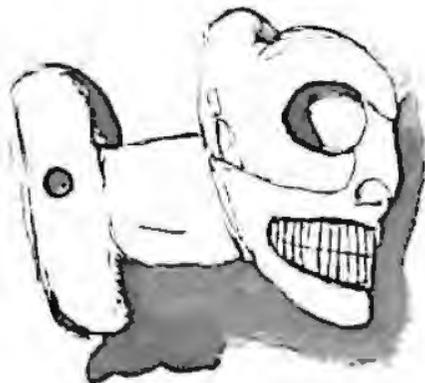
- otnoarqueología, el caso de tradición alfarera en Mata Ruiz, Chihuahua, México" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 23, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Gándara, M. (1990): "La analogía etnográfica como heurística: lógica muestral. Dominios ontológicos e historicidad" en *Etnoarqueología*, México, UNAH-I IAS.
- Gould, R. (1968): Living Archaeology: the Ngagatjara of western Australia. *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 24, No.2, p. 101-122.
- _____ (1978): *Explorations in ethnoarchaeology*. Albuquerque, University of New Mexico Press.
- Harris, M. (1978): *El desarrollo de la teoría antropológica*. España, Editorial Labor, (original de 1968).
- Heider, K.G. (1969): "Archaeological Assumptions and Ethnographic facts a questionnaire tale from New Guinea" en *Society Journal Archaeology*. Vol. 23, No. 1.
- Rodríguez, J. A. (1986): "Planteamientos teóricos y metodológicos referidos al diseño de investigación" en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología de Argentina*. No. 11, New York, Mc Graw Hill.
- Schiffer, M. (1976): *Behavioral Archaeology*. New York, Academic Press.
- _____ (1991): "La arqueología conductual" en *Boletín de Antropología Americana*. No. 23, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Q Suárez, A.; L. B. Marichal y J. R. Robaina (1996): "Arqueología y teoría estadounidense: entre el declive de una tradición y lo novedoso de una realidad" (inédito). Fondos del IDICT.
- Steward, J. (1958): *Theory of culture change*. Urbana, University of Illinois Press.
- Wheeler, S. M. (1961): *Arqueología de campo*. México, F. C. E. (original 1954).
- White, L. (1958): *The evolution of culture*. New York, Mc Graw Hill.



De un pendiente de concha. Museo Indocubano Bari, Banes.

LA CERÁMICA DEL PERIODO COLONIAL EN EL CENTRO HISTÓRICO DE LA HABANA VIEJA

BORIS LUIS MARTÍN LOZANO



De un pendiente cefalomorfo en concha.
Museo Indocubano Baní, Banes.

El autor es profesor de la Escuela Taller Gaspar Melchor de Jovellanos. Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana.

Con la conquista y colonización a finales del siglo XVI comenzó a introducirse en el contexto cubano la cerámica procedente del viejo continente así como sus nuevas técnicas de manufacturas.

Es de dudar que los colonizadores contaran entre sus objetos utilitarios con elementos cerámicos y que estos los acompañaran durante sus travesías por nuestros mares, de ahí que estos se encuentren asociados en contextos donde existe presencia de artefactos aborígenes. Muestra de ello son los resultados obtenidos en los trabajos de arqueológicos efectuados en El Porvenir, Banes:

Uno de los hallazgos más importantes de la excavación [...] se trata de una vasija de barro aborígen casi completa y sobre ella el gollete de una botijuela correspondiente a la cerámica europea del siglo XVI. Además de ello, aparecieron en toda la unidad excavada fragmentos de herraduras, puntas de espada, clavos forjados a mano, así como numerosos fragmentos de cerámica colonial (Castellanos y Pino 1978: 17).

Es de suponer que con el contacto de ambas culturas se fuera produciendo lo que Fernando Ortiz denominaría transculturación.

La cerámica forma parte también de este proceso de transculturación, lo cual es posible observar en las evidencias recolectadas en sitios como El Yayal, en la provincia de Holguín. En este caso se encontraron fragmentos de cerámica europea, generalmente mayólica española del siglo XVI (del tipo Columbia plain, Isabela policroma e Ichtucknee azul sobre blanco) adaptadas a nuevas funciones para ser empleadas por nuestros aborígenes en su vida cotidiana, lo cual se plantea en la siguiente cita:

Hay fragmentos de mayólica policroma [...] que presentan un agujero bicónico (para darles función de colgante) y los bordes erosionados para darles la forma deseada. También hay fragmentos convertidos en torteros o volantes de huso [...] En este mismo material se han confeccionado sumergidores de redes, muy similares a los realizados en guijarros o chinás pelonas (Domínguez 1984: 67).

Esta cerámica recibe el nombre de mayólica española, es de pasta blanda con presencia de un vidriado de estaño y plomo, donde el primero le da una superficie vítrea a la pieza y el segundo, al ser opaco, no permite ver el color de la pasta. Esta vajilla generalmente se presenta en forma de escudillas, boles, cuencos, platos, etc. Tiene sus orígenes alrededor del siglo v a.C. por los intentos de los mesopotamios de tratar de reproducir la tan codiciada porcelana china. Su manufactura es llevada a España por un conquistador árabe y de ahí pasa a Italia, donde la cerámica adquiere el nombre de mayólica, por los comerciantes de Mayorca que fueron los que la transportaron a la península itálica.

En esta cerámica encontramos tres tradiciones: la morisca, que comprende los tipos cerámicos Columbia plain, Isabela policromo, Santa Elena moteado, entre otros; la mayólica española con influencia oriental, en la cual se incluyen tipos como el Ichtucknee azul sobre blanco y el Santovenia policromo; y por último, tenemos la cerámica con influencia renacentista o italiana, como el Ichtucknee azul sobre azul y el Sevilla blanco.

Estos tipos de cerámica fueron elaborados en el siglo xvi y parte del xvii. Como formas fundamentales se produjeron platos, escudillas, bacines, entre otros. Una de las fábricas más importantes es la de Talavera de la Reina, la cual se conserva aún en nuestros días.

Posteriormente, la vajilla mayólica comenzó a ser producida en la Nueva España (actual México) a fines del siglo xvi, donde se destacó como principal centro de manufactura las ciudades de Puebla y México.

La fusión de las técnicas introducidas por los europeos, como la cocción, el torneado y el vidriado, con la forma propia de elaborar la cerámica los aborígenes, traen como resultado una vajilla mucho más fina y de mayor calidad que las variedades del Viejo Mundo, lo cual conlleva al pronto desplazamiento en el área del Caribe de la anterior por los tipos de origen mexicano. La manufactura de esta cerámica se realizó a gran escala casi desde su comienzo, de lo cual dan fe las Ordenanzas de los Loceros de Puebla, promulgadas en 1653 y posteriormente ampliadas en 1682. Estas ordenanzas tenían como función regular todo lo concerniente a la elaboración de la cerámica, así como organizar el gremio de los loceros que paulatinamente iba incrementándose en personal y talleres (Domínguez 1984: 13).



Fig. 1. Cerámica ordinaria de tradición o factura aborígen presente en el contexto habanero del siglo xviii.

Esto evidencia que no sólo el aborígen fue el elemento transculturado, sino que a su vez los europeos tomaron de ellos todo cuanto los beneficiara, de lo cual creemos que el éxito de la mayólica mexicana se deba fundamentalmente a los elementos que fueron tomados del entorno por los primeros españoles que manufacturaron cerámica dentro de México. Dentro de ella se desarrollaron dos tradiciones fundamentales: la poblana (desde el siglo xvii hasta el xviii), que comprende la vajilla azul y blanca, con tipos como el Puebla policromo, el M. T. Royal policromo, San Agustín azul sobre blanco, entre otros, y la tradición anarama (hacia la mitad del siglo xviii) donde predominan los colores verde y naranja, permitiéndose el uso del primero por el precio tan excesivo de los polvos azules. En ella se incluyen tipos como el aucilla policromo y el anarama policromo. Todos estos se presentan, generalmente, en forma de platos, tazas y cajetes.

La gran cantidad de tuestos de esta vajilla, ya sea española o mexicana, presente en nuestros sitios, nos da la idea del comercio existente entre las colonias, autorizado en 1523, y de nuestro país con España, primeramente con el puerto de Sevilla, lugar donde se encontraba la Casa de Contratación, creada por Isabel la Católica a principios de 1503, que era "almacén y aduana de las mercancías recibidas de las Indias y de las destinadas a ellas,

a la vez que fue centro de estudios náuticos y oficina dirigente del comercio y la navegación entre España y sus colonias" (Portuondo 1965: 104).

Posteriormente, en 1717 se ampliaron las posibilidades de comercio con el puerto de Cádiz, situación esta que prevaleció hasta la apertura económica establecida al producirse la ocupación inglesa de La Habana en 1762. Se plantea que el mismo día de la toma de posición, el gobierno inglés dictó una disposición mediante la cual quedó autorizado el comercio con todo buque de bandera inglesa, sujeto al pago de una tarifa módica (Guerra 1971: 173).

Después de la Reconquista española se amplió el comercio; en 1778 con otros once puertos españoles, y a partir del 10 de febrero de 1818 un Real Decreto autorizó el libre comercio de Cuba con todas las naciones (La Rosa 1995: 8).

La porcelana oriental, esa maravilla de la cerámica considerada así debido a su excelente nivel de manufactura con sus paredes delgadas, generalmente translúcidas, el acabado de la superficie de un tono azulado y la decoración pintada a mano bajo el vidriado, o sobre este, con escenas de carácter simbólico, así como una gran variedad de formas que incluirían objetos como cucharas para arroz, fruteros, platonos, tazas y platos, contrastó con las pocas formas elaboradas en los centros de manufactura europea por lo que eran en extremo codiciada por estos.

Probablemente, ya para el siglo III d.C. se había iniciado la manufactura de una cerámica vitrificada porcelanosa, la que poste-

riormente iría evolucionando en cada una de las dinastías (Fournier 1990). Estas producciones comienzan con la dinastía Tang que abarca el período comprendido entre 618 y el 906, incluye la dinastía Ming (1368-1644) y concluye con la dinastía Ching que surge en 1644 y llega hasta 1912. Las mayor cantidad de piezas de estas encontradas en nuestros sitios arqueológicos corresponden a estas dos últimas etapas.

Esta cerámica hace su entrada en nuestro territorio en los barcos que transportaban valiosos cargamentos a España. Estos desarrollaban un largo período de viaje, que consistía en una línea de navegación que partía de Filipinas, y recibía el nombre en la zona mexicana del Galeón de Manila. Los galeones que realizaban este recorrido viajaban por todo el océano Pacífico hasta llegar al puerto de Acapulco (México), donde descargaban las mercancías y de ahí, a lomo de mulo, eran trasladadas hasta el puerto de Veracruz, donde se reembarcaban en las naves de la flota de la plata que obligatoriamente hacía escala en el puerto de La Habana para reparar los navíos y reunir dicha flota antes de dirigirse a Europa.

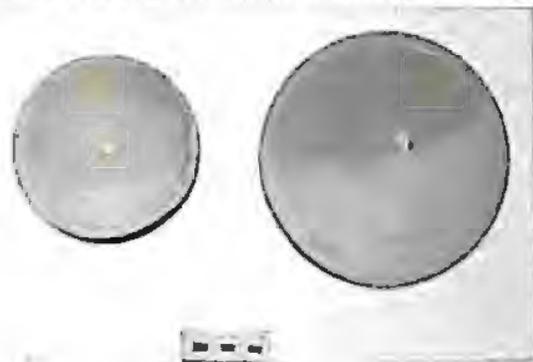
No existen documentos de carácter histórico que justifiquen la presencia de esta cerámica en nuestro territorio, ya que la misma era un producto del comercio entre Filipinas y España, lo cual no incluía a sus colonias por lo que su presencia en nuestros sitios no es más que el resultado del comercio ilegal o de contrabando que era llevado a cabo por los ocupantes de los galeones durante sus prolongadas estancias en tierra.

Lo anterior puede ser corroborado por el hecho de que en nuestras excavaciones casi todo el material recolectado perteneciente a esta vajilla corresponde a fragmentos de pequeños platos y tazas; no existen otras formas de las incluidas en la denominada "vajilla de mesa".

Esta vía de entrada a nuestro territorio de dicha cerámica perduró hasta el siglo XIX. Luego de la apertura económica declarada en 1818, en que se comienza un comercio de tipo legal con el Oriente, se realizaron pedidos de la misma, incluso a título personal, como es el caso de los bellos ejemplares que conforman la colección del palacio de los Capitanes Generales, y que ostentan en su decoración el nombre de sus propietarios.

Como hemos dicho anteriormente, los países europeos codiciaban desde los primeros momentos de su descubrimiento la porcelana oriental, por lo que no es de extrañar que comenzaran a

Fig. 2. Tazón y plato del tipo Columbia simple correspondientes a la tradición morisca en la mayólica española.



realizar variados intentos con el propósito de obtener la preciada fórmula. Es de esta manera que surgen diversos tipos cerámicos, dando origen a la llamada vajilla loza fina.

El primer tipo correspondiente a dicha vajilla es el gres o stoneware, el cual tiene sus orígenes en China, y a través del perfeccionamiento de la pasta del mismo se logra el descubrimiento de la porcelana, aunque no es hasta el siglo xvi que comienza la producción de esta cerámica en Inglaterra.

Ya para el siglo xvii los alfareros de Staffordshire aplicarían un vidriado de sal a las piezas. Los primeros cuerpos que se produjeron no fueron totalmente blancos, y no es hasta entre 1710 y 1720, con la introducción en el proceso de fabricación de arcillas blancas de Devon y Dorset y el pedernal molido y calcinado, que se lograría una loza casi blanca que recibiría el nombre de loza pedernal, para de esta forma diferenciarla de la primera que tenía un color mucho más oscuro (Fournier 1990: 137).

Bristol, en la parte occidental de Inglaterra, Londres y Escocia se especializó en la elaboración de gres sin decoración, principalmente botellas para bebidas alcohólicas, como ginebra y cerveza (Fournier 1990: 141).

En las excavaciones practicadas en la cripta de la iglesia de Belén, en La Habana Vieja, fue hallado un buen número de piezas completas y tientos de botellas de gres de pasta oscura, designadas popularmente con el nombre de canecas; esta concentración corresponde al uso de almacén que en la segunda mitad del siglo xix y las dos primeras décadas del xx recibió este recinto subterráneo.

La loza pedernal perdería progresivamente popularidad por tener en su contra las propiedades destructivas de la sal, que limitaban el período de vida de los hornos, así como la alta temperatura de cocción a que debía ser sometida, lo que hace que se comenzara a experimentar con los barnices de plomo hasta culminar con la producción de la loza crema, que desplazaría rápidamente a la mayólica en el continente europeo, y a la ya mencionada pedernal en Inglaterra.

Esta loza fue descubierta por Josiah Wedwood, al perfeccionar en 1763 una loza ya existente desde 1740; se producen entonces piezas más ligeras y de paredes más delgadas. La misma recibiría el nombre de loza de la reina, ya que para 1765 Wedwood realizó una vajilla para la familia real que le valió el título de alfarero real. Las superficies de estas piezas tomaban un color verde



Fig. 3. Mayólica mejicana de tradición poblana u oriental, se localizan motivos vegetales en azul sobre blanco.

amarillento, producto del plomo que se le aplicaba al barniz; fueron hechos objetos de cocina, para enfermos y de uso comercial (Fournier 1990: 144).

El perfeccionamiento de esta cerámica hizo posible la aparición del tipo perla, a la cual se le añadía cobalto en el vidriado para, de esta forma, imitar el blanco azulado de la porcelana. El mismo fue introducido por Josiah Wedwood alrededor de 1780.

Durante el siglo xix se continúa el perfeccionamiento de la loza fina, y ya para 1820 se produce un cuerpo de mayor calidad, con un barniz plúmbeo al que se le incorporaba un poco de cobalto como colorante, lográndose la verdadera loza blanca que llega hasta nuestros días.

De forma general, la decoración de la loza fina fue realizada bajo o sobre el barniz, ya sea pintada a mano, impreso por transferencia o la combinación de estos dos métodos.

Todos los tipos correspondientes a la vajilla loza fina llegan a nuestro territorio por la vía del comercio legal, a través del comercio de rescate, que permitía la adquisición de la cerámica europea a un precio más bajo.

Gabino de La Rosa, en su libro *Arqueología en sitios de contrabandistas*, hace un análisis de los tientos de cerámica encontrados en la Terraza de los Musulmanes, donde existía una muestra

representativa de la vajilla a la cual hacemos mención, y que evidentemente fueron cargamentos de contrabandistas.

En las excavaciones arqueológicas realizadas en nuestra ciudad se ha hallado una variada gama de objetos correspondientes a esta vajilla.

Hasta este momento nos hemos referido a vajillas importadas, aunque es de señalar que posterior a la colonización se continúa la elaboración de cerámica en la ciudad. Un criado del siglo XVI, al referirse a las vajillas existentes en las casas habaneras, diría: "Los utensilios de cocina son generalmente de hierro, aunque los indígenas fabrican 'cacharros de barro' que prefieren para condimentar sus alimentos. El servicio de las mesas es de loza de Sevilla y de bateas y platos que hacen de sus maderas" (Lamas y Valdés 1922: 35).

En los estratos arqueológicos aparecen con frecuencia tiestos de una cerámica burda, sin decoración, sin vidriar y de color oscuro, que presenta influencias de carácter aborigen. Después de realizado el proceso de anastilosis se han conformado objetos con formas de ollas empleados como contenedores de líquidos y sólidos, así como para la elaboración de los alimentos en las cocinas habaneras.

Fig. 4. Plato de porcelana oriental diseñada y manufacturada por encargo de una familia habanera.



También se encuentra en nuestros sitios una cerámica de pasta compacta, de color rojo, con un barniz de plomo en su interior y sin la presencia de decoración. Este tipo es designado con el nombre de cerámica morro y ha sido elaborada en áreas del continente americano, aunque es probable que haya sido manufacturada en nuestra ciudad. "En documentos del siglo XIX se registra la existencia de varios tejares habaneros que producían lozas con la técnica del vidriado" (La Rosa 1995: 39).

Esta cerámica, al igual que la anterior, fue empleada en la elaboración y almacenamiento de alimentos. En muchos lugares dejó de usarse a partir de 1800, a causa de los efectos dañinos para la salud del plomo empleado en el barniz.

En los últimos años se ha reportado un tipo de mayólica manufacturada en los alfares de la ciudad, denominada por el arqueólogo Carlos A. Hernández como San Francisco policromo, en alusión a la nomenclatura propuesta por Goggin en 1965.

En 1994 se descubrieron fortuitamente, en la iglesia de San Francisco de Asís, piezas de cerámica que sirvieron de relleno aligerado y aislante acústico. Entre las piezas se hallaron, fundamentalmente, las vajillas de cerámica ordinaria y mayólica. En el primer grupo se encuentran hormas de azúcar, jarras de olivo, jarras y otras piezas. En el caso de la mayólica aparecen piezas mexicanas, pertenecientes a la tradición poblana, así como mayólica del tipo San Francisco policromo.

Dada su importancia en el comercio con nuestro país nos referiremos, en último lugar, a las denominadas jarras de olivo, término que se refiere a una vasija de barro redonda u ovalada, con un cuello corto y angosto, también denominadas botijas o botijuelas (Goggin 1960: 34). La función primordial de esta vasija fue la de transportar líquidos como aceite de oliva y vino, aunque también podían contener alcaparras, aceitunas, así como frijoles y garbanzos en conserva. Es de notar que estas vasijas se usaron también en la construcción, sustituyendo a ladrillos y piedras más pesados para llenar los espacios de bóvedas (Goggin 1960: 6-7).

Importancia especial merecen las interfaces de cerámicas que se colocaron en el subsuelo de diferentes inmuebles de nuestra ciudad como barreras de control antihumedad, fundamentalmente en la arquitectura de tierra y en las zonas más cercanas a los niveles freáticos.

En la excavación practicada en el convento de Santa Clara, dirigida por el arquitecto Daniel Taboada, se encontró este tipo de



Fig. 5. Vasijas halladas en contextos arqueológicos de La Habana Vieja.

piezas utilizadas como material de relleno de un fragmento del piso en la planta baja, como aislante de la humedad. En excavaciones recientes de alumnos de la escuela taller de La Habana fueron encontradas en el tercer claustro de dicho convento botijas colocadas de forma invertida aledañas a una capa de cisco, ambos elementos aislantes de la humedad.

En la *Historia del convento de Santa Clara* (1922), aparece una fotografía donde se observa la extracción de un grupo de botijas halladas en las excavaciones realizadas en una de las casas de la calle Aguiar, las cuales se encontraban como relleno del piso (Lamas y Valdés 1922: 60).

APRECIACIONES FINALES

- La presencia de diferentes vajillas cerámicas en nuestros contextos demuestra que esta pudo ser introducida por el comercio legal y también por el de rescate o contrabando.
- La cerámica aborígen no dejó de elaborarse del todo con la conquista, sino que se siguió fabricando una cerámica en la que se observaba una simbiosis de las dos culturas.
- Es posible que en los alfares habaneros se desarrolle el tipo San Francisco polícromo, inicialmente como una cerámica destinada a la ornamentación arquitectónica y posteriormente piezas de carácter utilitario.

- El uso de las vajillas cerámicas no termina con el cumplimiento de la finalidad inicial para la que fue construida, sino que adquiere un nuevo uso como material de construcción y esta función debe ser respetada sobre todo cuando se trata de contextos vivos como es el caso del centro histórico.
- La cerámica testifica la evolución del comercio en la isla, especialmente del centro histórico de La Habana Vieja.

BIBLIOGRAFÍA

- ⊗ Burgos Villanueva, Francisco Rafael (1995): *El Olimpo, un predio colonial en el lado poniente de la plaza mayor de Mérida, Yucatán, y análisis cerámico compartido*. Méjico D.F., Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- ⊗ Castellanos, Nílecta y Milton Pino (1978): *Excavaciones arqueológicas El Porvenir, Banes*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- ⊗ Domínguez, Lourdes (1984): *Arqueología colonial cubana dos estudios*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- ⊗ Fournier García, Patricia (1990): *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en Méjico, con base a los materiales del ex-convento de San Jerónimo*. Méjico D.F., Instituto de Antropología e Historia.
- ⊗ Goggin, John (1960): *The Spanish Olive Jar: An introductory study*. New Haven, Yale University Publications in Anthropology.
- ⊗ _____ (1968): *Spanish Mayolica in the New World: Types of the sixteenth to eighteenth centuries*. New Haven, Yale University Publications in Anthropology.
- ⊗ Guerra, Ramiro (1971): *Manual de historia de Cuba 1492-1898*. La Habana, Editorial de Consejo Nacional de Universidades.
- ⊗ Lamas, Waldo y Osvaldo Valdés de La Paz (1922): *Historia del convento de Santa Clara*. La Habana.
- ⊗ La Rosa, Gabino (1995): *Arqueología en sitios de contrabando*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ Ortiz, Fernando (1968): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura.
- ⊗ Portuondo, Fernando (1965): *Historia de Cuba 1492-1898*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación.

INFORME PRELIMINAR SOBRE LOS PRIMEROS TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS EN EL COBRE. SANTIAGO DE CUBA

**JORGE ULLOA HUNG
JULIO CORBEA CALZADO**



De una figurina en concha.
Musco Indocubano Banf.

Los autores son investigadores de la Casa del Caribe
en Santiago de Cuba

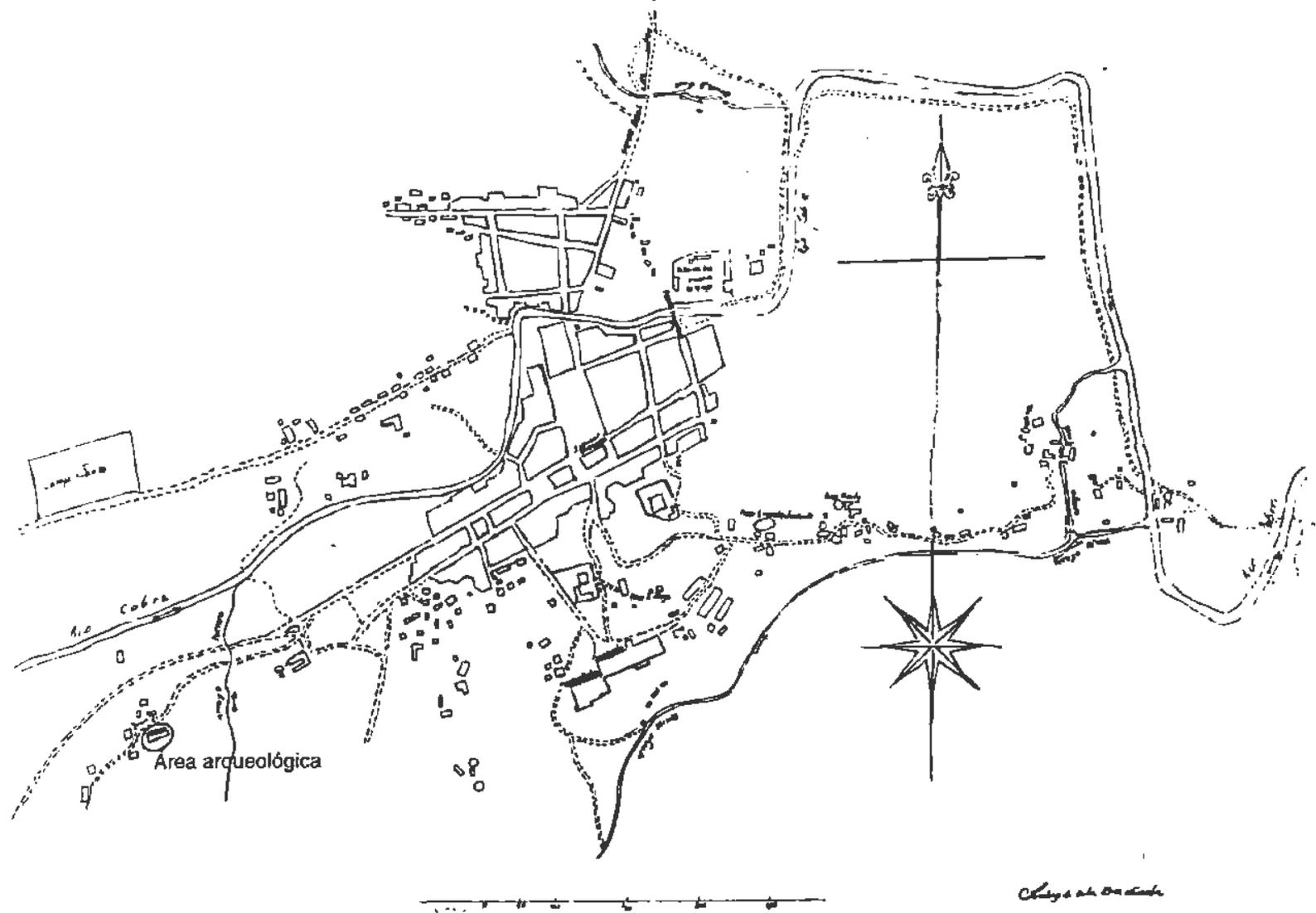
En el mes de diciembre del 2000, se iniciaron los trabajos exploratorios de la primera excavación arqueológica —de que tenemos noticias— en áreas del antiguo enclave minero de El Cobre. Esta excavación forma parte de un proyecto de investigación histórico-arqueológico sobre la minería de cobre en el siglo XIX, auspiciado por la Casa del Caribe, con apoyo financiero en su primera etapa de la Asociación Nacional de Orquestas Charangas y la Fundación Caguayo.

Con base en fuentes orales y documentales, se decidió intervenir con varias campañas de excavación, en un sector donde la gran cantidad de restos de edificaciones y las abundantes evidencias dispersas hacían muy prometedora la indagación, pese a contar con el inconveniente de la marcada alteración de la zona por la ejecución de caminos y senderos para el tránsito de vecinos, la extracción de materiales de la construcción y trabajos de prospección minera.

La tradición oral en el poblado de El Cobre sostiene que en este sitio aledaño a lo que hoy se denomina El Marañonal, se encontraba el hospital y el cementerio de una de las compañías que se asentaron aquí en el siglo XIX. La búsqueda documental arrojó una alta posibilidad de que se tratara de una de las edificaciones de la compañía Consolidada, al conocer que terrenos de dicha compañía junto a los terrenos comuneros de la villa, eran los límites por el este de la finca San Felipe del Marañonal, propiedad en el siglo XIX de los hermanos Felipe, José Fausto y Joaquín Perozo Farías, el primero de los cuales desempeñó la Tenencia de Gobierno de esta localidad hasta su democión en abril de 1841.

En el año de 1830 se creó en Londres la compañía Consolidada, con un capital social de 2 millones y medio de pesos. Esta compañía inglesa junto a otras como la Real Santiago y la San José se establecieron en la aldea minera y provocaron cambios notables en la vida cotidiana de la comunidad. De los múltiples cambios, los efectuados en la infraestructura técnica e industrial

Plano de la Villa de Santiago del Prado o Cobre



Plano de la villa de Santiago del Prado o Cobre. Autor: Hipólito Llorente, año 1862. AGI, América Central, Cuba, No. 18-318; ha sido copiado a mano; lo reproducimos por cortesía de la Oficina de la Historiadora de la ciudad de Santiago de Cuba.

Para la extracción del cobre fueron de los más dramáticos. Una tecnología de las más avanzadas en el mundo en la época, vino a convivir con una mano de obra formada por: obreros ingleses, en una cuantía importante procedentes de Cornwall; coolies chinos (desde 1857, aproximadamente); esclavos chinos y africanos, muchos de ellos alquilados en la vecina Santiago o en la propia villa, y obreros contratados en las Islas Canarias. Esta heterogénea composición creó una compleja relación socio-productiva en las minas.

La gran cantidad de obreros y esclavos, las enfermedades tropicales y la frecuencia de los accidentes, obligó a dotar de servicios hospitalarios a las instalaciones de las compañías. La investigadora Inés Roldán de Montaud nos dice: "La compañía Consolidada gastaba 300 pesos al mes en hospitales y 2 000 pesos al año en médicos".

EL ÁREA ARQUEOLÓGICA. UBICACIÓN

Se encuentra en la cima de una pequeña colina arborescencia con declives suaves, ubicada 2 kilómetros al oeste del actual poblado de El Cobre y 2 kilómetros al sur del Santuario, que alberga en su seno la imagen de la virgen de la Candelaria. Sus coordenadas según el mapa son las siguientes:

El área limita al norte con el Santuario, al sur con el barrio conocido como Guamuta y las estribaciones de la Sierra del Cobre, al este con el barrio conocido como Rivadavia y al oeste con la línea San Felipe del Morón.

Los restos de edificaciones —planta de un antiguo inmueble— tienen forma rectangular y abarcan 1 915 m². Su longitud en el eje este-oeste (largo) es 57 m mientras en su eje norte-sur (ancho) es de 33,60 m.

LOS TRABAJOS DE EXPLORACIÓN

Una primera exploración superficial y calas de cateo realizadas 20 m al sur del área de edificaciones —sección sudoeste—, arrojaron una alta cantidad y variedad de evidencias, lo que hizo suponer la existencia de un espacio para el depósito de basura. Dentro de las evidencias sobresalían por su abundancia los restos de alimentos, sobre todo huesos de porcinos y equinos con huellas de corte así como fragmentos de mandíbulas y dien-



Comienzo de los trabajos en las ruinas del antiguo hospital de la Compañía Consolidada.

tes. Por otro lado se destacaba una gran cantidad de clavos e infinidad de lozas y vidrios de distintos tipos.

La exploración también localizó evidencias dispersas en las laderas de la colina, en especial en el sur. La dispersión es resultado de los movimientos de tierra recientes y del arrastre y erosión provocado por los agentes naturales.

En el área interior de lo que debió ser la edificación se perciben condiciones similares. En ella los cateos descubrieron una capa muy revuelta con fragmentos de vidrios, lozas y carbón vegetal, mientras a los 0,30 m de profundidad afloró una segunda capa de tierra de color gris claro con fragmentos de ladrillos, tejas y unos pocos restos de loza. A partir de esa profundidad apareció una capa de mortero de unos 5 cm de espesor, sobre la que existen señales de un piso de mosaicos rectangulares de arcilla cocida. Por debajo del mortero afloró una capa de arena suelta de color amarillo rojizo sin evidencias arqueológicas.

En otras zonas está prácticamente ausente la primera capa y a los 5 cm aflora el piso de mosaicos de arcilla y, por debajo,

mortero sobre el cual fue tendido. Ambos elementos alcanzan los 15 cm. A partir de aquí se observa la capa de arena rojiza.

LAS EXCAVACIONES

El área de basurero

Se excavaron tres trincheras. La No. 1, con orientación nort-sur y dimensiones de 2x2 m se trazó 20 m al noroeste de un camino minero que circunda el yacimiento por el sur. La No. 2, con iguales dimensiones, se excavó 3 m al noroeste de la anterior y por último una unidad excavatoria de 1x1 m fue trazada contigua a la trinchera 2. De esta forma se logró un corte transversal casi completo de todo el montículo residual.

Los resultados más importantes en esta área pueden resumirse de la siguiente manera:

Trinchera 1

Nivel 0,00-0,10 m. Muy rico en restos de dieta, clavos y unos pocos fragmentos de lozas. La tierra es de color gris claro ceniciento y muy suelta. Lo más común es los restos alimenticios, sobre todo dientes y osamentas de equinos y vacunos. La mayor parte de las evidencias fueron recuperadas en la sección sur de la unidad excavatoria.

Nivel 0,10-0,20 m. La tierra continúa con el mismo color. El nivel es más próspero que el anterior y continúa el predominio de los restos de alimentación. La presencia de clavos es también acentuada y las evidencias se diversifican, aumentan los restos de lozas, aparecieron botones de hueso, broches, además de una vertebra de pescado y una cuenta de collar de color negro. Otros objetos llamativos fueron un casquillo, dos plomos de balas y un fragmento de pipa.

En sentido general las deposiciones se hacen homogéneas, la tierra se vuelve más oscura dentro de su tono gris. En algunos casos las evidencias exhiben huellas de fuego, sobre todo los desechos en males, esto se complementa con la presencia de restos de carbón.

Nivel 0,20-0,30 m. Los restos arqueológicos tienden a disminuir con respecto al nivel anterior. Continúa el predominio de la dieta.

En la trinchera 1, en su mitad norte, fueron observadas quemaduras que al parecer correspondían a huellas de tablas y troncos desecitados y quemados, pues dentro de ellos se encontraron varios clavos. A partir de los 28 cm comenzó a percibirse un cam-

bio hacia una capa de tierra rojiza con pocos restos arqueológicos.

Nivel 0,30-0,40 m. Las evidencias escasas y a partir de los 38 cm desaparecen. La capa cambia completamente hacia una tierra rojiza. Se realizaron sondeos que alcanzaron los 70 cm de profundidad y se mantienen las mismas características de la capa.

Trinchera 2

Su excavación tenía la finalidad de observar la dispersión de la basura arqueológica además de verificar si existía otro montículo residual contiguo.

La tierra se muestra compacta y de color pardo claro. Las evidencias son escasas y los restos de alimentos no son lo predominante. Como objetos llamativos fueron exhumados un proyectil y dos vainas así como la mitad de un adorno de porcelana, consistente en una pequeña muñequilla.

En sentido general la presencia de objetos es mucho más pobre. Las deposiciones sólo alcanzan los 20 cm, aunque es posible la pérdida de algunas capas por los procesos erosivos.

En la medida que se avanza hacia el norte, en dirección a la antigua edificación, las evidencias tienden a ser escasas hasta

Una de las áreas objeto de estudio.





Parte de las ruinas del hospital.

desaparecer. Esto confirma el empleo del área como basurero, quizás ubicado en la parte posterior trasera de lo que debió ser el área de cocina, a juzgar por la frecuencia de materiales vinculados con la preparación de alimentos así como de contenedores de líquidos y sólidos.

La máxima dispersión de la basura dentro del área alcanza los 11 m en su eje norte-sur y 10 m en el eje este-oeste. Por su parte el montículo distinguible presenta dimensiones de 5 m en su eje norte-sur y 5.50 m por su eje este-oeste.

El área de la edificación

Según un mapa militar de 1862 (obtenido gracias a la cooperación de la Dra. Olga Portuondo) el área de estudio se representa en el mapa con forma rectangular y en las afueras de la villa. En la margen izquierda de un camino que partía desde su centro y se bifurcaba, una de sus vertientes se extendía precisamente un poco más allá de este inmueble. Sin embargo el mapa no especifica la estructura exactamente como hospital o enfermería pues carece de detalles al respecto. Sólo define accidentes geográficos significativos, unas pocas instituciones administrativas y pozos mineros

en explotación (ver pág. 105).

Todas las excavaciones tuvieron grandes dimensiones con la finalidad de obtener una visión horizontal, que permitiera la aproximación a la distribución espacial de la antigua construcción, además de apreciar algunas características de las principales técnicas y elementos constructivos.

Por lo general las trincheras alcanzaron dimensiones de 5x5 m y fueron divididas en 25 secciones o cuadrículas de 1x1 m con la finalidad de llevar un control estricto de las evidencias.

Casi toda la primera capa está compuesta por restos del antiguo piso, formado por los mosaicos de arcilla cocida, mezclados con piedras de mediano y gran tamaño, al parecer pertenecientes a las antiguas paredes, así como restos de un estuque que las cubría y sirvió como material aglomerante para consolidarlas. Junto a estos elementos se exhumaron vidrios, fozas, clavos, fragmentos de botellas de canecas, proyectiles o sus cápsulas.

En algunos casos, por debajo de esta capa fue posible observar la capa con los restos del mortero sobre el cual fue tendido el piso, en otros se constató la pérdida de estas dos primeras capas y el alforamiento inmediato de una tercera, con tierra arenosa gruesa de color rojizo que al parecer fue aplanada o apisonada.

Algunas de las principales evidencias

En sentido general el material arqueológico se incrementa hacia el lado oeste del área. Se compone básicamente de clavos, vidrios, fragmentos de cerámica criolla, huesos, fragmentos de botellas de caneca y fondos de botella de color oscuro.

En algunos casos donde no se observan restos del piso de mosaicos de barro, se refiere la presencia de un empedrado.

El área en conjunto resulta muy pobre en cuanto a evidencias por lo que tenemos la sospecha de que se trata de un espacio limpio con pocas posibilidades en cuanto a deposiciones arqueológicas.

La observación en detalle de la planta del edificio a partir de la limpieza de los restos de muros que afloraban a la superficie reveló un muro que corría en dirección norte-sur y reproduce aproximadamente el ancho de la planta, 33,6 m. Al seguir su simetría se determinó el largo estimado de la planta que resultó de 57 m.

La visita del Sr. Juan Artiles Ramírez, antiguo dueño de la finca, confirmó el estimado sobre la disposición del edificio y refirió lo ya conocido, según la tradición popular, acerca del empleo del inmueble como un hospital. Artiles también refirió la existencia de los restos de un sistema de drenaje del hospital del cual sólo localizamos restos de un muro. Otro dato importante estuvo referido a la existencia del posible cementerio, ubicado en la parte posterior de la construcción, específicamente hacia su esquina sudoeste.

La excavación en amplitud de lo que parecía ser uno de los cubículos o habitaciones del recinto arroja algunos de los datos más interesantes sobre las técnicas constructivas.

Uno de los muros vistos en la superficie se mostró muy bien conservado, con huellas de haber tenido empotrada una viga de madera que dejó sus huellas en la estructura del mismo. Sus restos se levantan 38 cm por encima del nivel del piso. Hacia la esquina sureste, contigua al muro, aparece una barra de metal en forma de escuadra cuya función era lograr el amarre de las paredes, es decir, entre la antigua viga empotrada en el muro y otra dispuesta de este a oeste, de la cual se encontraron restos. La fijación de la lámina de metal con ambas vigas se hizo a través de pernos que atravesaban las mismas, de los que también quedaron huellas.

Las vigas de madera incrustadas servían de cerramiento o ciemiento y así ganar en firmeza. En las esquinas se utilizó la escuadra de metal descrita para garantizar la regularidad de las uniones.

La conservación del fragmento de muro reveló, también, que las paredes eran de cantos medianos y estaban revestidas con una especie de estuque o mortero fino alisado, que además de servir de aglomerante constituía el acabado de las mismas. Su espesor aproximado era de 20 cm.

En el espacio aparece claramente la disposición del piso de mosaicos de barro sobre la capa de mortero, además de una gruesa capa de argamasa de 10 cm de espesor que también funcionó como tal en otras partes del cubículo. Por debajo de esta capa fue posible observar un relleno que contiene escorias de fundición y carbón de piedra, utilizado para compactar y dar solidez del piso además de aminorar los efectos de la humedad.

La disposición de estas capas es la siguiente:

Capa 1. Capa de mortero o argamasa (piso), 10 cm.

Capa 2. Restos de escoria de fundición mezclados con carbón de piedra, 12 cm.

Capa 3. Relleno de tierra rojiza, especie de arena suelta que es común en la estructura del resto de los pisos detectados, 22 cm en adelante.

Las exhumación de otros segmentos de las paredes hicieron posible calcular el ancho aproximado del cubículo, 3,60 m.

Se descubrió el sistema de drenaje del edificio. Un pequeño túnel de ladrillos con forma semicircular, que se pierde debajo del nivel del piso y debió desembocar en la parte exterior. A juzgar por las informaciones de vecinos antiguos, en otros tiempos fue observado parte de este sistema en el área exterior, a unos 100 m

Detalle del muro y el desagüe.



al sur del recinto. Según la inclinación el túnel tenía una caída aproximada de 20° y corría de norte a sur, por cálculo matemático la trayectoria del drenaje debía salir aproximadamente a unos 5 m en el exterior del talud.

El piso del drenaje está compuesto por mosaicos de barro iguales a los del piso del edificio. Un desnivel en este último se observa en el área inmediatamente posterior a la boca del caño. La diferencia entre el nivel del piso donde comienza el drenaje y el inmediatamente anterior es 16 cm, por lo que se presume la existencia de algún escalón o descenso entre un área y otra.

Junto a la boca del sistema se localizó un muro lateral que se une al mismo. Justo encima del área por la que baja el túnel aparece un pasillo de 1 m de ancho muy bien conservado.

Un muro de contención cierra la estructura del edificio por su lado sur e impide el desmoronamiento de las estructuras del edificio por las laceras del montículo además de servir de contención al arrastre del terreno que podían provocar las aguas o la erosión.

Las excavaciones en el sector oeste dentro del perímetro de la antigua planta del edificio afirmaron la continuación de las mismas soluciones técnicas ya descritas en cuanto a los pisos, pero hacia la esquina noreste se observaron los restos de un antiguo piso empedrado así como características de la cimentación del edificio, la cual se componía de grandes bloques de sillaría dispuestos en forma T real.

Es importante señalar que en todo este sector se observan los vestigios del empedrado que confluye con la cimentación descrita así como con los restos de un muro que cerraba la planta en todo su lado norte.

Por su parte la esquina suroeste arrojó restos del muro exterior que cerraba la edificación así como del otro muro con orientación norte-sur que completaba este vértice del rectángulo. Estas paredes o muros exteriores presentan un mayor espesor, aproximadamente 35 cm.

En el área suroeste de la ruina también se localizó un declive, que si se traza una línea recta nos conduce directamente hacia donde se encontraba el basurero. Resulta interesante que cubriendo ese declive y por debajo de la línea del muro de contención aparecen bloques de sillaría cortados en forma semicircular, lo que forma las paredes de un antiguo canal de desagüe que vertía sus desechos en esta parte trasera del recinto. Asociado con esa estructura aparecen clavos, fragmentos de lozas, fondos de botel-

las y vidrios. En esa esquina también fue posible comprobar el empleo de una solución técnica ya descrita, el uso de restos de carbón de piedra y escorias de fundición como relleno.

En línea recta con este otro desagüe aparecen vestigios de metal que parecen pertenecer a alguna tubería o dispositivo que vertía sus aguas en el canal descrito.

Por el tipo de evidencias presentes en el área sospechamos que la misma pudo corresponder a la antigua cocina, lo cual coincide con la ubicación del depósito de basura inmediatamente detrás del canal, a unos 20 m.

En busca del cementerio

Las informaciones de los vecinos más antiguos lo ubican en el sector sudeste, al exterior de las ruinas de la edificación. Según estas mismas fuentes las señales indicativas de los sepulcros se mantuvieron hasta la década del cuarenta del siglo pasado, momento en que fueron arrancadas y vendidas como chatarra.

La prospección consistió en calas de 1x1 m, en total diez, en varios puntos. Las mismas alcanzaron como profundidad promedio 50 cm y como profundidad máxima los 65 cm. En ningún caso se obtuvieron resultados arqueológicos.

Una excavación en el espacio donde estuvo ubicada una antigua bóveda, de la cual se tenían referencias fotográficas, permitió confirmar su ubicación y observar algunos detalles de su antigua estructura.

A 10 cm de la superficie afloraron dos bloques de sillaría uno de los cuales tenía aún incrustados restos de una antigua reja que rodeaba la tumba. En general la dislocación del contexto es muy palpable, sobre todo en los primeros 20 cm, donde se observan fragmentos de vidrio, metal, ladrillos y de la tapa de mármol que cubría la bóveda.

Los bloques de sillaría forman una capa de un total de 7, que aflora entre los 10 y 15 cm y al parecer formaban el piso de la antigua construcción funeraria. Dichos bloques se encontraban unidos por una barras de hierro que fueron incrustadas en ellos, a juzgar por las marcas observadas. Las barras fueron fijadas a manera de cintas o trabillas, que los agrupaba e impedía su movilidad de manera independiente. En cada extremo donde se fijó la barra al sillar este fue perforado, la barra fue doblada hasta formar un ángulo recto que se introdujo en el orificio que luego fue rellenado con plomo. La capa alcanza los 35 cm de profundidad y las

dimensiones promedio de los bloques es de 79 cm largo, 45 cm de ancho y 35 cm de espesor.

Estos fueron los únicos vestigios que delatan la posible presencia de un área de inhumación próxima a la edificación, la cual no pudo ser localizada.

Un nuevo basurero

En el extremo oeste del área, detrás de un camino minero que circunda el yacimiento por este lado, se encuentran localizados otros restos de edificaciones, los que quizás se encuentren asociados a la anteriormente descrita o correspondían a otra estructura creada por la compañía minera. Junto a ellos fue localizada una nueva área de basurero, dispuesta de manera similar que en la estructura anterior, unos 20 m al sur.

Los trabajos en el nuevo basurero arrojaron una capa con vestigios arqueológicos, sobre todo lozas, clavos, vidrios, tubos de pipas, fragmentos de metal, carbón de piedra y unos pocos broches, que alcanza los 17 cm. A partir de los 17 cm los restos arqueológicos desaparecen.

La mayor concentración de evidencias se percibe hacia el norte. En la medida que se avanza en esa dirección la capa es más nca, en especial fragmentos de lozas. Es importante el hallazgo de un fragmento que ostenta la inscripción Velez CxA, que según información omitida por la especialista inglesa Helen Halsey (comunicación personal) este tipo de cerámica era producida sólo en Swansea¹ y comercializada o importada desde Cuba por la compañía Velez CxA.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

1. Las excavaciones y exploraciones en las ruinas de las edificaciones ubicadas en los antiguos terrenos de la compañía minera Consolidada mostraron la aplicación de soluciones y técnicas constructivas diversas. Las mismas se ajustaron a las particularidades del terreno, el uso de las distintas áreas del recinto y los recursos disponibles. El ejemplo más elocuente es la variedad en los tipos de pisos.

2. La ubicación en las afueras de la antigua villa de El Cobre y las dimensiones de la planta constructiva, refieren una instalación de dimensiones considerables y en consonancia con su posible uso hospitalario. Sobre todo si tenemos en cuenta que

se trataba de una compañía con importante cantidad de mano de obra y la alta frecuencia de accidentes en los trabajos de explotación minera.

3. El hallazgo de una zona para el depósito de basura al sur del recinto y de un sistema de drenaje bien concebido, es expresivo del cumplimiento de algunas medidas higiénicas propias de una instalación de esta índole.

4. La presencia de los restos de una antigua bóveda funeraria y las informaciones de los vecinos hacen posible la real existencia de un área para enterramientos cercanas al hospital. Este dato deberá ser corroborado por las futuras investigaciones y un pesquizado documental más detallado.

5. El hallazgo de las ruinas de una construcción aledaña a la estudiada, con una nueva zona de basurero, hacen necesario un estudio en detalle de la documentación histórica y nuevas pesquizas arqueológicas capaces de aclarar si la misma formaba parte del mismo recinto o se trataba de otra de las estructuras creadas por la antigua compañía minera.

6. El análisis del material arqueológico exhumado junto al pesquizado documental más profundo deben arrojar mayor cantidad de información sobre las particularidades y el funcionamiento de la instalación.

NOTA

¹Fuente de Inglaterra con importante comercio, por donde entraban la mayor parte de los buques cargados de cobre procedentes de Santiago de Cuba y de donde procedían otros elementos hacia el mismo destino.

JOSÉ MANUEL GUARCH DELMONTE. EL ARQUEÓLOGO

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS



José Manuel Guarch Delmonte durante trabajos de campo en los primeros años de fundado el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba.

El autor es investigador del Departamento Centro Oriental de Arqueología del CITMA, en Holguín.

El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 generó cambios significativos en las estructuras de investigación y docencia de las ciencias sociales en el país, al plantearle objetivos y funciones nuevas que en muy breve plazo se alinearían con modificaciones en sus basamentos filosóficos. Los estudios arqueológicos encontraron en estas circunstancias un espacio de reconocimiento gubernamental capaz de confirmar su ubicación en el sistema de trabajo científico y de otorgarle posibilidades de profesionalización y organización institucional.

El Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, fundado en 1962, fue uno de los principales resultados de este proceso. Heredero de muchas de los logros de la práctica arqueológica prerrevolucionaria, que tenían en el doctor René Herrera Fritot un exponente clave, inicia con la participación de este especialista y bajo la dirección del doctor Ernesto Tabío, una intensa labor de investigación generadora, a su vez, de nuevas herramientas metodológicas y de la preparación de personal científico.

Al primer grupo de arqueólogos formados en estos años pertenece José Manuel Guarch Delmonte. En 1962 se integra al Departamento de Antropología como auxiliar de investigación; treinta y un años después, al retirarse de la Academia de Ciencias de Cuba —en una separación formal, pues nunca dejará de relacionarse con la investigación arqueológica e histórica—, estará entre los profesionales de trayectoria más fructífera en la arqueología cubana.

Con un extenso aval de trabajo de campo y una amplia obra publicada, Guarch es uno de los principales exponentes de la arqueología realizada después del triunfo de la Revolución Cubana y del vínculo de esta ciencia con ese proceso político, del que fue protagonista activo. Ocupó los más altos puestos en la dirección del trabajo arqueológico y en otras instituciones de la Academia de Ciencias de Cuba; fue director de 3 institutos y dos departamentos regionales de investigación, de 10 temas de investigación científica y 2 problemas de investigación (Problemas Nacionales)

de arqueología; fue miembro del Consejo Científico Superior de la Academia de Ciencias de Cuba (1986-90) y de los consejos científicos de varios centros de investigación, así como de un extenso número de asociaciones relacionadas con la arqueología, la historia y la cultura, en Cuba y en el extranjero. Participó de forma activa en la investigación histórica, la labor de protección del patrimonio cultural del país y en el trabajo y fomento de la red de museos; fue presidente fundador en Holguín de la delegación de la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, director del Departamento de Investigaciones del Museo Nacional de Bellas Artes de Cuba y de dos campañas nacionales de preservación de los monumentos arqueológicos; también fue miembro de la Comisión Nacional de Monumentos (1959-1976) y de la Comisión Provincial, en Holguín, y autor o asesor de proyectos de museos y salas de exposición.

Desarrolló una intensa labor docente a través de conferencias, entrenamientos y cursos de postgrado; fue profesor invitado de la especialidad de antropología en la escuela de Ciencias Biológicas de la Universidad de La Habana y Profesor de Mérito del Instituto Superior Pedagógico José de la Luz y Caballero de Holguín.

Alcanzó la categoría científica de Investigador Titular y los grados académicos de Doctor en Ciencias (Comisión Superior de Grados Científicos de la República de Cuba, 1990), Doctor en Ciencias Históricas, Ph. D (Comisión Superior de Grados Científicos de la República de Cuba, 1989), Doctor en Filosofía, Historia, Ph. D (Consejo Superior de Grados Científicos de la URSS, por solicitud del Instituto de Etnografía Michkujo MacLay de la Academia de Ciencias de la URSS, 1971), Especialista en Ciencias Arqueológicas, M. Sc. (Universidad de la Habana, 1987) y Arqueólogo Especialista en Culturas Aborígenes de América (Ministerio de Educación de la República de Cuba por solicitud de la Academia de Ciencias de Cuba, 1972).

Sus intereses culturales fueron variados, y expresan la amplitud de su formación intelectual y un sentido de fuerte compromiso con la cultura cubana, que llevó a obras literarias y de teatro, y a su esfuerzo por lograr la inserción de ese perfil en el desarrollo del turismo. En tal sentido se convirtió en un teórico cuyos trabajos son de imprescindible análisis si se quieren entender las peculiaridades de este fenómeno en la provincia de Holguín.

Por la relevancia de su trabajo científico y la magnitud de su

contribución al conocimiento de la historia y la cultura cubanas recibió múltiples reconocimientos del más alto nivel, como la orden Carlos J. Finlay y la medalla Jesús Menéndez, otorgadas por el Consejo de Estado de la República de Cuba, y la medalla por la Cultura Nacional, otorgada por el Ministerio de Cultura de la República de Cuba. Su aporte a la cultura y a la ciencia en Holguín, donde desarrolló una obra fundacional en muchos aspectos, lo hizo acreedor de las distinciones más importantes de la provincia en esos campos, entre ellas el Hacha y el Escudo de la Provincia de Holguín, conferidas por la Asamblea Provincial del Poder Popular.

LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

Dentro de la amplitud y diversidad de su obra como hombre de ciencia y en un sentido mayor, como hombre de la cultura cubana, la arqueología es el elemento centralizador. Abordó todas las esferas de esta especialidad, desde la metodología, en sus múltiples facetas, hasta su planeamiento, organización y formación de personal. Lograr una visión completa de estas labores es por ahora difícil, sin embargo, es posible acercarse a su trabajo de investigación, en este caso para conseguir una síntesis panorámica, mediante la revisión de su obra publicada y de algunos importantes trabajos inéditos.

Desde muy joven José Manuel Guarch desarrolla una fuerte vocación por la cultura y la naturaleza y un especial interés por la arqueología. En 1956 funda y preside en Camagüey el grupo Yarebey de aficionados a las ciencias sociales y naturales; en 1957 es nombrado delegado de la Sociedad Espeleológica Científica de Camagüey y en 1959 asume igual función por la Junta Nacional de Arqueología y Etnología.

Desde 1962 se integra plenamente a la investigación arqueológica en el Departamento de Antropología, especialmente a partir de 1963 cuando es designado jefe de Excavaciones Arqueológicas de esa institución. De estos años a 1968 trabaja en numerosos yacimientos arqueológicos entre los que se destacan Cueva La Patana y San Lucas, en la actual Provincia de Guantánamo; Aguas Gordas, El Porvenir, Esterito, La Campana, Arroyo del Palo, Mejías, Farallones de Levisa I y Saboruco I, en la provincia de Holguín, y Cueva Funcho, en la provincia de Pinar del Río, entre otros.

Estas labores se insertan en un amplio plan de investigaciones concebido por el doctor Ernesto Tabío para obtener datos



Desenfrentamiento de una momia peruana en el Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana. Guarich aparece retrayendo la envoltura

científicamente controlados de yacimientos importantes a partir de los cuales desarrollar una caracterización de las culturas precolombinas de la isla. Se daba especial relevancia a la estructuración de una cronología confiable formada a partir de fechados radiocarbónicos y al meticuloso estudio de los materiales colectados. Guarich se involucra con fuerza en los estudios cerámicos y en el desarrollo de metodologías de excavación capaces de aprovechar la diversidad de sistemas existentes en ese momento y de aportar mayor visión de los contextos en estudio.

Estos y otros trabajos serán la base de una amplia producción científica parcialmente materializada en 11 libros y folletos publicados entre 1964 y 1978, muchos de ellos recogidos en la Serie Arqueológica editada por la Academia de Ciencias de Cuba. Desde la perspectiva de estas obras pueden considerarse algunos elementos básicos de su quehacer investigativo en la década del 60 y principio de los años 70 referidos a:

- Sistematización de elementos metodológicos a utilizar en la investigación arqueológica en el país, especialmente en el trabajo de campo, que le permiten la conformación progresiva de una postura teórica al respecto y sirven de apoyo a la labor docente en esa área.
- Recopilación y organización de la información etnográfica, his-

tórica y arqueológica sobre las comunidades aborígenes cubanas con vistas a lograr un manejo más integral de los procesos de interpretación asociados a la investigación arqueológica.

- Refinamiento de los métodos de estudio del material arqueológico, especialmente de la cerámica donde recibe influencias muy marcadas de especialistas norteamericanos como Irving Rouse y en menor medida de C. Osgood y A. Shepard. Desarrolla en este contexto un enfoque tipológico-descriptivo muy detallado, visible en *El taíno de Cuba* y en *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*, que posteriormente servirá de patrón a muchos investigadores cubanos.
- Logro de una perspectiva muy amplia y precisa sobre los contextos arqueológicos precolombinos cubanos a partir del trabajo de campo en una gran cantidad de sitios de diversas culturas y regiones y del estudio de numerosas colecciones de evidencias.
- Esfuerzo por lograr abordajes actualizados de problemáticas claves que debían funcionar como elementos de estructuración de una visión general del panorama arqueológico precolombino de Cuba. En estos trabajos se hace una integración de todos los datos disponibles priorizándose la exposición de las excavaciones controladas, los fechados radiocarbónicos y el estudio de los materiales. Los principales resultados al respecto toman cuerpo en monografías como *El taíno de Cuba* y *Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba*, esta última preparada en colaboración con Ernesto Tabío.
- Inicio del manejo de concepciones marxistas, especialmente del materialismo histórico como método y de sus ideas sobre el desarrollo social.
- Influencia general de la obra de Tabío, a quien reconoce como maestro y guía inicial en la profesión. Su libro más importante de estos años, *El taíno de Cuba*, sigue el esquema de "Prehistoria de Cuba", de Tabío y Rey y como este, desarrolla consideraciones interpretativas desde la perspectiva del materialismo histórico.

Durante los años 70 realiza varios viajes al extranjero y se pone en contacto con el patrimonio arqueológico y la labor científica de la especialidad en naciones de América Latina, Europa y Asia. Establece importantes contactos con investigadores polacos, alemanes y de la ex URSS, país donde recibe asesoría

técnica y obtiene un doctorado, y con arqueólogos latinoamericanos, entre ellos, José Luis Lorenzo, de México, y Luis Guillermo Lumbreras, de Perú, que le ofrecen la perspectiva conceptual de la Arqueología Social Latinoamericana. Estos vínculos influyen en su incorporación al debate sobre las exigencias de la arqueología marxista.

Es una etapa de intensa reflexión teórica y de discusiones conceptuales en el ámbito arqueológico cubano y latinoamericano. Los efectos de estas situaciones se reflejan muy bien en el extenso trabajo presentado en 1981 para optar por el grado científico de Doctor en Ciencias Históricas, "Cuba. Antiguas tradiciones económicas y técnico-estilísticas. Etapa preagroalfarera" (inédito). Aunque la obra no es aceptada en ese momento, muchos investigadores reconocerán con posterioridad su riqueza informativa y carácter renovador. El panorama de las comunidades preagroalfareras expuesto en este texto supera los típicos enfoques de caracterización, al centrarse en la revisión de mecanismos útiles para entender los procesos de cambio y desarrollo en tales grupos, especialmente de las situaciones de transculturación y evolución. Recurre a elementos culturales conceptualizados como tradiciones para seguir estos procesos e incorpora de manera efectiva y pionera el aspecto económico al técnico-estilístico como evidencia guía tanto para entender el nivel de desarrollo de un grupo cultural como para visualizar su interacción con otros.

La importancia dada al elemento económico, considerado también en un sentido ambiental, responde en parte a la intención de lograr un uso más profundo de las ideas del materialismo histórico, situación perceptible en toda la argumentación teórica del trabajo. En este sentido hay un autorreconocimiento de posición ortodoxa que refleja ciertas actitudes de las ciencias sociales cubanas en esa época, determinantes para entender el negativo alejamiento de Cuba, incluso en el plano arqueológico, de un amplio sector del marxismo latinoamericano.

En 1976 Guarch pasa a residir a la ciudad de Holguín y forma el grupo de trabajo que daría origen al Departamento Centro Oriental de Arqueología, institución cuya dirección conduce hasta su retiro. Será este un segundo momento de su carrera caracterizado por el esfuerzo para dar vida a la investigación arqueológica en esa provincia y capacitar profesionales que pudieran asumir tal tarea.

En 1978 y 1979 realiza investigaciones en Parallones de Sebo-

ruco, Mayarí, paralelas a las labores de medición de las potencialidades arqueológicas de la parte noroeste de la provincia de Holguín. Esta última investigación resume un trabajo exploratorio cuyos principios metodológicos expondrá más tarde en un texto donde sistematiza una concepción metodológica general de la investigación arqueológica: *Arqueología de Cuba. Métodos y sistemas*. Este libro, publicado en 1987, aporta valiosas herramientas para el trabajo en Cuba, especialmente en lo referido a contextos aborígenes, y resulta el trabajo más completo de un investigador nacional disponible al respecto.

Ideas de los esquemas de recuperación de información señalados en esta obra y utilizados durante la medición de potencialidades arqueológicas de yacimientos de la provincia de Holguín, serán de gran valor en la preparación de la *Cartilla de control para la información básica para el censo arqueológico de Cuba*, de la cual es autor principal, y del trabajo "Censo Arqueológico de Cuba por tratamiento computerizado" (Febles, Guarch y Rives 1987).

En la década de los ochenta la producción científica de Guarch se incrementa notablemente, presenta su tesis de doctorado y publica varios trabajos, entre ellos algunos referidos a sus investigaciones en arqueología histórica y arte rupestre, un importante artículo sobre el ambiente y su relación con la agricultura aborigen y una metodología para el estudio de la gestión subsistencial dependiente de la fauna (Guarch y Vázquez, 1989).

Estos años verán la plena consolidación del Departamento Centro Oriental de Arqueología, cuyo personal se involucra en varios cursos diseñados por Guarch y en tareas de superación con especialistas de diversas instituciones. Guarch dirige un ambicioso programa de investigaciones que incluye el tema "Economía y cultura material en los agroalfareros de Cuba. Cuatro sitios en estudio", con excavaciones en El Guafá, provincia Granma, Venta de Casanova, provincia Santiago de Cuba, y Ochilá y Loma del cementerio de Barajagua en la provincia de Holguín, así como los trabajos encaminados a obtener información para la caracterización de las variantes culturales en los sitios El Júcaro, Loma de Baní, Loma de la Campana, El Porvenir, El Boniato, Estarito, Punta de Pulpo y Chorro de Maíta, todos en la provincia de Holguín, y Los Buchillones, en la provincia Ciego de Ávila.

El estudio de las variantes culturales, con fundamentos teóricos inicialmente planteados en "Cuba: Antiguas tradiciones económicas y técnico-estilísticas. Etapa preagroalfarera", intenta dar



Desenterramiento de una momia de la cultura chankay. Perú durante el IV Encuentro Nacional de Culturas Aborígenes, en Trinidad (provincia Sancti Spiritus), 1979. De izquierda a derecha, los doctores Antonio Núñez Jiménez, Manuel Rivero de la Calle y José Manuel Guarch Delmonte.

cuerdo a lo que constituye un sector básico del pensamiento arqueológico de Guarch, sus concepciones sobre la necesidad de percibir la presencia aborígen a escala de procesos donde la evolución y la interacción pueden seguirse a partir de tradiciones técnico-estilísticas y económicas, útiles para la caracterización sociocultural de momentos y espacios específicos.

En su texto *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*, publicado en 1990, proyecta esto a un sistema de periodización y clasificación donde refuerza la perspectiva económica y busca la singularidad regional de determinadas tradiciones. En este caso, en el contexto de un debate teórico desarrollado junto a los investigadores del Departamento Centro Oriental de Arqueología, se enfatiza en una definición de etapas —muy diferente a la propuesta por Tabío en su periodización de 1979— que remite a escalas universales de desarrollo a partir de sistemas económicos (producción-apropiación) y de las actividades inherentes a estos.

Tales consideraciones y los señalamientos en torno a las especificidades regionales fueron aportes no aprovechados plenamente por algunos sectores de la arqueología cubana, que

desostimaron la estructura propuesta por Guarch debido a las insuficiencias que demostró tener en una definición cerrada de variantes a la que escapaba la riqueza real del registro arqueológico.

La idea de las tradiciones técnico-estilísticas y económicas fue utilizada también en la preparación del Atlas Arqueológico de Holguín —el primero de su tipo en Cuba, obra dirigida por Guarch donde se recogen gran parte de los resultados de trabajo del Departamento Centro Oriental de Arqueología— e influyó en textos generalizadores preparados junto a investigadores de este centro, como la monografía "Historia arqueológica de los aborígenes que habitaron en el territorio de la actual provincia de Holguín" (inédito).

Durante la excavación realizada en el Chorro de Maíta en 1988, fue descubierto el cementerio más amplio y conservado de aborígenes agricultores en Cuba. El estudio del sitio y el cementerio por el Departamento Centro Oriental de Arqueología generó varios trabajos, en su mayoría inéditos. Debe apuntarse sin embargo, que uno de los resultados más importantes hasta ahora obtenidos —la investigación del sitio está inconclusa— es la creación de un museo de sitio en cuya concepción Guarch tuvo un papel protagónico. Este museo resume sus aspiraciones museográficas y de preservación patrimonial, insertándose en lo que en ese momento era aún una incipiente perspectiva: la vinculación de la arqueología aborígen, dentro de la imágen cultural de Holguín con el desarrollo turístico y la búsqueda desde esta perspectiva de elementos de apoyo al estudio arqueológico.

A esta tarea dedicará gran parte de sus esfuerzos investigativos al retirarse de la Academia de Ciencia de Cuba en 1993. Además del manejo general de temas naturales, históricos y culturales Guarch diseña proyectos basados en la presentación del patrimonio arqueológico y en la recreación de ambientes aborígenes. Sus trabajos más importantes al respecto son los proyectos del Museo de Sitio Chorro de Maíta, la Aldea Taína, también en el área de Chorro de Maíta, y el Parque Monumento Nacional Bariay.

En el caso de Bariay recurre a los resultados de uno de los últimos trabajos de campo que dirigiera —entre 1991 y 1993 conduce excavaciones y estudios en Bariay, Alcalá y Barajagua (— el descubrimiento y excavación de un sitio de habitación perteneciente a agricultores aruacos cuya relación con la aldea vista por Colón al arribar a Cuba, fundamenta en el libro *Bariay un viaje a Plus Ultra* (Premio Nacional de Ensayo V Centenario).

En estos años (1993-2001) su esfuerzo intelectual se mueve hacia el mundo de la cultura y el turismo, básicamente en el entorno de la provincia de Holguín. Se desempeña como director de la Casa de Iberoamérica (1993-1994), institución cultural dedicada a la promoción e investigación del vínculo cubano con Iberoamérica en cuya fundación participa; como vicepresidente de la UNEAC; como asesor de la Delegación del CITMA para el turismo (1993-2001) y como miembro de su comité de expertos y consejo científico; como asesor del delegado provincial de la corporación Cubanacán (1995-1996) y como representante del PCC Provincial en el proyecto de El desarrollo turístico del Parque Monumental Nacional Bariay. Es un universo amplio donde también encuentra caminos para dar a la arqueología espacios de inserción social asociados al reconocimiento de la importancia de la historia precolombina en la cultura de Holguín.

José Manuel Guarch Delmonte nació en Camagüey el 2 de marzo de 1931 y murió en Holguín el 26 de septiembre del año 2001. En 1944, cuando aún seguía los estudios de segunda enseñanza, intentó matricular un curso de arqueología en la Universidad de la Habana. El doctor Carlos García Robiqu, destacado investigador que dictaba el curso, le previno sobre los retos de esa profesión: mucho esfuerzo, poca comprensión social y escasa remuneración económica. Guarch persistió y le dedicó su vida.

Su obra expresa el esfuerzo de la arqueología cubana por llegar a una visión propia y señala caminos nuevos en el análisis del aspecto económico, de los procesos de formación de las sociedades aborígenes y de sus desarrollos a escala regional. Como intelectual, y como arqueólogo, Guarch contribuyó a convertir a Holguín su segunda ciudad, en uno de los centros de la investigación arqueológica en Cuba y a hacer del resto del país el espacio de un permanente esfuerzo por llegar a un pasado cuyo conocimiento nuestra sociedad precisa.

PUBLICACIONES DE TEMA ARQUEOLÓGICO DE JOSÉ MANUEL GUARCH DELMONTE

Libros y folletos

- Excavaciones en el Caney del Castillo.* Coautor R. Payarés. La Habana, Cuba, Dpto. de Antropología, Acad. de Ciencias de Cuba, 1964, 35 p.
Excavaciones en Arroyo del Palo, Mayarí, Cuba. Coautor E. Tabío. La Habana, Dpto. de Antropología, Acad. de Ciencias de Cuba, 1966, 110 p.



Excavaciones en el sitio Cayo Bariay 2, Holguín, 1981. Guarch aparece sentado, tomando notas.

- Manual de Arqueología.* Serie Antropológica No. 2, Coautores Payarés y A. L. Díaz, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1968, 51 p.
Excavaciones en Mejías, Mayarí, Cuba. Serie Antropológica No. 3. Coautor M. Pino, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1968, 31 p.
Excavaciones en Cueva Funche, Guanahacabibes, Pinar del Río, Cuba (Primera Parte). Serie Espeleológica y Carsológica No. 10, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1970, 31 p.
Excavaciones en el extremo oriental de Cuba. Serie Arqueológica No. 1, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1972, 50 p.
La cerámica taína de Cuba. Serie Arqueológica No. 2, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1972, 100 p.
El ajuar no-cerámico de los taínos de Cuba. Serie Arqueológica No. 3, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1973, 43 p.
Ensayo de reconstrucción etno-histórica de los taínos de Cuba. Serie Arqueológica No. 4, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1974, 54 p.
 "Metodología de la arqueología de Cuba" en *Arqueología de Cuba, materiales de estudio.* La Habana, Editorial de Libros para la Educación, 1977, p. 5-16.
El taíno de Cuba. La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, Ins. de Ciencias Sociales, 1978, 263 p.
Cartilla de control para la información básica para el censo arqueológico de Cuba. Coautores Febles, J. y A. Rives, La Habana, Acad. de Ciencias de Cuba, 1983, 21 p.

- "Influencia de los factores del suelo y la vegetación sobre el desarrollo de la agricultura en los aborígenes de Cuba" en *Arqueología de Cuba* (en ruso), Sección Siberiana, Acad. de Ciencias de la URSS, Ins. de Historia, Filología y Filosofía, 1986, p.57-66.
- El combate del camino de San Ulpiano*, Holguín, Sec. de Invest. Históricas del Cmte. Provincial del PCC, 1986.
- Arqueología de Cuba, mitos y sistemas*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 1987.
- Censo Arqueológico de Cuba por tratamiento computarizado*, Coautores J. Febles y A. Reyes, La Habana, Obra Científica de Arqueología, Acad. de Ciencias de Cuba, 1987, 146 p.
- "Los suelos, el bosque y la agricultura de los aborígenes cubanos" en *Homenaje a José Luis Lora*, Serie Prehistórica, México, D.F., Ins. Nac. de Antropología e Historia, 1989, p. 277-295.
- Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*, Holguín, Colección de la Ciudad, Ediciones Holguín, 1990, 79 p.
- "Los suelos, el bosque y la agricultura de los aborígenes cubanos" en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, La Habana, Com. de Antropología, Acad. de Ciencias de Cuba, 1991, p. 21-41.
- "Ecuaciones para conocer la productividad de la gestión para la subsistencia en relación con la launa" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*, La Habana, Com. de Antropología de la Acad. de Ciencias de Cuba, 1991, p. 42-77.
- "Sistema de recogida de información computarizada para Cuba y las Antillas" Coautores J. Febles y A. Reyes en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*, La Habana, Centro de Antropología, Acad. de Ciencias de Cuba, 1991, p. 111-121.
- Matrícula aborígen de Cuba*, Coautor A. Querejeta, La Habana, Editorial Publicigraf, 1993, 47 p.
- Los caminos olvidados*, Coautor A. Querejeta, La Habana, Editorial Publicigraf, 1993, 74 p.
- Sanay, un viaje al Plus Ultra*, Coautores L. Pérez y E. Quaren, Holguín, Ediciones Holguín, Cuba, 1993, 66 p.
- Yaguajay Yucayyay Turay (Yaguajay la aldea del cielo resplandeciente)*, Holguín, Editorial Publicigraf, Ediciones Holguín, 1994, 44 p.
- "Historia aborígen de Cuba (por datos arqueológicos)" – coautor – en *Taino*, México, Com. de Antropología y CEDISAC, CITMA, impreso en el CENEDIC, Univ. de Colima, México, 1996, una de las 10 producciones que se incluyen en dicho disco compacto.
- ca No. 1*, Editorial Oriente, Stgo. de Cuba, [s.f., c. 1978], p. 75-84.
- "Consideraciones acerca de la morfología y desarrollo de los pictogramas cubanos", Coautor C. Rodríguez, en *Cuba arqueológica No. 2* Editorial Oriente, Stgo. de Cuba, 1980, p. 55-76.
- "Acerca de las experiencias obtenidas en las restauraciones de las localidades pictográficas Cueva número Uno de Punta del Este y de Ambrosio" en *Cuba arqueológica No. 2*, Coautor C. Rodríguez, Stgo. de Cuba, Editorial Oriente, 1980, p. 163-169.
- "Excavaciones arqueológicas en la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria del Dátil, Bayamo, Granma" en *Revista de Historia*, Sec. de Investigaciones Históricas del Cmte. Prov. del PCC, Holguín, jul./sept. de 1986, p. 17-26.
- "Arqueología e ideología" en *Revista de Historia*, Holguín, Sec. de Invest. Históricas del Cmte. Prov. del PCC, jul./sept. 1987, p. 6-16.
- "Investigaciones preliminares en el sitio El Chorro de Maíta" en *Revista de Historia*, Coautores C. Rodríguez y R. Pedroso, Holguín, Sec. de Invest. Históricas del Cmte. Prov. del PCC, jul./sept. 1987, p. 25-40.
- "Leyenda del Taguabo y Maicabó" en *Diéresis*, Año II, No. 1, Holguín, ene./1988, p. 99-116.
- "Apuntes para una nueva periodización de las comunidades aborígenes de Cuba" en *Revista de Historia*, Holguín, Sec. de Invest. Históricas del Cmte. Prov. del PCC, ene./marzo 1988, p. 30-42.
- "Ecuaciones para establecer el proceso productivo de la gestión subsistencial dependiente de la launa" en *Revista de Historia*, Coautor D. Vázquez, Holguín, Sec. de Invest. Históricas del Cmte. Prov. del PCC, Año III, 2-3 / 10/ 1989, p. 2-13.
- "La muerte en las Antillas: Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 1, 1996, Stgo. de Cuba, Casa del Caribe.
- "Crónica para el innominable" en *El Caribe Arqueológico*, No. 5, 2001, Stgo. de Cuba, Casa del Caribe.

Artículos

- "Perú, 2500 años de historia" en *Revolución y Cultura*, La Habana, 1976, p. 36-47.
- "Consideraciones sobre la capacidad fisiológica-cultural de los indocubanos para la ejecución de pictogramas" en *Cuba arqueológica*

NOTICIAS DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA EN EL 2001



Es un jarro zoomorfo en el
Museo Chumbe de Matanzas.

Durante el año 2001 la arqueología de Cuba y el Caribe debió lamentar la pérdida de los importantes investigadores Manuel Rivera de la Calle y José Manuel Guarach Delmonte. *El Caribe Arqueológico* les rinde homenaje e inicia en este número la publicación de trabajos dirigidos a reseñar los valores de la obra de estos arqueólogos.

CASA DEL CARIBE-UNIVERSIDAD DE ORIENTE

Continúa el proyecto de Estudio histórico-arqueológico del hospital de las minas de El Cobre. Se efectuaron nuevas excavaciones y búsquedas de archivo. En especial se realizó una exploración de toda el área que correspondía al trazado del antiguo ferrocarril de la mina. El trabajo se extiende ahora hacia el estudio de otras infraestructuras creadas por la explotación minera.

MUSEO ARQUEOLÓGICO GUAMUHAYA, TRINIDAD, SANCTI SPIRITUS

Celebró, junto a la Oficina del Conservador de la Ciudad de Trinidad y del Valle de los Ingenios, el III Taller de Arqueología Industrial Azucarera Valle de los Ingenios. Como parte del taller se realizaron trabajos de campo en el sitio San Isidro de los Destiladeros, donde participaron investigadores de las Oficinas del Conservador o del Historiador de Trinidad, Santiago de Cuba, Camagüey y Ciudad de la Habana; se continuaron las excavaciones en el área del alambique descubierto en la edición anterior, se definieron restos de muros y cimentación, además de recuperarse muchos objetos de época, en su mayoría correspondientes al proceso de destilación y otras labores productivas. Auspició la realización del II Taller de Arqueología del Centro-Sur de Cuba, dedicado al tema de las comunidades aborígenes protoagrícolas, y efectuó junto al Grupo Delta de Sagua la Grande y a especialistas del CITMA, de Villa Clara, la exploración del cauce del río Jibacoa, donde se descubrieron cuatro paraderos de grupos pescadores recolectores.

OFICINA DEL CONSERVADOR DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CUBA

Ejecutó excavaciones en la capilla seminario del antiguo colegio San Basilio el Magno, primera institución de nivel superior con que contó nuestro país, donde se exhumó cerámica colonial hispana, sola o en asociación con cerámica aborigen, encontrándose además dos niveles de piso. También se hicieron labores de rescate en sitios correspondientes a inmuebles ubicados en Gallo No. 652-654, y Jagüey esquina Escudero. En el primer lugar, antiguo comercio Costa Caballé, se encontraron contenedores de ferretería y gran cantidad de pipas de barro. En Jagüey fueron hallados restos o recipientes enteros de uso doméstico donde prevalecan los facturados como loza fina inglesa, stone ware y barro vidriado.

DEPARTAMENTO CENTRO ORIENTAL DE ARQUEOLOGÍA. CISAT, CITMA, HOLGUÍN

Continúa los trabajos de exploración del proyecto Potencialidades arqueológicas del oeste del municipio Mayarí. Se revisaron los territorios ubicados entre los ríos Sojo y Bitirí y entre los ríos Nipe y Juan Vicente. En esta última zona no se reportaron evidencias arqueológicas precolombinas, sin embargo en la cuenca del río Bitirí se ubicó un paradero de comunidades aborígenes apropiadoras ceramistas y varios puntos con material arqueológico disperso. Se participó en la última excavación del proyecto Investigaciones arqueológicas conjuntas cubano-canadienses en el área de Los Buchillones, ejecutado por el Museo Real de Ontario y la Delegación del CITMA en Ciego de Avila. Se trabajó en la preparación y presentación del informe final del proyecto, que reúne los resultados del estudio de los materiales, las estructuras excavadas, la reconstrucción ambiental y en el diseño de un nuevo proyecto para investigar esa importante área.

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

Continuó la ejecución de investigaciones en la Cueva de la Cachimba y en el cafetal El Padre, en Madruga, La Habana. Realizó intervenciones arqueológicas en el área exterior de la iglesia de San Francisco de Paula, en la casa de la calle Teniente Rey esquina Aguilar, en la bodega de La Reina, en el Castillo de San

Salvador de la Punta, en el Torreón de San Lázaro, en la casa Aguilera, en la ermita del Potasí (Guanabacoa) y en la casa de la calle Habana número 958.

CENTRO ANTROPOLÓGICO DE LA HABANA

Se trabajó en la monografía que concluye el proyecto arqueología de rescate en caletales franceses. Se continúan los trabajos del proyecto patrimonio arqueológico, identidad nacional y desarrollo sostenible que incluyen la elaboración de mapas de áreas arqueológicas con valores y recursos patrimoniales, la preparación del plan de manejo de valores y recursos arqueológicos y la inclusión del elemento arqueológico en la "Guía de Impacto ambiental" y en la "Guía para la realización de solicitudes de licencias ambientales". Se ejecutó también la definición conceptual de las tradiciones paleolíticas de Villa Clara, estudios arqueológicos de las cayerías del norte de Villa Clara y del norte de Sancti Spiritus, así como la ubicación de nuevos sitios en Cienfuegos y en el área protegida Vara-Hicacos. Continúa la ejecución del proyecto relaciones tecnotipológicas de la alfarería de Cuba y de otras áreas del Caribe y la colaboración con el equipo cubano-canadiense que investiga posibles estructuras megalíticas sumergidas cerca de Guanahacabibes.



De un fragmento de anillo en un sitio Museo Indio de San Juan de los Rios.



De un pendiente ornitomorfo en concha.
Museo Indocubano Banf.



Edmundo Centeno

De un hacha ceremonial en piedra.
Museo La Periquera, Holguín

En la cubierta: obra en rotring, tinta china y acuarela sobre papel, inspirada en un hacha ceremonial de las comunidades agricultoras aborígenes, encontrada en el territorio de la actual provincia de Holguín, Cuba. La autora, María Eduarda de Sousa Coutinho (Mozambique, 1953), reside en Lagos, Portugal, y prepara su tesis doctoral en Bellas Artes en la Universidad de Sevilla, España, a partir del manejo artístico de la iconografía aruaca de Cuba y de las imágenes del arte tradicional de los Bijagós, Guinea Bissau. En el interior de este número se reproducen otros de sus dibujos basados en piezas aborígenes de varios museos cubanos.